

Viento sur

www.vientosur.info



MUNDO EN CRISIS: FIN DE ÉPOCA

Alexandre Abreu ● Ilias Alami ● Daniel Albarracín ● Valerio Arcary ● Lorena Cabrerizo ● Julia Cámara ● Laura Camargo ● Raúl Camargo ● Andreu Coll ● Sushovan Dhar ● Brais Fernández ● Víctor de la Fuente ● Helios F. Garcés ● Manuel Garí ● Jule Goikoetxea ● Yayo Herrero ● Stathis Kouvélakis ● Martín Lallana ● Diogo Machado ● Júlia Martí ● Antonio Méndez Rubio ● Justa Montero ● Germán P. Montañés ● Jaime Pastor ● Nuria Peist ● Ángeles Ramírez ● Juan Roch ● Miguel Sanz ● Leila Serra Badran ● Enzo Traverso ● Miguel Urbán ● Begoña Zabala

Consejo Asesor

Daniel Albarracín
Josep Maria Antentas
Iñaki Bárcena
Julia Cámara
Laura Camargo
Martí Caussa
Andreu Coll
Antonio Crespo Massieu
Lucile Daumas
Andy Durgan
Mario Espinoza
Sandra Ezquerra
Sonia Farré
Joseba Fernández
Manuel Garí
Lorena Garrón
Erika González
Pepe Gutiérrez-Álvarez
Pedro Ibarra
Mar Maira Vidal
Luisa Martín Rojo
Carolina Meloni
Justa Montero
Roberto Montoya
Iosu del Moral
Carmen Ochoa Bravo
Loles Oliván
Xaquín Pastoriza
Genaro Raboso
Ángeles Ramírez
Lidia Rezagorri
Alberto Santamaría
Sara Serrano
Carlos Sevilla
Miguel Urbán Crespo
Enrique Venegas

Redacción

Editor fundador
Miguel Romero
(1945-2014)

Redacción
Marc Casanovas (editor)

■ Revista impresa
Secretariado de la
Redacción
Laia Facet
Brais Fernández
Toni García
Alberto García-Teresa (Voces
y Subrayados)
Martín Lallana
Jaime Pastor
Mariña Testas (Miradas)
Begoña Zabala

■ Web

Tino Brugos (†)
Josu Egireun
Mikel De La Fuente
Manuel Giron
María Gómez
Petxo Idoyaga
Irene Landa
Gloria Marín
Júlia Martí
Sergio Pawlowsky

Diseño original

Jérôme Oudin-Libermann (†)

Imágenes de cubierta

Follow your dreams,
Banksy (Boston, 2010),
foto CC-by-na-sa de Chris
Devers
Fachada de edificio
abandonado
CC0 pxhere.com

Redacción

Plaza de los Comunes
Plaza Peñuelas, 3
28005 Madrid
Tel. y fax: 917 049 369

Distribución

para el Estado español
UDL.
UNIDAD PARA
LA DISTRIBUCIÓN
DE LIBROS; SL
info@udllibros.com
www.udllibros.com

Administración y

suscripciones
Lorena Cabrerizo
suscripciones@vientosur.info

Maquetación

Sònia Llena
sllena6@gmail.com

Producción

Artes Gráficas Cofás
cofassa@gmail.com

DL: B-7852-92

ISSN: 1133-5637

SOME RIGHTS RESERVED



Esta obra se puede copiar, distribuir, comunicar públicamente o hacer obras derivadas de la misma, bajo las siguientes condiciones:



Debe reconocer y citar al autor original



No puede utilizar esta obra para fines comerciales



Si altera o transforma esta obra, se hará bajo una licencia idéntica a ésta



Esta revista ha recibido una ayuda a la edición, del Ministerio de Cultura, a través de la Dirección General del Libro, del Cómic y de la Lectura

SUMARIO

AL VUELO

Jaime Pastor y Marc Casanovas 3

1. NUEVOS IMPERIALISMOS, NUEVA GEOPOLÍTICA

De la guerra fría a la guerra blanca.
Decadencia capitalista
e imperialismos
Andreu Coll 9

Ofensiva nacional-imperialista
de EE UU contra América Latina
Valerio Arcary 25

2. ENTRE LA GLOBALIZACIÓN Y EL PROTECCIONISMO: EL CAPITALISMO EN LA ERA DEL ESTANCAMIENTO

Trumponomics: ¿hacia un régimen de
acumulación neoimperial corporativo-
estatal tecnoreaccionario?
Daniel Albarracín y Manuel Garí 35

Después de la hiperglobalización: la
reconfiguración del orden del capital
*Diogo Machado y Alexandre
Abreu* 45

3. PALESTINA, LA NUEVA INTERNACIONAL

Palestina, el nuevo orden mundial y el
internacionalismo como respuesta
*Lorena Cabrerizo
y Germán P. Montañés* 55

Qué dicen las mujeres palestinas.
El impacto de la colonización y la
cooperación internacional en el
movimiento feminista en Palestina
Leila Serra Badran 64

4. LA NUEVA EXTREMA DERECHA

El autoritarismo reaccionario
Miguel Urbán 78

Trump y el nuevo orden discursivo del
autoritarismo reaccionario
Laura Camargo 87

Fascismo: pensamiento con historia
Enzo Traverso 97

5. FORMAS DE REACCIÓN IDEOLÓGICA: RACISMO E ISLAMOFOBIA

Islamofobia, racialización y
capitalismo: apuntes para las luchas
antirracistas
Ángeles Ramírez 106

Racismo, islamofobia y la necesidad
desenmascarar al imperio
Helios F. Garcés 118

6. CRISIS DEL SISTEMA LIBERAL Y ALTERNATIVA SOCIALISTA

La Reacción desde el Centro:
Democracia y Recomposición del
Poder
Juan Roch 127

Entrevista a Stathis Kouvelakis
Brais Fernández 137

7. FEMINISMOS

Entrevista a Jule Goikotxea
Begoña Zabala 148

Qué tiene de emancipador el
feminismo del siglo XXI
Justa Montero 157

8. BLOQUEOS Y BIFURCACIONES ECOLÓGICAS

El poder y la urgencia en la crisis
ecológica
Júlia Martí y Martín Lallana 167

Una guerra fría verde
Ilias Alami 177

Entre mutaciones y metamorfosis
Yayo Herrero 186

9. UNA CULTURA FRENTE A LA REACCIÓN El fin de la cultura

Antonio Méndez Rubio 194

El arte y la diferencia
Nuria Peist 203

SUMARIO

10. NUEVAS LUCHAS DE CLASE RECORREN EL MUNDO

La lucha de clases hoy:
fragmentación y crisis de la forma
política
Sushovan Dhar 214

Sindicalismo en el cambio de
época. Apuntes para la gran tarea
estratégica pendiente
Miguel Sanz
y *Víctor de la Fuente* 223

11. LA CRISIS DE LA IZQUIERDA Y LA NECESIDAD DE RECOMENZAR POR EL MEDIO

Las izquierdas en la encrucijada:
Apuntes para una nueva construcción
Julia Cámara y Raúl Camargo 233

Del ascenso a la reacción: apuntes
para una contraofensiva
Brais Fernández 241

12. PROPUESTA GRÁFICA

Toni García (portada)
Acacio Puig y Roser Rius
(ilustraciones del interior)

13. POEMAS

*Ane Campaña Blanco, Laura
Casielles, Sofía Crespo Madrid,
Ivette Dalianna, Diana García
Bujarrabal, Belén García Nieto
y Ana Pérez Cañamares*

“Eran tiempos de crisis de referencias, de malestar político, de ‘*alejamiento de la política*’, llegaba a decirse. La caída del muro de Berlín planteaba interrogantes a todas las corrientes marxistas (especialmente a quienes habíamos esperado y luchado por que el derrumbe de la burocracia fuera el origen de un renacimiento socialista) a las que era necesario buscar respuestas, más allá de la reafirmación doctrinal. Aquí la izquierda radical no había llegado a entender la profundidad del golpe recibido con la derrota del referéndum de la OTAN y llevaba años desorientada y vulnerable. Queríamos reivindicar la política y la organización revolucionaria, pero para eso había que someterlas a la crítica, al debate, sin censuras, sin habitaciones cerradas y sin empezar de cero. Al servicio de este objetivo ineludible se empezó a diseñar **VIENTO SUR**.”

■ Así explicaba en el número 100 de esta revista, en enero de 2009, Miguel Romero, *Moro*, su editor fundador, el contexto y el proyecto que presidían su nacimiento con el número 1 en enero-febrero de 1992, al servicio, en aquel momento, de la organización unificada entre el Movimiento Comunista (MC) y la Liga Comunista Revolucionaria (LCR), si bien fue promovida desde el primer momento por el sector procedente de la LCR. La experiencia compartida por ambas formaciones duró poco tiempo, pero ello no fue obstáculo para que la revista siguiera su propia andadura con un nuevo Consejo Asesor a partir del número 13 y la creación de la Fundación **viento sur** en 1995. Siempre partiendo de que, como también defendió su editor fundador, “en **viento sur** entra todo lo que suscita la atención y el interés en cómo combatir el capitalismo, comprenderlo, analizar sus instituciones, hacer un balance crítico de las decisiones con las que está destruyendo derechos e impidiendo a la mayoría de la humanidad vivir dignamente”.

Fue así como a lo largo de los años, siempre en compañía de los versos de Federico García Lorca, se irían incorporando también personas de diferentes orígenes y, sobre todo, nuevas generaciones militantes, como se puede comprobar en la composición plural que han ido adquiriendo la redacción y el Consejo Asesor y, sobre todo, en los artículos que se han ido sucediendo en la revista en papel y luego en la web desde el 4 de febrero de 2003, siempre contando con colaboraciones del Estado español y a nivel internacional, cuya lista es ya muy larga. En enero de 2014, el fallecimiento de Miguel Romero situó a Jaime Pastor como editor a partir del número 133, quien en 2024 pasó el testigo a Marc Casanovas coincidiendo con el paso de la revista de bimestral a trimestral a partir del número 192.

Con ocasión del número especial 150 (*1917-2017: Repensar la revolución*) en febrero de 2017, coincidiendo con nuestros 25 años, retomábamos la fórmula utilizada por Miguel Romero para el primer número porque seguíamos pensando que ayudaba a entender bien el momento histórico fundacional de la revista. En ese número, ya en otra coyuntura histórica distinta, bajo el efecto del periodo abierto tras la Gran Recesión de 2008-2009, la nueva vuelta de tuerca del neoliberalismo que la siguió y la ola de protestas que sacudieron

gran parte del mundo –en nuestro caso el 15M de 2011, la posterior irrupción de Podemos y el *procés* catalán–, nos proponíamos “retomar los debates estratégicos a la luz del estado actual del mundo”, coincidiendo, además, con el centenario de la Revolución rusa de 1917.

Entre las muchas y enriquecedoras contribuciones a ese número 150 que trataban de responder a las preocupaciones y preguntas que nos planteaba ese nuevo momento histórico, merece destacarse la que nos proponía Michael Löwy: la necesidad de apostar por un “ecosocialismo del siglo XXI”, ya que “la raíz del mal es sistémica, la causa del desastre es el capital, con su dinámica de expansión al infinito, de productivismo y consumismo desenfrenados. Necesitamos por tanto proyectos alternativos radicales, que vayan a la raíz del problema. Es decir, alternativas anticapitalistas, antisistémicas, que alcancen el corazón maléfico de la Hidra”. Un desafío que, a partir de entonces, ha guiado la preocupación de la revista con mayor motivo y que en estos tiempos sombríos de acumulación acelerada de catástrofes adquiere una vigencia cada vez más dramática.

Con todo, lo más importante durante estos 34 años ha sido la formación de equipos de trabajo voluntario, tanto en la redacción de la revista en papel como en la web, que nos han permitido mantener una regularidad en la atención creciente a los principales debates, acontecimientos y luchas que han ido transcurriendo en un mundo cada vez más convulso. Las reuniones anuales del Consejo Asesor han permitido un intercambio de opiniones e ir creando un marco de deliberación colectiva a lo largo de todo este recorrido, en el que no podemos dejar de recordar a compañeros fallecidos en estos años que formaron parte de la redacción o del Consejo Asesor, como Ramón Fernández Durán, Ladislao Martínez, Chato Galante, Daniel Pereyra y, más recientemente, Tino Brugos, así como a otros como Jérôme Oudin, responsable del diseño original de la revista, y José Luis Zumeta, autor de distintas ilustraciones, entre ellas la que conmemoraba nuestro 25 aniversario.

Así es como se ha ido conformando lo que Manolo Garí, uno de los motores principales de esta revista desde sus inicios, definía en un artículo muy recomendable como “la galaxia **viento sur**”, ya que:

“Ha combinado la reflexión ideológica y el análisis crítico desde la economía política y la ecología con la propuesta política sorteando dos riesgos: el ideologicismo teorícista ajeno al conflicto real entre las clases y el tacticismo cortoplacista de los debates de vuelo rasante. No es una revista académica, pero tiene un rigor teórico que para sí quisieran muchas publicaciones de ese ámbito. Está concebida tanto para servir de ámbito de diálogo de las gentes revolucionarias, como para facilitar el avance de la reflexión de las y los trabajadores avanzados, término acuñado con un alcance muy preciso por Ernest Mandel, que actualmente podemos aplicar al activismo militante en cualquiera de las organizaciones sociales, incluidas las diferentes al movimiento sindical organizado, que actualmente forman las redes de resistencia

política, social, ecológica y feminista. La revista y la web, así como los foros y libros, pueden servir también para hacer avanzar la conciencia de sectores amplios de la población, de la gente común del pueblo de izquierdas sin especial compromiso organizado, en el caso de que les llegue la estela de las publicaciones y actividades que se realizan”.

Si el número especial 150 dedicado a *Repensar la revolución* se inscribía aún en una dinámica donde la competencia entre la izquierda social y rupturista y la extrema derecha xenófoba por canalizar el descontento tras la crisis del 2008 se situaba de parte de la primera (aunque la claudicación de *Syriza* en Grecia ya había dejado visto para sentencia en 2015 este impulso en el sur de Europa), este número 200 aparece, por el contrario, en un escenario de derrota sin paliativos.

Un escenario de crisis multidimensional donde las políticas de gestión *del mal menor* neoliberal por parte de una izquierda sin horizontes de ruptura han abierto las autopistas por las que hoy transitan a una velocidad de vértigo las peores pesadillas del siglo: auge del posfascismo, neocolonialismo y normalización del genocidio, nuevos imperialismos, remilitarización general y la sombra alargada de una guerra global. Un proceso rampante de fascitización y envilecimiento político y mediático donde todo el repertorio de chivos expiatorios (inmigrantes, minorías religiosas o culturales, disidencias sexuales, movimientos sociales, pobres en general...) devienen los materiales con los que se reconfigura *el debate social* de la nueva hegemonía parda. Y, todo esto, bajo el trasfondo de un mundo al borde (sino ya) de un colapso climático y ecológico irreversible.

Por todo ello, en este número especial, **Mundo en crisis: fin de época**, que se estructura a partir de 12 ejes, intentamos ofrecer un análisis panorámico de esta policrisis sistémica, sus frentes de lucha contrahegemónica y algunos retazos de balance estratégico que ayuden a levantar una nueva política de las y los oprimidos. Es más que urgente tomar de nuevo la iniciativa contra este orden social capitalista nihilista y en guerra permanente contra las clases trabajadoras, la naturaleza y la vida en general.

El número se abre con Nuevos imperialismos, nueva geopolítica, con dos artículos, de Andreu Coll y Valerio Arcary respectivamente. Estos recorren las tensiones geopolíticas en un contexto de desorden hegemónico y de reaparición de imperialismos militarmente agresivos. La ofensiva imperialista de Trump contra América Latina en el marco de su intervención contra Venezuela y la rivalidad entre EE UU, China y Rusia con una Europa que aparece subordinada a EE UU, y debilitada económica y políticamente.

Entre la globalización y el proteccionismo: el capitalismo en la era del estancamiento con dos artículos, uno de Daniel Albarracín y Manuel Garí y otro de Diogo Machado y Alexandre Abreu, abordan este mismo escenario neoimperial pero desde la perspectiva de la crítica de la economía política: un análisis del nuevo poder corporativo-estatal, el nuevo proteccionismo agresivo y su defensa militar del dólar como eje del sistema mundial; la crisis de acumulación iniciada

en los años 70 y profundizada desde 2008, y el ascenso de nuevas potencias, especialmente China, como causa estructural de este giro *proteccionista* de las elites estadounidenses.

En el tercer eje, Palestina, la nueva internacional, el primer artículo de Germán P. Montañés y Lorena Cabrerizo muestra como a través de la solidaridad con Palestina se ha levantado un nuevo internacionalismo que a la vez que denuncia la complicidad de los gobiernos occidentales con el genocidio actúa como una fuerza interna de resistencia frente a la “fascistización” de nuestras sociedades. En el segundo artículo, Leila Serra Badran nos acerca al feminismo palestino, históricamente ligado a la lucha anticolonial, combinando reivindicaciones de género, clase y liberación nacional. Un feminismo que denuncia tanto la ocupación israelí como el patriarcado interno, y que, sobre todo, cuestiona las visiones occidentales, proponiendo una perspectiva situada y decolonial sobre la emancipación.

La nueva extrema derecha, el cuarto eje de este número, está constituido por tres artículos. Miguel Urbán, Laura Camargo y Enzo Traverso respectivamente nos ofrecen una aproximación desde tres prismas: Un nuevo *autoritarismo reaccionario* donde el neoliberalismo habría derivado en un capitalismo autoritario en el que el Estado deja de mediar formalmente entre sociedad y economía para servir directamente al capital. *Un nuevo orden discursivo* que resignifica palabras y normaliza la violencia, desplazando los límites de lo políticamente aceptable y cooptando al gran capital. Y una aproximación histórica que nos permite ver las especificidades del auge de esta nueva extrema derecha en lo que Enzo Traverso denomina *posfascismo*.

En Formas de reacción ideológica: racismo e islamofobia, Ángeles Ramírez (“Si queremos construir una base rigurosa que sirva para luchar contra el racismo, hay que situarlo en el tiempo en el que vivimos”) y Helios F. Garcés (“situar la raza como componente del sistema-mundo civilizatorio desde el cual emerge el capitalismo”) nos ofrecen en sus respectivos textos herramientas para entender y confrontar el racismo y la islamofobia aquí y ahora, a nivel internacional y en el Estado español.

Seguimos con el eje Crisis del sistema liberal y alternativa socialista compuesto de una entrevista al teórico y político marxista Stathis Kouvelakis (análisis de la crisis actual, lecciones históricas del frente único y frente popular y sobre la necesidad de defender la democracia promoviendo la autonomía de las clases subalternas mientras se abren brechas frente al control del capital) y un artículo de Juan Roch quién reclama movilizar el concepto de democracia no como un valor abstracto, sino como herramienta para poner en evidencia la desdemocratización en curso y fortalecer la organización popular.

En el eje de Feminismos, contamos con una entrevista de Begoña Zabala a la activista Jule Goikoetxea y un artículo de Justa Montero donde se reivindica la capacidad de los feminismos para construir horizontes comunes, acción colectiva desde la pluralidad, demostrando que es posible unir masividad y radicalidad para avanzar en la transformación social.

AL VUELO

Bloqueos y bifurcaciones ecológicas consta de tres artículos, uno de Martín Lallana y Júlía Martí, sobre las estrategias de transformación ecosocialista frente a la urgencia de la crisis ecológica, el segundo de Iliás Alami sobre la emergencia de una nueva guerra fría, una *guerra fría verde* internacional por “la seguridad energética, la adaptación climática y la mitigación del clima” y, finalmente, el de Yayo Herrero sobre las mutaciones ecocidas, racistas y colonialistas de la actual fase capitalista y el “ecofeminismo como una propuesta clave para la sostenibilidad de la vida, los cuerpos y los territorios”.

En Una cultura frente a la reacción, Antonio Méndez Rubio nos habla del *fin de la cultura* preguntándose si la idea tradicional de cultura nos sigue siendo útil para analizar los conflictos actuales en su fusión con lo económico, político y tecnológico en el capitalismo global. Nuria Peist, por su parte, nos muestra cómo opera la cultura en el marco de relaciones sociales marcadas por las desigualdades y la dominación por mucho que las ocultemos bajo discursos de diversidad, multiculturalismo o apertura.

El eje 10, Nuevas luchas de clase recorren el mundo, consta de un artículo de Sushovan Dhar donde sostiene que una política de clase renovada no puede fundarse en una unidad abstracta. La unidad de clase es un logro político, no un dato sociológico, y debe construirse a partir de las diferencias reales que el propio capitalismo produce. Por su parte, Miguel Sanz y Víctor de la Fuente ofrecen un recorrido de las nuevas estrategias sindicales en este cambio de época y la nueva composición del mundo del trabajo, así como reflexiones estratégicas desde el anticapitalismo.

Para cerrar el número, Julia Cámara y Raúl Camargo, a nivel del Estado español y Brais Fernández desde una perspectiva más general, abordan diferentes aspectos clave de La crisis de la izquierda y la necesidad de recomenzar por el medio.

Para este número especial, contamos también con una excelente selección de poemas por parte de Alberto García-Teresa y las magníficas ilustraciones hechas para la ocasión de Roser Rius y Acacio Puig.

Jaime Pastor y Marc Casanovas



De la guerra fría a la guerra blanca. Decadencia capitalista e imperialismos

Andreu Coll

“Quien no quiera hablar de imperialismo debería guardar silencio también sobre la cuestión del fascismo”
Nicos Poulantzas

■ La situación política actual está marcada por una crisis de la civilización capitalista como no se había visto desde la *medianoche* del siglo XX. Hace apenas 40 años de la crisis final del socialismo real y casi 35 del triunfalista *fin de la Historia* proclamado por un propagandista del Departamento de Estado, que supuestamente habría desembocado en una victoria perpetua, pacífica y feliz del capitalismo liberal, tras derrotar el totalitarismo fascista primero y comunista después.

En lugar de un *momento Fukuyama*, lo que estamos experimentando recientemente es una aceleración caótica de una crisis sistémica multidimensional del capitalismo, que hunde sus raíces en:

- una explosión de las desigualdades sociales en y entre los países como consecuencia de la huida neoliberal hacia delante y una creciente crisis de los sistemas representativos y de los partidos tradicionales que han gestionado la vida política en todas las latitudes.
- El caos climático, la desertificación y el hundimiento acelerado de la biodiversidad, con repercusiones crecientes en la economía (inflación, destrucción de infraestructuras, etc.), la vida cotidiana (la salud pública: covid-19, problemas alimentarios, propagación del cáncer...) y la mentalidad de los pueblos (ascenso del irracionalismo y renovada obsesión por la *decadencia* que ya marcó el mundo de entreguerras).
- el retorno del fundamentalismo religioso, del tribalismo étnico y del nacionalismo esencialista y excluyente en un tiempo en el que la esperanza de cambiar el mundo y la vida en buena medida se ha eclipsado y en el que las identidades de clase y los proyectos de sociedad igualitarios se han erosionado enormemente.
- un recrudecimiento de las tensiones geopolíticas en un marco de desorden hegemónico y de resurrección de imperialismos agresivos, militaristas y mesiánicos. Ya sea la “misión del hombre blanco” que proclamaba Kipling y que impregna la repugnante hipocresía europea ante el Gueto de Gaza (*Bifo Berardi*, 2023)... o bien el *destino manifiesto* invocado por los padres fundadores de las 13 colonias esclavistas de Norteamérica. A veces estas retóricas imperiales se envuelven también en los ropajes de la divina providencia: ya sea la *tierra prometida* del sionismo o la Santa Rusia que invoca el neozarismo de Putin.

Estas dinámicas vienen de lejos, sin embargo. La Gran Recesión de 2007-2009 y, posteriormente, la crisis de la covid entre 2020 y 2023 supusieron una radicalización de fenómenos como:

- el racismo
- el populismo punitivo (guerras contra el narcotráfico, criminalización de la pobreza, amalgama de delincuencia e inmigración, deportación de sin papeles...)
- la guerra neoliberal contra los salarios, los derechos laborales y los impuestos al capital y las grandes fortunas.
- el asalto contra el derecho de huelga y manifestación.

En efecto, desde la Gran Recesión de 2008, verdadero punto de inflexión histórico, neoimperialismo y neofascismo se han convertido en el rasgo dominante de la situación política internacional (Mosquera, 2024). Estamos asistiendo a un aumento de las tensiones interimperialistas que eclosionan en dos momentos clave: el fin del idilio occidental con Putin desde que la OTAN cruzó el rubicón al proclamar la futura integración de Ucrania y Georgia en la organización militar (Poch de Feliu, 2018); la teorización del famoso *pivot to Asia* por Obama y la proclamación de la República Popular China como enemigo público número uno de EE UU.

En estas líneas me propongo rastrear el origen de las tensiones interimperialistas actuales, tarea indispensable para orientarse con una perspectiva antiimperialista (Arcary, 2024) y ecosocialista que contribuya a reconstruir la esperanza, la imaginación programática y la movilización revolucionaria.

Imperialismos de ayer y de hoy

Sabemos que desde el Renacimiento se han erigido los sujetos políticos, sociales y económicos (Tilly, 1985) que han fraguado el sistema capitalista mundial y sus sucesivos modelos de acumulación (Arrighi, 1999): el Estado moderno –centralización del poder, desarrollo fiscal-burocrático, perfeccionamiento de la represión, promoción del mercantilismo (Anderson, 1979)– y la sucesión de empresas coloniales que han estructurado el saqueo extractivista (metalúrgico, monetario y más tarde fósil), la explotación del trabajo y el desarrollo del militarismo, el control social y la dominación ideológica (Sheidler, 2023).

La teoría marxista clásica del imperialismo (Katz, 2016) se remonta a finales del siglo XIX, en los tiempos de la II Internacional y sus debates, cuando ya el capital no se desarrollaba sólo en los intersticios de la sociedad feudal y absolutista (el capital mercantil que se desarrolló en las ciudades y las empresas coloniales) y en la financiación de las maquinarias bélicas de la época (el capital financiero), sino que había penetrado en la esfera productiva y alterado todas las relaciones sociales con la llegada del capitalismo industrial. El movimiento obrero de la época se dividía esencialmente por disputas acerca del rol *civilizatorio* o regresivo del colonialismo europeo durante el

reparto de África y sobre la actitud que debería adoptar ante una previsible gran guerra imperialista en ciernes. Caracterizar el fenómeno imperialista y su conexión con el desarrollo del capitalismo como sistema mundial (Brewer, 1983) será fundamental para orientar la praxis socialista cuando la *Belle époque* europea tocaba a su fin y el bumerán del exterminismo y de la lógica infernal del militarismo estaba a punto de golpear al proletariado europeo con una brutalidad apocalíptica, que muy pocos eran capaces de imaginar en ese momento. Hilferding, Bujarin y Lenin insistirán en el peso de los monopolios, la fusión de capital industrial y bancario en un capital financiero apoyado por los Estados y en la exportación de capital al mundo colonial y semicolonial como clave de vuelta del fenómeno... Rosa Luxemburg se detendrá en el subconsumo en las metrópolis y la necesidad de abrir mercados al capital con la incorporación por la fuerza de nuevos ámbitos geográficos vírgenes (“economías naturales”) al sistema capitalista... Trotsky se centrará en los efectos del mercado mundial y la división internacional del trabajo para fundamentar su “política del desarrollo desigual y combinado”, base teórica de su hipótesis de la revolución permanente en la época imperialista, formulada tras el *ensayo general* de la Revolución rusa de 1905 (la revolución puede empezar en países atrasados engarzando objetivos democráticos y socialistas, se extenderá a nivel internacional, pero sólo podrá consumarse el socialismo tras una larga etapa histórica de revolución mundial). En cualquier caso, las conclusiones estratégicas de los y las grandes figuras del marxismo clásico serán compartidas: la lucha decidida contra el veneno chovinista y el militarismo que amenazaba la supervivencia misma de la civilización (Luxemburg), la idea central de que “el enemigo está en casa” (Liebknecht) y, más tarde, el horizonte de “transformar la guerra imperialista en revolución social” (Lenin).

Ya conocemos la barbarie que desató la crisis del modelo de acumulación británico, el caos que propiciaron las dos guerras mundiales y el aplastamiento fascista que sufrió la Europa de entreguerras (en gran medida contra la Revolución de Octubre y el movimiento comunista internacional), así como la catástrofe del estalinismo (que desprestigiará radicalmente desde entonces el ideal comunista). No obstante, la existencia de la URSS al menos contribuyó decisivamente a la derrota nazifascista en la guerra imperialista de 1939-1945 (Mandel, 2014). En este sentido, todas las teorías marxistas del imperialismo tienen en común la consideración de que tiene tres grandes dimensiones: una económica –extrae riqueza material y valor de las periferias que dirige hacia los grandes centros imperialistas–, política –construye un poder capaz de aplastar las amenazas subversivas que surjan desde abajo y desde los márgenes– y otra geopolítica –muestra las rivalidades entre las distintas potencias y las luchas por la hegemonía mundial– (Callinicos, 2005).

El mundo bipolar de la Guerra Fría transformó profundamente el imperialismo capitalista con el afianzamiento del modelo de acumulación estadounidense, ya que en la esfera bélica no han vuelto a ocurrir conflagraciones interimperialistas, en la económica se ha producido una creciente mundialización del capital (con las corporaciones transnacionales) y en la política se

ha dado una gestión colectiva conjunta de los intereses mundiales capitalistas (Katz, 2023) mediante una arquitectura institucional liderada por Estados Unidos en Bretton Woods (Banco Mundial, FMI y GATT –OMC desde 1995–) y el sistema ONU.

Dichas organizaciones multinacionales absorben desde entonces atribuciones que en el pasado eran exclusivas de los Estados nacionales, pero no han llegado a substituirlos en una especie de ultraimperialismo (como el que teorizó Kautsky) o en un “imperio” supuestamente homogéneo y américo, como imaginará años más tarde Toni Negri. Tras la conferencia de Yalta, Estados

Unidos quiso evitar el caos del mundo de entreguerras asumiendo la gestión del capitalismo a nivel mundial y propiciando el librecambismo como gran patrón para evitar el quiebre del mercado mundial que produjo la Revolución de Octubre, el proteccionismo de los años 30 y las autarquías fascistas.

El mundo bipolar de la Guerra Fría transformó profundamente el imperialismo capitalista con el afianzamiento del modelo de acumulación estadounidense

De Vietnam a Volker... la crisis señal Si bien el Mundo de Yalta se verá ya sacudido a partir de 1956..., el 68 internacional tendrá un impacto mucho

mayor en términos de debilitamiento del imperialismo yanqui en Vietnam, de creciente combatividad estudiantil, obrera y de las minorías racializadas en los países imperialistas y de ascenso antiburocrático estudiantil y obrero en los países del Este. No obstante, la contraofensiva imperialista no se hará esperar:

- ruptura estadounidense con el sistema de Bretton Woods, abandono de la paridad dólar-oro y estímulo de la financiarización entre 1970 y 1973.
- oleada de golpes de Estado y guerras contrainsurgentes en América Latina entre 1973 y 1991.
- penetración en el Sur Global de los petrodólares generados por el alza del precio del petróleo (desde la Guerra del Yom Kippur del 73) e imposición de la crisis de la deuda del Tercer Mundo con la subida posterior de tipos del dólar decidida por el presidente de la Reserva Federal, Paul Volcker...; crisis que redundaría en un desplome de los precios de las materias primas, una pauperización salvaje sin precedentes y un frenazo radical al empuje antiimperialista en el Sur Global.
- un endeudamiento creciente de los países del Este en un contexto de “normalización” autoritaria brezneviana y de creciente esclerosis e ineficiencia económica (Coll, 2017).

En suma, la apuesta por la globalización que iniciará Estados Unidos será ya un modo de compensar su declive económico relativo (y su endeudamiento por la guerra de Vietnam), aportará un valor estratégico creciente al dólar como divisa de referencia y otorgará a la Reserva Federal un poder que se asemeja al de un banco central mundial (Panitch, 2000). El correlato geopolítico y (a la larga geoeconómico) de esta contraofensiva será una apuesta audaz y arriesgada del tándem Nixon-Kissinger por asociarse con la China tardomaísta para deslocalizar progresivamente hacia ese país actividad industrial intensiva en trabajo, deprimir los salarios americanos (quebrando la combatividad obrera del Nordeste) y ahondar en la brecha de la confrontación sinosoviética iniciada en 1961. Esto, unido a la otra operación audaz de Brzezinsky-Carter de arrastrar a los soviéticos a la trampa afgana en 1979, será la sentencia de muerte de la URSS, pero tendrá como efecto secundario sentar las bases para el crecimiento del *socialismo de mercado* postmaísta en China, que, como veremos, a la postre contribuirá al desarrollo de la principal amenaza sistémica a la hegemonía estadounidense en el siglo XXI.

American way of Life

Dado que el debate sobre el imperialismo prácticamente desapareció tras la Guerra Fría, es importante detenerse un momento en las especificidades del imperialismo estadounidense. Es el primer imperio no territorial de la historia, que se proclama no imperialista, que no ocupa permanentemente países, sino que los *protege* estacionando tropas en casi 800 bases militares esparcidas por el globo, y que no tiene necesidad de cambiar las banderas de sus vasallos, sino que se limita a cambiar los gobiernos que perpetran políticas *equivocadas* mediante su gran especialidad: las operaciones de cambio de régimen (O'Rourke, 2018) que, en palabras de un crítico liberal del imperialismo de EE UU, como Jeffrey Sachs, son “proyectos a largo plazo” (al igual que Hobson en el XIX, Sachs es un liberal que cree en el XXI que el imperialismo es negativo para la democracia y el bienestar material de los países que lo ejercen y un factor desestabilizador que exacerba el riesgo de guerra global).

Durante muchos años se ha dado un debate acerca del declive imperial americano. Creo que es importante recordar algunos hechos para matizarlo y contextualizarlo. Es cierto que hoy China ya es la primera potencia manufacturera y exportadora del mundo; sin embargo, es capital no olvidar que Estados Unidos por el momento mantiene su primacía militar, financiera, tecnológica y cultural (D'Eramo, 2022). A diferencia de los imperios del pasado (imperios del libro y unilingües), el imperio americano se basa en la imagen y el sonido y se vehicula a través de una lengua que no substituye a las lenguas de sus súbditos, sino que se superpone a ellas. En el ámbito de las tecnologías de la información y la comunicación la hegemonía americana es absolutamente abrumadora en todo el mundo y una fuente de poder apabullante (incluido en el ámbito militar y de inteligencia). A nivel económico, ciertamente Estados Unidos se ha visto desplazado como principal centro de la producción de valor a nivel mundial, pero no por ello deja de controlar

los grandes flujos mundiales de capital y la arquitectura institucional que los sostiene. De hecho, cualquier intento de substituir al dólar como moneda de referencia mundial ha provocado intervenciones militares fulminantes: la suerte corrida por Saddam Hussein, Muamar El Gadafi y, más recientemente, Nicolás Maduro son claros ejemplos de ello. En este sentido, el margen de maniobra del imperialismo estadounidense sigue siendo grande y, a pesar de que Trump está contribuyendo a un rápido desgaste con su descaro, su discurso ultraderechista y su imprevisibilidad megalómana y narcisista (Montoya, 2025), todavía persisten mecanismos hegemónicos de *soft power* eficaces y operativos en los que se reconocen y de los que sacan provecho sus vasallos (Anderson, 2013).

En fin, uno de las grandes *handicaps* de China para suponer un desafío a la hegemonía mundial americana, junto a la debilidad financiera del yuan, es que carece de una ideología imperial universal que le aporte coherencia (frases como el *sueño chino* o el *modo chino de vida* nos resultarían ridículas...) y atractivo global a su creciente poder. China no cuenta con nada que se asemeje a la ortodoxia católica que convirtió al Imperio español del XVI y el XVII en “martillo de herejes” y espada de la “fe verdadera”, a la ética protestante de los “elegidos” frente a los “condenados” propagada por los holandeses, al “libre comercio” y “la riqueza de las naciones” que proclamaba el imperio británico, al “internacionalismo proletario” que blandía la URSS en su área de influencia o a la expansión de la “democracia” y la promoción de los “derechos humanos” que acompaña al Tío Sam hasta la fecha (Anderson, 2018).

De la euforia del globalismo unipolar a la histeria imperialista actual

Las recetas neoliberales (privatización de empresas y servicios públicos, desregulación financiera, reducción de impuestos al capital y las fortunas, compresión de los salarios y deslocalización de la producción hacia países con bajos salarios) lograron una recuperación importantísima de la rentabilidad y los beneficios en los 80 y 90, pero a costa de disparar la deuda de particulares, empresas y Estados y de una creciente inestabilidad financiera azuzada por la especulación. El colapso de la URSS y la restauración capitalista en Europa del Este también contrarrestaron significativamente las tendencias al estancamiento que arrastraba ya el capitalismo mundial desde los años 70. Arrighi habla de crisis del modelo americano de acumulación y apertura de un contexto de caos sistémico por falta de relevo hegemónico. Mandel (1986) entendía que el agotamiento de la onda larga expansiva del capitalismo de posguerra por motivos endógenos (fundamentalmente la ley de tendencia decreciente de la tasa de ganancia) sólo podía ser contrarrestado duraderamente por poderosos eventos exógenos a la rotación del capital (nuevo reparto imperial, derrotas decisivas de la clase obrera, etc...). Harvey (2003) verá en la acumulación por desposesión el rasgo dominante del nuevo imperialismo neoliberal, con sus lógicas privatizadoras y desreguladoras, al modo de los cercamientos que analizaría Marx en sus escritos sobre la acumulación capitalista originaria.

La desaparición del contrapeso geopolítico de la URSS y la borrachera neoliberal conducirán a una arrogancia unipolar estadounidense que irá sembrando las tempestades actuales y que, además, no será capaz ni de contrarrestar su largo declive industrial ni de corregir su endeudamiento... ni, más en general, de proporcionar un renovado y sostenido dinamismo al conjunto del sistema capitalista mundial.

De esos polvos, estos lodos...

La actual tensión en el mundo tiene que ver con el intento de Occidente, principalmente de Estados Unidos, de impedir por todos los medios el declive de su poder en el mundo (Poch de Feliu, 2024). La sucesión de guerras de Washington en el arco que va de Afganistán a Libia, pasando por Iraq y las guerras en la ex Yugoslavia (Gowan, 2000), tiene que ver con la concepción neocón, común a republicanos y demócratas, de un dominio del mundo en solitario formulada en 1992 y recogida en un conocido libro: “los tres grandes imperativos de la geoestrategia imperial son evitar enfrentamientos y mantener la dependencia de la seguridad de los vasallos, para mantener a los poderes tributarios sumisos y protegidos, y para mantener divididos a los bárbaros” (Brzezinsky, 1998).

La prioridad americana para Europa era separar a Alemania de Rusia e impedir la integración de la Unión Europea en el conglomerado geoeconómico euroasiático

El ascenso de China, la reacción de Rusia y la cada vez mayor enajenación del Sur Global no son ajenos a este creciente desorden internacional.

La prioridad americana para Europa era separar a Alemania de Rusia e impedir la integración de la Unión Europea en el conglomerado

geoeconómico euroasiático, cuya principal fuerza motriz está en Pekín (como destacó la cumbre de la OTAN de Madrid en junio de 2022). China es el primer socio comercial de la UE. Rusia era su principal socio energético. Estados Unidos está rompiendo ambas relaciones, a pesar de que la UE ha logrado retomar la iniciativa ante las guerras arancelarias de Trump con la reciente firma del acuerdo comercial con el MERCOSUR e India. Lo de Rusia ya se ha conseguido y en el mejor de los casos la ruptura durará algunas décadas (el atentado contra el Nord Stream en el Mar del Norte simboliza muy bien lo que está en juego). Lo de China es más difícil, pero también avanza (AUKUS, colaboración creciente entre la OTAN y Japón, Corea del Sur, Taiwán, Filipinas, Australia, etc...). El resultado ha sido una subordinación creciente de la UE a Estados Unidos, una grave recesión económica en Alemania, un ascenso de la extrema derecha (Palheta, 2018) y la agudización de su crisis abierta hace 15 años por la crisis del euro en los PIGS, el *Brexit* y la eclosión de la necropolítica antiinmigratoria (Murphy, P., Toussaint, É. y Urbán, M., 2024).

El gran punto de inflexión

Los años 2007-2009 tendrán un impacto económico y geopolítico capital.

En el plano económico, si bien hasta la fecha la gobernanza neoliberal había logrado desplazar la inestabilidad que creaba hacia las periferias (crisis mexicana de 1994, rusa del 95, asiática del 98 y argentinazo en 2001), en esta ocasión la gran crisis neoliberal estalló en Estados Unidos (con las hipotecas *subprime*) y golpeó de lleno a Europa:

- Se inauguró una larga dinámica de estancamiento iniciada en los grandes centros imperialistas (Lapavitzas *et al.*) que se perpetuó por los efectos de la pandemia de 2020-2023.
- Afloraron los efectos diferidos del desplazamiento al Sur y a Oriente de los grandes centros de producción de valor, así como del agotamiento de las dinámicas de financiarización como mecanismo para recuperar los beneficios con escasa o nula acumulación.
- La pérdida de dinamismo en los centros imperialistas se puso de manifiesto en un estancamiento de la productividad por una escasísima inversión, en el desarrollo de la banca a la sombra que escapará a la ya escasa regulación estatal (Louçã, 2019) y en la cronificación de multinacionales *zombies* (asistidas por recurrentes inyecciones de liquidez procedentes de los bancos centrales)...
- No faltan autores (Roberts, 2025) que alertan de indicios de que está a punto de estallar una nueva burbuja financiera asociada a la inteligencia artificial.

En el plano geopolítico se dio:

- Una agudización de las tensiones interimperialistas a escala internacional.
- Una creciente inestabilidad política interna, tanto en los países del centro como en los países de las periferias.

Por consiguiente, desde los tiempos de la Administración Biden (y en especial desde la huida americana de Kabul en 2021) existen cuatro grandes focos de tensión interimperialista:

- Palestina y Oriente Medio (véase el magnífico texto de Daher, 2023).
- Ucrania, el Báltico y el Mar Negro (los abordajes europeos contra la llamada *flota fantasma* rusa podrían provocar un incidente militar grave con Rusia en cualquier momento...).
- El Sahel y el África Subsahariana (en la actualidad la disputa por África es intensísima entre todas las potencias imperialistas).
- Taiwán y el Sureste Asiático (no se puede descartar totalmente una acción militar que permita a Xi Jinping pasar a la historia como el *reunificador de China*).

A los cuales la agresividad imperial del segundo mandato de Trump (Montoya, 2025) está añadiendo a dos regiones más al primer plano de la confrontación mundial:

- América Latina (véase el artículo de Valerio Arkary en este número de la revista) y el Caribe (con la reciente intervención imperialista yanqui en Venezuela y las amenazas contra Cuba, Colombia y México) (Fernández, 2026).
- Groenlandia y, más en general, el Ártico (el *Congo Boreal* del siglo XXI, en el que el colapso climático profundiza la rapiña extractivista, los atropellos contra los pueblos originarios y la toma de posiciones geopolíticas), como han puesto de manifiesto las amenazas recientes de Trump y el horizonte de futuras “guerras blancas” (Mian, 2025).

Interrogantes chinos

No hay ninguna duda de que el creciente antagonismo entre unos Estados Unidos en declive relativo y una China cada vez más poderosa, pero que también da muestras de pérdida de dinamismo, atraviesa todos los aspectos de la situación mundial desde el cambio de siglo. Algunos autores hablan de nueva guerra fría (Achcar, 2023), otros de la emergencia de un mundo multipolar. Pero, sin duda, la caracterización precisa de la naturaleza del Estado y la sociedad chinas, de su intento de oponerse a la arquitectura económico-institucional de la globalización americana, pero también de sus debilidades y

contradicciones es una tarea clave de los y las socialistas en el siglo XXI y merecería un artículo específico.

Constatemos, no obstante, que conoce enormes desigualdades y tensiones sociales ocasionadas por un capitalismo bastante salvaje pero centralmente planificado y que convive con la propiedad pública de sectores estratégicos (como buena parte de la tierra y la banca). Vive el desarrollo creciente de un capitalismo exportador, pero muy lastrado por un debílimo mercado interior, a pesar de un

La caracterización precisa de la naturaleza del Estado y la sociedad chinas es una tarea clave de los y las socialistas en el siglo XXI

progresivo crecimiento de los salarios reales. Un sistema híbrido dirigido por un partido comunista represivo –algunos ven en los hechos de Tiananmen de 1989 la coronación de una contrarrevolución y una restauración capitalista acabadas (Au Loong Yu, 2023)–, que impide la autoorganización obrera estable –pero que a menudo hace concesiones bajo la presión popular– y que combina conservadurismo neoconfuciano, nacionalismo y referencias al socialismo y al marxismo. Un Estado que todavía no controla abiertamente una burguesía capitalista restauracionista (Katz, 2023), pero que experimenta

las crecientes tensiones propias de un sistema híbrido, que se manifiestan muy claramente en luchas fraccionales entre distintos sectores que dominan ámbitos específicos del aparato productivo y en luchas de poder entre Estado central y burocracias regionales.

En fin, otro debate central a desarrollar es si se puede hablar con propiedad de imperialismo chino o no (creo personalmente que no hay dudas de ello en el plano económico si seguimos el criterio clásico de Lenin, pero es mucho más dudoso en el plano geopolítico por el momento o, en su caso, todavía no es un proceso consumado).

Rusia, la OTAN y la guerra de Ucrania

Si queremos que el movimiento obrero tenga algún futuro en Europa hay que caracterizar correctamente el conflicto en curso sin simplificaciones y entender que hay una dialéctica entre opresión nacional (del nacionalismo gran ruso sobre Ucrania, pero también de minorías dentro del Estado ucraniano) y, a la vez, una guerra por procuración de la OTAN contra Rusia (Piva, 2023). Sin embargo, la dinámica de la guerra ha ido imponiendo un cambio

en su dosificación, en la medida en que la voluntad de resistencia de una mayoría de la población ucraniana al principio de la invasión de Putin se ha ido subordinando progresivamente a los objetivos, los métodos y la dirección político-militar de las potencias que apoyan a Kiev contra Rusia (EE UU de Biden primero y la UE del dúo Kallas-Von der Leyen

La Federación Rusa es la única responsable de una invasión condenable y criminal

actualmente). Al mismo tiempo, el estancamiento de la situación militar en el marco de una larga guerra de desgaste ha favorecido desde entonces una desafección creciente, un alejamiento y actitudes cada vez más contrarias a la guerra entre franjas crecientes de la población (como la huida masiva de reclutas rusos y las deserciones no menos masivas de soldados ucranianos, descreídos ante una ilusoria promesa de victoria).

Si bien no hay ninguna duda de que la Federación Rusa es la única responsable de una invasión condenable y criminal, como todas las agresiones imperialistas, es manifiestamente falso sostener que *no ha sido provocada*.

Es necesario recordar algunos hechos para situar el contexto de la invasión del 24 de febrero de 2022:

- La Guerra Fría nunca se cerró del todo tras el hundimiento de la ex URSS y el Bloque del Este hace más de treinta años. La conversión de fracciones enteras de las antiguas burocracias al etnonacionalismo para mantenerse en el poder, como ya sucediera en la ex Yugoslavia, la intervención de las grandes potencias para operar y/o contribuir a una restauración capitalista neoliberal

- y mafiosa y alentar enfrentamientos en beneficio propio ha sido una constante desde los años 90 en Europa del Este.
- Es imposible entender el conflicto actual perdiendo de vista el trauma de la descomposición de la Unión Soviética y el hundimiento de los países del Este, la dialéctica de los conflictos armados que han tenido lugar en el mundo desde el fin de la Guerra Fría, las guerras lanzadas por la OTAN (Anderson, G., 2023) y su extensión al Este sin y contra Rusia (Haslam, 2023).
 - La base material que explica el gran antagonismo entre una OTAN hegemónizada por Estados Unidos y Rusia es la naturaleza del capitalismo político ruso, que, desde principios de los años 2000, ya no es permeable a la penetración de los intereses del capitalismo globalizado transnacional e intenta asegurar los intereses de las oligarquías propias en base a un poder bonapartista autoritario y antiobrero que busca salvaguardar sus zonas de influencia tradicionales y su rentismo extractivista.
 - También es importante recordar que la invasión ordenada por Putin en 2022 habría sido imposible de no haberse dado en Ucrania dinámicas de guerra civil desde 2014 (Ishenko, 2024).

Muchas guerras no se entienden hasta el final...

Ante la guerra de Ucrania, la creciente debilidad política, social e intelectual de las izquierdas ha conducido a no pocos a una apología indirecta de la OTAN, a un *apoyo crítico* de su intervención en el conflicto y a aceptar *de facto* parte de su propaganda. No es nuevo, muchas debacles del movimiento obrero del pasado se debieron a que algunos se creyeron, por ejemplo, que la entrada británica en la Gran Guerra se debió a la *invasión no provocada* de un país neutral como Bélgica por el militarismo alemán y la rusa al socorro de la autodeterminación de Serbia contra el imperialismo austríaco, que la Segunda Guerra Mundial fue tan sólo un enfrentamiento entre democracia y fascismo, que la razón de ser del Estado de Israel es la oposición al antisemitismo o que la intervención americana en Vietnam respondía a una lucha del mundo libre contra el totalitarismo soviético.

Para evitar caer en simplificaciones y maniqueísmos de este tipo, me parece importante recordar algunos hechos que ponen de relieve la gravedad de la situación europea y mundial desde 2022:

- Ninguna de las guerras por procuración de la Guerra Fría se luchó en el Norte, y menos en las fronteras (y hasta dentro de las fronteras) de una gran potencia nuclear como Rusia.
- Durante la Guerra Fría existían tratados de limitación de armas nucleares, hoy en día eso ha sido sistemáticamente saboteado, primero por Estados Unidos y más recientemente por Rusia. Ello nos ha conducido a un escenario probablemente más peligroso que la crisis de los misiles de Cuba en 1962 (Jacobsen, 2024), donde sí se aplicó la

Doctrina Monroe, que prohíbe la presencia de intereses, regímenes aliados o bases militares de otras grandes potencias, no en las fronteras de Estados Unidos, sino en las Américas en su conjunto.

- Es conveniente recordar también que el entusiasmo inicial de las cancillerías occidentales por las perspectivas que abría la guerra por procuración que libraba la OTAN contra Rusia sobre las espaldas de Ucrania llevó a no pocos de sus exponentes a acariciar la perspectiva de un Afganistán eslavo (Watkins, 2022). Se insistió hasta la saciedad en que los crímenes de guerra cometidos imposibilitaban cualquier negociación y que se debía forzar la derrota total de Rusia. A la vista de lo que “Occidente” tolera a diario a Netanyahu desde el 7 de octubre de 2023 (“Bifo” Berardi, 2022), la hipocresía del imperialismo occidental resulta totalmente escandalosa.
- Todas las informaciones disponibles apuntan a que Rusia va ganando, lentamente y no sin dificultades, una guerra de desgaste terrible con bajas enormes por ambos bandos, ha sido capaz de resistir las sanciones económicas y ha reforzado su vínculo geopolítico y geoeconómico con China. Algo que explica el intento de Trump de repetir la jugada maestra de Nixon-Kissinger de hace 50 años, pero a la inversa (hacer concesiones a Putin en Ucrania para ganar su favor en el Ártico y poder concentrar todo el fuego sobre China), por un lado, y pasarle el muerto de la guerra de Biden a sus vasallos europeos, para que apechuguen con una derrota asegurada (el objetivo estratégico de los americanos ya se logró ampliamente con la voladura del Nord Stream), por otro. El segundo objetivo ya es un hecho, el primero parece que llega demasiado tarde.
- Último, pero no menos importante, no paran de llegar informaciones que apuntan a la autoría ucraniana del sabotaje del Nord Stream con la ayuda de uno o varios países de la OTAN en la acción (el silencio del *establishment* europeo sobre esto es absolutamente estruendoso y vergonzante).

La Unión Europea. Un manicomio entre Ucrania y Groenlandia

Es necesario concluir esta panorámica general sobre decadencia capitalista e imperialismos con unos apuntes finales sobre la deriva actual de la UE.

- *La Europa de la defensa*, un viejo proyecto de la UE que se ha impulsado y legitimado gracias a la guerra de Ucrania, no sólo traduce la voluntad de reforzar su *hard power*, sobre todo en la *melée* por controlar recursos en África y una coartada para enterrar de un plumazo la *agenda verde europea*. El refuerzo militar europeo y la retórica de guerra contra Rusia es una huida hacia delante que refleja el impacto del declive de la industria automovilística alemana, la inquietud generada entre sus dirigentes por el caos interno en EE UU y la crisis política interna de la Unión Europea (Sheidler, 2025)...

- La invasión putinista ha permitido la ampliación de la OTAN a Finlandia y Suecia, añadiendo nuevas tensiones con Rusia y acabando con una larga historia de neutralidad de dichos países (que en parte amortiguó importantes tensiones durante la Guerra Fría).

En su relación con Rusia, la Unión Europea hace muchos años que renunció a la diplomacia (Sachs, 2025). Tiene en cambio política de sanciones, que de momento se vuelven contra ella, y una política de remilitarización (Lieven, 2026).

Existe, en fin, un vínculo estructural entre la militarización (Serfati, 2025) europea (que cualquier anticapitalista tiene el deber de combatir) y la intervención militar europea y de la OTAN en Ucrania de más largo alcance. Por todo ello, es contradictorio oponerse formalmente a la militarización de Europa a la vez que se apoya la intervención militar creciente y sin fin en Ucrania, cuando ésta es el principal motor de la militarización del continente (Fernández, 2024).

“El enemigo principal está en casa”

A modo de conclusión es importante destacar que no hay ninguna duda de que el imperialismo más desestabilizador del mundo sigue siendo el estadounidense, máxime cuando la primera potencia mundial está dirigida por una camarilla de multimillonarios ultraderechistas decididos a perpetuar por todos

Es vital evitar los cantos de sirena del imperialismo europeo y su incipiente defensismo en nombre de una democracia vaciada

los medios el poder de la burguesía yanqui, aunque sea con un reguero de nuevas guerras en el exterior e imponiendo su agenda contrarrevolucionaria y supremacista en el interior. Como recordaba Poulanzas, existe una dialéctica entre radicalización imperial hacia fuera y fascistización hacia dentro: algo que se puede constatar, no sólo en la Rusia de Putin y en EEUU de Trump, sino también en muchos países de la UE. Dicho esto, es vital evitar los cantos de si-

rena del imperialismo europeo y su incipiente *defensismo* en nombre de una *democracia* vaciada. No olvidemos que Europa engendró el colonialismo más cruel, el tráfico de esclavos, el capitalismo y la forma más atroz de defensa de dicho sistema: el nazifascismo. Ni Putin ni Trump pueden ser la coartada para caer en una nueva *union sacrée* europea. La política del internacionalismo socialista consiste en solidarizarse con todos los pueblos que sufren agresiones imperialistas, saqueos capitalistas, y racialización, explotación y exclusión en las metrópolis. No habrá política antifascista eficaz que no plantee desacomplejadamente una alternativa ecosocialista y revolucionaria y que no luche contra todos los imperialismos manteniendo la independencia de clase

como brújula estratégica. En fin, Europa ha engendrado lo peor, pero también lo mejor: la filosofía clásica y el humanismo, la idea de la democracia y el comunismo, el movimiento obrero y el marxismo, el feminismo y el antimilitarismo revolucionario de figuras como Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht. Volvamos a hacer que broten de nuevo estas fuentes de futuro.

Andreu Coll es militante de Anticapitalistas y miembro del consejo asesor de **viento sur**

Referencias

- Achcar, Gilbert (2023), *The New Cold War: The United States, Russia, and China from Kosovo to Ukraine*. Melbourne: Westbourne Press.
- Anderson, Perry (1979) *El Estado absolutista*. Madrid: Siglo XXI.
- (2013) *American Foreign policy and its thinkers*. Londres: Verso.
- (2018) *La palabra H: peripecias de la hegemonía*. Madrid: Akal.
- (2021) *Ever closer Union? Europe in the West*. Londres: Verso.
- Anderson, Grey (2023) *Natopolitanism. The Atlantic Alliance since the Cold War*, Londres: Verso.
- Arkary, Valerio. “¿Qué significa el internacionalismo socialista en el siglo XXI?” (<https://jacobinlat.com/2024/08/que-significa-el-internacionalismo-socialista-en-el-siglo-xxi/>)
- Arrighi, Giovanni (1999) *El largo siglo XX*, Madrid: Akal.
- “Bifo” Berardi, Franco (2023) “Epicentro” (<https://ctxt.es/es/20231101/Firmas/44732/franco-bifo-berardi-israel-gaza-genocidio-desintegracion-moral.htm>).
- Brewer, Anthony (1983) *Marxist theories of imperialism*. Londres: Routledge.
- Brzezinsky, Zbigniew (1996) *El gran tablero mundial*. Barcelona: Paidós.
- Callinicos, Alex (2005) “Imperialism and global political economy” [<https://www.marxists.org/history/etol/writers/callinicos/2005/xx/imperialism.html>]
- Coll, Andreu (2017) “OTAN: control geopolítico, soberanías limitadas e involución política” (<https://cdn.vientosur.info/vientosur/articulos/155/7.%20OTAN-%20control%20geopolitico.pdf>)
- Daher, Joseph (2023) *La cuestión palestina y el marxismo*, Barcelona: Sylone **viento sur**.
- D’Eramo, Marco (2022). “¿Declive estadounidense?” (<https://newleftreview.es/issues/135/articles/american-decline-translation.pdf>)
- Fernández, Brais (2024) “Europa, la guerra y el espíritu de 1914” (<https://vientosur.info/europa-la-guerra-y-el-espiritu-de-1914/>)
- (2026) “Posiciones ante la ofensiva trumpista” (<https://vientosur.info/posiciones-ante-la-ofensiva-trumpista/>)
- Gowan, Peter (2000), *La apuesta por la globalización*. Madrid: Akal.
- Harvey, David (2003) *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal.
- Haslam, Jonathan (2023) *Hubris. Origins of the Russian war against Ukraine*. Londres: Bloomsbury Publishing.

- Ishenko, Vladimír (2024) *Towards the Abyss. Ukraine from Maidan to war*. Londres: Verso.
- Jacobsen, Annie (2024) *Nuclear war. A scenario*. Londres: Transworld publishers.
- Katz, Claudio (2023) *La crisis del sistema imperial* (<https://jacobinlat.com/wp-content/uploads/2023/09/Katz-La-crisis-del-sistema-imperial.pdf>)
- 2016) “La teoría clásica del imperialismo” (https://www.lahaine.org/b2-img11/katz_teoria1.pdf)
- Lapavistas, Costas *et al.* (2023) *The State of Capitalism. Economy, Society and Hegemony*, Londres: Verso.
- Lieven, Anatol (2026) “La Unión Europea. Un manicomio entre Ucrania y Groenlandia” (<https://rafaelpoch.com/2026/01/08/la-ue-un-manicomio-entre-ucrania-y-groenlandia/>)
- Au Loong Yu (2023) “Estar en contra de la militarización estadounidense en Asia-Pacífico no implica guardar silencio sobre el imperialismo emergente chino” (<https://vientosur.info/estar-en-contra-de-la-militarizacion-estadounidense-en-asia-pacifico-no-implica-guardar-silencio-sobre-el-imperialismo-emergente-chino/>)
- Louçã, Francisco (2019) *Sombras. El desorden financiero en la era de la globalización*. Barcelona: Sylone.
- Mandel, Ernest (1986) *Las ondas largas del desarrollo capitalista*. Madrid: Siglo XXI.
- (2014) *El significado de la Segunda Guerra Mundial*. Madrid: **viento sur**-La oveja roja.
- Mian, Marziio G., (2025) *La guerra blanca. El frente ártico del conflicto mundial*. Barcelona: NED Ediciones.
- Montoya, Roberto (2025) *Trump 2.0*, Madrid: Akal.
- Mosquera, Martín (2024) “Fin de ciclo” (<https://jacobinlat.com/2024/08/fin-de-ciclo-2/>)
- Murphy, Paul, Toussaint, Éric y Urbán, Miguel (2024) “Tambores de guerra resuenan en Europa” (<https://vientosur.info/tambores-de-guerra-resuenan-en-europa/>)
- O’Rourke, Lindsay A. (2018) *Covert Regime Change: America’s Secret Cold War*. Cornell University Press.
- Palheta, Ugo (2018) *La possibilité du fascisme*. París: La Découverte.
- Panitch, Leo (2000) “el nuevo Estado imperial” (<https://newleftreview.es/issues/3/articles/leo-panitch-el-nuevo-estado-imperial.pdf>)
- Piva, Adrian (2023), “La crisis del imperialismo y la guerra de Rusia contra Ucrania” (<https://jacobinlat.com/2023/03/crisis-del-imperialismo-y-la-guerra-de-rusia-contra-ucrania-2/>)
- Poch de Feliu, Rafael (2018) *Entender la Rusia de Putin*. Madrid: Akal.
- (2024) *El año 2024: Gaza, Ucrania y Eurasia en la crisis del declive occidental* (<https://repositori.upf.edu/server/api/core/bitstreams/acf681b4-3bee-4807-8f2f-d2d719c2f698/content>)
- Poulantzas, Nicos (1971) *Fascismo y dictadura, La III Internacional frente al fascismo*. Madrid: Siglo XXI.

- Roberts, Michael (2025) “Pronóstico para 2026” (<https://www.sinpermiso.info/textos/pronostico-para-2026>)
- Sachs, Jeffrey “Geopolítica de la paz” (<https://rafaelpoch.com/2025/02/28/la-geopolitica-de-la-paz/>)
- Serfati, Claude (2025) “Dividendos de la guerra, ¿pero para quién?” (<https://vientosur.info/dividendos-de-la-guerra-pero-para-quien/>)
- Sheidler, Fabian (2023) *El fin de la megamáquina. Historia de una civilización en vías de colapso*. Barcelona: Icaria.
- (2025) “Prevenir la paz” (<https://rafaelpoch.com/2025/04/05/prevenir-la-paz/>)
- Tilly, Charles (1985) “War making and State making as organized crime” (<https://www.bmartin.cc/pubs/19sd/refs/Tilly1985.pdf>)
- Watkins, Susan (2022) “Cinco guerras en una” (<https://newleftreview.es/issues/137/articles/five-wars-in-one-translation.pdf>)

Ofensiva nacional-imperialista de EE UU contra América Latina

Valerio Arcary

“A cem avisa, quem um castiga.
A bom entendedor, meia palavra basta.”
Proverbios populares portugueses.

■ 1. A partir de enero de 2026 habrá un antes y un después. Nos enfrentamos a un giro en la situación mundial con un cambio acelerado y desfavorable en la relación de fuerzas para América Latina. Washington inició una ofensiva a escala continental y Caracas fue solo el eslabón más débil. Trump ni siquiera pidió al Congreso estadounidense autorización para la intervención militar en Venezuela. La operación de bombardeo y secuestro de Maduro y Cilia Flores es, estrictamente, ilegal, a la luz del derecho internacional y de la Constitución de Estados Unidos. Todo comenzó con el cerco militar de las aguas territoriales del país, el hundimiento de decenas de barcos, la captura de petroleros, y culminó con la operación de comandos durante el bombardeo de Caracas, con más de cien muertos. No se declaró formalmente la guerra. Pero el plan es dominar el país.

2. Dos semanas después de los bombardeos y el secuestro de Maduro en Venezuela, la evolución de la situación ha sido terrible. Hemos asistido a reiteradas declaraciones de anexión de Groenlandia para garantizar el control de Estados Unidos sobre el Ártico frente a Rusia y China, a amenazas de intervención militar en México, aunque posteriormente suspendidas, a chantajes contra Colombia, a la increíble provocación de que Marco Rubio sería un buen candidato para la presidencia de Cuba, a la reunión con María Corina para recibir la medalla del Premio Nobel y, finalmente, al anuncio de una posible agresión contra Teherán. Por si fuera poco, en el plano interno, Trump se solidarizó con el asesinato del ICE, su milicia interna responsable de decenas de miles de detenciones de inmigrantes, y advirtió que podría utilizar las Fuerzas Armadas para reprimir las protestas. El cálculo preliminar es que Estados Unidos podría haber deportado a unas 300 000 personas en 2025, entre mil y dos mil detenidas cada día, y la disposición a utilizar las Fuerzas Armadas contra las protestas. Imperialismo nacional externo y neofascismo interno.

3. El objetivo declarado de la ofensiva es reducir a Venezuela a la condición de protectorado. Estados Unidos no reconoce el derecho a la soberanía del país. Se trata de una acción imperialista sin precedentes en América Latina desde 1989, cuando se invadió Panamá para garantizar el control del Canal. La *extracción* militar de Maduro fue solo un primer ataque, dramático y devastador, pero *exploratorio*, para señalar que podrían llegar a derrocar al régimen. El peligro de nuevas intervenciones es real e inminente, y depende únicamente

del resultado de las negociaciones con el Gobierno de Delcy Rodríguez. Trump ya ha declarado incluso una posible ocupación e imposición de un Gobierno títere, lo que obedece al plan de recolonización mediante la apropiación de las reservas de petróleo por parte de empresas estadounidenses, entre otras razones, para excluir el acceso de China. La superioridad militar de Washington, confirmada en Caracas, fue una brutal demostración de fuerza ante Moscú y, sobre todo, Pekín: desde los bombardeos en Irán, pasando por el armamento entregado desde Ucrania a Zelensky hasta el Israel de Netanyahu, el imperialismo yanqui quiso demostrar que es la única potencia con capacidad para ejercer el poder militar a escala mundial. Y lo consiguió.

4. Venezuela fue el primer país en ser atacado por tres razones igualmente graves: (a) porque tiene variadas e inmensas riquezas naturales que son de crucial importancia, entre las que destaca el petróleo más accesible ante la inmensa demanda que plantean las nuevas infraestructuras de inteligencia artificial; (b) porque fue la nación que más lejos llegó, en América del Sur, en la afirmación de un Estado independiente, desde la revolución cubana, en una posición geopolítica sensible; (c) porque era el eslabón más débil de América Latina, debido a la fractura social y política interna y al aislamiento internacional, dependiente de las relaciones con China, Rusia e Irán. La narrativa de Washington es absurda. No es cierto que Venezuela sea un narco-Estado. Las rutas de abastecimiento del mercado de consumo de drogas no salen de Venezuela, sino que utilizan el océano Pacífico. No es cierto que se trate de una invasión en defensa de la democracia. Trump mantiene estrechas relaciones con tiranías monstruosas como la de Arabia Saudita. ¿Quién puede siquiera considerar que un gobierno títere impuesto por Trump sería más legítimo? Todos los pretextos son absurdamente deshonestos, falsos y fraudulentos. Se trata de petróleo y poder.

5. Trump cambió la orientación del imperialismo yanqui hacia el continente. Desde una perspectiva histórica, hubo dos etapas previas a la actual. La estrategia de Estados Unidos para América Latina fue, durante el intervalo entre 1948 y la caída del Muro de Berlín, defender regímenes y gobiernos que tuvieran una lealtad incondicional a sus intereses contra lo que interpretaban como el *peligro comunista*, incluso si se trataba de dictaduras militares despiadadas, en el contexto de la guerra fría con la URSS. Árbenz en Guatemala en 1952, Getúlio en Brasil en 1954, Perón en Argentina en 1955, Jango en 1964, entre muchos otros, fueron derrocados por campañas golpistas. Los regímenes dictatoriales fueron defendidos tanto por republicanos, como Eisenhower y Nixon, como por demócratas, como Kennedy o Johnson. Monstruos como Trujillo, Somoza, Stroessner, Médici, Pinochet y Videla fueron protegidos.

6. La posibilidad de regímenes democráticos liberales solo se admitió a partir de finales de los años ochenta, tras los pactos con Gorbachov. Durante treinta y cinco años, entre principios de los noventa y 2015, prevaleció el

apoyo a la consolidación de regímenes democráticos electorales con derecho a la alternancia en el gobierno. Nunca hubo un período tan largo y estable de libertades democráticas, legalidad para los sindicatos, movimientos sociales y participación de la izquierda en las elecciones. Hasta hace pocos años se elegían gobiernos de izquierda moderada, como las coaliciones lideradas por el PT en Brasil, el Frente Amplio en Uruguay, el kirchnerismo en Argentina, Rafael Correa en Ecuador, el Polo Patriótico en Colombia, el Frente Amplio en Chile y, hasta la más avanzada, el MAS en Bolivia. Esta estrategia cambió desde el primer mandato de Trump. A escala mundial, ha avanzado un movimiento político de extrema derecha que, a lo largo de diez años, desde la premonitory victoria del *Brexit* en el Reino Unido, ha comenzado a perseguir un cambio cualitativo en el orden mundial tras la restauración capitalista y la globalización. Una de sus prioridades es la recolonización de América Latina. Este nuevo rumbo está liderado por Trump, tiene inspiración neofascista y pretende imponer una derrota histórica de impacto durante, al menos, una generación.

7. Se produjeron golpes militares o institucionales contra los gobiernos de Dilma Rousseff en Brasil en 2016, Evo Morales en Bolivia en 2019 y Pedro Castillo en Perú en 2022. La agresión a Venezuela es la confirmación de que Washington ha decidido utilizar la fuerza en América Latina cuando lo considere oportuno, amenazando directamente a Bogotá y La Habana. Aunque por ahora no exista un peligro real e inmediato de que se produzca algo a la escala de lo ocurrido en Caracas, se ha logrado el objetivo de sembrar el miedo en Colombia, que celebrará elecciones

presidenciales en mayo, y en Cuba, que atraviesa un grave periodo de escasez. Nadie debería dudar de que se trata del inicio de una ofensiva de larga duración a escala continental.

8. La supremacía estadounidense ya no es la misma que hace treinta años, ante el ascenso de China a la condición de potencia. Pero es necesario calibrar el análisis de esta tendencia con un rigor realista. No existe un orden multipolar. Cualquier subestimación del poder de Estados Unidos en el mundo tendrá consecuencias devastadoras, si no irreversibles, durante un largo período. Sería imperdonable no concluir que cualquier gobierno de América Latina que contrarie los intereses de EE UU se ve amenazado por la disposición de imponer control sobre lo que Washington considera su derecho de dominio en el hemisferio occidental, el continente americano, incluyendo Groenlandia,

desde Alaska hasta Tierra del Fuego en la Patagonia. La nueva doctrina de seguridad nacional de EE UU, Donroe, Monroe+Trump, explicita la nueva prioridad. El reposicionamiento de Washington responde a la necesidad de recuperar el dominio económico y político ante la creciente presencia económica de China. En esta reorientación, el país decisivo será Brasil.

9. Venezuela está siendo un *laboratorio*. Las relaciones de intercambio en el mercado mundial son desiguales e injustas. Pero cualquier ilusión sobre la posibilidad de una *autarquía* en el mundo contemporáneo es peligrosa. Sin integración no hay posibilidad de desarrollo y, por lo tanto, de reducción de la pobreza. Los países periféricos, incluso los más fuertes, como Brasil, una nación en un grado más avanzado de industrialización, dependen de la exportación de materias primas de escaso valor añadido y necesitan desesperadamente acceder a bienes que incorporan tecnologías punta, como maquinaria de última generación y, sobre todo, capital. Las relaciones de intercambio son asimétricas e injustas. La periferia vende sus materias primas a precios que se establecen en las bolsas, como en Chicago, por ejemplo. Los países centrales son exportadores de capital y acreedores, y los periféricos, importadores y endeudados. Al bloquear el acceso al mercado mundial, como castigo por la osadía de la independencia nacional, los países centrales condenan a las naciones rebeldes a la asfixia económica. Trump utiliza los aranceles como sanciones, pero también muestra su *músculo* a quienes dudan de lo que vendrá después.

10. ¿Quién puede contener el nacional-imperialismo de Estados Unidos? El resultado de la lucha antiimperialista en solidaridad con Venezuela dependerá, en primer lugar, de la capacidad de lucha del pueblo venezolano. El lugar de la solidaridad internacional también será clave. Pero nada podrá sustituir el papel de la resistencia dentro de Estados Unidos. El neofascismo latinoamericano se alineará con Trump. El terrorismo de Estado es un arma de intimidación muy poderosa. El miedo es un sentimiento muy poderoso. Quienes no hayan encendido la *luz amarilla* tras la interferencia en las elecciones argentinas, cuando Trump chantajeó abierta y explícitamente a favor de Milei, ahora deben encender la luz roja. En Colombia en mayo y en Brasil en octubre, los intentos de manipulación del resultado electoral no descartarán las tácticas más sórdidas, en las redes sociales, pero no solo allí.

11. No hay una dictadura, en sentido estricto, en Venezuela, pero tampoco hay un régimen democrático-liberal. Lo que es innegable es que la alternativa al gobierno de Delcy Rodríguez es la oposición neofascista. María Corina es una marioneta de Estados Unidos. Si llega al poder, el destino de Venezuela será similar al de Irak hace veinte años: un protectorado estadounidense. Entonces, lo más probable será una dictadura y, posiblemente, una guerra civil, porque parece probable un escenario de resistencia armada ante la promesa de privatización de PDVSA y el encarcelamiento de los líderes chavistas. El conflicto en Venezuela no es por la democracia, sino por el control de PDVSA.

La extrema derecha no tiene ningún compromiso con la democracia liberal. Tiene una alianza inviolable con Estados Unidos y, en especial, con Trump. Detrás de María Corina están Bolsonaro en Brasil, Kast en Chile, Milei en Argentina y Uribe en Colombia.

12. El contexto es el de una nueva coyuntura, dramáticamente peligrosa. El régimen y el gobierno se mantienen en Venezuela, aunque debilitados. Las derrotas son derrotas, dejan heridas, minan la moral y es importante aprender las lecciones. Las luchas decisivas están por delante, no han quedado atrás. El fatalismo es mal consejero. El derrotismo es complicidad con la desmoralización. No son solo las armas las que deciden las guerras, sino la fuerza de la movilización que se alimenta de la conciencia antiimperialista. El régimen chavista se ha endurecido y ha adoptado formas bonapartistas autoritarias. Sin embargo, no se sostiene solo en el control de las Fuerzas Armadas y la Policía, porque disputa la hegemonía política. Aún conserva una implantación entre sectores de las y los trabajadores y las capas populares, a pesar del peso social, también, de la oposición de extrema derecha, especialmente en las capas medias. El país está fracturado y dividido. No hay un proceso revolucionario ininterrumpido desde 2002, cuando fue derrotado el golpe contra Chávez. Pero el país conservó su independencia, y eso no es poco.

13. Se equivocan quienes descartan que el régimen venezolano tiene una base social y política interna. Es cierto que las condiciones materiales de vida se han deteriorado, incluso dramáticamente, debido al cerco imperialista de décadas, y que existe un comprensible agotamiento entre las masas por los sacrificios en la lucha por la supervivencia. También es cierto que ha habido procesos de corrupción, en distintos grados, en la alta jerarquía del

chavismo, algunos de ellos expuestos públicamente, como el enriquecimiento ilícito de dos presidentes de PDVSA, Rafael Ramires (2004-2014) y Talik El Aissami (2020-2023). No es menos cierto que se produjo una deriva autoritaria del régimen chavista que reprimió a las organizaciones sindicales, populares y de izquierda. Después de más de veinte años no se ha avanzado en una ruptura anticapitalista. Pero no fue por eso por lo que el imperialismo decidió atacar a Venezuela, sino porque avanzó más

La desvalorización del significado de la lucha por la liberación nacional en una nación dependiente, de tipo semicolonial es un grave error programático

que cualquier otro país latinoamericano en la lucha por la independencia. La desvalorización del significado de la lucha por la liberación nacional en una nación dependiente, de tipo semicolonial, aunque atípica debido a su riqueza petrolera, es un grave error programático.

14. En este marco, las teorías conspirativas que surgieron en el ámbito de las redes sociales, incluso en el área de influencia de la izquierda, son falsas y nocivas. ¿Por qué la agresión de Estados Unidos fue tan victoriosa? Por tres razones fundamentales: la gigantesca superioridad tecnológica-militar de Estados Unidos, el factor sorpresa, pero también, en cierta medida, una traición. El ataque cibernético neutralizó las defensas antiaéreas, y la operación de los comandos contaba con mucha información sobre el Fuerte Tiúna. Evidentemente, hubo infiltración de la CIA en el terreno, y siempre hay traidores reclutados por dinero. Las redes de espionaje de EE UU están presentes en todo el mundo, incluso en Brasil. Pero son falsas las *cábalas* imaginarias, un pensamiento paranoico incompatible con el marxismo, que argumentan que la intervención militar solo podría haber tenido tanto éxito si hubiera contado con la complicidad de altos cargos del Gobierno, sino de todo el Gobierno. Evidentemente, aún queda mucho por saber sobre el colapso de la defensa venezolana en la madrugada del 3 de enero. Pero si las teorías de la conspiración ejercen fascinación, son la antesala de la desmoralización.

15. ¿Cuál será la línea de Trump? Nadie puede saberlo, por ahora. Probablemente será una continuación de amenazas *terminales*, como la insinuación de que Delcy Rodríguez podría tener un destino peor que el de Maduro, es decir, ser condenada a muerte, alternadas con sugerencias de negociación. Pero ¿en qué términos? Las condiciones siguen siendo oscuras. El estrangulamiento económico es poderoso, pero ¿será suficiente? Washington ya ha sorprendido a una fracción burguesa venezolana en el extranjero —en su mayoría en Florida o en Madrid— al descartar sumariamente cualquier protagonismo de María Corina Machado, reconociendo que no tiene apoyo interno. Al no existir una oposición burguesa interna con un mínimo de respeto social y político, una vergonzosa admisión de que Maduro no perdió las elecciones de 2024, la apuesta de Trump parece ser alimentar una división interna dentro del régimen.

16. El chavismo siempre ha sido más un movimiento político-militar que un partido, y mucho menos monolítico. La línea que prevalece en Caracas es retroceder y aceptar un nuevo papel de Estados Unidos en la explotación del petróleo y ganar tiempo. Pero una rendición incondicional del Gobierno venezolano, tal y como hizo Syriza en Grecia, sería una desmoralización. Excluida una transición negociada, la alternativa para Trump sería aceptar negociaciones en máxima tensión con Caracas o el uso de la fuerza. La armada estadounidense tiene hasta el verano del hemisferio norte para permanecer de guardia en el Caribe, el comienzo de la temporada de huracanes. No parece posible una solución militar *apocalíptica*. No se puede descartar una invasión a gran escala, pero parece improbable por dos factores: (a) el desastroso balance de la retirada de Irak y, sobre todo, de Afganistán; (c) a diferencia de una operación de comandos, se necesitarían decenas de miles de soldados en un país de grandes dimensiones, con terrenos inhóspitos, como la cordillera

de los Andes y la selva amazónica, donde la resistencia militar puede mantenerse indefinidamente. En otras palabras, un coste tan elevado que, incluso en caso de victoria militar, sería una victoria pírrica.

17. ¿Cuáles son las opciones para Caracas? El Gobierno reaccionó al ataque buscando la cohesión interna en torno a la toma de posesión de Delcy Rodríguez como encargada de la presidencia sin reconocer la vacante del cargo. La cuestión clave en esta fórmula jurídico-política es no convocar elecciones. Una decisión preventiva y prudente ante la posibilidad de que Trump se lance ya a una campaña electoral. A Venezuela le interesa ganar tiempo. Las elecciones con la nación rodeada por la mayor maquinaria bélica del mundo no pueden ser elecciones libres. No se equivoca el Gobierno de Delcy Rodríguez al declarar que se mantiene abierto a las negociaciones e, incluso, que está dispuesto a buscar acuerdos sobre la presencia yanqui en la producción de petróleo. Esta decisión ha despertado una comprensible frustración e incluso desconfianza en sectores de la izquierda radical mundial. Pero no es revolucionario precipitar una guerra que no se puede ganar, salvo a un costo devastador. Las concesiones económicas son plausibles ante el peligro de una invasión que destruiría el país. En este marco, es legítimo hacer maniobras para ganar tiempo y disputar, políticamente, la conciencia de las masas, dentro y fuera del país, por la justicia de la causa de la soberanía y la libertad para Maduro y Cília Flores.

18. ¿Cuál será el papel de China y Rusia? No estamos en 1962, cuando se produjo la crisis de los misiles en Cuba. Ni Xi Jinping y mucho menos Putin considerarán una intervención militar directa, aunque solo sea disuasoria, porque sería un posible detonante de una Tercera Guerra Mundial. Pero nunca es todo o nada en la lucha de clases o en la lucha entre Estados. Hay muchas mediaciones. China y Rusia deberían hacer mucho más que emitir una simple nota de solidaridad. Venezuela está rodeada y necesita urgentemente apoyo económico y político. Hay muchas iniciativas que serían justas. Una reunión internacional de todos los países que condenan la intervención estadounidense sería una señal de que el gobierno de Delcy Rodríguez no está abandonado a su suerte.

19. La articulación de la defensa de la soberanía de Venezuela se llevará a cabo en distintos círculos de alianzas, desde los más amplios hasta los más restringidos. La bandera de *No a la guerra y Respeto a la soberanía de Caracas* será el programa mínimo. Pero, en otro nivel de solidaridad, también será necesario defender la libertad de Maduro y Cília Flores. En otro más, el apoyo económico al gobierno de Delcy Rodríguez. La responsabilidad de Brasil en este marco es inmensa. La defensa de una integración inmediata de Venezuela en los BRICS sería muy positiva.

20. Es necesario hacer un balance crítico de la experiencia chavista. Pero nada es más importante para la izquierda mundial que la campaña “Trump, quita

Es necesario hacer un balance crítico de la experiencia chavista. Pero nada es más importante para la izquierda mundial que la campaña “Trump, quita tus manos de Venezuela”

tus manos de Venezuela”. Ningún gobierno tiene que estar de acuerdo con la gestión de Maduro para reconocer que es un preso político y exigir su libertad. No hay que ser chavista para defender la soberanía de Venezuela. No fue necesario estar de acuerdo con el Congreso Nacional Africano (CNA) para defender la libertad de Mandela en la Sudáfrica del *apartheid* en los años ochenta. No fue necesario ser comunista para defender el derecho de Vietnam a la unificación nacional en los años sesenta.

Valerio Arcary, Historiador, militante del PSOL (Resistencia) y autor de *O Martelo da História. Ensaio sobre a urgência da revolução contemporânea* (Sundermann, 2016).



colección



crítica &
alternativa

**EL POUM.
REPÚBLICA,
REVOLUCIÓN Y
CONTRARREVOLUCIÓN**

ANDY DURGAN

Trumponomics: ¿hacia un régimen de acumulación neopericial corporativo-estatal tecnoreaccionario?

Daniel Albarracín y Manuel Garí

■ En esta fase capitalista en crisis, coincidiendo con el declive de la hegemonía estadounidense, la violencia de la administración Trump ha roto el marco sociohistórico de la globalización multilateral librecambista. El gobierno de EE UU trata de constituir unilateralmente, mediante la fuerza y el chantaje, nuevas reglas para sí, sus vasallos y las colonias que aspira conquistar, con el objeto de conservar su poder imperial, cuanto menos en el continente americano y sobre Europa, ante el *sorpasso* de potencias emergentes.

1. El león que se cree acorralado es más peligroso

Tras un primer mandato, Trump, representante del poder corporativo privado, grandes tecnológicas y grupos ultraconservadores autoritarios, ha vuelto al poder y puesto en marcha su programa de máximos, plasmado en su Estrategia de Seguridad Nacional, tanto contra el *enemigo interior* como contra sus adversarios extranjeros. En un mundo multipolar geopolíticamente tenso, EE UU persigue afianzar la hegemonía del dólar, ampliar el *espacio vital* del imperio económico y territorial yanqui y apropiarse de los recursos de otros países para su proyecto neopericial y tecnointindustrial.

Tras romper los más básicos principios del derecho internacional contra autoridades internacionales, atentando contra numerosas personas y varios países, se ha abalanzado sobre Venezuela –con una intervención militar que incluye el asesinato de 80 personas y el secuestro del presidente Maduro– chantajeando para que el país caribeño proporcione petróleo a EE UU a cambio de no repetir la injerencia. Trata de evitar el aprovisionamiento de Rusia y China, y socavar el proyecto del nuevo sistema de pagos y moneda de los BRICS. Trata de evitar que el petróleo se transaccione en euros o yuanes, mucho menos en el petro [criptomoneda venezolana ya desaparecida]. Aplica una política de promoción de la guerra genocida, como en Palestina, y desestabilización permanente, para imponer pacificaciones con condiciones unilaterales, de caótico resultado, que beneficia los intereses de los ultrarricos que le respaldan. En Ucrania, prosigue una guerra que puede arrastrar a Europa a una espiral militarista a beneficio del complejo industrial-militar estadounidense y de determinadas empresas militares europeas. A escala interna, se ha caracterizado por la desobediencia constitucional que persigue crear un poder constituyente totalitario, ilegal e ilegítimo. Se trata de un síntoma de desesperación que siembra adversarios a todas las escalas, durante un periodo de incierta duración donde están surgiendo nuevos monstruos, que emanan de una racionalidad depredadora.

Dicho lo anterior, a modo de contexto, en esta contribución nos fijaremos en los aspectos ligados a la economía política del trumpismo.

2. ¿Qué son y como surgen las *Trumponomics*? ¿Son un cisne negro?

EE UU, desde la caída del Telón de Acero y hasta ahora, era la economía que lideraba el mundo casi sin contestación. Sin embargo, al menos dos fenómenos amenazan, aunque sea a fuego lento, ese liderazgo.

El primero, es la larga crisis de onda larga que tuvo su inicio en los años 70 y se intensifica desde 2008. Atravesamos una etapa de acumulación débil, errática y contradictoria, con crisis más frecuentes y recuperaciones frágiles. Esto erosiona los parámetros convencionales de legitimidad del sistema, basados en el crecimiento, dando pie a conflictos materiales más acusados. Descartada la redistribución por las élites, la situación impide pactos sociales estabilizadores amplios. Genera nuevas víctimas, nuevos conflictos y es caldo de cultivo del sufrimiento y el rechazo. Por un lado, produce en nuevos términos nuevos esbirros y, por otro, enemigos del sistema. La tarea de los que quieren superar el sistema es enhebrar los intereses de las y los damnificados, con un proyecto universal de clase que supere las causas de todas esas tensiones y atienda a las necesidades diversas del pueblo.

El segundo consiste en la ascensión económica y geopolítica de China que, junto a otras economías y el propio gigante asiático, forman los BRICS. Los BRICS, con el 45 % de la población mundial, representaban en 2024 un 25 % del comercio mundial en el PIB mundial nominal. Unos BRICS que avanzan en su colaboración, aunque con tensiones internas, con acuerdos que podrían deparar la formación de una nueva moneda de referencia internacional con el renminbi digital en su núcleo. Un polo emergente que, con todo, rivaliza con la vieja potencia y que, no obstante, no proporciona una alternativa al capitalismo.

Durante décadas EE UU y Europa decidieron relocalizar sus inversiones en Asia. Se decía que China simplemente era proveedora, que su único mérito era el de copiar procesos y productos, para ser la *fábrica del mundo*. Pero queda claro que la orientación de la política del gobierno chino, de dirección planificada del sistema industrial y el control de las inversiones extranjeras, ha dado sus frutos, con un crecimiento comparativamente más vigoroso. India le sigue a la zaga. China estableció medidas de ajuste salarial y reinversión del excedente y luego, desde 2008 y sobre todo desde 2020, reforzó gradualmente la demanda interna, compatible con la política orientada a la exportación. China no es una mera fábrica exportadora, que solo vende en Europa y EE UU. Ha asumido líneas de innovación tecnológica propia, punteras en varios campos (baterías, paneles solares, vehículos eléctricos, 5G, drones comerciales, Internet de las cosas, pagos móviles) y reducido la brecha en Inteligencia Artificial. Cuenta con recursos ingentes en su territorio –tierras raras, torio, carbón...– y ha desarrollado una política de inversión pública ambiciosa en el campo de las energías renovables, el coche eléctrico y la inteligencia artificial, que le permite no solo competir sino, también, superar y ocupar tramos estratégicos

terminada fracción del capital estadounidense, encabezada por el complejo industrial-militar y las grandes tecnológicas. El Estado, que normalmente ha jugado, principalmente, el papel de representante general de los intereses del capital, no solo se inclina por su núcleo oligárquico, sino que abre las puertas a que ocupe directamente puestos de mando en el gobierno, aunque con tensiones internas en un difícil equilibrio entre las *Big Tech*, los halcones militaristas y Wall Street.

Se trata de un proyecto que da forma a una nueva generación de medidas estatales favorables a las grandes corporaciones, y diferentes a las de la fracción liberal, financiera, multilateralista, librecambista y globalista. El proyecto trumpista representa métodos de gestión capitalista ultranacionalistas, proteccionistas, unilateralistas, tecnoindustrialistas, superextractivistas, que tratan de expandir el espacio vital de sus negocios en un proceso de globalización saturado donde EEUU pierde pie en el terreno económico.



Lo hace también, a nivel interno, con una política social xenófoba, supremacista y reaccionaria, con el objeto de afianzar los privilegios de una minoría de ultrarricos bajo el manto de ideologemas patrióticos egoístas y agresivos. Refuerza así la jerarquía social que, lejos de prometer más peldaños hacia arriba, en la escalera social crea nuevos hacia abajo, para disciplinar, atemorizar, segmentar y abaratar el empleo de la fuerza laboral.

3. La economía política del equipo de Donald Trump

Según Brenner y Riley (2024), en un contexto de estancamiento como el que nos afecta, las medidas de redistribución se tornan un juego de suma cero. De modo que los actores capitalistas se organizan para influir en las políticas públicas presionando a favor de políticas que les sean favorables y en contra de otros.

Trump ha impulsado una formulación económica basada en el proteccionismo y la reindustrialización de EE UU. Una vez dinamita la influencia de las instituciones multilaterales, considera prioritario aminorar el déficit comercial y establecer aranceles unilaterales o pactados. La política proteccionista trata de incentivar el regreso del capital a EE UU.

Esta línea argumental esconde otras estrategias enhebradas por su equipo económico que mantiene una composición dual entre su ala financiera favorable a Wall Street y su ala proteccionista (*Trade Warrior*), que Trump preside desde sus inclinaciones hacia un programa proteccionista punitivo.



Los aranceles han desempeñado el papel de amenaza y señuelo para una nueva jerarquía, con EE UU como estrella central que negocia uno a uno con el resto, para doblegar y asentar reglas de vasallaje bilateral. Un movimiento de ajedrez ideado para algo más ambicioso.

En este sentido, esta vieja idea nos recuerda a la política del Imperio Británico en el siglo XIX. Un período en el que el imperio se abría paso por la fuerza en un mundo donde el capitalismo era la novedad, había espacios por conquistar y derrumbaba reglas medievales. El Imperio Británico, mientras protegía sus mercados interiores, imponía el libremercado por la vía diplomática, comercial o militar a sus colonias o sus socios comerciales. No hay más que recordar la diplomacia de las cañoneras que empleó contra el imperio Qing chino para imponer tratados comerciales para provecho de la metrópoli. Ahora EE UU se encuentra en un mundo saturado, recupera políticas decimonónicas, en un contexto en el que se ve superado, y en el que la

fuerza militar se libera de diplomacias. Pero también establece una economía política: las *trumponomics*.

Esta economía política persigue cuadrar tres cosas difícilmente compatibles: depreciar significativamente el dólar, conservar la hegemonía del dólar y reducir los tipos de interés.

En 2025 el dólar perdió un valor de un 10 % respecto a las principales divisas (Roberts, 2025). Esto puede reactivar en parte la re-relocalización del capital industrial en EE UU (sea estadounidense, alemán o japonés). Potencia la competitividad de los productos orientados a la exportación. No obstante, este movimiento también conspira en sentido contrario. Devalúa el valor del capital invertido en esa moneda. Con las crisis globales, al ser un país fuerte, el dólar solía apreciarse, a pesar de contar con una moneda fiduciaria. En esta ocasión, las inversiones están desviándose para acaparar oro, en máximos históricos, un activo-refugio aún más básico y seguro. Además, protege contra la inflación que viene, precisamente por la política arancelaria aplicada.

La clave de bóveda para los intereses financieros estadounidenses es que el dólar siga siendo la divisa de referencia internacional

El dólar es una moneda singular, su valor no guarda correlación con la producción de su país, dado que depende de lógicas globales; entre otros factores, las transacciones del petróleo nominadas en dicha divisa, o de la compra de bancos centrales para reposicionar sus monedas nacionales. Con ello, EE UU puede financiar presupuestos, planes de inversión, su deuda y déficit comercial como ninguna otra economía. Por eso, la clave

de bóveda para los intereses financieros estadounidenses es que el dólar siga siendo la divisa de referencia internacional. No puede admitir que el petróleo se pague en otra moneda. Quiere consolidar la política de Nixon del petrodólar.

Para dimensionar su importancia, recordemos que se libraron guerras, impulsadas y lideradas por EE UU, contra el Irak de Sadam Hussein, no solo porque tomó Kuwait, sino porque quería nominar los intercambios del petróleo en euros. También contra Gadafi, porque quería impulsar el Dinar como moneda regional para parte de África. A Maduro lo han secuestrado porque transaccionaba su petróleo en algo diferente al dólar. No sabemos si China y los BRICS terminarán por dar salida a una hipotética moneda digital común. Por el momento se han centrado en desarrollar un sistema de pagos digitales entre sus monedas nacionales (BRICS Pay, como alternativa a SWIFT y al dólar) y plataformas de monedas digitales interoperables.

En tercer lugar, el equipo de Trump presiona hasta lo indecible al gobernador de la Reserva Federal, Jerome Powell, para reducir los tipos de interés e impulsar la inversión, a pesar de que los estatutos del Banco Central establecen que la prioridad es el control de la inflación. Finalmente, en 2025 bajaron del 4 % al 3,75 %. El nuevo gobernador que venga posiblemente los baje más.

Cabe decir que estos tres pilares subyacen a la política proteccionista, que no es más que un instrumento para todas estas medidas. No obstante, es difícil cuadrar el círculo.

Primero, porque la política de re-relocalización empuja a la reapreciación del dólar. Segundo, porque si se deprecia erosiona la credibilidad de la moneda fiduciaria por antonomasia. Tercero, porque reducir los tipos de interés, abarata las inversiones internas, pero hace menos atractivo al capital extranjero invertir en suelo estadounidense. Más aún en una feroz competencia global donde hay adversarios más eficientes y rentables, especialmente en países emergentes.

De ahí el papel de la *Ley Grande y Hermosa*, como regalo a los ultrarricos y reclamo en forma de devaluación fiscal del capital, para retenerlo o atraerlo, y compensar el sentido de las otras medidas y sus consecuencias.

Sin embargo, no nos dejemos confundir. El proteccionismo es un buque insignia aparente. Sirve políticamente para disciplinar, pero también esconde trampas importantes para el propio capital estadounidense. El negocio del capital estadounidense transnacional depende fundamentalmente de los beneficios extraídos por sus inversiones en el extranjero. El déficit comercial, que parece obsesionar a Trump, es un asunto muy secundario para los intereses del capital estadounidense. Ese déficit comercial implica que otros países exportan más a EE UU que al contrario. Comporta un síntoma de menor competitividad estadounidense. También, por el momento, de sumisión de otras economías a su mercado. Muchos bienes fabricados fuera vuelven a EE UU para reexportarse o para satisfacer su fuerte demanda interna, por ejemplo. Mientras la divisa de referencia internacional sea el dólar, EE UU puede asumirlo. Más aún en una economía de servicios financiarizada e internacionalizada, en la que EE UU tiene superávit en la balanza de servicios (aunque esta no compense aún el déficit comercial 1/). La inversión industrial que se re-relocalice, no sabemos con qué alcance, proporcionará un rendimiento muy inferior a los beneficios internacionales de los grandes grupos multinacionales, que solo en una parte volverán (como planea, por ejemplo, Apple), para no verse sancionados por los aranceles y los contingentes que limitan el comercio.

Asimismo, una política de industrialización eficaz requiere una coordinación o política de planificación industrial ajena a la tradición neoliberal estadounidense. Aunque Trump, inspirado por China, está corrigiendo selectivamente en algunos sectores. El Estado reduce una décima parte de la función pública federal, con un gasto público que ha pasado del 39,4 % con proyecciones al 35 % a finales de 2025, incluyendo un cierre parcial y temporal del sector público, desprotegiendo socialmente a la población. Sin embargo, no renuncia a una intervención selectiva en relación con sectores estratégicos específicos. Aunque, en sí mismo, está lejos de un capitalismo dirigido de Estado, como el chino, justificándose en razones de *seguridad nacional*, el Estado adquiere

1/ Para julio de 2025, la BEA, Oficina de Análisis Económico, informaba de un déficit combinado (bienes + servicios) de 78 300 millones US\$, con déficit de bienes de 103 900

millones y superávit de servicios de 25 600 millones US\$, lo que indica la persistencia de desequilibrio comercial.

parcialmente empresas estratégicas (US Steel en el acero, MP Materials en defensa y tierras raras, Intel en chips...) o establece fórmulas de control de exportaciones (de NVIDIA y AMD, para la venta de chips a China a cambio de un 15 % de ingresos) 2/.

La cuadratura de círculo consistiría en crear empleo para las y los votantes que sostuvieron la elección de Trump. Ahora bien, durante 2025 el empleo se estancó, según el Bureau of Labor Statistics estadounidense, con una tasa de paro del 4,3 % en agosto 3/, la más alta desde 2021. Debido a la automatización y digitalización, la porción dedicada por parte de la nueva inversión a la creación de empleo es cada vez menor en el sector industrial. Trump, por otro lado, si tiene que optar entre los intereses de la clase trabajadora o los intereses de Wall Street, no cabe duda que serán estos segundos los que primen.

Por último, la política proteccionista es una vía torpe para ganar competitividad. Pone palos en la rueda a los competidores. Pero sin una política de inversión, planificación, desarrollo de la ciencia e innovación no mejorará la eficiencia de su propia economía. ¿Quizá porque los ataques y división de la clase trabajadora de la política de Trump son la antesala para bajar los salarios reales e intensificar más aún el trabajo y sean estas las vías de la recuperación de la competitividad y de la tasa de ganancia en EE UU?

El proteccionismo puede servir como fórmula punitiva para castigar el gobierno de Lula y apoyar a Bolsonaro, o dejar claro quién manda, como ha pasado con la Unión Europea. Pero sus consecuencias macroeconómicas son perjudiciales y desequilibrantes:

- Dificulta las transacciones, encareciéndolas o impidiéndolas, generando escasez e inflación.
- Deteriora el poder adquisitivo o el valor del capital acreedor.
- Propicia respuestas recíprocas que reproducen el problema, con efectos netos negativos tanto para el que aplica la medida como para el que la recibe, con efectos *boomerang* frecuentes.

4.. Libremercado y ¡variantes de proteccionismos!

Con el primer gobierno Trump ya reflexionamos con detenimiento sobre esta materia (Albarracín, D.; 2019) 4/. Quizá convenga solo apuntar los aspectos clave acerca del debate libremercado y proteccionismo.

Se trata de una discusión en varios planos. Estamos acostumbrados, con razón, a criticar las nefastas y desiguales consecuencias de la liberalización del comercio mundial. Entraña un modelo en el que se potencia el mercado como espacio en el que las empresas más fuertes, frecuentemente respaldadas por Estados imperialistas en origen, pueden abusar e imponer sus condiciones.

2/ <https://www.elcato.org/el-capitalismo-de-estado-de-trump-un-hibrido-entre-socialismo-y-capitalismo-no-hara-que-estados-https://cnnespanol.cnn.com/2025/08/13/eeuu/trump-control-economico-estilo-china-trax>

3/ <https://elpais.com/economia/2025-09-05/trump-pone-fin-a-cuatro-anos-ininterrumpidos-de-creacion-de-empleo-en-estados-unidos.html>

4/ <https://vientosur.info/un-planteamiento-alternativo/>

En buena parte de la izquierda nos hemos prevenido de estas falsas ideas del *mundo libre*, en la que la única libertad es la del más fuerte. Desde nuestro campo social nos solemos inclinar hacia fórmulas de regulación (y, en lo posible, cambios en las relaciones sociales de producción, que hagan posible la participación democrática de la clase trabajadora en el destino de su economía).

Ahora bien, cabe identificar diferentes modelos de proteccionismo. Algunos de ellos no podemos abrazarlos. Uno de ellos es el que profesa Trump.

El modelo de Trump recuerda al inaugurado en 1880 en Europa, que supuso un ascenso de los aranceles y otras restricciones al comercio internacional en todos los países europeos. Sumado al contexto de tensión interimperialista, después vino la Primera Guerra Mundial. Se trata de un proteccionismo punitivo que busca ser más competitivo, paradójicamente, restringiendo la compe-

tencia. Genera situaciones en las que donde unos ganan otros pierden, y en las que, en última instancia, todos suelen perder. No se protege nada, sino que se agrede al otro, se ponen barreras, se imponen condiciones.

Ha habido otros modelos como los planteados por el desarrollismo latinoamericano o el gaullismo francés. En ellos, el proteccionismo venía acompañado de políticas de sustitu-

ción de importaciones, planificación indicativa e inversión industrializadora combinada con políticas sectoriales coordinadoras, en ocasiones defendida por gobiernos socialdemócratas, keynesianos, que se apoyaban en el potencial de desarrollo endógeno y en una política de potenciación de la demanda interna.

Común también ha sido una defensa acrítica del pequeño productor frente al grande, tal y como los liberales han sostenido, idealizando la competencia perfecta como solución, sin cuestionar al mercado como mecanismo de asignación. Recordemos que la defensa de los pequeños productores y las relaciones de proximidad, aunque inspiren nostalgia y romanticismo, no garantizan un modelo justo e igualitario. No comportan mejor satisfacción de necesidades ni suponen más eficiencia o sostenibilidad ambiental. No solo es cuestión de tamaño o de distancia, sino más bien del tipo de relación y criterio que guía la práctica económica. A este respecto, ¿acaso una empresa pública o una cooperativa social, con un plan democrático, bien reguladas, no podrían mejorar los resultados de las PYME que, en última instancia, no son más que organizaciones capitalistas más pequeñas e ineficientes?

Lo más frecuente, como sucede con la UE, es un modelo dual basado en el librecambismo interno y en el proteccionismo hacia afuera. Aunque tras 1995, con la OMC, se atemperó a favor de una mayor liberalización internacional multilateral, también se acompañó por una política de promoción de *grandes campeones* –grandes corporaciones privadas apoyadas por los Estados

El modelo de Trump se trata de un proteccionismo punitivo que busca ser más competitivo

o instituciones supranacionales continentales- para competir en un mercado de alcance internacional más amplio.

Todos estos proteccionismos no los compartimos. La política alternativa que merece la pena introduce regulaciones no para proteger beneficios económicos ni *competir mejor*, sino para proteger las necesidades sociales, territoriales y del medioambiente. Se trata de impulsar un modelo regulador no solo de mercados o empresas, sino superador de la lógica del capital. Lo que implica sustituir las pautas económicas al uso (rentabilidad, mercancía, desarrollo desigual) por otras nuevas, con el apoyo de la fuerza social de las clases trabajadoras autoorganizadas.

La política ecosocialista alternativa no se conforma con estimular o sancionar, sino que pone los recursos socioeconómicos al servicio de una planificación económica de carácter democrático que incluya criterios de ecodiseño sostenible y de prioridad social. Consistiría, más bien, en una regulación que no atañe solo a los intercambios económicos, que no se limita al intercambio de bienes y servicios, sino que también abarca al movimiento de capitales. Una regulación y planificación ecosocialista que incluye en la ecuación la priorización del comercio de proximidad, por razones de minimización de los costes ambientales del transporte y refuerzo de los vínculos y cooperación comunitaria. También plantea la posibilidad de un modelo económico basado en la cooperación y en la complementariedad de las economías, desde abajo y de manera abierta. Es decir, abierta a cooperar con regiones adyacentes (comercio, producción e inversión compartidas), sin sujetarse a fronteras abstractas, sino más bien a criterios y proyectos que cuiden a las personas y protejan la biosfera, evitando el productivismo rentabilista, considerando los impactos extractivos y de residuos, el tipo y cantidad de materias primas y energía consumidas. Un modelo en el que los intercambios a larga distancia sean selectivos, sobrios, regulados y mutuamente favorables, basado en un internacionalismo solidario con aquellos pueblos recíprocamente colaborativos, un modelo supranacional abierto, compatible con la expansión del socialismo a la escala lo más internacional posible.

En suma, resulta desaconsejable entrar en un falso campismo en favor del librecambismo o del proteccionismo, porque de lo que se trata es de definir los objetivos de las regulaciones, las políticas y a quién o a qué responden.

Enero de 2026.

Daniel Albarracín es profesor del Departamento de Economía Aplicada II de la Universidad de Sevilla;

Manuel Garí es economista ecosocialista.

Ambos son miembros del Consejo Asesor de **viento sur**.

Después de la hiperglobalización: la reconfiguración del orden del capital

Diogo Machado y Alexandre Abreu

■ Al igual que la visión liberal de las relaciones económicas internacionales se organiza en torno a un tronco común, constituido por la inevitabilidad histórica y la deseabilidad normativa de la profundización de la interdependencia económica entre naciones, también en las lecturas críticas de este mismo fenómeno podemos encontrar un conjunto de pilares conceptuales y teóricos centrales. Entre ellos se encuentra la idea de una pulsión expansiva del capital, como relación social, para abarcar cada vez más esferas de la vida social y cada vez más territorios, idea que parte de Karl Marx y fue desarrollada teóricamente por Rosa Luxemburg y Vladimir I. Lenin o, más cerca de nuestros días, por Giovanni Arrighi o David Harvey. Ya sea en busca de materias primas, nuevas reservas de trabajo vivo, nuevas oportunidades para la realización de plusvalía o nuevos ajustes espaciales (o todos ellos), esta expansión es fundamental para estabilizar el sistema capitalista, al menos temporalmente, y para explicar las dinámicas imperiales y *subimperiales*, al menos en el período capitalista. Otro de estos pilares tiene que ver con los efectos de esta expansión en lo que respecta a la trayectoria posterior y la relación jerárquica entre los espacios o formaciones sociales así interrelacionados. Aquí, es la contribución seminal de León Trotsky en torno a la noción de desarrollo desigual y combinado la que es retomada y desarrollada posteriormente y en diferentes sentidos por un amplio y diverso conjunto de autores, incluyendo las tradiciones de las teorías de la dependencia o del sistema-mundo.

Pensadas de esta manera, las lecturas críticas de la llamada *globalización* convergen con las lecturas liberales en lo que respecta a su necesidad histórica, aunque se alejan claramente de estas últimas en lo que se refiere a la apreciación normativa y política de sus efectos. En este sentido, la *globalización* no es más que otro nombre para el imperialismo; el libre comercio es el proteccionismo de los poderosos (idea que también encontramos en economistas políticos no marxistas); las formas concretas de expansión centrífuga del capital combinan, en diferentes grados, la acumulación y la explotación económica *normales* y la acumulación violenta *por expropiación* extraeconómica, esta última más típica de los contextos periféricos; y sus resultados en términos de mejora material de la condición humana, aunque no son necesariamente simétricos entre el centro y la periferia, son sin duda muy diferenciados.

Desde un punto de vista marxista, la globalización –en un sentido amplio, la inclusión de nuevas geografías en el circuito de acumulación del capital–, como hemos visto, un movimiento que surge del intento de resolver las contradicciones del capitalismo. Es una reacción del capital a la reducción de su propia rentabilidad y de los campos de inversión en un lugar determinado, lo que determina su expansión, normalmente hacia lugares donde

la composición orgánica del capital es más baja y la tasa de plusvalía es más alta 1/.

Se trata de un fenómeno tan antiguo como la historia del capitalismo. Esta ola de globalización, que podemos denominar *hiperglobalización* o globalización neoliberal, tiene características particulares debido a su régimen de historicidad, aunque se inscribe en este movimiento. Fue impulsada en el contexto de la contrarrevolución neoliberal de principios de la década de 1980 como respuesta a la crisis de la tasa de beneficio de la década anterior. Su marco institucional –acuerdos de libre comercio, reducción de aranceles aduaneros, liberalización de los tipos de cambio, el dólar como moneda mundial, libre circulación de capitales, desregulación financiera y retroceso de la intervención y la capacidad del Estado– está moldeado por este consenso ideológico, impulsado a su vez por las fracciones dominantes de los capitalistas monopolistas.

Esta fue la piedra angular del llamado orden internacional liberal de la posguerra, globalizado tras el fin de la Guerra Fría, que combina esta liberalización comercial con la aplicación selectiva del derecho internacional, el multilateralismo, el predominio ideológico liberal y la *Pax Americana*. Puede considerarse como la forma concreta de articulación de los elementos infraestructurales (económicos) y superestructurales (políticos, jurídicos e ideológicos) de esta expansión global de las fronteras del capital, basada en el poder imperial estadounidense y los *subimperialismos* articulados con él.

Hasta hace relativamente poco, era difícil encontrar, ya fuera entre los autores de inspiración marxista o liberal, a alguien que previera o teorizara sobre la desaceleración o incluso la reversión de la *globalización*. Ante esto, algunos acontecimientos de la última década y media constituyen un importante rompecabezas, en parte empírico (la identificación precisa de los procesos en curso) y en parte teórico (la identificación de los determinantes de esos procesos). En el resto de este artículo, nos centraremos en algunas de las dimensiones de este rompecabezas: ¿Hasta qué punto se ha producido una desaceleración o reversión de la *hiperglobalización*? ¿Qué explicaciones podemos dar a este fenómeno desde un punto de vista marxista? ¿Qué tipo de nuevo orden se está configurando entre los escombros de la globalización neoliberal?

El fin de la hiperglobalización

La conciencia de que la integración internacional (productiva, comercial y financiera) estaba, si no en retroceso, al menos entrando en estancamiento en el período posterior a la crisis de 2007-2008 comenzó a hacerse explícita en el debate público, incluido el *mainstream*, en la década posterior a esa crisis. La influyente revista liberal *The Economist*, por ejemplo, popularizó el término *slowbalization* en un artículo de enero de 2019 2/, adoptándolo del autor

1/ Ernest Mandel, *Tratado de Economía Marxista* (ERA, 1975)

2/ "Slowbalisation: The Future of Global Commerce", *The Economist*. <https://www.economist.com/weeklyedition/2019-01-26>.

holandés Adjiedj Bakas. Las referencias textuales a la *deglobalization* comenzaron a aparecer a principios de milenio, pero se aceleraron notablemente en la última década. También

a partir de 2010 se generalizó en el debate público el uso de expresiones como *reshoring*, *near-shoring* o *friend-shoring*, que concretan la reversión de la globalización en el caso específico de la fragmentación internacional de las cadenas de producción.

Si miramos las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, no hay duda de que algo fundamental cambió tras la crisis financiera internacional y la recesión de 2007-2008. Por ejemplo, el peso del comercio internacional total en porcentaje del PIB mundial aumentó de forma prácticamente constante y lineal, pasando de alrededor del 25 % en 1970 al 61 % en 2008, lo que demuestra

No hay duda de que algo fundamental cambió tras la crisis financiera internacional y la recesión de 2007-2008

un aumento inequívoco de la interdependencia comercial, pero se estancó a partir de entonces (57 % en 2024) 3/. Por su parte, los flujos anuales de inversión extranjera directa (IED) en términos totales mundiales y en porcentaje del PIB mundial no muestran un estancamiento, sino una *reversión* después de 2007: oscilaron entre el 0,5 % y el 1 % del PIB mundial en las décadas de 1970 y 1980, aumentaron

exponencialmente en la década de 1990, alcanzaron máximos históricos en 2000 (4,6 %) y 2007 (5,3 %) y desde entonces han ido disminuyendo de forma más o menos constante, limitándose al 0,9 % en 2023 y al 1,3 % en 2024 4/.

Si empezamos tomando como referencia el total de los flujos financieros internacionales en términos brutos (es decir, incluyendo, además de la IED, las inversiones de cartera, los préstamos bancarios y otros flujos financieros), vemos que disminuyeron significativamente después de 2007, incluso en términos absolutos; es decir, no solo en porcentaje del PIB mundial: de unos 12,4 billones de dólares estadounidenses en 2007 a unos 4,2 billones anuales en 2022-2023 5/. Y, por último, si observamos el peso del valor añadido extranjero en las exportaciones totales (en %), indicador comúnmente utilizado para representar la evolución de la integración internacional de las cadenas de valor globales, vemos que (en este caso, considerando el conjunto de la OCDE) este indicador también se estabilizó a partir de 2007, tras un aumento sostenido en las décadas de 1990 y 2000.

Es evidente que este tipo de datos se ve afectado por numerosos factores coyunturales, además de estar

3/ World Bank, *Trade (% of GDP)*, <https://data.worldbank.org/indicator/NE.TRD.GNFS.ZS>.

4/ World Bank, *Foreign direct investment, net inflows (% of GDP)*, <https://data.worldbank.org/indicator/BX.KLT.DINV.WD.GD.ZS>.

5/ *The New Dynamics of Financial Globalization* (McKinsey Global Institute, 2017), <http://ceros.mckinsey.com/finacial-globalization-v1>.

sujeito a errores de medición y sesgos de diversos tipos. No son exactos, concretos, sino el resultado de muchas determinaciones. De ahí que los enfoques de la economía política marxista no suelen atribuir demasiada importancia a este tipo de evidencia de carácter más positivista.

En cualquier caso, tomados en conjunto, componen un cuadro relativamente inequívoco: la profundización de la interdependencia económica internacional registró algún tipo de inflexión desde finales de la primera década de este milenio en adelante. Según las diferentes dimensiones, ese cambio supuso un estancamiento en algunos casos y una reversión en otros; en términos relativos en algunos casos y en términos absolutos en otros, pero, en cualquier caso, supone un cambio incuestionable con respecto a las décadas anteriores de hiperglobalización.

Del apogeo al agotamiento: determinantes del fin de una era

La *hiperglobalización*, como hemos visto, fue una reacción del capital para recuperar la tasa de beneficio, que fue posible en el contexto de la unipolaridad estadounidense y con el objetivo de mantener la hegemonía de este país y sus aliados. La red de instituciones y normas establecidas en este período, en el contexto del llamado orden liberal internacional, fue una forma de institucionalizar y profundizar las asimetrías entre el centro y la periferia, consensuando la exportación de capitales occidentales excedentarios.

Inicialmente, permitió una tímida recuperación de la tasa de beneficio y el comercio internacional impulsó el crecimiento económico mundial. Sin embargo, a largo plazo, la hiperglobalización no permitió contrarrestar la tendencia a la baja de la tasa de beneficio ^{6/}, ni rescató al capitalismo del *estancamiento secular*, característico de su cuarta larga onda de desarrollo, marcada por bajos niveles de crecimiento e inversión y un elevado peso del capital ficticio en las economías, en un contexto de innovación tecnológica y de aumento de la concentración de la riqueza. Tras la crisis de 2008, fracasados los intentos de activismo presupuestario y monetario, la crisis de acumulación del capitalismo tardío es cada vez más aguda. Las fuerzas de la globalización y la financiarización parecen haberse agotado: nos encontramos ante un capitalismo en franca desaceleración.

De ahí surgen nuevas tensiones y reacciones del capital. La globalización neoliberal se basaba en la indiferencia respecto al origen de los capitales, valorando más bien la deslocalización de la producción y la multiplicación internacional de las largas cadenas de valor en aras de la eficiencia en la asignación de recursos, optimizando los costes y maximizando los beneficios. Si bien es cierto que, en esencia, no solo acentuó la desigualdad entre países, sino incluso dentro de los propios países ^{7/}, también es cierto que se produjo una transferencia real de riqueza del Norte al Sur Global, aunque muy circunscrita, especialmente, a China y a otros países asiáticos. Veamos: hoy en día, la India tiene un PIB mayor que Francia y Alemania juntas; China ya ha superado la riqueza de Estados Unidos en PPA [Paridad del poder adquisitivo, es decir, ajustando los valores para tener en cuenta los precios en cada

6/ Deepankar Basu, "Marxian Rates of Profit", <https://dbasu.shinyapps.io/World-Profitability/>

7/ Jon Henley (2025), "Just 0.001% Hold Three Times the Wealth of Poorest Half

of Humanity, Report Finds", *The Guardian*, 10 de diciembre. <https://www.theguardian.com/inequality/2025/dec/10/just-0001-hold-three-times-the-wealth-of-poorest-half-of-humanity-report-finds>.

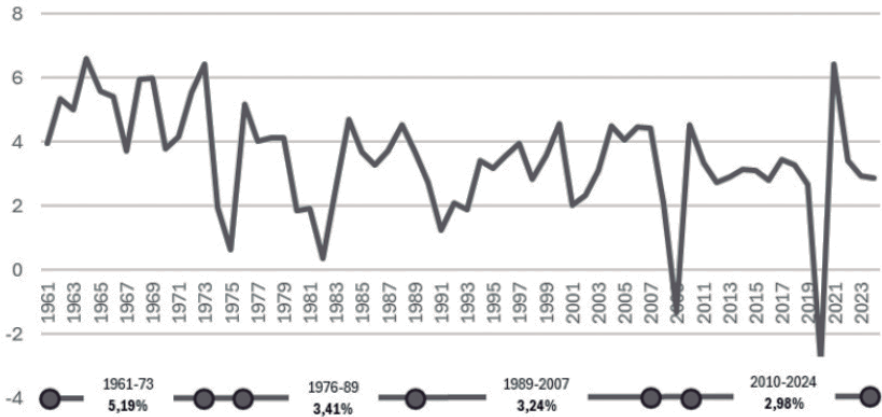


Gráfico 1. Crecimiento del PIB mundial en % (1961-2024).

Fuente: Banco Mundial 8/

contexto]; y Europa Occidental y América del Norte, que representaban casi el 60 % del PIB mundial en PPA en 1980, suman poco más del 30 % en 2025, siendo superadas en algunos puntos porcentuales por el Sudeste Asiático 9/.

Esto no generó problemas mientras existía complementariedad entre las economías denominadas *avanzadas* y *emergentes*: las primeras exportaban el excedente de capital que se beneficiaría de los menores costes de producción en el extranjero, así como bienes y servicios de alta sofisticación y valor añadido, mientras que las segundas exportaban materias primas y productos industriales baratos de baja intensidad tecnológica. Sin embargo, algunos países no se conformaron con este perfil de especialización y emprendieron programas de políticas públicas para desarrollar sectores industriales más avanzados, algunos con notable éxito, como los sectores automovilístico y electrónico en Japón y en los llamados tigres asiáticos, o un conjunto cada vez más amplio y diverso de sectores productivos en China.

Muchos de estos países cuentan hoy en día con grandes empresas de capital nacional que compiten directamente en segmentos tecnológicos avanzados con empresas occidentales, lo que supone una amenaza directa para los sectores dominantes de su burguesía. Una investigación reciente del *Federal Reserve Bank of St. Louis* 10/ documenta la aproximación de la estructura productiva de China a la de Estados Unidos y algunas economías de la zona euro, mostrando que China produce hoy casi tantas patentes de alta calidad (IP5)

8/ GDP Growth (Annual %), World Bank, <https://data.worldbank.org/indicator/NY.GDP.MKTP.KD.ZG>.

9/ “GDP based on PPP, share of world”, IMF, <https://www.imf.org/external/data-mapper/PPPSH@WEO/OEMDC/ADVEC/WEOORLD>.

10/ Airaud et al. (2025) “Recent Evolutions in the Global Trade System: From Integration to Strategic Realignment”, *Working Papers*, Federal Reserve Bank of St. Louis, 1 de diciembre, 2025–027, <https://ideas.repec.org/p/fip/fedlwp/101882.html>.

como estos dos grupos, y que la similitud en el patrón de exportaciones ha aumentado considerablemente en los últimos años, lo que sugiere una competencia directa en sectores como maquinaria y equipos, equipos de transporte o incluso semiconductores. Por ejemplo, entre 2013 y 2021, el índice de similitud de las exportaciones con Alemania aumentó del 65 % al 80 %, lo que

muestra una gran convergencia en la especialización tecnológica.

Muchos de estos países cuentan hoy con grandes empresas de capital nacional que compiten directamente en segmentos tecnológicos avanzados con empresas occidentales

Por su parte, Estados Unidos está alarmado por la competencia china en las áreas de *software* y *hardware* digital, inteligencia artificial y semiconductores, que considera críticas para la seguridad nacional. China ha realizado grandes esfuerzos para desarrollar estos sectores y ha logrado avances significativos, con empresas de referencia como *Huawei*, *Alibaba*, *Baidu* y *Tencent*. Según *Bloomberg* 11/, China ya es líder mundial en industrias como la

producción de paneles solares, coches eléctricos, baterías de litio, trenes de alta velocidad y vehículos aéreos no tripulados, y se ha vuelto muy competitiva en industrias más clásicas como los medicamentos, los productos químicos, los robots y las máquinas.

Este es un elemento explicativo importante del abandono del compromiso con el libre comercio internacional por parte de las sucesivas administraciones estadounidenses desde la elección de Trump en 2016. Véanse los aranceles, que Biden mantuvo, así como las prohibiciones de exportación de tecnología relacionada con semiconductores a empresas chinas. Como argumenta Cédric Durand 12/, pretenden:

“impedir que China tome la delantera a largo plazo en capacidad productiva, con especial atención a las tecnologías avanzadas y a la solidez de la base material más amplia de la economía, incluidas las industrias pesadas y el acceso a los recursos naturales. Durante décadas, los dos países fueron en gran medida complementarios, lo que en general benefició a sus respectivos capitalistas, pero la reducción de la brecha por parte de la economía china los ha situado en una peligrosa vía de confrontación”.

En este sentido, la explicación del fin de la hiperglobalización, tal como lo hacen *The Economist* y otros análisis liberales, es superficial, por el hecho

11/ Bloomberg News (2024) “US Efforts to Contain Xi’s Push for Tech Supremacy Are Faltering”, *Bloomberg.Com*, <https://www.bloomberg.com/graphics/2024-us-china-containment/>.

12/ Cédric Durand, “El capitalismo demasiado tardío. Ernest Mandel en la era Trump”, *viento sur*, 198, <https://vientosur.info/el-capitalismo-demasiado-tardio-ernest-mandel-en-la-era-trump/>.

de que la era de la reducción de los costes de transporte y comunicaciones ha llegado a su fin y por el agotamiento de las oportunidades asociadas a la fragmentación adicional de las cadenas internacionales de producción. De manera más fundamental y profunda, lo que encontramos es, por un lado, un agotamiento gradual de las oportunidades de arbitraje laboral internacional por parte del capital y, por otro, una transformación de la relación entre el sector maduro y el emergente del capitalismo global, que progresivamente han pasado de una relación complementaria a una relación competitiva.

Los rasgos del nuevo orden emergente

¿Qué sigue a la hiperglobalización? Quizás sea demasiado pronto para sacar conclusiones definitivas, pero ya podemos observar algunos cambios signi-

**Largas cadenas de valor:
las perturbaciones
en un punto nodal
importante pueden tener
consecuencias globales**

ficativos y tendencias de fondo. En primer lugar, una serie de choques y acontecimientos significativos, desde la elección de Trump y el *Brexit* hasta la pandemia de la covid-19, y la guerra en Ucrania, han despertado la conciencia sobre la vulnerabilidad de las largas cadenas de valor: las perturbaciones en un punto nodal importante pueden tener consecuencias globales,

interrumpiendo el suministro de bienes importantes. Se ha instalado un clima político de menor confianza en el comercio internacional y en la dependencia comercial de otros países, lo que ha impulsado a varios países a buscar la autonomía estratégica en sectores críticos.

Las consideraciones de seguridad nacional impregnan la política comercial, motivando lo que Colantone denomina *giro proteccionista* 13/. El mismo autor muestra que hay un aumento muy significativo en el uso de políticas de este tipo –medidas *antidumping*, aranceles aduaneros, derechos compensatorios– desde la crisis de 2008, especialmente en la era poscovid. Como consecuencia, las cadenas de valor se están acortando, son menos intensivas en comercio y se reorientan en función de líneas geopolíticas. La mención al *reshoring*, *near-shoring* o *friend-shoring* es cada vez más frecuente en la justificación de las políticas económicas. Especialmente desde la guerra en Ucrania, varios datos muestran que los países tienden a reducir los intercambios comerciales con los países de los que están más alejados geopolíticamente, aumentándolos con los países con los que están más alineados 14/.

Al mismo tiempo, los datos del FMI 15/ muestran que desde la crisis financiera hay un aumento muy significativo en la adopción de medidas de

13/ Italo Colantone, *De-Globalization and Fragmentation* (IEP@BU, 2025), <https://iep.unibocconi.eu/publications/working-papers/de-globalization-and-fragmentation>.
14/ *Ibid.*

15/ Simon Everett et al. (2025) “Industrial Policy Since the Great Financial Crisis”, *IMF*, <https://www.imf.org/en/publications/wp/issues/2025/10/31/industrial-policy-since-the-great-financial-crisis-570816>.

política industrial. Según la investigación de estos autores, el final de 2019 marca un punto de inflexión, a partir del cual este fenómeno se intensifica especialmente. Las principales razones señaladas son la transición climática y la competitividad de sectores estratégicos, pero a partir de la pandemia cobran mayor relevancia las justificaciones relacionadas con la seguridad nacional y la resiliencia de las cadenas de suministro. Existe una desigualdad en el uso de estos instrumentos de política, que son utilizados de manera desproporcionada por las economías avanzadas. El tipo de instrumentos más utilizados depende de la geografía, pero incluye subvenciones directas o préstamos estatales a las empresas, exenciones fiscales, ayudas a la exportación o la importación, demanda pública y, por supuesto, aranceles aduaneros y medidas antidumping. No es de extrañar que más del 50 % de estas medidas sean adoptadas por China, Estados Unidos y la Unión Europea, lo que demuestra la facilidad con la que las reglas del orden internacional son subvertidas por sus supuestos líderes cuando dejan de ser convenientes.

Este movimiento, aunque plantea retos a la arquitectura del comercio internacional, a veces denominado *neomercantilismo*, *neostatismo* o *nuevo capitalismo de Estado*, no representan una ruptura total con el paradigma neoliberal 16/. Se trata más bien de una adaptación, impulsada por las élites, a las consecuencias redistributivas negativas de la hiperglobalización, que representa, en la práctica, una alianza del Estado con la burguesía nacional para proteger a las fracciones dominantes del capital, garantizándoles mayores tasas de beneficio mientras continúa el proyecto neoliberal en el ámbito nacional 17/.

Desde este punto de vista, es una respuesta a la crisis de acumulación. Cuando el funcionamiento espontáneo del mercado no garantiza las tasas de beneficio deseadas, el Estado interviene de forma contundente para lograrlo, incluso si ello implica descartar de la noche a la mañana la fidelidad a la ortodoxia económica neoliberal. La consecuencia es la oligarquización. En otras palabras, “el escenario de escasez de oportunidades de inversión productiva hace que la captura del poder político sea la forma más eficaz de garantizar la rentabilidad del capital” 18/.

Por último, el militarismo. La crisis de acumulación acentúa el conflicto global entre potencias. Los aranceles de Trump, rápidamente correspondidos, son su expresión. Cada potencia intenta desarrollar sus sectores estratégicos y proteger a su burguesía nacional, lo que acentúa el conflicto económico, que rápidamente puede derivar en un enfrentamiento político y militar.

16/ Alami, Ilias; Taggart, Jack; Whiteside, Heather; Gonzalez-Vicente, Ruben; T. Liu, Imogen y Rolf, Steve (2024) “Quo vadis neoliberalism in an age of resurgent state capitalism?” *Finance and Space* 1, n.o 1 340-67. <https://doi.org/10.1080/2833115X.2024.2392736>.

17/ Cédric Durand (2023), “Hollow States”, *NLR/Sidecar*, <https://newleftreview.org/sidecar/posts/hollow-states>.

18/ Diogo Machado e Francisco Louçã, “Nuevas y viejas oligarquías. Las transformaciones en el régimen de acumulación del capital”, 198, *viento sur*, 2025, <https://vientosur.info/nuevas-y-viejas-oligarquias-las-transformaciones-en-el-regimen-de-acumulacion-del-capital/>.

La industria de la guerra se considera cada vez más como una solución para restaurar las capacidades productivas en el centro capitalista, una visión compartida por la OTAN, la Comisión Europea, Estados Unidos y las principales potencias del Viejo Continente. Estos países anuncian sucesivamente cuantiosos programas de inversión pública en armamento. De hecho, el estudio del FMI mencionado anteriormente demuestra precisamente que la industria

La industria de la guerra se considera cada vez más como una solución para restaurar las capacidades productivas en el centro capitalista

militar es la que más medidas de política industrial ha recibido desde la crisis. Así, se agudizan los conflictos interestatales, junto con los episodios de ocupación e intervencionismo, como en Ucrania y Palestina. Venezuela amenaza con ser el golpe final al orden internacional liberal en bancarrota y demuestra con toda claridad la naturaleza del nuevo mundo que está naciendo.

La hiperglobalización no ha logrado rescatar al capitalismo tardío de su larga ola de estancamiento. Es cierto que el mundo sigue siendo interdependiente y que el comercio internacional está lejos de haber desaparecido. El nuevo orden en configuración hereda estas características y las tendencias de estancamiento, oligarquización y desigualdad entre naciones y dentro de ellas. Sin embargo, contará con Estados menos dependientes y más intervencionistas, decididos a promover sectores estratégicos nacionales e intercambios internacionales más prudentes con socios geopolíticamente más alineados, así como una mayor conflictividad económica, política y militar.

Diogo Machado y Alexandre Abreu, economistas portugueses, miembros del Bloco de Esquerda.

Movilidad humana

Cuando cambia la estación y llega la primavera
el Norte se vuelve destino y las aves se desplazan
buscando un clima acogedor.

Recorren sus rutas en bandadas,
se crean familias de altamar,
alternan el miedo por valor.

Dichosas las aves que cuando las ven
volando en lo alto del mundo libre
nadie se pregunta de dónde vienen
ni por qué migran de vez en vez.

Quién pudiera subirse a un avión sin miradas suspicaces en los controles,
sin canjear un visado a precio de riñón.

Quién quisiera atravesar una ruta insegura con la Parca de escolta.

Quién quiere sobrevivir si vivir es la misión.

Estado de tránsito que avoca tragedia,
renunciar al hogar, al origen y hasta al nombre.

Quién ha trazado límites

a nuestras ganas de sobrevolar

los pormenores de tierras saqueadas.

Atravesamos fronteras y nos exigen resiliencia.

Resistir se ha convertido en hábito en lugar de dignidad.

Quién hará recuento

de los cadáveres arrojados al Atlántico

o yaciendo en alguna fosa.

No es mi pasaporte la llave maestra

a cada esquina del planeta.

¡Ay de aquel pasaporte indigente con distinto status quo!

Quién sí, quién no,

quién merece aventurarse sin peligros,

cuál es el criterio a seguir.

Quién elige sucumbir al exilio

voluntariamente

pudiendo morir.

(Ivette Dalianna)

Palestina, el nuevo orden mundial y el internacionalismo como respuesta

Germán P. Montañés y Lorena Cabrerizo

■ En el comienzo de este año 2026, con el ataque de EE UU a Venezuela y las amenazas a Cuba, Groenlandia e Irán, por citar las más plausibles 1/, se constata lo que ya veníamos advirtiendo: el inicio de una nueva fase profundamente convulsa a escala internacional que tendrá repercusiones directas sobre todos los países. Tras dos décadas de impotencia del capitalismo para superar la crisis del 2007, de acumulación de tensiones en diversos frentes (Oriente medio/Máshreq, Ucrania, el Sahel, Sudeste asiático...) y de la pérdida de hegemonía de EE UU ante el ascenso de China, su principal potencia competidora, asistimos a un proceso de reconfiguración del orden mundial cuya punta de lanza es la estrategia de Donald Trump para recuperar el control de los recursos naturales e imponer sus intereses económicos y políticos sobre el resto del planeta.

En épocas anteriores, las potencias de uno y otro bloque trataban de justificar sus acciones en base a la legalidad burguesa, retorciéndola hasta el extremo cuando era necesario. Hoy en día, vemos como el imperialismo directamente ignora esa legalidad, y se caracteriza por tres grandes tendencias: diversos focos de conflicto interimperialista aceleradores de políticas belicistas y economías militaristas, ascenso de la extrema derecha reaccionaria y crisis de la izquierda a todos los niveles. En este contexto, se hace imprescindible analizar cómo, detrás de este escenario, subyace la sempiterna lucha de clases a escala global y al interior de cada país, y proyectar, en base a este análisis, algunas líneas que definan los contornos de un nuevo internacionalismo que haga frente a la mayor deriva destructiva que conocemos desde la Segunda Guerra Mundial.

Y para ello, nos apoyaremos en el genocidio palestino que inició el 7 de octubre de 2023 Israel, socio principal de EE UU en Oriente medio/Máshreq, y en la reacción popular que, tras más de dos años de masacres, ha conformado un movimiento global de solidaridad con Palestina del que extraer algunas lecciones que nos ayuden a impulsar una respuesta en clave internacionalista.

Palestina en su (nuestro) contexto

En estos dos años y medio desde el inicio del genocidio en Gaza, el Estado de Israel ha podido comprobar el grado de tolerancia de la gobernanza mundial

1/ Este artículo se terminó de redactar el 15 de enero de 2026, por lo que, a fecha de su publicación, es probable que se hayan materializado tales amenazas o se hayan ampliado los objetivos de la actual política imperial de EE UU.

hacia la masacre de un pueblo y la ocupación de su territorio, una tolerancia que quedó sellada con el respaldo unánime de las potencias occidentales al plan Trump-Netanyahu,

y en una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU que elude todo pronunciamiento sobre la culpabilidad de Israel 2/. Como señalábamos en un artículo anterior 3/, a pesar del genocidio, las metrópolis imperialistas que lo han apoyado directamente o se han manifestado abiertamente cómplices, no han revisado su apoyo a Israel. A día de hoy, la situación de la población palestina sigue siendo devastadoramente insostenible, mientras Israel continúa adelante con su proyecto etnonacionalista del Gran Israel, envuelto en la cálida manta de la impunidad internacional. Israel sigue siendo, 78 años después, el *leal dispositivo* del imperialismo occidental, la base de operaciones desde la que controlar la región de Oriente medio/Máshreq, pero también la expresión más terminada del proyecto de extrema derecha que define nuestros días.

Y es que, en prácticamente todo el mundo occidental, se está dando un proceso de fascistización de las sociedades. Esta se expresa políticamente mediante las fuerzas que ofrecen una respuesta a la crisis del sistema capitalista a través de una mezcla de austeridad, autoritarismo, refuerzo del imperialismo y el militarismo, y el cierre de las sociedades en clave racista. Este último factor es fundamental para entender el atractivo de esta propuesta. Simplificando mucho, la extrema derecha ofrece a las clases medias y sectores

de la clase trabajadora blanca el mantenimiento de su posición relativa en el sistema mundo –ciertas ventajas de vivir en un Estado que tiene relaciones de poder desiguales con el resto del mundo, básicamente–, mediante el aplastamiento de quienes están todavía peor: el proletariado de origen migrante. Esto supone una alianza interclasista blanca que pri-

El internacionalismo es un antídoto contra el veneno del racismo y el chovinismo

villegia la pertenencia a una nación particular por encima de la clase social.

Pues bien, el internacionalismo es exactamente lo contrario, un compromiso hacia todas las personas explotadas del mundo. Es un antídoto contra el veneno del racismo y el chovinismo mediante los cuales las clases dominantes confían en salir intactas de la crisis económica mundial. El movimiento global de solidaridad con Palestina ha supuesto en estos dos últimos años una línea de combate fundamental contra una extrema derecha que es abiertamente sionista, en parte porque Israel es un ejemplo a seguir en términos de aplicación selectiva de derechos civiles y políticos, métodos represivos ultra sofisticados, etc. Gran parte de la sociedad israelí ha deshumanizado a la población palestina hasta tal punto que creen que los niños y niñas palestinos son también

terroristas y deben ser eliminados. Esta deshumanización es equivalente a la que la extrema derecha alienta hacia la población de origen migrante en las metrópolis imperialistas, y sólo

2/ [https://docs.un.org/es/S/RES/2803\(2025\)](https://docs.un.org/es/S/RES/2803(2025))

3/ <https://vientosur.info/dos-anos-de-movimiento-pro-palestino-como-retomar-la-luchatras-el-alto-el-fuego/>

hay que ver los sucesos de Badalona de diciembre de 2025.

Frente a ello, la solidaridad con Palestina ha contribuido a combatir la deshumanización de toda esa población y la islamofobia en nuestras propias sociedades, revitalizando un principio ético-político básico para cualquier socialista: la defensa de todas y todos los oprimidos y de quienes luchan contra una situación injusta.

¿Tras los pasos de la revolución pasiva o autonomía política?

Siguiendo esta lógica, huelga decir que el internacionalismo debe empezar en nuestro propio Estado, mediante una lucha constante a favor de los derechos de las y los trabajadores de origen migrante. Esto nos permite empezar a hablar de un asunto político central en el Estado español, y es la falta de coherencia del Gobierno progresista al erigirse como paladín de la causa palestina mientras en casa no hace nada para mejorar los derechos del proletariado de origen migrante. ¿Se puede ser internacionalista mientras se financia que Mauritania construya cárceles de detención de migrantes para que no lleguen al Estado español? 4/ ¿Se puede ser internacionalista mientras se mantiene una Ley de Extranjería que perpetúa en situación de irregularidad y falta de derechos a miles de personas? ¿Se puede apoyar al pueblo palestino mientras se sigue haciendo negocio con las armas que los asesinan o se alojan empresas que son cómplices directas del robo de sus tierras y recursos?

Si bien es cierto que la dinámica general es de fascistización de nuestras sociedades, las tendencias generales encajan de manera distinta en cada formación social. En el caso del Estado español, las protestas en solidaridad con Palestina estallaron tras más de cinco años de gobierno progresista. Trataremos de explicar cómo el ciclo político ha afectado al movimiento de solidaridad con Palestina, y viceversa.

El gobierno progresista es el actor principal de un intento de revolución pasiva fracasada 5/. De acuerdo con Massimo Modonesi, la revolución pasiva son “procesos/proyectos que impulsan y operan una (re)subalternización, pues tienden a desactivar, desmovilizar y pasivizar, reduciendo los márgenes de autonomía” 6/. *Más adelante añade que*

“la noción de revolución pasiva no caracteriza todos los procesos de reconfiguración de la dominación burguesa, sino los que introducen elementos progresivos con la finalidad de transformar los términos de la relación mando-obediencia entre clases dominantes y clases subalternas, para conservarla en su esencia jerárquica y en su contenido capitalista” 7/.

4/ <https://www.elsaltodiario.com/fronteras/gobierno-espana-abre-dos-carceles-migrantes-mauritania>

5/ Nos hemos basado en este artículo de Brais Fernández: <https://zonaestrategia.net/la-fallida-revolucion-pasiva-espanola/>

6/ Massimo Modonesi, *Gramsci y el sujeto político. Subalternidad, autonomía, hegemonía* México: Akal, 2023 (123)

7/ Ídem (157)

En resumen, una revolución pasiva trata de restituir la hegemonía de las clases dominantes tras un período de agitación de las clases subalternas mediante: 1) la asunción de ciertas demandas de esas clases subalternas y 2) la cooptación de parte de sus líderes al aparato estatal. Tras el largo período de protestas que nació en 2008, y que incluyó las grandes mareas contra la austeridad, pero también el *procés* catalán y el surgimiento de Podemos, el ciclo concluyó con una re-estabilización del régimen del 78 en clave progresista: como sabemos, el gobierno está formalmente comprometido con los derechos sociales, el acceso a la vivienda, el respeto a las distintas nacionalidades del Estado español, etc.

Pero si ha sido una revolución pasiva *fallida* es porque: 1) las transformaciones reales han sido mínimas; en otras palabras, a las clases dominantes les ha salido prácticamente gratis la desactivación de las fuerzas de oposición al régimen y, en consecuencia, 2) las grandes fracturas sociales y territoriales que motivaron el descontento permanecen irresueltas. Por ello, el impulso inicial de los dos gobiernos de coalición se ha ido desgastando, manteniéndose únicamente por el miedo de gran parte del electorado a una alternativa de gobierno que incluya a la extrema derecha.

Es, en este contexto, en el que irrumpen las movilizaciones en solidaridad con Palestina tras los ataques del 7 de octubre. La primera respuesta del gobierno fue cerrar filas con Israel. Después, la brutalidad del genocidio y la gran simpatía y movilización de los pueblos del Estado español para con el palestino le han hecho mutar de posición, pero cuidando de no alterar el estado de “despolitización de la indignación moral” de su base social que, a pesar de mostrar públicamente el rechazo al genocidio, no está dispuesta a que la crisis palestina amenace la política doméstica ni altere sus (precarias) condiciones de vida 8/.

El gobierno, coherente con el proceso de revolución pasiva, ha tratado una y otra vez de restar autonomía al movimiento de solidaridad para situarlo bajo su ala

El gobierno, coherente con el proceso de revolución pasiva que ha encabezado, ha tratado una y otra vez de restar autonomía al movimiento de solidaridad para situarlo bajo su ala. Junto a la lucha por la vivienda, el movimiento propalestino es el único que, en los años de gobierno progresista, ha conseguido articular una crítica desde la izquierda con carácter de masas, mientras el ejecutivo ha tratado de situar la disputa en los términos habituales: o nosotros (el apoyo simbólico al pueblo palestino) o el caos (la derecha sionista). Se siente incómodo ante un movimiento que remarca una y otra vez que las posiciones políticas deben concretarse en acciones, y que,

8/ <https://vientosur.info/palestina-y-nosotros-un-intento-de-sintesis/>

por la vía de los hechos, el gobierno está apoyando el genocidio del pueblo

palestino mediante el mantenimiento de las relaciones comerciales y militares con Israel. Desde esta perspectiva, ¿cuál es el objetivo de las medidas tomadas por el gobierno y sus aliados en estos años? Desactivar la autonomía del movimiento y devolver la iniciativa al que consideran que es el principal actor en la lucha contra la extrema derecha, el Estado, y no al movimiento autónomo de las clases subalternas y las instituciones propias que estas crean. Hagamos un breve repaso de algunas de estas medidas:

- En febrero de 2024, los sindicatos CC OO y UGT, junto al PSOE y Sumar, impulsan la movilización “Libertad para Palestina”. Al contrario que las movilizaciones de la RESCOP (Red Solidaria Contra la Ocupación de Palestina), esta movilización evitaba señalar la complicidad del gobierno con Israel. El objetivo era evidente: generar un polo de movilización social afín al gobierno y acrítico con el mismo. Esta intentona fracasó.
- En mayo de 2024, el gobierno reconoció al Estado de Palestina. Lo hizo en medio de acampadas estudiantiles que emergieron en muchos campus y que denunciaban los vínculos de las universidades públicas con instituciones israelís (a veces, directamente con sus fuerzas armadas) y, también, el mantenimiento de las relaciones con Israel. El objetivo del gobierno era, una vez más, ganarse el favor de las y los estudiantes movilizados o, si esto era difícil por su grado de politización, de la opinión pública que simpatizaba con ellos.
- En junio de 2024, el Estado español apoyó la demanda de Sudáfrica contra Israel ante la Corte Internacional de Justicia.
- En mayo de 2025, junto a los gobiernos de Irlanda, Eslovenia y Noruega, firmó una declaración conjunta renovando su compromiso con la implementación de la solución de los dos Estados.
- En septiembre de 2025, ante el salto de escala que da el movimiento, con grandes movilizaciones como la de la vuelta ciclista, el gobierno aprobó un tímido decreto de embargo de armas 9/ y, además, el Consejo de Administración de RTVE decidió no participar en Eurovisión si lo hacía Israel.

Estas medidas, además de ser insuficientes en el plano material, lo son también en el plano ideológico. Declaración tras declaración, el gobierno ha seguido reconociendo el derecho del Estado de Israel a existir y sigue manteniendo que Hamás es una organización terrorista que debe deponer las armas. No nos podemos detener aquí en estas cuestiones, pero sí hay que recalcar que ningún

9/ Un análisis de las posiciones del movimiento de solidaridad con Palestina ante este embargo se puede encontrar en nuestro siguiente artículo: <https://vientosur.info/dos-anos-de-movimiento-pro-palestino-como-retomar-la-lucha-tras-el-alto-el-fuego/>

Estado colonial fundado sobre el exterminio de un pueblo tiene derecho a existir, y que los pueblos colonizados tienen derecho a resistir al invasor mediante todas las herramientas disponibles, incluidas las armas.

Con estas medidas, se busca responder a las grandes movilizaciones y que todas aquellas personas sensibles a lo que está ocurriendo en Palestina no pierdan la sensación de que tienen un *aliado* en el gobierno. Además, buscan influir en el movimiento para reforzar a los sectores más reformistas, quienes creen que a través del *lobby* institucional y la acumulación de pequeñas reformas se logrará ayudar a la resistencia palestina. Pero un sobrio análisis de la situación nos muestra que el proceso de revolución pasiva en el Estado español ha tenido unas bases muy débiles 10/, y la movilización por Palestina ha llegado, además, en sus horas más bajas.

Límites y potencialidades

Uno de los grandes éxitos del movimiento de solidaridad con Palestina ha sido afirmar su independencia frente al gobierno en distintos momentos. Por ejemplo, ganando la batalla discursiva en la opinión pública, incluidos aquellos medios afines al gobierno, desmintiendo que la historia del conflicto se inició el 7 de octubre, cuando señaló que el reconocimiento del Estado de Palestina era un símbolo vacío de contenido o cuando denunció que el embargo de armas era un coladero legal incapaz de frenar el tránsito de material hacia Israel.

Pero también ha habido ejemplos de lo contrario, pues las fuerzas aliadas del gobierno tienen muchas vías para ejercer su influencia, y la relación de fuerzas sigue siendo desfavorable a la movilización social después de que el ciclo del cambio declinara en la recomposición del progresismo neoliberal. Destacaremos dos de los límites que han frenado las posibilidades del movimiento propalestino para revertir el sentido de esta relación.

Por un lado, el hecho de que buena parte de la izquierda se hiciera eco de las condenas a Hamas que se impusieron desde todas las democracias del bloque imperialista, incluyendo la nuestra, como requisito para hablar de Palestina. No se trataba tampoco de indicarle al pueblo palestino cuál es la estrategia de resistencia adecuada desde una lógica equivocada de superioridad moral occidentalista, sino de no olvidar que las y los palestinos llevan décadas resistiendo a la ocupación y al exterminio con diversos métodos y estrategias, siendo todos ellos legítimos, como reconoce el propio derecho internacional. Condicionar la solidaridad a la disolución del principal actor de la resistencia palestina, golpea y abre una brecha en un movimiento que, aún embrionario en términos internacionalistas, puede ser el prefacio de un frente antiimperialista y antifascista.

Por otro, y a pesar de reconocer la laxitud de una legislación provisional que limita el comercio de armas con Israel, y cuya excepcionalidad ya se ha puesto en práctica apenas tres meses después de su aprobación 11/ bajo

10/ Brais Fernández señala algunas de las razones: "El contexto económico del centro capitalista ya no es de crecimiento, y la tendencia a la caída de la rentabilidad, que no encuentra salida en una gran crisis purificadora, impiden grandes operaciones

redistributivas dentro del modo de acumulación capitalista." <https://zonaestrategia.net/la-fallida-revolucion-pasiva-espanola/>

11/ https://rescop.org/bds/nota_prensa_nochebuena_gobierno_excepcion_autorizo_nueva_compra_armas_a_israel/

el pretexto de evitar pérdidas económicas y de empleos (imponiéndose la supervivencia de la clase trabajadora del centro capitalista a la de la clase trabajadora periférica), gran parte del movimiento se decantó por la lógica del *menos es nada*, llamando públicamente a la aprobación parlamentaria de un real decreto sin perspectivas de convertirse en ley, lo que implicará, probablemente, el retorno a un activismo de acción directa, empresa a empresa, contra la industria armamentística.

La única conclusión posible es que la autonomía política del movimiento, basada en una acción política intransigente, es una batalla constante, si de lo que se trata es de traducir la protesta en un cambio político decisivo. Porque a pesar de la enorme presión, el movimiento no ha sido capaz de cercenar el poder del capital que soporta el genocidio ni de derrocar la complicidad de nuestro gobierno. Por eso, sorprende que algunas voces dentro del movimiento pongan sobre la mesa el problema de la participación de organizaciones polí-

ticas en el mismo, cuando claramente el peligro para el movimiento es la influencia desde el Estado, mediada en ocasiones por sus partidos políticos, pero no sólo y ni siquiera de forma principal 12/. Las organizaciones políticas, como todas las demás organizaciones, son un aliado imprescindible, siempre que sean leales al movimiento, respeten sus métodos decisorios consensuados colectivamente y lo refuercen con militantes, recursos e ideas.

No obstante, como señalábamos más arriba, en estos dos años se han

Se han revelado los múltiples lazos imperialistas –especialmente comerciales y militares– que atan al Estado español y a la UE con Israel

logrado muchas cosas. Se han revelado los múltiples lazos imperialistas –especialmente comerciales y militares– que atan al Estado español y a la UE con Israel; miles de personas se han politizado en un internacionalismo activo gracias al movimiento de solidaridad y, en distintos momentos, el gobierno se ha visto en jaque desde su izquierda, viéndose obligado a reaccionar. Hay que reconocer que todo esto habría sido imposible si el movimiento hubiera sido una mera extensión del gobierno de coalición.

Volviendo a Modonesi,

“el primer pasaje es de la subalternidad a la autonomía y se realiza por la ruptura, la separación, la escisión subjetiva que se opera partiendo de condiciones objetivas, pero que se desarrolla subjetivamente, activamente, saliendo del ámbito de la mentalidad y la ideología de las clases dominantes, así como de su perímetro de organización política, avanzando reivindicaciones propias y construyendo instancias parcialmente autónomas que, tendencial o potencialmente, se vuelven

integrales. En otras palabras, se levantan las columnas portantes del movimiento comunista: concepción del mundo, proyecto y partido” 13/.

Esbozo para un nuevo internacionalismo

Según Gramsci, las clases subalternas deben recorrer un camino desde la mera subalternidad insurgente hasta la autonomía política. Quizá las clases subalternas no hemos alcanzado todavía un nivel suficiente de organización autónoma como para lograr una victoria de calado como habría sido la suspensión total de relaciones con Israel. Probablemente, para lograr esto sea necesario erigir una serie de instituciones propias –organizaciones de solidaridad internacionalistas, sindicatos laborales o de vivienda, partido(s)–, con las que ahora no contamos, o no con la fuerza suficiente. Pero sí creemos que la experiencia del movimiento de solidaridad con Palestina puede jugar un papel relevante en este proceso. Proceso en el que, según Gramsci, también es necesario crear una institución propia de la clase trabajadora que condense su proyecto estratégico de escisión y combate total contra las clases dominantes: un partido político ecosocialista y resueltamente internacionalista.

Y hay señales que nos indican que es posible avanzar en esta dirección. Las sucesivas huelgas protagonizadas por los estibadores en Italia, como forma de oposición al genocidio primero, y de resistencia ante la creciente militarización después, nos indican el camino para retomar una lucha de clases a nivel global y construir una alternativa que acumule poder y capacidad de bloqueo ante la nueva fase de barbarie imperialista. Y aunque romper el mecanismo que impide el desarrollo del internacionalismo como fuerza de masas no es un proceso fácil, podemos partir de algunos principios básicos.

Los gobiernos de gestión capitalista fomentan y se sustentan sobre la dinámica de la división global de la clase trabajadora. Por lo tanto, es necesario una oposición intransigente a los intereses de nuestra burguesía expresados a través de los gobiernos: no hay conciliación de clase posible entre los intereses de las clases trabajadoras y las oprimidas a nivel global y las burguesías nacionales.

La defensa de los derechos conquistados y de las libertades parciales debe ser siempre independiente del bloque de poder de la clase dominante. A veces, la clase dominante ofrece ciertas concesiones a cambio de *paz social*, sostenidas sobre el expolio imperialista y la exportación de las crisis: el internacionalismo es transformar ese eje en busca de una estrategia a otra escala. Conflicto de clases dentro, lucha contra la guerra y la acumulación de riqueza basada en el expolio imperialista fuera.

12/ Para un análisis más extenso del papel de los movimientos sociales durante los años de gobierno progresista: <https://vientosur.info/los-movimientos-sociales-entre-la-crisis-y-la-necesidad-militante/>

13/ Massimo Modonesi, *Gramsci y el sujeto político. Subalternidad, autonomía, hegemonía* México, Akal, 2023 (110).

Sin embargo, no hay que obviar la táctica. Exigirle al gobierno a través de consignas concretas (fin del comercio de armas, ruptura de las relaciones con Israel) ha permitido despertar la conciencia de millones de personas en todo el mundo, que

ven la complicidad de los gobiernos y las empresas de forma clara. No exigimos al gobierno porque confiamos en su bondad; es un arma para derrotarlo y atraer a su base social hacia un nuevo campo político.

Sabemos que estas consignas no son suficientes. Nosotros, al contrario que otras tendencias, confiamos en la clase trabajadora, no tanto en alianzas geopolíticas, que se han revelado impotentes. Así como el progresismo del centro capitalista no está dispuesto a arriesgar su posición hasta el final por Palestina, tampoco las diferentes tiranías regionales de Oriente medio/

Un factor clave es que, en los países del centro capitalista, irrumpa y tomen protagonismo los trabajadores y trabajadoras de origen migrante

Máshreq (u otras partes del mundo) lo han estado. Es importante aprender esa lección, aunque por supuesto, hay que aprovechar todas las grietas y alianzas tácticas posibles en una lucha de liberación nacional de estas características.

Por último, un factor clave es que, en los países del centro capitalista, irrumpa y tomen protagonismo los trabajadores y trabajadoras de origen migrante. No es por una cuestión de *representación* o de *que estén todas las opresiones presentes* en un mosaico

sin proyecto político. Es porque son una fuerza social formidable, que en realidad sufre el reverso del colonialismo externo en el interior de los países. Su inclusión en un campo, en este caso para nosotras ecosocialista, es decisiva para cambiar la relación de fuerzas y que la aristocracia obrera y las clases medias se vean desplazadas por sectores más dinámicos, como *hegemón* de la lucha internacionalista, para lo cual hacen falta dispositivos organizativos y nuevas alianzas a la altura de esa tarea.

Parafraseando a Lea Ypi, si no nos enfrentamos a las fronteras de clase y no proponemos una política que sea capaz de eliminar las desigualdades vinculadas al fortalecimiento y expansión de las dinámicas del capitalismo, el avance de la ultraderecha será imparable 14/.

Germán P. Montañés y Lorena Cabrerizo son militantes de Anticapitalistas.

14/ Lea Ypi, *Fronteras de clase. Desigualdad, migración y ciudadanía en el Estado capitalista* 2025, Anagrama.

Qué dicen las mujeres palestinas

El impacto de la colonización y la cooperación internacional en el movimiento feminista en Palestina

Leila Serra Badran

■ En los últimos dos años la narrativa colonial ha presentado los acontecimientos del 7 de octubre y el posterior genocidio perpetrado por el Estado de Israel de forma descontextualizada, como si el uso de la violencia no tuviera causa alguna, como si aquel suceso no fuera la consecuencia directa de cien años de colonización sionista de la población palestina. Los acontecimientos del 7 de octubre no pueden entenderse sin considerar todo lo que precedió.

Pensar Palestina hoy

Durante más de un siglo, Palestina –la tierra y su pueblo– ha soportado un proyecto colonial, imperialista y genocida establecido y sostenido por potencias y regímenes mundiales. Este proceso arranca con los primeros asentamientos sionistas en suelo palestino a finales del siglo XIX, continúa con la Declaración Balfour del Imperio británico de 1917 –que ignoró los derechos de la población indígena palestina en favor de las ambiciones coloniales de los colonos europeos– y con la Nakba de 1948. En la actualidad se consuma con la intensificación del genocidio en Gaza y la escalada de la violencia colonial sionista en toda Palestina, especialmente en Cisjordania.

Israel debe entenderse como un régimen sionista y colonial enmarcado en las estructuras del capitalismo racial

Lo que comenzó en el siglo XIX y se ha mantenido hasta nuestros días es una Nakba permanente: un proyecto persistente de desplazamiento, robo de tierras, borrado de la identidad palestina y limpieza étnica del pueblo palestino, con el objetivo de eliminar a los y las palestinas de la existencia y construir una entidad imperial y

colonial sobre las ruinas de sus hogares y sus cuerpos.

Israel debe entenderse como un régimen sionista y colonial enmarcado en las estructuras del capitalismo racial. El capitalismo está intrínsecamente racializado. Su existencia está intrínsecamente ligada a la jerarquización racial que deriva en la opresión y explotación sistemáticas de las personas racializadas, las personas no blancas y las comunidades del Sur Global. Se trata de un sistema económico que no puede sostenerse sin la subyugación sostenida de estas comunidades y su explotación a todos los niveles, lo que pone de relieve su estructura esencialmente injusta y desigual.

El *apartheid*, por su parte, es otra manifestación de la violencia inherente al colonialismo de asentamiento, y no puede abordarse sin tener en cuenta la dinámica profundamente arraigada de opresión y explotación raciales. En Palestina, desde sus inicios, nunca ha existido un colonialismo de asentamiento desvinculado del capitalismo ni un capitalismo sin su faceta de racialización.

Es por ello que, desde un punto de vista analítico, considero que el marco del *apartheid* y los derechos humanos en la perspectiva liberal debe cuestionarse profunda y radicalmente. El *apartheid* como un fin en sí mismo es limitador, pues forma parte de un sistema mucho más amplio y profundo de violencia estructural. Describe una situación jurídica de segregación, pero no explica el proyecto colonial en el que se asienta. Hace referencia a un régimen de separación y opresión jurídica e institucionalizada, como el que existía en Sudáfrica, pero en el caso de Palestina, Israel no solo segrega y discrimina, sino que también desplaza, elimina y reemplaza a la población nativa. Esto es lo que se conoce como colonialismo de asentamiento, en el que el objetivo es borrar a la población indígena para sustituirla. El *apartheid* organiza la *discriminación dentro del sistema*, mientras que el colonialismo de asentamiento plantea eliminar a la población autóctona como fundamento del sistema.

Y es que el lenguaje jurídico no vislumbra la totalidad de la experiencia palestina ya que toda ella converge en el régimen colonial de asentamiento que cristaliza en la Nakba. Como dice Rabea Eghbariah:

“hay que entender la Nakba como un crimen y dotarla de reconocimiento en el marco legal internacional (...) Palestina solo puede entenderse con precisión mediante el concepto de la Nakba permanente, un crimen flagrante contra la humanidad que se entrelaza con los crímenes de *apartheid*, genocidio y ocupación indefinida, pero que al mismo tiempo constituye una tragedia indeleble con fundamentos, estructuras y propósitos propios. Para que la cuestión palestina se resuelva de verdad, la comunidad internacional debe afrontar la realidad de la Nakba permanente. Reconocer la Nakba como un concepto universal –reconocido y prohibido por las normas internacionales– es, por lo tanto, el primer paso hacia una solución justa y duradera en Palestina” (Rabea Eghbariah, 2024).

El movimiento feminista en Palestina

El feminismo no es una invención occidental: autenticidad frente a tradición, feminismos importados frente a feminismos locales

En el contexto palestino, la lucha feminista siempre ha sido un elemento clave de la lucha por la liberación anticolonial: no ha existido una sin la otra. Por lo tanto, no se puede reflexionar sobre un movimiento feminista palestino local y situado sin considerar el contexto de la lucha anticolonial en el que siempre se ha inscrito. Así pues, existe una interrelación o tensión dialéctica entre lucha nacional y lucha social (Kandiyoti, 1991; Sayigh, 1981).

El movimiento de liberación nacional ha representado en ciertos contextos un obstáculo para las organizaciones feministas cuando la lucha por la libertad nacional se ha priorizado sobre la agenda social y de género. Además, la persistencia de una concepción tradicional y patriarcal de género también ha estado presente en los espacios de lucha mixtos, donde las mujeres activistas, a pesar de desempeñar un papel fundamental en la organización de la resistencia, han sido relegadas a tareas asociadas con el cuidado o el *trabajo doméstico*, responsabilidades que garantizaban tanto la reproducción de la vida

como la continuidad del movimiento (Giacaman, citado en Sabbagh, 1996; Hasso, 2005; Jad, 2018; Kuttab, 1989; Taraki, 2006).

En el contexto palestino, la lucha feminista siempre ha sido un elemento clave de la lucha por la liberación anticolonial

Ante esta realidad, a partir de 1978 las palestinas impulsaron espacios no mixtos con el fin de articular su propia agenda feminista vinculada –pero no subordinada– a la lucha por la liberación nacional. El ejemplo más emblemático fue la creación de la Federación Palestina de Comités de Acción de Mujeres, que operaba

dentro de un marco laico y marxista de izquierda y que llegaría a tener representación en las cuatro principales corrientes ideológicas y políticas de la OLP (Jad, 2018), el FPLP, el FDLP, el Partido Comunista y Al Fatah, cada una de las cuales tenía su propio comité de mujeres y espacios no mixtos (Kuttab, 1993: 73).

Este marco de resistencia abrió espacios para la autoorganización política que favorecieron el surgimiento de una conciencia feminista entre las activistas, lo que marcó un punto de inflexión con respecto a las formas que había adoptado anteriormente el movimiento feminista. Este, que abarca desde 1903 a 1948, tuvo un carácter marcadamente asistencial con asociaciones benéficas integradas por mujeres de clase media-alta urbanas, de carácter caritativo, que apoyaban a familias de refugiados y a los presos y presas.

Por el contrario, la conciencia feminista que se desarrolla a finales de la década de 1970 se articula desde una perspectiva que aborda de forma simultánea e interconectada cuestiones de clase, género y nación, y que ha perdurado hasta nuestros días (Giacaman, 1996; Jad 2018; Kuttab, 2010). Esta conciencia feminista alcanzó su apogeo durante la Primera Intifada, cuando el movimiento de mujeres palestinas desempeñó un papel crucial tanto en la resistencia política como en la construcción de alternativas sociales. A través de comités populares y organizaciones de base, especialmente las vinculadas a la izquierda, las mujeres no solo asumieron responsabilidades clave en la coordinación de la lucha, sino que también crearon redes de apoyo mutuo y autosuficiencia, especialmente en las zonas rurales afectadas por los toques de queda. Se trata de iniciativas que incluyen la educación alternativa, la

salud sexual y reproductiva, el apoyo a las familias de las personas mártires y presas, los huertos comunitarios y el boicot a los productos israelíes. En este marco, el empoderamiento no se conceptualizó a partir de una teoría abstracta o liberal, sino que se practicó de forma colectiva y cotidiana, situando en el centro el derecho a la autonomía, la libertad de movimiento y la participación pública de las mujeres. La estrategia feminista adoptó una perspectiva interseccional e interconectada que abordó simultáneamente las dimensiones de clase, género y ocupación colonial, involucrando a mujeres urbanas, rurales y refugiadas en un proyecto emancipador compartido.

Este proceso de empoderamiento colectivo –de carácter ascendente, transformador y anticolonial– tenía como objetivo simultáneo la liberación de la tierra y la transformación de las relaciones sociales y de género. A través de la participación de las mujeres en cooperativas de producción, programas de alfabetización y formación profesional, el movimiento desafió las jerarquías patriarcales tanto en la esfera pública como en la privada.

Así, a pesar de las tensiones con la agenda nacional dominante, que a menudo subordinaba las reivindicaciones feministas, las mujeres aprovecharon el espacio abierto por la movilización para introducir una conciencia de género. Este feminismo radicalmente contextual, construido y moldeado por las condiciones materiales de la ocupación, redefinió el concepto mismo de empoderamiento como un proceso colectivo y dialéctico de liberación personal y política. Perseguía la movilización popular y masiva en la lucha. En última instancia, como señala Peteet (1991), la participación política de las mujeres no solo modificó las relaciones entre hombres y mujeres, sino que también transformó profundamente las relaciones entre las propias mujeres.

“En aquellos años revolucionarios, la agenda social feminista no se debatía en términos teóricos, sino que se ejercía. Por ejemplo, la reivindicación del derecho de las mujeres al movimiento. Nos quedábamos fuera hasta medianoche o la una de la madrugada caminando por las calles; había mujeres en las manifestaciones. Viajábamos de un lugar a otro. Había una práctica real de nuestras reivindicaciones feministas” (entrevista con Soraida Hussein).

Por otra parte, las académicas palestinas han teorizado extensamente sobre cómo las estructuras de opresión israelíes han obstaculizado la relación de la sociedad palestina con las mujeres y las disidencias sexuales y de género, que constituyen un grupo discriminado y soportan las cargas más pesadas (Hammami, 1995). Esto se deriva de un sistema de opresión dual: por un lado, la violencia y la expulsión impuestas por la ocupación y el colonialismo de asentamiento y, por otro, el patriarcado de la propia sociedad. Por ejemplo, varios estudios han demostrado que durante los periodos de intenso control israelí (como el cierre de carreteras, las detenciones masivas o la imposición de toques de queda y castigos colectivos), las tasas de violencia patriarcal eran más elevadas. Además, algunas autoras sostienen que la ocupación amplía o

sienta las bases para reforzar la subordinación de las mujeres a los roles de género tradicionales, debido al aumento de la persecución por parte de Israel de las mujeres políticamente activas.

En este contexto, el acoso sexual, las amenazas y el encarcelamiento se convierten en prácticas habituales del Ejército israelí para obstaculizar la resistencia popular (investigado exhaustivamente por Abdo, 2014; Hawari, 2019).

Al mismo tiempo, la epistemología y el activismo feministas son muy conscientes del marco de islamofobia global que se consolidó en la guerra contra el terrorismo. Han criticado ampliamente el orientalismo y su legado porque sirvieron para reforzar el viejo mantra colonial que establece la superioridad de Occidente y legitima las formas de dominación europea. Los dogmas del orientalismo –atraso, harén, exotismo, tradición, conservadurismo, religión– no solo sitúan a Occidente en una posición de superioridad moral sobre Oriente, sino que también han justificado el control militar, el colonialismo, la hegemonía y las intervenciones mili-

Las feministas árabes han examinado las múltiples formas de agencia de las mujeres árabes y cuestionando las nociones liberales desde una perspectiva crítica y decolonial

tares, cuyas consecuencias para la vida material de las personas perduran hasta nuestros días.

Las feministas árabes, y en este caso las de Palestina, han examinado cómo la construcción de la alteridad, que se explica con el orientalismo, se logra a través de los cuerpos y la agencia de las mujeres y los sujetos LGTBIQI+ árabes y musulmanes. Así, han trabajado desde el ámbito académico y el activismo para romper el mito de “la mujer árabe como víctima pasiva de su cultura y su religión”, mostrando las múltiples formas de agencia de las mujeres árabes y cuestionando las nociones liberales desde una perspectiva crítica y decolonial. Asimismo, vienen demostrando, desde la epistemología feminista y desde los activismos, que la liberación de la opresión y el empoderamiento tienen significados diferentes en Palestina. ¿Qué significa estar oprimida? ¿Qué significa estar empoderada? ¿Quién define el concepto de tener agencia política? ¿A qué agenda sirve? ¿Cómo impactan estas categorías cuando se trasladan fuera del contexto en que fueron creadas?

“¿La emancipación, la igualdad y los derechos forman parte de un lenguaje universal? ¿Podría haber otros deseos más significativos para diferentes grupos de personas, como vivir sin guerra ni violencia?” (Lughod, 5: 2006)

Más allá de los binarios orientalistas y la mirada culturalista occidental que presupone una falta de emancipación feminista debido a la supuesta cultura conservadora y al islam, las feministas poscoloniales introducen otros campos de análisis para comprender la opresión de las mujeres, como el autoritarismo, el patriarcado, el Estado, las intervenciones militares, el imperialismo y la necesidad de comprometerse con la cultura de manera crítica. Los feminismos navegan desafiando las rígidas categorías de lo moderno frente a lo tradicional, buscando un feminismo propio desde la crítica radical de las agendas y políticas neoliberales y neoconservadoras. Este feminismo analiza críticamente el género como un marcador del campo de batalla geopolítico, señala que las desigualdades deben entenderse desde los contextos de la colonización y las intervenciones militares.

Para comprender cómo ha evolucionado el movimiento feminista en Palestina desde la Primera Intifada y las estructuras de agencia y emancipación que se establecieron allí hasta la actualidad, hay que detenerse en los llamados Acuerdos de Paz de Oslo.

El paradigma neoliberal de la paz, la ONGización, la Autoridad Palestina y Oslo o cómo se repite la historia

Los Acuerdos de Oslo firmados en 1993 entre la OLP y el Estado de Israel, se presentaron como un *proceso de paz*, pero en realidad constituían una nueva estrategia colonial encubierta destinada a neutralizar la resistencia palestina, consolidar las estructuras coloniales sionistas e intensificar el control y la violencia sobre el territorio palestino. Marcaron el fin definitivo de la Primera Intifada sentando las bases para una colonización sionista aún más profunda, un proceso que se ha interpretado como factor determinante para el estallido de la Segunda Intifada.

Oslo supuso, por tanto, la puerta de entrada al dominio del paradigma neoliberal, en el que el régimen colonial israelí instrumentaliza el discurso de la paz neoliberal por el cual se incrementa espectacularmente el número de oenegés como respuesta a la noción de que *el conflicto* había terminado, que estábamos en la era *posconflicto* y, por tanto, era necesario centrarse en la *reconciliación*.

Se pasó así de un marco de lucha revolucionaria por la liberación del pueblo indígena palestino a la normalización de las relaciones con Israel y, *de facto*, a su reconocimiento. En este sentido, Oslo significó lo que Tabar describe como *la guerra por otros medios*. Y, en última instancia, un proceso sin paz, sin derechos, sin justicia y sin descolonización.

Los Acuerdos de Oslo y su impacto en el movimiento feminista

Oslo tuvo un impacto negativo en el activismo y en el movimiento feminista reconfigurado en torno a las ONG. Condujo a una importante desmovilización de los movimientos feministas y de base debido a la profesionalización –referida como *ONGización*–, vinculada a la llamada industria del desarrollo y

al régimen de donantes, a efectos de preservar y sostener la recién creada Autoridad Palestina (AP).

Lo que entendemos por *ONGización* implica no solo la adopción de tendencias neoliberales en el discurso y en las reivindicaciones, sino también el control de las prioridades y la agenda política consideradas más importantes. Se distancia de las estructuras autónomas de movilización feminista y de base generadas durante la Primera Intifada para aplicar un enfoque mercantilista y capitalista con el mantra de dividir los proyectos entre lo que se considera político y lo que se considera técnico. Así, pasamos de una noción de empoderamiento popular y colectivo, de movilización popular, arraigada y situada en su propio contexto (el caso de la Primera Intifada), a una dimensión individual característica del neoliberalismo capitalista.

En aquel momento el discurso decía:

“dejad la política a los políticos y centraos en vuestra experiencia como profesionales. Tenemos que empoderar a las mujeres a través de la ley, a través de la educación. Mejorad las capacidades de las mujeres, pero no hablemos del colonialismo sionista, racismo o patriarcado. Hablemos sólo de la violencia machista” (Samia Butmeh, 2023).

Principales tendencias actuales y errores de enfoque en los proyectos de género: cómo la hipervisibilización de la violencia masculina desplaza a la violencia colonial

“Parece que algunas de estas instituciones tienen una concepción errónea de lo que significa la liberación de las mujeres, ya que basan todo en la idea de la participación política. Creo que es hora de que aprendan de las feministas de Gaza, de los países árabes, de los países musulmanes, lo que entendemos por feminismos. Para nosotras, feminismo significa justicia, significa la liberación de nuestros territorios, porque no puedo imaginar cómo desarrollar mis derechos si no puedo cruzar más de dos kilómetros en mi propio país” (entrevista con Raya Ziadah, 2023).

Los requisitos para empoderarse establecidos por los organismos multilaterales, tienen carencias. El concepto en sí, aunque nació en los años 70 con ideas muy radicales vinculadas a los movimientos feministas, ha dado un giro hacia el individualismo, tanto en lo económico como en lo político. Según el Informe Árabe sobre Desarrollo Humano en materia de Género, hay que promover tres vectores para lograr el empoderamiento de las mujeres árabes: la incorporación al mercado laboral, la educación y los derechos individuales.

Pero, ¿estamos hablando de una educación pública y de calidad? Cuando nos referimos al trabajo, ¿se trata de un empleo asalariado o de la economía informal y sumergida? La defensa de los derechos individuales pasa por alto las redes de apoyo mutuo de los sistemas familiares que, en contextos como el de Palestina, donde no hay Estado ni servicios públicos, son esenciales para la vida colectiva y comunitaria.

El problema no son los vectores en sí mismos, sino que cuando estos programas se aplican en otro contexto, no son las propias mujeres de las comunidades quienes los crean y los diseñan, sino que se basan en nociones preconcebidas de lo que es la agencia política, desarrolladas en un contexto europeo y luego universalizadas y destinadas a su aplicación en cualquier contexto, sin tener en cuenta sus especificidades.

Por ejemplo, la cuestión de la agencia en Palestina no recae en las mujeres. El problema radica en las estructuras que rodean a las mujeres y las marginan, independientemente de las habilidades que tengan. Incluso si todas las mujeres palestinas tuvieran un doctorado, no accederían al mercado laboral porque no hay mercado laboral al que acceder, tal y como argumenta Samia Buthmeh. Además, la noción de que el acceso al mercado laboral es intrínsecamente algo emancipador es problemática porque está basada en un modelo de mujer europea de clase media que encuentra la realización personal en su trabajo y tiene un salario digno que le hace independiente. Pero el trabajo no es emancipador en sí mismo; para serlo, debe ir acompañado de derechos laborales (Tabar, 2005 y Abu Lughod, 2013).

Otra tendencia importante es entender la igualdad de género como una participación política formal e institucional. Por ello, los proyectos han incorporado la formación de las mujeres en materia de incidencia política. El hecho es que, a pesar de ser conscientes de sus derechos, las posibilidades de transformación estructural son limitadas debido al contexto de colonialismo de asentamiento en el que se encuentran y porque la AP (Autoridad Palestina), en su alianza con el sionismo, utiliza la violencia sexual y de género como arma de disuasión política.

Por otro lado, se observa una hipervisibilización de la violencia machista. Así, en los últimos años se ha producido una tendencia entre las ONG palestinas, el mundo académico y los donantes internacionales a dar prioridad a la lucha contra la violencia machista por encima de otras cuestiones, centrándose principalmente en la reforma de la denominada “Ley del Estatuto de la Familia” y la CEDAW (Convención para la Eliminación de todas formas de Discriminación contra las Mujeres). Sin embargo, la excesiva dependencia del marco jurídico ha tenido el efecto pernicioso de confinar, delimitar y limitar la lucha y la imaginación política palestinas. Un ejemplo ilustrativo es “cómo la desposesión de los y las palestinas se define como una violación de los derechos humanos y no como parte del proyecto colonial” (Lena Meari Al Assad, 2022).

Si profundizamos un poco más, la hipervisibilización del discurso de los derechos humanos centrado en la lucha contra la violencia sexual y de género es un enfoque que simplifica y allana los campos perceptivos a través de los cuales se hace visible la violencia misógina.

Lo que antes eran preocupaciones feministas marginales sobre la gravedad de diversas formas de violencia de género y el silencio que rodeaba estos daños, ahora ocupa un lugar central en las poderosas redes mundiales de instituciones y prácticas que han redefinido la gobernabilidad, los derechos humanos, el desarrollo y el humanitarismo, en consonancia con los razona-

mientos de seguridad mundial posteriores al 11-S. Por lo tanto, existe una relación directa entre la creciente securitización de las sociedades globales y la pérdida de libertades a nivel geopolítico tras el 11-S, conocido como la Guerra contra el Terrorismo, y la hipervisibilización del discurso de los derechos humanos centrado en la lucha contra la violencia sexual y de género (Kevorkian, Hammami, Abu Lughod, 2023).

La violencia de género (VG) se ha convertido en una agenda poderosa dentro de la gobernanza y el derecho internacionales. Se ha integrado cada vez más en las prácticas de soberanía estatal y seguridad global. Sin embargo, hay una serie de reivindicaciones de verdades más profundas acerca de la raza, el género y la violencia. Hoy en día, la violencia de género y sus autores se ubican en lugares lejanos, salvajes y racializados; las víctimas sufren la violencia singular de la violación corporal, y el Occidente liberal (incluidas sus tropas invasoras y sus fuerzas de mantenimiento de la paz) es el agente elegido para su protección y rescate (Abu Lughod, Hammami, Kevorkian, 2023). Así, “la comunidad internacional aparece como un agente inocente y ajeno a esta violencia, a pesar de que el análisis histórico de conflictos como los de Irak, Siria o la República Democrática del Congo sugiere lo contrario” (Abu Lughod, Hammami, Kevorkian, 2023).

El proyecto regulador/biopolítico de la violencia de género contra las mujeres (GBVAW por sus siglas en inglés), que ha evolucionado en los últimos veinte años, reproduce divisiones ontológicas. Ahora no son solo las “mujeres blancas que salvan a las mujeres marrones de los hombres marrones” (Spivak) las que organizan la agenda, sino un vasto aparato que incluye un ejército de burócratas de la ONU, ONG internacionales, trabajadores humanitarios, empresas de seguridad privadas, especialistas militares, misiones de paz de la ONU, abogados de derechos humanos y expertos en gobernanza de alto nivel (Abu Lughod, Hammami, Kevorkian, 2023).

En última instancia, la VG oculta la complicidad establecida, directa o indirectamente, con el imperialismo en la producción de la misma violencia que las activistas feministas tratan de prevenir, mitigar o erradicar (Abu Lughod, Hammami, Kevorkian, 2023).

Recomendaciones de mejora que deberían tener en cuenta los proyectos de género en Palestina

Tener en cuenta la realidad material, realizar un análisis exhaustivo del poder y no quedarse en la premisa del feminismo neoliberal que afirma que “cuanto mayor sea la entrada en el mercado laboral y mayor la preparación profesional (habilidades), mayor será la emancipación de género” (Butmeh, 2023; Assad, 2023; Tabar, 2023). Como se ha mostrado, la mera *penetración* en el mercado laboral y la formación en incidencia política no aborda las raíces estructurales de la violencia aquí detalladas, que son un obstáculo para la agencia de las mujeres palestinas.

Se están observando cambios tangibles en el sentido de que las mujeres del Sur Global ya no son representadas como víctimas pasivas gracias a las

luchas de los feminismos del Sur Global y el feminismo transnacional (Talpade Mohanty, 2003). Cada vez se presta más atención a la capacidad de las mujeres para tomar decisiones y elegir en función de las circunstancias. Sin embargo, este giro puede quedar atrapado en un énfasis estrecho en la agencia si no cuestiona las relaciones de jerarquía racial y capitalistas inherentes al desarrollo: se acaba gestionando la supervivencia en un sistema opresivo, en lugar de transformar las estructuras que producen violencia.

Por lo tanto, es imperativo entender la agencia de otra manera: operando y arraigada colectivamente en lugar de en la meritocracia individual neoliberal. Por esa razón, es esencial fomentar la generación de movimientos que se opongan al modelo neoliberal, que exijan la redistribución de los recursos, que cuestionen el funcionamiento de los mercados y hagan frente a la violencia del Estado neoliberal *democrático* (Wilson, 2017).

En ese marco, la rendición de cuentas debe incorporarse como herramienta para la descolonización o la transformación del desarrollo (Linda Tabar, 2017), y comenzar a hablar de políticas de reparación y compensación.

Asimismo, deben eliminarse los proyectos de *empoderamiento* que alienan el contexto local, y priorizar aquellos que fortalezcan aprendizaje y saberes colectivos, estrategias de supervivencia, apoyo mutuo y politización, retomando la experiencia de las cooperativas autogestionadas de la Primera Intifada: como forma singular y práctica clave de emancipación anticolonial de los movimientos de liberación de la tierra y de emancipación de género. Así, la generación de una economía propia no se concebía en términos puramente económicos de inversión/beneficio, sino más bien como forma de autogestión y soberanía para boicotear productos israelíes y producir los propios como alternativa al mercado israelí. Además, se convirtieron en una red de apoyo económico y comunitario dentro de un marco anticapitalista. Recuperar así el modelo de la Primera Intifada es una forma singular de agencia y lucha anticolonial.

Por lo tanto, es clave recuperar los conocimientos indígenas constituidos y colectivos, que conciben el empoderamiento de las mujeres como palanca para desafiar las estructuras existentes, en lugar de un simple ascenso dentro de las jerarquías establecidas. Recuperar las formas indígenas de lucha feminista en las que el movimiento feminista priorizó la causa de las personas presas, las mártires, la lucha sindical, la articulación rural-urbana, la creación de redes de apoyo mutuo para la reconstrucción de las casas demolidas por el sionismo, la educación alternativa, la defensa del territorio y la movilización popular de base sostenida y generalizada.

Hay que dejar de considerar a las mujeres palestinas y la disidencia sexual y de género como sujetos que reclaman derechos, y entenderlas como un agente político inscritos en una causa mayor de liberación del territorio, del cuerpo y de la clase. Apoyar un feminismo emancipador local, establecido y radical que aborde el poder de manera interseccional y sistémica. Sobre todo, en un contexto donde el derecho internacional, tal como señala Fayrouz Sharqawi “opera de forma elitista y distante del pueblo, está concebido para un público blanco. Siendo Europa la gran cómplice de Israel”.

Por ello, los proyectos feministas y con perspectiva de género deben situar la defensa de la tierra en el centro de sus intervenciones: fortalecer la resiliencia de quienes sostienen la agricultura palestina y apoyarlas frente a las múltiples violencias derivadas de la ocupación israelí. Además, hay que apoyar los sistemas de solidaridad y resistencia indígena que se desarrollaron en comunidades agrarias y que aún se ponen en práctica hoy en día. Puesto que como afirma Samia Butmeh “la tierra está en el centro de la lucha, el *conflicto* es por la tierra; si no la proteges, la pierdes. Es una cuestión política”.

Por lo tanto, es imperativo dismantlar estos sistemas opresivos y construir estructuras de reciprocidad global desde una praxis decolonial y antirracista,

La descolonización anticolonial requiere dismantlar por completo el aparato sionista y colonialista, así como la AP y su régimen neoliberal

asumiendo que Palestina ejemplifica la deriva colonial, autoritaria, securitaria y fascista que atraviesa el mundo occidental. Es imprescindible promover una comprensión crítica y una acción colectiva comprometida con la descolonización y la liberación de Palestina y de todos los pueblos del Sur Global sometidos hoy en día a la violencia del colonialismo, el racismo y el capitalismo racial. En este momento histórico, la descolonización anticolonial requiere dismantlar por completo el aparato

sionista y colonialista, así como la AP y su régimen neoliberal, y garantizar la repatriación de las tierras (Tabar, 2017: 11). Y, sobre todo, respetar ante todo las reivindicaciones, el relato y la lucha del pueblo palestino por su libertad.

Como afirma Samia Butmeh, las palestinas “debemos resistir el colonialismo no porque queramos la paz sino porque queremos la liberación y la libertad –mediante la lucha armada, no armada y el boicot.” Es imperativo que las aliadas respetemos este enfoque.

Leila Serra Badran, palestina-catalana, investigadora y activista por Palestina, es licenciada en Humanidades (UPF) y máster en Movimientos Sociales y Conflictos Internacionales (UAB). Se ha especializado en Estudios de Género en Oriente Próximo (SOAS) y en la instrumentalización de las luchas LGTBIQ+, el homonacionalismo y el ‘pinkwashing’ en contextos no eurocéntricos.

Traducción del catalán: Loles Oliván Hijós para *viento sur*.

Referencias

- Abdo-Zubi, Nahla (2014) *Captive Revolution: Palestinian Women's Anti-Colonial Struggle within the Israeli Prison System*. Londres: Pluto Press.
- Abu-Lughod, Lila (2009).
(2013) *Do Muslim Women Need Saving?* Harvard University Press.
- Abu-Lughod Lila, Hammami Rema, Selhoub Kevorkian (2023) *The cunning of Gender Violence* Duke University Press Durham y Londres.
- Eghbariah, Rabea (2024) "Toward Nakba as a legal concept." *Columbia Law Review* 124.4: 887-992.
- Giacaman, Rita; Islah Jad y Penny Johnson (1996) "For the Common Good? Gender and Social Citizenship in Palestine". *Middle East Report*, no. 198: 11-16.
- Hanafi, Sari y Linda Tabar. (2005) "The Emergence of a Palestinian Globalized Elite: Donors, International Organizations and Local NGOs". Jerusalem: *Institute of Jerusalem Studies*.
(2006) "The Women and Development Discourse and Donor Intervention in Palestine". *Gender in Conflicts: Palestine, Israel, Germany* 3: 199.
- Hasso, Frances S. (2014) "Bargaining with the Devil: States and Intimate Life". *Journal of Middle East Women's Studies* 10, no. 2: 107-34.
(2005) "Resistance, Repression, and Gender Politics in Occupied Palestine and Jordan". *Gender, Culture, and Politics in the Middle East*. Syracuse, N.Y.: Syracuse University Press.
- Hawari, Yara (2019) "The Political Marginalisation of Palestinian Women".
- Jad, Islah (1995) "Claiming Feminism, Claiming Nationalism: Women's Activism in the Occupied Territories", 1995.
(2007) "NGOs: Between Buzzwords and Social Movements". *Development in Practice* 17, no. 4-5: 622-29.
(2010) "The Conundrums of Post-Oslo Palestine: Gendering Palestinian Citizenship". *Feminist Theory* 11, no. 2: 149.
- Kandiyoti, Deniz (1991) *In Women, Islam and the State*, edited by Deniz Kandiyoti, 1-21. Londres: Palgrave Macmillan.
- Kuttab, Eileen (1989) "Community Development under Occupation: An Alternative Strategy". *Journal of Refugee Studies* 2: 131.
- Lughod, Lila (2019) "The Romance of Resistance: Tracing Transformations of Power Through Bedouin Women" in <https://www.jstor.org/stable/645251> .
- Meari, Lena (2012) "Carceral politics in Palestine & Beyond: Gender, Vulnerability, Prison". *Center for Palestine Studies*. Columbia University, 16 de abril.
- Peteet, Julie (2016) "Language Matters: Talking about Palestine". *Journal of Palestine Studies*.
- Sabbagh, Suha, ed. (1996) *Arab Women: Between Defiance and Restraint*. New York: Olive Branch Press.
- Sayigh, Rosemary (1981) "Encounters with Palestinian Women under Occupation". *Journal of Palestine Studies* 10, no. 4 3-26. <https://doi.org/10.2307/2536386>.

- Shalhoub-Kevorkian, Nadera y Sana Khsheiboun (2009) "Palestinian Women's Voices Challenging Human Rights Activism". *Women's Studies International Forum, Special Issue on Women, War and Conflict*, 32, no. 5: 354-62.
- Taraki, Liza y Lizā Tarākī (2006) *Living Palestine: Family Survival, Resistance, and Mobility Under Occupation*. Syracuse University Press.



El autoritarismo reaccionario

Miguel Urbán

■ Donald Trump ganó nuevamente una elección presidencial, convirtiéndose en el segundo presidente de la historia de Estados Unidos, desde 1892, que consigue la reelección tras haberla perdido previamente. Una victoria que nos ofrece visos para contemplar de manera más clara el nuevo ciclo en el que hemos entrado, conducidos por esta carrera hacia el abismo en la que se ha convertido la crisis sistémica del capitalismo.

En este sentido, no deberíamos ver a Trump únicamente como el Frankenstein de los republicanos, sino como la expresión de un fenómeno –el autoritarismo reaccionario– que desborda las fronteras norteamericanas. Por ello, es fundamental analizar la victoria de Trump, Milei, Bukele o Bolsonaro no como accidentes en la política de sus respectivos países, sino, de manera más amplia, como un fenómeno político producto del intento de estabilización de la crisis estructural del capitalismo. Una crisis marcada por el impasse de la gobernanza neoliberal y su mutación autoritaria, la emergencia climática y el declive de la hegemonía mundial de Estados Unidos, lo que le confiere, a su vez, unos rasgos determinados e idiosincráticos y un alcance planetario.

De esta forma, el lema de Trump, *Make America great again*, es revelador del momento histórico: el declive del imperio. Así, el mundo en el que EEUU aparece como actor predominante de una cultura y política global se desvanece lentamente para dar lugar a otro diferente. La desestabilización es tan profunda que es muy probable que estemos en un momento bisagra de la historia mundial. La política neoliberal instaurada desde los años ochenta del siglo pasado no solo hace aguas, sino que se ha roto el equilibrio de relaciones entre potencias y el sistema de hegemonía que se puso en marcha y evolucionó tras la Segunda Guerra Mundial.

El neoliberalismo, para poder seguir siendo útil a los intereses de las clases dominantes, ha devenido autoritario. El neoliberalismo progresista y la globalización de colores han quedado atrás ante la agudización de la crisis estructural del capitalismo, que ha profundizado las dinámicas de coerción por encima de la seducción. El equilibrio entre ambas, que siempre formó parte del desarrollo histórico capitalista, se ha inclinado en los últimos tiempos claramente hacia el lado del cierre autoritario. Así, los grandes propietarios han redoblado la ofensiva para hacerse con todas las formas de gobierno para asegurar una auténtica restauración de un capitalismo salvaje, donde las leyes del mercado estén por encima de los derechos sociales. Un intento, en definitiva, de suprimir lo que Marx llamó “las victorias de la economía política del trabajo” para restaurar, en su lugar, la economía política del capital.

Cada día que pasa, las evidencias –ya no solo científicas sino también las más empíricas, como lo sucedido en las inundaciones de Porto Alegre

y Valencia el año pasado- constatan la emergencia ecológica. No como un fenómeno propio de un futuro funesto, sino como una realidad presente. En donde “la tensión entre el desarrollo de la sociedad industrial de mercado y los límites biológicos de la naturaleza ha llegado al punto en que las fuerzas productivas han devenido fuerzas destructivas” (Löwy, 2011). En este sentido, la emergencia de un creciente autoritarismo no se puede disociar de la crisis ecológica que atravesamos, la cual ha cambiado el propio significado del *fin de la historia*, que ya no se percibe como un horizonte utópico de progreso y democracia perpetuos, sino como un futuro amenazante de insostenibilidad en el capitaloceno.

En donde la brecha entre unos grupos integrados (cada vez más minoritarios) y otros excluidos (cada vez más numerosos) es una de las principales características de nuestro tiempo, y cuyo resultado es un proceso acelerado de concentración y oligarquización del poder (político, económico, simbólico)

y un aumento exponencial de las desigualdades, llegando a estigmatizar e incluso a criminalizar a quienes, como las personas pobres o migrantes, se quedan por el camino en esta competición salvaje.

Un nuevo autoritarismo que no se proyecta sobre el futuro, sino sobre el pasado

Mostrando, a su vez, el agotamiento de los bloques políticos existentes, incapaces de responder y/o canalizar el malestar creciente de

cada vez más capas sociales, que se encuentran *dislocadas* en el marco de la crisis estructural del capitalismo. Produciendo una radicalización de unas clases medias depauperadas, junto a las clases trabajadoras ya desplazadas, que vehiculan su malestar a través de la emergencia de un nuevo autoritarismo que no se proyecta sobre el futuro, sino sobre el pasado, una nostalgia reaccionaria que aporta seguridades reactivas ante un mundo cada vez más incierto.

La oligarquización de la política

La victoria de Trump en 2016 supuso una vuelta de tuerca más en la oligarquización de la política estadounidense. Al aumento exponencial de los gastos de campaña se sumó el fenómeno que Dylan Riley definió como “patrimonialismo político”, un modelo con poca o ninguna distinción entre los intereses públicos y privados, en el que Trump ejercía la presidencia como si fuera una de sus empresas personales.

“La idea de gobierno de Trump es exactamente patrimonial en este sentido. Para él, la relación del personal con el líder no indica un compromiso impersonal con el gobierno del Estado, sino *la lealtad de un servidor, basada en una relación estrictamente personal*. En resumen, es familiar” (Riley, Dylan, 2018).

En la última campaña presidencial de EE.UU., hay que añadirle el concurso directo de Elon Musk, la persona más rica del mundo, quien no solo invirtió enormes sumas en apoyar la candidatura de Trump –se estima que unos trescientos millones de dólares, incluso llegando a comprar votos en estados clave como Pensilvania–, sino que también utilizó X, la red social que adquirió en 2022, como una potente arma electoral en favor del candidato republicano. De esta forma, Elon Musk ha demostrado tener el privilegio de comprar la capacidad de hacer el mundo algo más a su medida, tanto en lo que se refiere a sus intereses económicos como en lo referente a sus tendencias ideológicas.

Un sector de la clase capitalista se ha lanzado al control directo de los aparatos del Estado

Multimillonarios *tech* contra la democracia, que están invirtiendo miles de millones, así como utilizando sus propias compañías tecnológicas para condicionar resultados electorales, una auténtica revuelta de los privilegiados.

Ante el mediocre crecimiento de la tasa de ganancia y al aún menor crecimiento de la acumulación de capital, un sector de la clase capitalista se ha lanzado al control directo de los aparatos del Estado con el fin de verter los recursos públicos al servicio de su enriquecimiento. Un proceso que Dylan Riley y Robert Brenner han venido a denominar como: *capitalismo político*.

“En el capitalismo político, el poder político puro, y no la inversión productiva, es el determinante clave de la tasa de rentabilidad. Esta nueva forma de acumulación está asociada a una serie de nuevos mecanismos de *fraude políticamente constituido*. Entre ellos se incluye una serie creciente de exenciones fiscales, la privatización de activos públicos a precios de saldo, la flexibilización cuantitativa y los tipos de interés ultra bajos para promover la especulación bursátil y, sobre todo, el gasto público masivo dirigido directamente a la industria privada y dotado de efectos de puro goteo para el conjunto de la población” (Riley y Brenner, 2023).

En este contexto, los aparatos estatales aparecen como la única posibilidad de salvación para el capital transnacional en el marco de la prolongada crisis estructural del capitalismo global. Aquí es donde entra en juego el acelerado proceso de oligarquización y plutocracia, con los ultrarricos y las grandes corporaciones interviniendo y tomando decisiones en el campo político como nunca antes. De esta forma, es interesante el matiz que aporta Francisco Louçã al concepto de “capitalismo político” de Riley y Brenner, al señalar que es justamente una fracción concreta del capital (las *Big Tech*) las que más se benefician de esta política, la misma que controla la producción de hegemonía mediante la distracción y, más aún, la alienación narcisista. Solo de este modo

podremos comprender por qué son justamente los superoligarcas los dueños de las redes de comunicación que controlan la vida de la gente y no renuncian en absoluto a este poder supremo. Dando lugar a una forma de mando social única en la historia de la humanidad (Louçã, 2025).

Desde esta perspectiva, cobra más sentido la imagen de la toma de posesión de Donald Trump, en donde los asientos delanteros, normalmente reservados para expresidentes y otras personalidades ilustres, estaban ocupados por los propietarios de las *Big Tech*. Una estampa de la nueva época en la que nos hemos adentrado. En menos de una década que separa la primera toma de posesión de Trump de la segunda, no solo hemos asistido al fortalecimiento global de la ultraderecha, sino, quizás lo más importante, a su nueva legitimidad. De esta forma, Trump y la ola reaccionaria se han convertido en un interlocutor legítimo –y en muchos casos privilegiado– de las élites dominantes a nivel global.

El capitalismo autoritario y la asfixia de la democracia liberal: el iliberalismo

Nancy Fraser propone el concepto de “capitalismo autoritario” para describir una fase del capitalismo caracterizada por la desconexión creciente entre el capital y las instituciones democráticas. En este modelo, el Estado ya no actúa como mediador entre intereses sociales y económicos, sino como facilitador del capital corporativo, reprimiendo resistencias y externalizando los costos sociales y ecológicos (Fraser, 2023).

El propio Karl Polanyi ya predijo que bajo la economía de mercado la libertad degenera “en una mera defensa de la libertad de empresa”, que significa “la plena libertad para aquellos cuya renta, ocio y seguridad no necesitan aumentarse y apenas una miseria de libertad para el pueblo, que en vano puede intentar hacer uso de sus derechos democráticos para resguardarse del poder de los dueños de la propiedad”. Por eso la visión liberal utópica solo puede sostenerse mediante la fuerza, la violencia y el autoritarismo. “El utopismo liberal está abocado”, en opinión de Polanyi, “a verse frustrado por el autoritarismo, o incluso por el fascismo absoluto” (Álvarez, 2017). En este sentido, el capitalismo autoritario no es una simple regresión hacia formas pasadas de dominio, sino una mutación siguiendo la tendencia *polanyiana* del capitalismo tardío que articula elementos neoliberales con prácticas estatales centralizadas, excluyentes y punitivas. La gobernanza se desplaza hacia redes tecnocráticas y privadas, donde los criterios económicos reemplazan los debates políticos.

El ascenso de Trump, Bolsonaro, Milei, Bukele, Modi, Putin, Netanyahu, Erdogan, Meloni y Orbán podrían ser las expresiones más significativas de una ola reaccionaria global característica de este capitalismo autoritario que ha contribuido a extender definitivamente un nuevo concepto: el iliberalismo. Un autoritarismo que está impregnando el conjunto del mapa político, mucho más allá de los propios marcos de la extrema derecha. Porque, como argumenta el sociólogo Cas Mudde, la nueva extrema derecha constituye, en cierta manera,

una radicalización de los puntos de vista dominantes, pero en ningún caso una oposición a los mismos.

El ataque al Estado de derecho y a las libertades de las minorías ha sido una constante en los diferentes gobiernos de la extrema derecha, desde Trump a Bolsonaro, pasando por Modi, Duterte, Erdogan, Netanyahu, Milei, Bukele, Orbán o Putin, todos ellos dirigentes que han hecho de los ataques a la democracia el *leitmotiv* de su acción de gobierno. El régimen iliberal que los partidos de ultraderecha intentan instaurar tiene un carácter muy especial: se trata básicamente de una etnocracia, un régimen democrático en un sentido nominal, pero en el que el dominio de un grupo étnico está determinado de un modo estructural. Es aquí donde toda la retórica antimigración o antiextranjeros y en contra de las minorías adquiere una importancia estratégica para la extrema derecha, al no ser ya únicamente una cuestión de xenofobia por matriz económica, sino que entra en juego una especie de nativismo que persigue salvaguardar la identidad nacional vinculada no solo a un grupo étnico, sino también a una serie de *valores* culturales, religiosos o sociales.

En este sentido, no podemos comprender la emergencia, internacionalización y pujanza de esta ola de autoritarismo reaccionario global sin analizar las más de cuatro décadas de expansión del modelo de gobernanza neoliberal y su impacto en la conformación de una cultura política profundamente antidemocrática. El empeño incesante del neoliberalismo por ampliar el papel mercantilizador del Estado y el asalto institucional de los actores de la economía privada –que han puesto los poderes públicos a su servicio–, reemplazando cualquier regulación y hasta los mínimos mecanismos de distribución por la libertad de mercado y la protección de los derechos de propiedad, ha supuesto un auténtico ataque a la vida política, al concepto de igualdad y un asalto a los bienes comunes. Un acelerado proceso de oligarquización de la democracia en donde la antipolítica neoliberal está detrás del crecimiento del autoritarismo antidemocrático.

De hecho, el cuestionamiento neoliberal de la justicia social se ha convertido en el sentido común de un robusto conservadurismo. El ejemplo argentino de Javier Milei es palmario, recuperando la familia como *leitmotiv* de su propuesta de organización social. No podemos olvidar el sueño ordoliberal de un orden de mercado, regido por una constitución económica y guiado por tecnócratas, que considera a la familia como un elemento esencial de organización social, al hacer a los trabajadores más resilientes ante las recesiones económicas y más competitivos frente a los ajustes económicos de la competencia.

La crisis ecológica y la promesa (retro)utópica de la vuelta al pasado

El crecimiento del autoritarismo tampoco puede dissociarse de la crisis ecológica que atravesamos, la cual ha cambiado el propio significado del *fin de la historia*, que ya no se percibe como un horizonte utópico de progreso y democracia perpetuos, sino como un futuro amenazante de insostenibilidad antropocena. De hecho, el propio Immanuel Wallerstein planteaba desde hace tiempo que las crisis cíclicas del capitalismo serán cada vez más frecuentes

al chocar con los límites del planeta. Un proceso proporcional al incremento de los fenómenos climáticos extremos –sequías, inundaciones, olas de calor, hambrunas, entre otros– derivados de la crisis ecológica en curso.

La conciencia de que la naturaleza es agotable, de que no podemos transformarla, trastocarla y exprimirla sin límites, ha puesto en crisis el propio paradigma del *progreso* sobre el que se construyó la modernidad. Así, mientras el fascismo clásico proponía un proyecto de futuro, la ultraderecha actual, ante los crecientes temores a un futuro incierto marcado por el cambio climático y un mundo en crisis, nos plantea un regreso a un pasado de *abundancia*, al menos para la mal llamada *civilización occidental*; una propuesta reaccionaria que conecta con la utopía capitalista del crecimiento sin límites. Auténticas (retro)utopías nostálgicas, restauradoras del Estado protector de la población *nativa*. En donde, si ya no podemos aspirar a vivir mejor que nuestros proge-

nitores, al menos aspiramos a vivir como ellos; la expectativa no es ya mejorar, sino evitar empeorar.

De esta forma, el momento reaccionario actual, se articula en torno a la promesa de un regreso al pasado, de recuperar un modo de vida que se había constituido como una garantía y que ahora se percibe como negado. La rabia ante esta pérdida genera una suerte de sentimiento de *derechos*

El gran triunfo de esta ola reaccionaria ha sido recuperar una visión autoritaria del modelo de vida aspiracional

agraviados entre sectores que históricamente gozaron de privilegios relativos. De hecho, el gran triunfo de esta ola reaccionaria, que Trump encarna de manera ejemplar, ha sido recuperar una visión autoritaria del modelo de vida aspiracional, promovido especialmente en EE UU, basado en el consumo, la estabilidad laboral y el acceso a bienes materiales: el llamado *American Way of Life* (estilo de vida americano), que parecía herido de muerte.

En el momento en que la promesa del *American Dream* se torna más difícil de cumplir debido a la erosión del *American Way of Life*, irrumpen figuras que encarnan la imagen del éxito americano en todo su esplendor y exceso. En este sentido, el lema de Trump, *Make America Great Again*, y su adaptación europea, *Make Europe Great Again*, revelan con claridad esta lógica de retorno al pasado. Se trata de un mensaje fundamentalmente decadente, expresión de un poder y una grandeza perdidos, o que nunca volverán. Así, la apología del pasado por parte de la extrema derecha se convierte, también, en una estrategia para cancelar la posibilidad de imaginar un futuro distinto.

Aunque la conciencia climática sigue siendo mayoritaria, tanto en Europa como en una gran parte de los países del mundo, no deja de ser paradigmático que, según el clima empeora, el negacionismo crece. Porque, ante los miedos y las incertidumbres que generan los límites del planeta y la crisis ecológica –que a su vez es una variante de la crisis sistémica del capitalismo que genera una subjetividad crecientemente reaccionaria–, la extrema derecha

ofrece una respuesta y una alternativa: un regreso (imposible) a un pasado de *abundancia*. Una promesa de recuperar un modo de vida que ahora se percibe como negado, dirigiendo contra las políticas climáticas la culpa de la pérdida de *nuestro modelo de vida*.

Donde el grito de guerra de Milei: “¡Viva la libertad carajo!” aparece como una formulación hakeyiana que concibe una *libertad autoritaria* que no solo expande lo privado como una forma de limitar el alcance de lo político y poner en cuestión la existencia misma de lo social, sino que intensifica las energías sociales desinhibidas y los sentimientos reactivos que fundamentan una libertad que no se preocupa por el día de mañana, el planeta o las generaciones venideras. Y animada por un carácter nihilista que pretende recuperar un *modelo de vida* basado en el crecimiento y amenazado por la crisis ecológica. Una *libertad autoritaria*, que como explica Wendy Brow, “se modula a partir de la humillación, el rencor y los complejos efectos del hihilismo (...) empujada a la agresión sin que le frene ninguna preocupación con respecto a la verdad, la sociedad o el futuro” (Brown, 2018: 72).

El negacionismo climático se ha convertido en uno de los principales caballos de batalla de la guerra cultural de la ultraderecha

En este sentido, el negacionismo climático alimenta el descontento de quienes se sienten amenazados por las políticas de mitigación del calentamiento global, desde las protestas de los chalecos amarillos o las tractoradas hasta la oposición a las zonas de bajas emisiones en los centros urbanos. Utilizando el concepto de *la libertad autoritaria* como vehículo ideológico desde el que justificar un

posicionamiento nihilista: *contamino lo que quiero y cuando quiero porque es mío, es parte de mi libertad individual*. En donde, como afirmaba Marcuse, el mercado actúa como Principio de Realidad y, al mismo tiempo, verdad moral.

De esta forma, el negacionismo climático se ha convertido en uno de los principales caballos de batalla de la guerra cultural de la ultraderecha sobre el que anudar diferentes discursos en una auténtica ideología del negacionismo. Las palabras ya no sirven para designar lo que existe: estamos ante la extensión del negacionismo como ideología, como una forma irracional de estar y de ver el mundo que la extrema derecha explota como una palanca para arrastrar pasiones y votantes.

Un negacionismo que no solo niega el cambio climático o su carácter antropogénico, cuestionando la utilidad de las políticas verdes y minimizando los riesgos, sino que también vehicula las políticas climáticas a supuestos intereses elitistas o globalistas, conectando con la revuelta *antiestablishment* actual sobre la que crece la extrema derecha. Así, se logra dirigir los malestares de las y los agricultores no contra los acuerdos de libre comercio, sino contra las

políticas climáticas; el malestar de las trabajadoras, no contra los recortes en el transporte público, sino contra las zonas de bajas emisión.

Un buen ejemplo fue como el gobierno Bolsonaro utilizó el rechazo al cambio climático como la coartada perfecta para denunciar los supuestos ataques del *globalismo*, representado por las organizaciones internacionales, contra Brasil. Esto le permitió desarrollar una retórica de defensa de la soberanía *nacional* de la Amazonia frente a las críticas internacionales por su deforestación, el acoso a la población originaria, o la inclusión de la agroindustria y el agronegocio. Una política negacionista y vulneradora de los derechos de los pueblos originarios que hizo las delicias de las multinacionales mineras y agroalimentarias.

A nivel internacional, el crecimiento exponencial de las fuerzas de extrema derecha ha propiciado una gran cantidad de bibliografía –artículos, libros y otras formas de análisis– sobre el paralelismo de la nueva ola reaccionaria global y el viejo fascismo. Es comprensible: la analogía nos traslada al terreno de lo conocido para analizar lo desconocido o, al menos, lo nuevo. Pero ese es precisamente el problema: la metáfora nos atrapa en su significado y en su lectura.

No deja de ser cierto que podemos encontrar muchas de las pasiones movilizadoras de los viejos fascismos en las nuevas derechas radicales, pero también importantes rupturas que nos hablan de un fenómeno nuevo. Mientras el viejo fascismo proponía un proyecto de futuro, el autoritarismo reaccionario actual, ante los miedos crecientes a un futuro incierto marcado por el cambio climático y un mundo en crisis, lo que nos propone es un regreso a un pasado. Una propuesta que se fundamenta en la promesa de seguridad en un mundo cada vez más incierto. Pero una seguridad construida a la contra, que se sostiene sobre la inseguridad del otro.

Así, ante los miedos, las incertidumbres, los límites del planeta y la crisis ecológica, la extrema derecha ofrece una respuesta y una alternativa para recuperar el control: un autoritarismo en ascenso, bajo la hegemonía de unos “supermonopolios hiperdepredadores”, como los define Cédric Durand, que tienen en Trump-Musk sus máximos representantes. De tal forma, lejos de ser una anomalía, el auge de las fuerzas autoritarias de extrema derecha debe entenderse precisamente como una consecuencia lógica del momento de crisis sistémica en el que nos encontramos. El síntoma de que hemos entrado en una nueva era: la del autoritarismo reaccionario, en donde la nostalgia de un pasado idealizado se convierte en un asidero al que agarrarse en un mundo en llamas.

* Este texto es una versión reducida de un artículo en inglés para *Call for essays on fascism and the Right for State of Power 2026*. Report publicado por The Transnational Institute (TNI).

Miguel Urbán es miembro del Consejo Asesor de **viento sur** y militante de Anticapitalistas.

Bibliografía

- Alabao, Nuria (2025) *Las guerras de género: La política sexual de las derechas radicales*. Katakarak.
- Álvarez, Nuria (2017) “Neoliberalismo, autoritarismo y el auge de la nueva extrema derecha”, <https://ctxt.es/es/20170614/Firmas/13263/Neoliberalismo-extrema-derecha-CTXT-trump.htm>
- Brow, Wendy (2018) “El Frankenstein del neoliberalismo. Libertad Autoritaria en democracias del siglo XXI”. Capítulo en el libro *La reacción Patriarcal* (2022) Barcelona: Bellaterra.
- Camargo Fernández, Laura (2024) *Trumpismo discursivo: Origen y expansión del discurso de la ola reaccionaria global*. Editorial Verbum. Donaire, Gonzalo y Urbán Crespo, Miguel (2016). *Dispáren a los refugiados: La construcción de la Europa fortaleza*. Icaria.
- Durand, Cédric (2021) *Tecnofeudalismo, Crítica de la economía digital*. Kaxilda.
- Fraser, Nancy (2023) *Capitalismo Caníbal*. Siglo XXI.
- Konicz, Tomasz (2017) *Exit: Ideologías de la crisis*. Enclave de Libros.
- Lijtmaer, Lucía (2019) *Ofendidos: Sobre la criminalización de la protesta*. Anagrama.
- Diogo Machado y Francisco Louçã (2025) “Nuevas y viejas oligarquías. Las transformaciones en el régimen de acumulación del capital”, **viento sur** número 198.
- Louçã, Francisco (2025) “¿Quién es el enemigo? La superoligarquía”. Febrero. en <https://vientosur.info/quien-es-el-enemigo-la-superoligarquia/>
- Löwy, Michael (2011) *Ecosocialismo*. Argentina: Herramienta.
- Nagle, Angela (2018) *Muerte a los normies: Las guerras culturales en internet que han dado lugar al ascenso de Trump y la alt-right* (Trad. H. Camacho). Orciny Press.
- Ramas, Clara (2024) *El tiempo perdido: Una introducción al marxismo*. Arpa.
- Riley, Dylan y Brenner, Robert (2023). “Seven theses on American politics”. *New Left Review*, 138. <https://newleftreview.org/issues/ii138/articles/dylan-riley-robert-brenner-seven-theses-on-american-politics> New Left Review.
- Riley, Dylan (2018) “¿Qué es Trump?” *New Left Review*, 114.
- Robinson, William I. (2023) *Mano dura: El estado policial global, los nuevos fascismos y el capitalismo del siglo XXI*. Errata Naturae.
- Slobodian, Quinn (2021) *Globalistas: El fin de los imperios y el nacimiento del neoliberalismo*. Capitán Swing Libros.
- Urbán Crespo, Miguel (2019) *La emergencia de Vox: Apuntes para combatir a la extrema derecha española*. Sylone, **viento sur**.
- Urbán Crespo, Miguel (2024) *Trumpismos: Neoliberales y autoritarios. Radiografía de la derecha radical*. Verso Libros / FCE.
- Valdés, Alicia (2024) *Política del malestar: Por qué no deseamos alternativas al presente*. Debate.

Trump y el nuevo orden discursivo del autoritarismo reaccionario

“No acepten lo habitual como una cosa natural. Pues en tiempos de desorden sangriento, de confusión organizada, de arbitrariedad consciente, de humanidad deshumanizada, nada debe parecer natural; nada debe parecer imposible de cambiar.”
Bertolt Brecht, *La excepción y la regla*, 1930.

Laura Camargo

■ La política internacional se encuentra hoy en el centro del debate político y todas las miradas se dirigen hacia la Casa Blanca. Las decisiones diarias del gabinete de Donald Trump y sus halcones impactan con fuerza tanto en territorio estadounidense como fuera de él. Pero no es de extrañar que Estados Unidos sea el foco de interés de un orden mundial en crisis: por las dinámicas del capitalismo y el imperialismo, lo que está en disputa no es solo el futuro de un imperio en declive, sino el del conjunto de la humanidad. Tras un cuarto de siglo de expansión y normalización de un orden discursivo y un sentido común reaccionarios, la segunda legislatura de Trump ha venido a ratificar un anunciado cambio de época. El imperialismo en su fase senil se ha apresurado a mostrar los rasgos de su decrepitud y su intención de morir matando. El recrudescimiento de las políticas del autoritarismo reaccionario como nuevo vector ideológico en auge en los países del centro capitalista (Urbán, 2024) y en su todavía hegemonía militar, Estados Unidos, se evidenció al poco tiempo de la toma de posesión de Trump como presidente, en enero de 2025. El primer año de su segundo mandato se ha caracterizado, en el exterior, por una vuelta de tuerca a la agresividad imperialista habitual de Washington: el nuevo corolario a la doctrina Monroe del *patio trasero*, que supone el expolio de los recursos del continente americano, es de consecuencias imprevisibles, mientras que la agresiva política arancelaria ha sido, hasta el momento, tácticamente volátil pero útil como medida de presión.

En la política interior, el gobierno autocrático trumpista eliminó en cuestión de semanas los contrapesos internos de control gubernamental, con cierres de departamentos enteros y despidos masivos de funcionarios, desatando el macartismo contra todas las formas de disidencia real o imaginaria. Pero si hay un elemento que destaca por encima de los demás signos del autoritarismo de la administración Trump 2.0 son las redadas racistas y criminales del *Servicio de Control de Inmigración y Aduanas de EE UU*, conocido como ICE, en las ciudades gobernadas por el Partido Demócrata. Esta policía a sueldo del gobierno trumpista ha asesinado ya a dos estadounidenses en plena calle y es responsable de la muerte de, al menos, 32 personas en los centros de detención de migrantes de Estados Unidos.

Aunque el tiempo intensamente acelerado que vivimos recomienda cautela ante afirmaciones categóricas, parece que ya puede certificarse la ruptura de las reglas de la política estadounidense, al menos desde 1945, y la entrada en

un nuevo orden de gobernanza capitalista. Las calles de Minneapolis, ciudad del estado demócrata de Minnesota gobernado por Tim Walz, pareja de *ticket* electoral de Kamala Harris, se han convertido en un escenario bélico donde los agentes paramilitares del ICE han sembrado el terror: han asesinado civiles a sangre fría, detenido ilegalmente a niños o usado como cebo para capturar a sus familias, y perseguido violentamente a sus vecinas. Las patrullas del ICE son una de las expresiones más violentas de la profunda crisis que atraviesa Estados Unidos hoy y de su recurso al racismo para buscar suturarla: la ya denominada Gestapo del siglo XXI –algunas voces apuntan como referente a las *slave patrols* (patrullas de esclavos) que operaron en el Sur de EE UU durante más de un siglo hasta el final de la guerra civil en 1865– ejecuta a plena luz del día a activistas blancos que graban con su teléfono las redadas. Otros indicadores de la grave crisis interna del capitalismo estadounidense en su deriva hacia el autoritarismo son los elementos de guerra civil larvada que apuntarían a una ruptura del pacto federal o al dictamen de la *Insurrection Act* para suspender libertades fundamentales y condicionar las elecciones del medio mandato de noviembre (las *midterms*); la violencia social creciente, el aumento del paro, el desmantelamiento de recursos sanitarios para amplias capas de la clase trabajadora, la salida del país por miedo de una parte de la *intelligentsia* estadounidense o la crisis económica creciente.

Todo ello ha venido de la mano de una reconfiguración de las formas de la comunicación política y de nuevas estrategias del “trumpismo discursivo” (Camargo, 2024), que han puesto en disputa el significado de palabras clave para un nuevo orden mundial en mutación autoritaria. En este artículo, y desde el enfoque del análisis crítico del discurso, nos ocuparemos de la resignificación de dos conceptos fundamentales en el momento de cambio epocal que atravesamos: *dictadura* y *paz*, así como de los rasgos discursivos de la posición europea, hasta el momento, a través del análisis del discurso del Secretario General de la OTAN, Mark Rutte.

Claves discursivas de la sumisión de Europa

La agresividad imperialista del segundo gobierno de Trump y sus halcones (muy especialmente, Marco Rubio y Stephen Miller) ha servido para evidenciar un aspecto relevante: la total dependencia de las potencias del centro capitalista del todavía hegemón estadounidense. Las clases dirigentes europeas han mostrado durante este convulso año un estado de ánimo depresivo y errático ante la nueva configuración del orden mundial mandado desde la Casa Blanca, con una China de orientación pragmática en ascenso, ocupando ya el lugar de segunda potencia económica mundial, y una Europa desorientada y sumisa. Los mandatarios del viejo mundo han hecho gala de su sometimiento ante los desmanes y amenazas de una administración norteamericana de carácter mafioso en su acción política exterior. Dicha sumisión ha sido especialmente lacerante tras las reiteradas amenazas de invasión y anexión de Groenlandia, colonia danesa y país de la UE y la OTAN; con la actitud admirativa y dócil de Trump hacia Putin; o con la tibia reacción tras el insólito e ilegal ataque

con resultado de secuestro de Nicolás Maduro y Cilia Flores en Venezuela, que para escarnio y ridículo de la (ultra)derecha española y latinoamericana no se siguió de la ratificación de María Corina Machado en la presidencia, sino de la colaboración con la otrora vicepresidenta de Maduro, Delcy Rodríguez. Si bien EE UU sigue teniendo la capacidad de condicionar lo que ocurre en otros países del centro imperialista, no es menos cierto que ha entrado claramente en una crisis irresoluble que está cristalizando en prácticas cada vez más autoritarias y violentas, de derivadas fascizantes y de consecuencias imprevisibles tanto internamente como para el resto de países del continente americano, en especial, Cuba, Colombia y México.

Mark Rutte, Secretario General de la OTAN, se ha dirigido en distintas interlocuciones al presidente norteamericano con un discurso que galvaniza el momento europeo. Muchas de sus frases podrían compilarse en una antología del vasallaje y la infantilización de las actuales relaciones de Europa con Estados Unidos:

- “Papi a veces tiene que usar un lenguaje fuerte” (para pedir disculpas por las declaraciones de Trump sobre el conflicto entre Israel e Irán).
- “Tu acción decisiva en Irán fue realmente extraordinaria y algo que nadie más se atrevió a hacer” (tras los bombardeos estadounidenses en Irán).
- “No puedo esperar para verte. Tuyo, Mark” (mensaje de WhatsApp de Rutte publicado por el propio Trump).

No se trata de lapsus puntuales, sino de un nuevo tipo de diplomacia discursiva y performativa, adaptada al momento senil trumpista, basada en la infantilización y la sumisión. Por el momento, parece que esta actuación performativa de sometimiento *naïf* tiene resultados en las negociaciones desiguales entre EE UU y Europa: la crisis abierta con Groenlandia se ha sellado temporalmente con un opaco acuerdo de Trump con Rutte que supondría el respeto de la soberanía danesa, pero que no especifica públicamente en qué medida avanza el control y explotación de Estados Unidos sobre los recursos de Groenlandia. Es, por otro lado, un aviso a navegantes sobre el *hard power* que va a imponer Trump en Europa: ni la primera ministra danesa, Mette Frederiksen, ni el primer ministro groenlandés, Jens-Frederik Nielsen, han tenido voz en las conversaciones con respecto al futuro de la isla del Ártico. La interpretación política de estas cuestiones discursivas es meridianamente clara: ante el nuevo emperador, los vasallos o se subyugan e infantilizan, o pierden el derecho a la palabra y la autonomía.

El nuevo orden discursivo del *hard power* trumpiano

Articular un discurso emocional, convincente y que no asustara a la ciudadanía ha sido tan importante en el proceso de ascenso y consolidación del giro autoritario que una parte de las energías de los lenguajes de las nuevas derechas se invirtió, en primera instancia, en quitarse la carga negativa del

peso de los fascismos históricos del siglo XX. Renegar de palabras que se habían vuelto de uso común para definir la pulsión autoritaria en ascenso, como *fascismo*, *nazi*, *extrema derecha*, y construir un lenguaje que les permitiera otra identidad ha formado parte de la táctica discursiva de organizaciones como Vox, el partido de Le Pen, la alemana AfD o el PP de Ayuso. En el caso de la presidenta de la Comunidad de Madrid, puede recordarse la campaña de reapropiación de la palabra “facha” (Martín Rojo, 2022) con un vídeo que se viralizó en las redes y cuyo mensaje principal rezaba: *si te llaman facha, es que lo estás haciendo bien*; mientras que desde Vox se vuelve cada cierto tiempo con el *no somos de extrema derecha, somos de extrema necesidad*. El mismo Steve Bannon, figura aún influyente en el sector duro del movimiento MAGA a través de su podcast *War Room* y primer estratega de Trump, afirmaría desafiante en un acto del congreso del Frente Nacional en 2018, junto a

Marine Le Pen: “Dejad que os llamen racistas. Dejad que os llamen xenóforos. Dejad que os llamen nativistas. Usad estas palabras como insignias”.

El proceso de agregación popular del giro autoritario se ha profundizado en el primer cuarto de siglo. Ya no hay que evitar dar miedo, sino más bien al contrario: conviene que en la divisoria amigos/enemigos los segundos tomen en serio las amenazas. Tras la competición de saludos nazis entre Musk y Bannon hace dos años en la Conferencia Política de

Tras décadas de desgaste deliberado del lenguaje, el gobierno de EE UU ha normalizado y legitimado el supremacismo blanco y el racismo

Acción Conservadora (CPAC), el *think tank* republicano cooptado por el MAGA, el código estético performativo de las SS nazi (*nazi-coded*) de Greg Bovino, comandante de la Patrulla fronteriza que acompaña las acciones criminales del ICE en Minneapolis, no opera en el vacío. La performance del *poder duro* del autoritarismo trumpiano tiene que ser visible y operar a través de dispositivos comunicacionales diversos para infundir miedo. De la archiconocida frase del primer Trump (“Podría disparar a alguien en la 5ª Avenida y no perder un solo voto”) a desplegar fuerzas paramilitares que disparan a bocajarro a estadounidenses en plena calle, solo media la normalización de la violencia con la que se inició este nuevo ciclo.

Tras décadas de desgaste deliberado del lenguaje, y de la capacidad de asombro, el gobierno de EE UU ha normalizado y legitimado el supremacismo blanco y el racismo, el marco securitario y el uso de la violencia total amparado en mentiras: Greg Bovino acusó tanto a Reene Good como a Alex Pretti, tiroteados en Minneapolis, de querer atacar a alguno de los miembros del ICE. El umbral de la intolerancia se ha desplazado y el autoritarismo reaccionario estadounidense, con su capacidad para resignificar conceptos y manipular la verdad, ha logrado que la violencia se vuelva un espectáculo. No está de más

recordar que también el clima internacional ha cambiado drásticamente con la expansión autoritaria. Si en los años 90 había algo así como una internacional de las democracias liberales, hoy existe una internacional reaccionaria que, con algunas fracturas y contradicciones que se irán agudizando, ha actuado en su fase expansiva de manera coordinada. Un doloroso ejemplo: el éxito del boicot al *apartheid* sudafricano no termina de funcionar hoy con el Estado genocida de Israel.

Un poder político duro como el del autoritarismo reaccionario necesita de un orden discursivo para expresar el nuevo orden mundial que busca imponer.

Los políticos de la extrema derecha que eran vistos hace una **década con desconfianza** por los poderes económicos, hoy son abrazados por ellos

Como ha señalado recientemente Enzo Traverso (2025), Trump ya no es un *outsider* de la política, no es el Frankenstein en la Casa Blanca del interregno global que explicara Daniel Tanuro. No estamos tampoco en medio de una transición, como reconoció en Davos el en otro tiempo banquero neoliberal y hoy primer ministro canadiense, Mark Carney, sino que *estamos en un momento de ruptura*. Tras una década de normalización del discurso racista, supremacista, clasista, misógino y homófobo por repetición mediática, de su

adopción por parte de portavoces políticos e *influencers* y su banalización, la famosa *ventana de Overton*, que establece una gradación sobre los límites de lo decible, está fuera de sus goznes. Los políticos de la extrema derecha que eran vistos hace una década con desconfianza por los poderes económicos, hoy son abrazados por ellos: Trump toma posesión rodeado de tecno-oligarcas multimillonarios y, en general, a pesar de sus desavenencias públicas con Elon Musk por la política de aranceles, funcionan todavía los consensos con el gran capital.

Por todo lo dicho, la retórica maximalista y chabacana, y los actos de habla amenazadores, cercanos a la extorsión propia del discurso matón, es cada vez más frecuente en este segundo mandato, en el que Trump ha firmado en su primer año un centenar de decretos gubernamentales y ha abandonado 66 instituciones internacionales. Además de eliminar numerosos organismos que actuaban como contrapesos internos del poder presidencial y desatar campañas represivas contra la población, tiene, por el momento, el control de las tres cámaras. Es decir, ha hecho imposible el uso del insulto que durante su primer mandato más le irritó y enfadó: TACO, acrónimo para *Trump Always Chickens Out* (Trump siempre se acobarda), que nació originalmente como jerga crítica en círculos financieros y mediáticos en relación con las guerras comerciales con China y la UE, las amenazas arancelarias y las sanciones económicas anunciadas y luego retiradas o suavizadas. Con posterioridad, el

insulto se extendió a los círculos políticos del Partido Demócrata y, finalmente, saltó a los medios y las redes sociales. Ahora las cosas han cambiado. Trump ejecuta su proyecto autoritario sin frenos, moviendo la ventana de Overton para consolidar su autoritarismo: inicia sus acciones con amenazas a Venezuela y ataques a lanchas en el Caribe asesinando a sus tripulantes, y las concluye bombardeando Caracas y secuestrando a su presidente; publica un vídeo en su propia red social, y Musk lo viraliza en X, con una Gaza convertida en la Dubai del Mediterráneo y diez meses después, su yerno presenta en Davos el plan de inversión de la *Nueva Gaza*; emite reiteradas amenazas sobre la necesidad de anexionarse Groenlandia y llega a un acuerdo casi secreto con el jefe de la OTAN para aumentar su presencia militar y, posiblemente, expoliar sus tierras raras. Sus palabras ilustran este nuevo estilo trumpista:

- “El mayor problema es el enemigo interior”
- (dicho de los llamados *wokes* e izquierdistas para generar el marco justificativo de su represión)
- “Están envenenando la sangre de nuestro país” (dicho de la oposición demócrata con una metáfora de resonancias nazi-fascistas).
- “Todos los países me llaman para besarme el culo” (disfemismo sobre las negociaciones de su política arancelaria internacional).
- “Si [Delcy Rodríguez] no coopera, pagará un precio muy alto” (amenaza tras el secuestro de Maduro)
- “Si Canadá firma [un acuerdo con China], tendrá que sufrir aranceles del 100%” (ante la supuesta firma de un acuerdo comercial entre China y Canadá).

Ya no aparece como alguien que se echa atrás, sino como un gánster, operando en la lógica de los *rackets* recientemente explicada Amador Fernández Savater (2026). Ya no es el TACO de la primera legislatura. Ahora habla el lenguaje del *hard power*, tanto a nivel exterior como en la política doméstica, y tras la reapropiación del término *libertad*, está transformando otros dos conceptos clave.

Secuestros semánticos de la retórica trumpista:

la resignificación de dictador y paz

El filólogo romanista judío alemán Victor Klemperer explicó en sus escritos clandestinos sobre la lengua del Tercer Reich que el fascismo produce una división entre verdad y lenguaje, para convertirse en una gran máquina publicitaria (radio, cine, arquitectura) en la que se producen lo que denomina “secuestros semánticos”. Como explica Klemperer, el “héroe” bajo el III Reich no era quien exponía su vida para proteger a los demás, sino el asesino que mataba a mayor gloria de Hitler. Este es el mismo proceso por el cual ahora los agentes del ICE son “héroes” que defienden “la libertad”, mientras que las personas asesinadas son “criminales peligrosas”. Es decir, un secuestro semántico es un proceso discursivo mediante el cual un actor (político, mediá-

tico o institucional) se apropia de una palabra o concepto existente, lo vacía parcial o totalmente de su significado previo y lo reinscribe con un nuevo sentido, generalmente normalizando, legitimando o invisibilizando relaciones de poder, violencia o desigualdad. Veamos ahora el proceso de apropiación, desplazamiento del significado y búsqueda de normalización de los términos *dictador* y *paz*.

En el pasado Foro de Davos, celebrado en la ciudad suiza en febrero de 2026, Trump hizo unas declaraciones en un acto con empresarios y líderes económicos, inmediatamente después de su discurso oficial, en las que bromeaba con la posibilidad de ser un dictador. No se trató de una cita irónica, sino de una autoasunción explícita del marco autoritario, sin especificar límites, contextos excepcionales ni aludir a posibles garantías democráticas:

- “Normalmente dicen: “Es un horrible tipo dictador”, que soy un dictador”.
- “Pero a veces necesitas un dictador [...]. Todo se basa en el sentido común”.

Lo relevante no es solo la frase aislada, sino su función performativa: Trump, con su *broma*, normaliza la categoría *dictador* como una opción legítima de liderazgo, desplazando el eje desde la excepcionalidad (aquel que permitiría

ver la dictadura como una anomalía) hacia la utilidad política (“a veces necesitas uno”). Esa formulación rompe explícitamente con el consenso liberal-democrático que el trumpismo da ya por superado y que presentaba el autoritarismo como algo indeseable. Además, es un hito discursivo dado el carácter internacional y mediático del contexto en el que se produce, que avanza en la legitimación pública del autoritarismo reaccionario. Por otro lado, el movimiento clave es la resemantización del término *dictador*, que no es utilizado aquí por Trump como insulto ni como anomalía histórica, sino como categoría funcional: algo que “a veces se necesita”. Esto desplaza el significado de *dictador* desde el eje ilegítimo/antidemocrático hacia el eje útil/pragmático y, por lo tanto, produce un desplazamiento de la ventana de Overton, donde lo impensable se convierte en decible, además de en necesario y, por ello, defendible.

El estigma se convierte en credencial de liderazgo fuerte: el dictador ya no es el problema, sino la solución

Desde el punto de vista enunciativo, Trump construye un marco inconcreto de representación discursiva para insertar la cita directa (“normalmente dicen...”, pero no se sabe quiénes) que, por una parte, despersonaliza la crítica y, por otro, la presenta como exagerada o rutinaria, lo cual le permite reapropiarse del término con aparente naturalidad. Se da, por tanto, una estrategia

de inversión semántica: el estigma se convierte en credencial de liderazgo fuerte: el *dictador* ya no es el problema, sino la solución frente al caos. En cuanto a los efectos buscados, produce una erosión de consenso democrático buscando así una suerte de “compromiso autoritario” (Forti, en Camargo y Garí, 2025) al introducir la idea de legitimidad situacional del poder dictatorial sin marco constitucional, temporal ni jurídico y banalizando la posibilidad del poder absoluto. Efectivamente, Trump busca un cambio internacional y un cambio en EEUU ante la situación de declive de las clases dirigentes en el centro capitalista, para lo cual está intentando rejerarquizar el mundo en la lógica siguiente: “hay demasiada democracia, los dictadores pueden ser deseables”. Y no solo eso, también hay que jerarquizar el feminismo, las diversidades, el mundo del trabajo y, sobre todo, a las personas migrantes y la situación racial.

El segundo secuestro semántico reciente es el llevado a cabo con la palabra *paz*, algo en lo que no ha sido baladí la obsesión de Trump con ganar el Premio Nobel y el ridículo acto de entrega de María Corina Machado del cuadro con el mismo. Pero ha sido la constitución del *Board of Peace* (Junta de Paz) que, en un principio, se habría creado específicamente para Gaza, lo que ha revelado sus verdaderos planes. Trump tiene una justificación interna: no se siente obligado con la paz mundial porque no le han dado el Premio Nobel de la Paz y, a partir de aquí, se desencadena el proceso orwelliano de transmutación semántica según el cual la *PAX* trumpiana se resemantiza como la posibilidad de un nuevo y gigantesco negocio turístico-inmobiliario con alcance mundial.

El yerno de Trump, Jared Kushner, explicaba también en Davos el proyecto para Gaza a toda velocidad, pasando con un mando a distancia unas siniestras diapositivas de lo que serían el Nuevo Rafah y la Nueva Gaza, en algo que parecía una réplica macabra de Dubai a orillas del Mediterráneo. Pero la Junta de Paz de Trump que había nacido, supuestamente, para la reconstrucción de Gaza, no tiene un alcance circunscrito a la Franja (¡no se nombra en el documento!), sino que afecta al mundo entero. Es un intento de sustituir a Naciones Unidas, sumidas en una larga crisis de impotencia e inacción, por un club de diferentes países mediante invitación del presidente, es decir, él mismo. Por el momento, han aceptado su invitación: Albania, Argentina, Armenia, Azerbaiyán, Baréin, Bielorrusia, Bulgaria, Egipto, Hungría, Indonesia, Israel, Jordania, Kazajistán, Kosovo, Kuwait, Mongolia, Marruecos, Pakistán, Paraguay, Catar, Arabia Saudí, Turquía, Emiratos Árabes, Estados Unidos, Uzbekistán y Vietnam. Dicha invitación caduca a los 3 años, salvo si se pagan a Estados Unidos 1000 millones de dólares “en efectivo” (sic). De acuerdo con su documento fundacional, habrá empresas encargadas de la reconstrucción de zonas arrasadas por conflictos que, pronto vemos la ecuación con claridad, habrían alentado o generado los mismos países-empresa que van a participar de la reconstrucción. La paz en Gaza, y en el mundo entero, se resignifica pasando a ser un *negocio inmobiliario rentable*. El *Board of Peace* de Trump es, por lo tanto, un macrofondo de inversión para hacer dinero y negocios

con la paz, amenazando con el chantaje de la guerra, cuya finalidad última, además del enriquecimiento de sus empresas-miembro, es sustituir a la ONU.

Por todo lo visto, puede concluirse que el discurso del autoritarismo reaccionario ya no es excepcional ni trágico, y muchos no lo consideran ya indeseable. Para ello, ha habido que mostrar públicamente (normalizar) que todo forma parte de un mismo programa político coherente y socialmente validado: se puede ser un dictador porque “a veces” los dictadores son necesarios. Anteriormente, se negaron resultados electorales, se alimentaron insurrecciones, se expresó admiración por el Ku Klus Klan y se mostró misoginia abierta, o se amenazó con aranceles o invasiones a numerosos países, para después

bombardear Venezuela y secuestrar a su presidente. En el nuevo orden discursivo del autoritarismo reaccionario la democracia, el pacifismo, la defensa de los derechos humanos o de los intereses de la clase trabajadora no son más que ideología *woke*. Peter Thiel, el principal tecnooligarca de la era Trump, dijo ya hace tiempo que la libertad y la democracia no eran compatibles.

En el nuevo orden discursivo, la defensa de los derechos humanos o de los intereses de la clase trabajadora no son más que ideología *woke*

El mundo asiste, en suma, a la firma del certificado de defunción del

sistema de democracias liberales del centro capitalista, con la normalización del autoritarismo y con la transformación de la paz en un gigantesco negocio inmobiliario. Ello fija la cosmovisión de que la democracia y la paz reales son prescindibles y estorban, normalizando suspender derechos, silenciar disensos y quién sabe si conducir a una crisis total que desemboque en una guerra mundial que supere la fase de conflictos territoriales o *proxy* del presente. Conviene, por último, no psicologizar el fenómeno a riesgo de restarle seriedad y durabilidad: Trump no es un enfermo, ni un loco, más allá de lo que pueda serlo un narcisista megalómano, y hasta puede que su senilidad acompañe bien la actual fase senil del imperialismo. Pero muerto el perro no acabará la rabia. Hará falta unidad, radicalidad y rearme ideológico para derrotar al trumpismo tanto en Estados Unidos como en sus diferentes expresiones en los países europeos. El momento histórico que atravesamos no debe tolerar vacilaciones ni ambigüedades, ni la legitimación del discurso reaccionario en la esfera política o social.

Laura Camargo Fernández, es activista, Doctora en Filología Hispánica y miembro del Consejo Asesor de *viento sur*.

Referencias

- Camargo Fernández, Laura (2024) *Trumpismo discursivo. Origen y expansión del discurso de la ola reaccionaria global*. Madrid: Verbum.
- Camargo Fernández, Laura y Garí Ramos, Manuel (2025) “El tsunami reaccionario: comprenderlo para hacerle frente” (entrevista a Steven Forti), *viento sur*, 6/03/2025. Disponible en https://vientosur.info/el-tsunami-reaccionario-comprenderlo-para-hacerle-frente/?utm_source=chatgpt.com
- Fernández Savater, Amador (2026) “Lógica gangster, CTXT”, 12/01/6. Disponible en <https://ctxt.es/es/20260101/Firmas/51668/Amador-Fernandez-Savater-Trump-ganster-gangster-imperialismo.htm>
- Klemperer, Victor (1946/2001) *LTI: La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*. Barcelona: Minúscula.
- Martín Rojo, Luisa (2022) “El discurso neoliberal conservador y la lucha por el poder. El caso de Ayuso”, *viento sur*, 180, pp. 74-89. Disponible en <https://vientosur.info/el-discurso-neoliberal-conservador-y-su-lucha-por-el-poder-el-caso-de-ayuso/>
- Mosquera, Martín (2025) “Autoritarismo y democracia en el siglo XXI. Una entrevista a Enzo Traverso”, *Jacobin América Latina*, 29/07/2025. Disponible en <https://jacobinlat.com/2025/07/autoritarismo-y-democracia-en-el-siglo-xxi/>
- Urbán Crespo, Miguel (2024) *Trumpismos. Neoliberales y autoritarios. Radiografía de la derecha radical*. Madrid: Verso.

Fascismo: pensamiento con historia

Enzo Traverso

■ En 2026 nadie puede ver, seriamente, en el fascismo un asunto puramente historiográfico. No podemos preguntar *¿qué es el fascismo?* sin pensar en la realidad que nos rodea. Esta cuestión no se refiere exclusivamente al pasado, sino también y sobre todo, al presente, un presente marcado por el fuerte ascenso de la extrema derecha. La nueva ola de gobiernos autoritarios en todo el mundo ha relanzado este debate, pero esta palabra, que aparece espontáneamente cuando pensamos en Donald Trump, Javier Milei, Giorgia Meloni, Victor Orbán o Marine Le Pen, es claramente inadecuada para describirlos. Si, como explican muchos historiadores, el fascismo en el siglo XXI es tan diferente de sus predecesores puede que necesitemos nuevos conceptos para calificarlo.

Esto es cierto con respecto a muchos otros fenómenos de nuestro tiempo. El viejo concepto de *guerra* resulta igualmente problemático y no abarca la novedad de los conflictos que se dirimen con drones e inteligencia artificial (IA). Las revoluciones de la última década –particularmente las árabes– abandonaron toda referencia al socialismo y no compartían muchas cosas con las del siglo pasado. Según los grandes medios de comunicación y la mayoría de estadistas occidentales, el antisemitismo es apabullante, pero ya no emplean esta etiqueta para definir los prejuicios contra el pueblo judío, sino para descalificar indiscriminadamente a toda persona que critique a Israel. Podríamos continuar así con otros muchos conceptos.

Así que vivimos en una especie de interregno, como escribió Gramsci en la década de 1930 en sus *Cuadernos de la cárcel*: “La crisis consiste precisamente en que lo viejo está muriendo y lo nuevo no acaba de nacer; en este interregno aparecen una gran variedad de síntomas mórbidos”. A pesar de que se ha abusado a menudo de ella, esta frase refleja bastante bien nuestro presente: no estamos ante una repetición de la historia, ante un retorno al pasado; nos enfrentamos a nuevos problemas y nuevas amenazas, pero solo disponemos de conceptos heredados del pasado para analizarlos e interpretarlos. Claro que esto es frustrante: esas palabras no describen bien la incertidumbre de nuestro tiempo, que parece anunciar una terrible tempestad.

En mi opinión nos las tenemos que ver con una especie de *posfascismo*, un concepto que refleja tanto una distancia histórica del fascismo clásico como un cambio significativo de sus posiciones ideológicas, sociales y políticas. Esta nueva extrema derecha heterogénea es una constelación de movimientos y partidos de distintos orígenes y diferentes referencias ideológicas, que en su gran mayoría pretenden aceptar el marco institucional de la democracia liberal. Lo que quieren es destruir la democracia desde dentro, no desde fuera. Son una amenaza para la democracia, pero no actúan del mismo modo que las fuerzas del fascismo histórico; cuestionan la dicotomía tradicional entre fascismo y democracia en un periodo en que la propia democracia parece desgastada, desacreditada, vaciada y privada de sus virtudes originales.

J. D. Vance acude a Múnich para equiparar libertad y Alternative für Deutschland (AfD); Giorgia Meloni defiende la democracia italiana frente a una amenaza encarnada en el antifascismo; todos los gobiernos occidentales apoyan a Israel como isla democrática rodeada de bárbaros oscurantistas; movimientos de extrema derecha en Europa y las Américas plantean medidas racistas y xenófobas para defender la democracia frente al fundamentalismo islámico; mientras deporta a cientos de miles de inmigrantes que viven y trabajan en EE UU, el gobierno de Trump dice que está defendiendo los derechos humanos cuando concede el estatuto de refugiado a partidarios sudafricanos de la supremacía blanca. Las palabras han cambiado de sentido a través de una especie de metamorfosis orwelliana. Hace diez años, estas tendencias todavía eran embrionarias. En los últimos dos o tres años han experimentado un brusco acelerón.

La mayor diferencia entre el fascismo y el posfascismo que se señala a menudo es la violencia. Aunque este diagnóstico me parece acertado, creo que habría que matizarlo. Por supuesto, hoy en día la mayoría de líderes de la derecha radical están acostumbrados a aparecer en nuestras pantallas de televisión y su séquito no viste de uniforme. Después de setenta años de paz y estabilidad económica, la democracia liberal parecía constituir un marco institucional sólido en los países occidentales. La violencia –pensemos en el asalto a Capitolio, el 6 de enero de 2021, o en el ataque al Congreso brasileño dos años después– aparece como una excepción, no como la regla, si bien las cosas están cambiando.

El segundo mandato de Donald Trump se caracteriza por una clara tendencia a criminalizar la política: ha enviado tropas federales a muchas grandes ciudades para *poner orden* y ha transformado el Servicio de Inmigración y Control de Aduanas (ICE) en una fuerza paramilitar que ya aparece como una especie de guardia pretoriana. Estos son los rasgos más espectaculares del giro hacia el autoritarismo. El ICE está imponiendo un clima de terror en el que está en entredicho el Estado de derecho, y todo el mundo, no solo los y las inmigrantes irregulares, se siente en peligro.

Por supuesto, la violencia posfascista no es equiparable a la del fascismo clásico en un continente devastado por una guerra total, pero los signos de un cambio se perciben claramente. En Europa también crece el autoritarismo. Pensemos en Francia e Italia: hace diez años, las huelgas sindicales y manifestaciones iban encuadradas por agentes de policía, que podían tener encontronazos marginales con algunos sectores radicales de huelguistas. Hoy en día, las manifestaciones legales organizadas por sindicatos obreros y la izquierda tienen enfrente a agentes militarizados. En las comisarías de policía impera un racismo sistémico.

Este retorno a la exhibición de fuerza se ha extendido más allá de las fronteras. Occidente ha *exportado* la violencia a otros lugares, principalmente a Oriente Medio, donde ha protagonizado ocupaciones, guerras y, más recientemente, un genocidio por medio de su aliado israelí. Ahora, el gobierno de Trump ha bombardeado Irán, secuestrado a Nicolás Maduro en Venezuela y

amenazado a sus vecinos, particularmente a Groenlandia, poniendo en entredicho la OTAN y advirtiendo a sus aliados europeos más leales. Paradójicamente, esto es más un síntoma de debilidad que de fuerza. EE UU anhela apoderarse de Canadá y Groenlandia para mantener y reforzar su condición de superpotencia continental, pero ha abandonado sus tradicionales ambiciones hegemónicas a escala mundial. La ambición de la Guerra Fría de establecer un orden mundial estadounidense ha quedado obsoleta. China no sucumbirá como lo hizo la URSS hace más de treinta años.

Una segunda diferencia resulta igualmente paradójica: la *novedad* de esta extrema derecha emergente es su conservadurismo. Al término de la Primera Guerra Mundial, el fascismo tenía una poderosa dimensión utópica. Se concebía como una revolución, hablaba del Hombre Nuevo, del Reich de los mil años, etc. Decía que el mundo se hallaba en pleno colapso y proponía una alternativa para el futuro. En otras palabras, tenía un horizonte utópico.

Hoy, el posfascismo es puramente conservador. Habla de un *gran reemplazo* que supone una amenaza para la civilización occidental y pretende defender valores tradicionales: familia, soberanía, culturas nacionales, civilización *judeocristiana*, etc. Pone en tela de juicio todos los avances en materia de derechos de las minorías y ataca cruelmente a la gente más vulnerable: inmigrantes sin papeles, personas *queer* y transgénero. En general, estos movimientos han perdido su capacidad para hacer que la gente sueñe con un futuro diferente; aspiran a restablecer el orden y la seguridad (económica, política, cultural y psicológica). El mismo lema de

La novedad de esta extrema derecha emergente es su conservadurismo. Al término de la Primera Guerra Mundial, el fascismo tenía una poderosa dimensión utópica

Donald Trump, *Make America Great Again*, el que más gusta a sus seguidores, no es un lema de conquista; se refiere al sueño de recuperar una edad de oro que se ha perdido, a cuando EE UU era una potencia poderosa y próspera.

Lo nuevo –y que recuerda a la década de 1930– es la capacidad del posfascismo para trabar vínculos orgánicos con las elites económicas, como se vio de forma espectacular en la ceremonia de toma de posesión de Trump. Tal vez lo más probable en los próximos años sea la instauración de una forma autoritaria de neoliberalismo. Hasta ahora, los líderes y movimientos posfascistas aparecían como gente advenediza que cuestionaba a la clase política y proponía una alternativa conservadora al neoliberalismo; hoy se han convertido en interlocutores fiables de las elites económicas en la UE, en EE UU y también en muchos países latinoamericanos.

Por supuesto, es difícil predecir cuánto durará esta alianza entre el posfascismo y el neoliberalismo. En la UE todavía estamos lejos del poder oli-

gárquico que emerge ahora con Trump, pero existe una tendencia similar. Lo que parece claro es que las elites neoliberales no desean el establecimiento de un *Estado total* como la Italia de Mussolini o la Alemania de Hitler; su objetivo es un Estado de excepción que suspenda la democracia mediante el establecimiento de su propio poder, un poder político basado en el principio de *autonomía del capital*, que es diferente de la *autonomía de lo político*. Carl Schmitt no ha caído totalmente en el olvido –las y los líderes posfascistas son *decisionistas* en el sentido de que desprecian a los parlamentos y gobiernan a base de órdenes ejecutivas, poniendo en entredicho muchas normas consti-

tucionales–, pero ha sido revisado y corregido por Friedrich von Hayek.

Las elites neoliberales desean un Estado de excepción basado en el principio de *autonomía del capital*

Cuando fue elegido en 2023, Javier Milei apareció como una especie de anomalía argentina: excesivo, exótico y excepcional; hoy se ha convertido en una figura paradigmática del libertarismo, y sus recetas austeritarias han sido superadas por el Departamento de Eficiencia Gubernamental (DOGE) de Elon Musk. El único precedente

histórico de esta coexistencia entre el poder político autoritario (la idea de soberanía de Schmitt) y el capitalismo neoliberal en que el Estado se somete completamente al capital y se transforma en una herramienta de la sociedad de mercado (la idea de liberalismo de Hayek), es el Chile de Pinochet. Y el Chile de Pinochet no fue una mera repetición del fascismo de entreguerras. Este es el trasfondo histórico del posfascismo de hoy.

Este cambio de estrategia no era claramente inevitable. Las elites económicas confían y apoyan a los movimientos de derecha radical desde hace poco tiempo, movimientos que antes no parecían interlocutores fiables. En el pasado, líderes de extrema derecha ganaron influencia denunciando la globalización neoliberal (como cuando Marine Le Pen calificaba a Macron de representante de las elites *globalistas*, o cuando Giorgia Meloni estigmatizaba al banquero Mario Draghi sobre bases parecidas). En ocasiones alcanzaron el poder a pesar de las preferencias de las clases dominantes, como Donald Trump y Jair Bolsonaro en 2016, cuando no eran los candidatos del *establishment*.

Hoy, la alianza entre movimientos populistas de extrema derecha y las elites globales prevalece en todas partes. Los hechos en que se basa esta afirmación no son ni mucho menos anecdóticos. Aquí se bosqueja una extraña coalición de las capas más pobres y las más ricas de la sociedad. Este ha sido probablemente el mayor logro del posfascismo: obtener tanto el apoyo de amplios sectores de las clases trabajadoras como la confianza de las elites globales, que son poderosas, pero muy poco numerosas.

La derecha radical se basa en el clásico paradigma populista de la *buena gente* por oposición a las elites corruptas, pero lo ha reformulado significativa-

mente. A diferencia del pasado, cuando por pueblo verdadero se entendía una comunidad étnicamente homogénea (gente blanca, nacionalista, supuestamente con profundas raíces en el territorio), opuesta a los pobres y marginales habitantes urbanos, fuente de desorden e inseguridad, hoy la clase trabajadora blanca puede ser aceptada como componente *nacional* si ha cortado con sus tradiciones socialistas, comunistas y de izquierda. Los enemigos *exteriores* son inmigrantes, minorías racializadas y musulmanes; los *interiores* son los representantes de toda clase de *wokismo*, desde las feministas y personas LGBTQ hasta los ecologistas y quienes denuncian el genocidio palestino.

Como ha sugerido acertadamente Michel Feherhas, la continuidad entre el viejo nacionalismo, el fascismo y el posfascismo radica en una persistente dicotomía imaginaria de *productores y parásitos*; los primeros, hombres y mujeres virtuosas que trabajan, son explotados vergonzosamente por los segundos, un grupo heterogéneo que incluye a elites financieras e inmigrantes que se benefician de las prestaciones de la seguridad social y del bienestar

en los países anfitriones. Durante la primera mitad del siglo XX, estos sectores *parásitos* presentaban los atributos de los judíos en la imaginación nacionalista y fascista: una extraña coalición de los banqueros de Wall Street y bolcheviques judíos; hoy son las elites globalistas y los inmigrantes musulmanes.

Sin embargo, la imaginación posfascista –en especial su visión de la sexualidad– es más compleja que lo que podría sugerir la estigmatización de *contramodelos* y la búsqueda de chivos expiatorios. A pesar de su carácter neoconservador, el posfas-

El posfascismo no justifica su guerra contra el islam con los viejos argumentos del expansionismo imperial, sino con su propia interpretación del legado de la Ilustración

cismo no debería interpretarse como un simple retorno a la *normalidad* burguesa y a los estereotipos victorianos. Surgido del entramado institucional de la democracia liberal en sociedades de mercado forjadas por un individualismo posesivo, el posfascismo ha roto con el tipo ideal fascista y en muchos casos reclama el legado de la Ilustración. En la edad posttotalitaria de los derechos humanos, esto le otorga respetabilidad.

El posfascismo no justifica su guerra contra el islam con los viejos argumentos espurios del expansionismo imperial y el racialismo doctrinal, sino más bien con su propia interpretación del legado de la Ilustración. Marine Le Pen, Giorgia Meloni y Victor Orbán quieren defender a los pueblos europeos de las y los migrantes que vienen cruzando el Mediterráneo, pero también pretenden defender a las mujeres frente al *oscurantismo islámico*. La homofobia y el homonacionalismo coexisten dentro de esta derecha radical cambiante. En los Países Bajos, el feminismo y los derechos de la gente homosexual han

servido de bandera en una violenta campaña xenófoba contra la inmigración y las poblaciones musulmanas, encabezada primero por Pim Fortuyn, que era abiertamente gay, y después por su sucesor, Gert Wilders, un defensor de los derechos de los gays. Alice Weidel, líder nacional de la AfD, es una lesbiana que declara su apego a la familia tradicional y se opone al matrimonio homosexual.

Hoy, el legado de la Ilustración se enmarca a menudo en una nueva versión del orientalismo, basada en una visión del mundo dicotómica que contrapone la civilización, el racionalismo, el progreso y la libertad al barbarismo, al fanatismo y al oscurantismo. Los movimientos de extrema derecha participan en esta visión neorientalista *progresista* sin abandonar su identidad racista, misógina y homófoba tradicional. Sí han abandonado un discurso racista y colonialista tradicional, que ya no es aceptable en este siglo XXI (a pesar de algunas notables excepciones, como el colonialismo sionista), pero siguen hablando de una discrepancia cultural ontológica entre Occidente y el resto.

Una diferencia significativa entre el fascismo y el posfascismo se refiere a su visión del Estado. El fascismo nació después de la Gran Guerra, en la edad del Estado total, el final del capitalismo del *laissez-faire* y el ascenso del intervencionismo estatal en la economía: el keynesianismo, el New Deal, el fascismo y los planes quinquenales soviéticos pertenecen a la misma época del estatismo. El posfascismo ha surgido en un periodo totalmente distinto, la época del mesianismo del libre mercado y del capitalismo neoliberal. Sus características autoritarias coexisten con el culto a la sociedad de mercado.

En este contexto, el apoyo de las elites económicas comporta un precio elevado, a saber, el abandono del estatismo. Hoy ya no se ve a Trump como un extraño que se ha apoderado del Partido Republicano, uno de los pilares del *establishment* estadounidense. Del mismo modo, los movimientos nacionalistas y posfascistas europeos ya no aparecen como enemigos subversivos y peligrosos de la UE. Meloni no es una paria, sino más bien una personalidad influyente en la UE. Antes de acceder al poder, ni Mussolini ni Hitler gozaban de un apoyo tan explícito de las elites financieras e industriales de sus países; su situación no se parecía en nada al respaldo que ha recibido Trump de numerosos multimillonarios o que obtiene Le Pen del imperio mediático controlado por Vincent Bolloré. De muchas maneras, las elites globales recuerdan a los *sonámbulos* de 1914, los paladines del *concierto europeo* que se cayeron del guindo sin entender qué estaba pasando.

En el periodo de entreguerras, las democracias liberales contemplaron el ascenso del fascismo con una mezcla de incomprensión y complacencia, cuyas principales expresiones fueron la no intervención deliberada de Francia y del Reino Unido en la Guerra Civil española y sus concesiones a Hitler en la Conferencia de Múnich en 1938. Hoy sigue existiendo una ambigüedad similar. Como señala acertadamente Wolfgang Streck, el cosmopolitismo económico y cultural de las elites globales ha generado, por reacción, “una forma de nacionalismo antielitista desde abajo”, basado en la dicotomía de Feher entre *productores* y *parásitos*. El posfascismo proporciona una expresión política a

este resentimiento mientras gana respetabilidad y credibilidad a los ojos de las propias elites financieras e industriales.

Es difícil prever cuánto tiempo será capaz de conciliar estas tendencias contradictorias. Milei, Meloni, Orbán y Trump son hábiles acróbatas que sostienen ambos polos antinómicos, pero a la larga este ejercicio puede resultar peligroso: por un lado, esta convergencia entre las elites y las capas sociales más desfavorecidas nunca podrán constituir un verdadero *bloque histórico* en el sentido gramsciano, sino tan solo una forma provisional de bonapartismo; por otro lado, la condición para implementar esa estrategia es la destrucción progresiva del marco institucional del Estado de derecho y de la democracia liberal.

Esta convergencia
entre las elites y las
capas sociales más
desfavorecidas nunca
podrán constituir
un verdadero *bloque
histórico*

Desde la década de 1990, es decir, desde el final de la Guerra Fría, las fuerzas gubernamentales, tanto de izquierda como de derecha, se han adherido al neoliberalismo como una especie de pensamiento único. Esta es la premisa principal del ascenso espectacular de la extrema derecha, que finalmente ha aparecido como alternativa. De acuerdo con Wendy Brown, la derecha radical es la res-

puesta no democrática al proceso de *desmontar la democracia* impulsado por la lógica neoliberal. En un famoso aforismo de 1939, Max Horkheimer escribió que “si no quieres hablar de capitalismo, entonces debes callar sobre fascismo”. Hoy podríamos decir que “si no quieres hablar de neoliberalismo, entonces debes callar sobre posfascismo”. Aunque neoliberalismo y posfascismo no son sinónimos, actualmente son aliados precarios. La única clave para contrarrestar esta tenencia y disolver esos “síntomas mórbidos” es el renacimiento de la izquierda, una respuesta social y política desde abajo que en vez de verse abandonada sea capaz de hallar un proyecto, nuevos símbolos y una nueva visión del futuro.

Enzo Traverso, especialista en totalitarismo y política de la memoria, autor de *La Violence nazie* (La Fabrique, 2002), *Melancolía de izquierda*. *Después de las utopías* (Galaxia Gutenberg) y *Revolución* (Akal 2022).



Acacio Puig
2026

Acacio Puig
2026

Utilidad del luto

*«Qué útil será el luto cuando se vuelva perenne»
(La Vida Bohème)*

Cuando nos ahorremos separar las prendas
la angustia de la úlcera
el permiso para adentrarnos en el silencio
cuando nos decidamos por un renacuajo
que se parezca a nosotros
(pero sin haber perdido nada todavía)
cuando admitamos la morbosidad de vernos huérfanos
cómo se escuchará ese lamento de MADRE
quizás tenga hipos de memoria
o se le olvide hablar

qué fecundos los niños soldados
no pueden decir turpial ni bandera de piojos ni qué de pinga
estas violencias
en las que no sabemos reconocernos
mientras crece el cementerio del este

yo escucho el rumor de los hombres
cuando le tuercen el cuello al cisne
cuando ya es muy tarde y dicen

dame una muerte que pueda izar en el aire

(Sofía Crespo Madrid)

Islamofobia, racialización y capitalismo: apuntes para las luchas antirracistas

Ángeles Ramírez

■ En las líneas que siguen, trataré de analizar la islamofobia en España como un fenómeno contemporáneo, que data de los comienzos de la inmigración laboral marroquí. Aunque es posible rastrear algunos indicios anteriores, desde la derrota y conquista cristiana de Al Ándalus hasta el colonialismo español en el norte de Marruecos, es solo a partir de la consolidación del capitalismo en España cuando se puede considerar en su forma actual. Critico la idea de que la islamofobia en España es algo de índole *cultural* y muestro cómo, si se considera solo esta vertiente, se despolitiza su conceptualización y las formas de luchar contra esta discriminación. Entiendo que la islamofobia es un tipo de racismo, lo que remite a las condiciones de vida y reproducción de poblaciones concretas, la mayoría procedentes de la inmigración marroquí. Considero que sin comprender las dinámicas entre racismo islamóforo y capitalismo, las distintas formas de lucha y resistencia se ven condenadas a reproducir formas institucionales y culturalistas de atención a la diversidad, sin atender a las condiciones estructurales de opresión, sin articular frentes colectivos e incluso reproduciendo las desigualdades.

Historia de la islamofobia y su construcción como fenómeno histórico en España

¿Por qué hablar de islamofobia? ¿Es una cuestión relevante en términos políticos y sociales? Para comenzar a responder a estas cuestiones conviene preguntarse por la adecuación del propio término ¿Se necesita un nombre específico para este tipo de racismo, tal como se debate en otros países 1/?

El término *islamofobia* remite a la discriminación contra personas de fe musulmana; en este sentido podríamos hablar de una forma particular de *religiofobia*, que afecta a un colectivo exclusivamente por los valores y prácticas derivadas de su fe. Si, en cambio, se habla de *racismo antimusulmán* o *racismo islamóforo*, hay una referencia más amplia a las condiciones de existencia de las personas musulmanas y se incorpora el aporte de las teorías y luchas antirracistas. Otra posibilidad es la de utilizar *morofobia*, tal como hacen algunas activistas racializadas, término que refleja una idiosincrasia particular del racismo hispano, ya que conecta con una serie de imágenes his-

1/ Ver los debates en el Reino Unido sobre el término y sobre sus definiciones: https://hyphenonline.com/2025/12/17/islamophobia-definition-uk-anti-muslim-hate-racism-hatred/?utm_medium=email&_hsenc=p2ANqtz-_oAng7FfiU2zYofL3Ex24i-

wQp-Wo6YztMjAE6jE6ta6j_WYYLZMg-1DcYITSeuOtB-sW78EPCmlQAwXLaKn-0MYNfvs23qpc4uBBNkEJS3Ft-yWJ-Bzk&_hsmi=124268054&utm_content=124268054&utm_source=hs_email; ver también Bravo López (2010).

tóricas que definen parte de su contenido 2/. Este término intenta resignificar un término estigmatizante (*lo moro*), lo que puede ser adecuado para la lucha social, pero no parece suficiente para una conceptualización analítica. Sin dar una respuesta concluyente a este debate, en este texto usaré indistintamente *racismo islamófono* e *islamofobia*, pero dejando claro que el segundo término está intrínsecamente relacionado con una genealogía racista, que tiene como referente a poblaciones concretas de inmigrantes y su descendencia.

En concreto, cuando se habla de islamofobia en el territorio que hoy es el Estado español, el discurso más extendido la relaciona inevitablemente con la culminación de la llamada –desde el siglo XIX– Reconquista, el fin de Al Ándalus y la expulsión de los moriscos, 117 años después, en términos de confrontación secular con todo lo musulmán. Esta es la posición de la extrema derecha y de las derechas, que han conseguido ganar esta batalla cultural e imponer un –este– sentido común islamófono: el *odio al moro* habría sido parte constitutiva de la construcción nacional. Así, conciben el conflicto con los musulmanes como un rasgo característico de la nación española y de la subjetividad de sus nativos y nativas, cuya identidad sería construida como ariete contra lo moro, árabe o musulmán. Esta relación con lo musulmán se configura –según esta idea– de la mano de una *españolidad* fundada por Isabel y Fernando, quienes supuestamente recuperaron una protohispanidad cristiana anterior a la conquista árabe y beréber, que habría sido un desgraciado paréntesis en la historia de España 3/. Estas ideas se usan políticamente para legitimar sus propuestas políticas, que pasan por la expulsión de niñas y niños no acompañados o la prohibición del hiyab en los institutos.

Por supuesto, esta caracterización es una reinención interesada y racista de la historia, pues no da cuenta de los procesos socioeconómicos e institucionales que han configurado y reestructurado la formación social española durante este prolongado período. Y da por sentado la existencia de un componente cultural transhistórico, que permanecería esencialmente inmutable a pesar de los cambios sociales. Además, presenta una visión unidimensional, simplificadora, de los juicios y prejuicios hispanos respecto a lo árabe/musulmán, frente a los estudios históricos (ver Manuela Marín, Eloy Martín Corrales o Fernando Bravo) que muestran que junto a representaciones estigmatizadoras existieron visiones positivas, que fueron hegemónicas en algunos momentos.

2/ Un programa pionero en el tratamiento de esta cuestión es el del podcast La Guardia Mora en el episodio “Lo-moro”. Mucho más recientemente, se ha grabado este programa de Carne Cruda. https://www.ivoox.com/morofobia-racismo-8216marca-espana-efecto-llamada-audios-mp3_rf_167496870_1.html

3/ El intento de demostrar la existencia de una *españolidad* cristiana anterior a Al Ándalus y recuperada con la Reconquista, es incluso recreada en el relato sobre los grandes monumentos andalusíes, en gran parte controlados por la iglesia católica. Por

ejemplo, bajo el suelo de la mezquita de Córdoba, renombrada como mezquita-catedral por las autoridades eclesiásticas y políticas, se muestran unas ruinas de las que se dice que son los restos de la iglesia de San Vicente, que formaban parte de un complejo urbanístico cristiano anterior a Al Ándalus, para mostrar que el islam fue un paréntesis en la ya España cristiana. Sin embargo, los estudios muestran que no existió tal iglesia, y las ruinas corresponden a un complejo doméstico (<https://www.alandalusylahistoria.com/?p=1647>)

Rodinson (1989) menciona la admiración de eruditos medievales de la filosofía y las ciencias producidas en los territorios musulmanes. Incluso en la época del inicio de la ocupación española del norte de Marruecos hasta el fin del franquismo, existieron prácticas institucionales como el discurso acerca de “la hermandad hispano-marroquí” (Mateo Dieste, 2002), la política de becas a ciudadanos medio-orientales (Siria, Líbano, Palestina) o la subvención de la peregrinación a la Meca de población saharauí y del Protectorado español. Sin olvidar la conversión al islam desde los años setenta de un importante volumen de jóvenes de clases medias ni, por supuesto, el papel del Al Ándalus en el proyecto andalucista, ininterrumpidamente desde Blas Infante hasta Adelante Andalucía.

En definitiva, esta esencialización histórica a la hora de analizar las relaciones con lo musulmán como una especie de choque de civilizaciones, es el argumento favorito de la extrema derecha y la derecha, para la que *el moro* es y siempre ha sido el enemigo. Pero lo que es más preocupante y sorprendente, tal esquema esencialista es compartido por una parte del antirracismo decolonial, que sostendría que se trata de un racismo específico español, transhistórico, configurado siglos antes de la propia nación española. Este argumento tiene una enorme fuerza política, porque es muy potente sostener que se lucha contra un dispositivo que tiene 500 años, pero conduce a la consideración de identidades congeladas, que puede despolitizar las estrategias y que sin duda descontextualiza totalmente la opresión realmente existente.

La concepción culturalista se vio parcial –y paradójicamente– legitimada con la popularización de *Orientalismo*, el muy difundido libro de Edward Said (1990). El autor denunció la construcción de la dualización oriente/occidente como un producto interesado de las élites occidentales en el marco de la expansión colonial. Sin embargo, dejando de lado su propio análisis, acaba estableciendo una historia del orientalismo que se remontaría a la Antigüedad griega. La acertada crítica del marxista Al Azm (2016) señala que este enfoque remite el fenómeno a un momento que precede largamente a las condiciones geopolíticas y sociales que lo generaron: el colonialismo y la constitución de la “modernidad occidental”.

En esta misma línea de la crítica de Al Azm, este artículo sostiene que no hay una islamofobia ahistórica, independiente de los contextos sociales y políticos, y que preceda a la historia contemporánea del capitalismo hispano. Estos procesos se han ido construyendo históricamente. Es de interés rescatar los argumentos sobre las relaciones entre capitalismo y patriarcado, para establecer una analogía: mientras una parte de los estudios feministas sostiene que el patriarcado es un sistema de opresión de las mujeres que ha existido de modo transcultural y transhistórico, a lo largo de la historia de las civilizaciones, otras posiciones –vinculadas con los feminismos materialistas y socialistas– apuntan a que el patriarcado, tal y como lo conocemos, nace con la emergencia del capitalismo, del que es pieza fundamental (Federici, 2010). No se niega la existencia de otros modos históricos de dominación de las mujeres, pero no son asimilables a los del patriarcado capitalista, en el que su lugar

queda sujeto a la escisión entre las esferas de producción y reproducción de la vida bajo el dominio del capital. Y en este sentido, la negación de la existencia de un *patriarcado universal* y la afirmación de que la opresión de las mujeres adopta formas específicas en el sistema capitalista, lejos de restarle poder a las luchas feministas, las refuerza, en la medida en que –sin negarlas– desesencializa las identidades de género, las sitúa en su contexto y enfoca las resistencias de forma global. Consideramos que es imprescindible establecer

un paralelismo con la conformación de la islamofobia-racismo. Si queremos construir una base rigurosa que sirva para luchar contra el racismo, hay que situarlo en el tiempo en el que vivimos, con los problemas que confrontamos actualmente, la desigualdad, la opresión y la explotación.

No hay una islamofobia ahistórica, independiente de los contextos sociales y políticos

Racialización e islamofobia en la inmigración marroquí

Por tanto, si no estamos ante una cuestión cultural ahistórica, ¿de qué se trata? Resulta necesario situarnos en el contexto social y en las circunstancias históricas concretas que lo configuran. ¿Qué caracteriza hoy a los comportamientos, discursos y actitudes hacia *lo musulmán* en el Estado español?

Un momento fundacional del fenómeno que nos ocupa es el de la ocupación colonial de Marruecos (1912-1956). A diferencia de lo que ocurre con Inglaterra y su imperio, en este caso la colonia no jugó un papel en el desarrollo capitalista español, apenas incipiente por entonces. Pero a lo que sí dio lugar fue a una *racialización* de las y los marroquíes, en lo que supuso el primer encuentro *real* de la modernidad entre ambos mundos sociales. Una vez definida la relación de dominación que supone la colonización, se identifican las razas. La diferencia ellos/nosotros se establece desde el polo dominador, estableciendo supuestos rasgos de cada polo: nobleza frente a deslealtad; valentía frente a cobardía; laboriosidad frente a pereza o castidad frente a voluptuosidad. Ahora bien, es muy importante, si se atiende a la literatura, llamar la atención sobre el hecho de que estos mismos marcadores tuvieron cambios en el propio periodo colonial también por razones políticas: el rifeño traidor se convertía en un noble guerrero contra el comunismo, el campesino tetuaní pasaba a ser el hermano menor al que había que proteger, o la hija del terrateniente pasaba a ser una princesa misteriosa y deseada, aunque algunos clichés fueran de larga duración (Marín, 2015).

En cualquier caso, la *raza* no precede al racismo, sino al revés. No existe algo llamado *raza* desde el punto de vista biológico, pero sí como categoría social, política y simbólica para las personas así etiquetadas, con consecuencias estructurales. No es que las personas musulmanas sean de esta u otra manera y eso provoca el racismo, es al revés. Los estudios feministas nos ayudan de nuevo con la analogía. Desde el feminismo se afirma (Guillaumin, 2002)

que las relaciones de dominación patriarcal construyen cuerpos sexuados, se definen los sexos con sus supuestas características intrínsecas, que son a la vez verdad y mentira (mentira biológicamente; verdad como categoría social). Análogamente, las relaciones de dominación colonial construyen cuerpos racializados y las categorías sociales que los definen. Mucho antes de que lo hiciera Butler, las feministas materialistas francesas cuestionaron la definición biológica del sexo como argumento de legitimación de las jerarquías de género. Lo mismo podemos decir respecto a la raza (Juteau, 2015, sobre Tabet y Guillaumin): es una marca inscrita

Las relaciones de dominación colonial construyen cuerpos racializados y las categorías sociales que los definen

en el cuerpo que se utiliza para identificar categorías construidas por una relación de apropiación de fuerza de trabajo (sexual, reproductiva, simbólica). La racialización es un proceso en movimiento y siempre abierto, por el cual un grupo de personas –no necesariamente del mismo origen nacional– se supone que comparten una serie de características que podrían nombrarse como culturales

y que terminan asociándose con ciertos rasgos biológicos y fenotípicos –por la inmediatez de su identificación– que a su vez son recreados para construir de manera legítima esta idea de *raza*.

A partir de esta construcción colonial se configuran las condiciones para un racismo referido a la población marroquí. Pero este ocupó un lugar secundario en el imaginario y las prácticas sociales hasta que en las últimas décadas del siglo XX se inauguró una creciente migración laboral desde Marruecos a España. En este nuevo contexto, el de un capitalismo que reclamaba mano de obra para la construcción, la agricultura y los servicios poco cualificados, comenzaron a generarse prácticas y discursos concretos referidos a *lo moro*, resignificando algunos de los viejos elementos de la historia hispana pero también incluyendo otros novedosos.

En las primeras épocas de la inmigración, protagonizada mayoritariamente por varones jóvenes, con escasa presencia de núcleos familiares y de comunidades con lazos de convivencia o las instituciones derivadas de ello, la dimensión musulmana de este colectivo aparecía como un rasgo secundario. Por eso no me parece adecuado hablar de islamofobia antes de esta época. Para llegar a la islamofobia hubo que cambiar el contexto social pero también los imaginarios político-ideológicos. Llegaría el momento en que se percibiría a un colectivo a partir de las características comunes que les otorgaría su adscripción religiosa. Solo entonces surgió la religión como un elemento *racializante*. Aunque no de manera coherente (como en todo racismo): se aplica de manera expresa a la inmigración magrebí (fundamentalmente marroquí), pero no a la senegalesa (sobre quien recae el racismo anti negro y no el islamófobo), y tampoco a la población europea –de origen no migrante– que se convierte al islam (salvo

que sea una mujer y lleve hiyab). Por tanto, existe una jerarquización de marcadores racistas que se aplican o no a distintos colectivos en función de su lugar social y de los intereses de quienes enuncian la posición islamófoba. En todo caso, simplificando, partimos de que la población objeto de islamofobia no está constituida simplemente por las personas musulmanas, sino por las migrantes y descendientes de la emigración procedente del norte de África.

En definitiva, el racismo necesita la raza para legitimarse; por eso la construye con un conjunto de argumentaciones e interpretaciones (a)históricas, articuladas invariablemente de modo incoherente. Así también la islamofobia *inventa* a musulmanas y musulmanes. En la realidad social no existe homogeneidad entre los dos mil millones de personas que profesan esta fe (o viven en países definidos como musulmanes), pero la islamofobia intenta imponer sobre esta heterogénea multitud una triple racialización. Primero, asumiendo que la religión construye (negativamente) sus subjetividades, imponiendo una etiqueta a una multitud diversa construyéndola como un colectivo homogéneo; en segundo lugar, considerándolas como procedentes de sociedades sin historia, cuya *musulmanidad* se mantiene esencialmente igual a lo largo de los siglos; en tercer lugar, adjudicando un fenotipo a las personas etiquetadas como musulmanas (árabes, orientales, no blancas).

Este proceso de construcción de la islamofobia –y de otros racismos– debe comprenderse en el contexto del desarrollo del capitalismo español en su inserción periférica dentro del Unión Europea, basado en la agroexportación (demandante de mano de obra jornalera precaria) y servicios (turismo, hostelería, pequeño comercio y construcción), sectores con una demanda estructural de mano de obra, con una gran estacionalidad, inestabilidad y precariedad. En este marco se ha incorporado una importante inmigración de origen extranjero, entre la que destaca la población procedente de Marruecos. Ésta constituye la base poblacional sobre la que se viene construyendo el racismo islamófobo. Su posición social es de subalternidad: forman parte del ejército de trabajadoras más marginales y precarias, ubicadas en la construcción y en la agricultura, además de tener las tasas de desempleo más altas; son mayormente asalariadas (precarias), con una muy baja tasa de trabajo autónomo; predominan entre las recluidas en los Centros de Internamiento de Extranjeros (CIE) 4/; las niñas y niños que emigran solos son tratados como delincuentes y violadores –con la estigmatizante etiqueta de MENA–, cancelando su infancia y sus derechos; son el colectivo migrante que más sufre los rechazos y maltratos en la frontera; y las chicas y mujeres que llevan hiyab sufren discriminaciones constantes, tanto en los centros educativos como en el mundo laboral y los espacios públicos; en la mayor parte del territorio español no tienen derecho a ser enterrados en un cementerio musulmán. Ya en los años 80, en el despegue del proceso migratorio, el CIS detectaba una opinión negativa respecto a las personas de origen marroquí radicadas en España y sus descendientes, solo detrás del colectivo gitano (Colectivo Ioé, 2001). Lo que interesa resaltar aquí es que las

4/ https://www.eldiario.es/desalambre/cie-cifras_1_2618926.html

construcciones estigmatizantes ni se limitan a actualizar viejos prejuicios

históricos ni se centran exclusivamente en la dimensión religiosa, sino que se construyen y actualizan sobre un colectivo poblacional concreto (procedente de la migración contemporánea) y de su inserción social subordinada, como segmento especialmente precario de la clase obrera en un contexto de incremento de la desigualdad social y de deterioro de los servicios de protección social. Todo ello está potenciado por una restricción de derechos políticos (irregularidad, demora o imposibilidad en el acceso a la nacionalidad) y por las fuertes –dramáticas y violentas– restricciones fronterizas.

Tras una fase inicial de migración en la que predominaban los hombres solos, con el tiempo se instalaron grupos familiares y se constituyeron comunidades procedentes de la migración. Entre sus prácticas se fue desarrollando la religiosa, a partir de centros de oración y mezquitas. El desarrollo de dichas prácticas y la (sobre)exposición a la que se somete a las mujeres que visten el hiyab acabó por visibilizar lo musulmán como un marcador *racializador*, que es lo que hemos denominado hace años como *islamización* de la inmigración marroquí (Mijares y Ramírez, 2008). Este proceso se produce *desde fuera* de las comunidades, como una imagen construida por sectores activos de la sociedad autóctona, en un primer momento desde emisores individuales más o menos aislados, pero posteriormente desde un discurso elaborado y difundido sistemáticamente desde núcleos de extrema derecha, con amplio respaldo internacional, seguido de forma más o menos vergonzante por la derecha política y algunos sectores autodefinidos como progresistas. Desde el sector de las élites sociales que consideran agotado el modelo de integración social *pacífica* en este momento de crisis ecosocial, el objetivo es garantizar la preservación a ultranza de los sectores más concentrados del capital, recordando conquistas sociales y buscando la legitimidad política a partir de la fractura y división de los sectores populares. Uno de sus principales arietes políticos es el discurso antiinmigración, con la propuesta de reemigración y el marco amenazante de la teoría del reemplazo demográfico, en el que se incluye la obsesión islamófoba contra los *MENAs*, el uso del hiyab o la idea de los *moros violadores*. La incidencia de este discurso ha trascendido las redes sociales de ultraderecha, llegando a foros institucionales y medios de comunicación, dando legitimidad y rearticulando prácticas y concepciones racistas-islamófobas preexistentes.

Así, nos encontramos con sectores de la población (autóctonos e inmigrantes, musulmanes/no musulmanes) sometidos a diversas precariedades (paro, empleo precario, vivienda, violencias) y propuestas sociopolíticas que inciden en dividir y enfrentar a *la gente pobre de aquí con la gente pobre de fuera*. La consecuencia ha sido una extensión del racismo islamófobo, según informes elaborados por el Observatorio Andalusi o la Plataforma ciudadana contra la islamofobia. Como ejemplo, en el verano de 2025 tuvieron lugar gravísimos incidentes, *cacerías*, como los victimarios los nombraron, contra vecinas y vecinos musulmanes de origen marroquí en dos puntos tan distantes como Torre Pacheco y Hernani, con participación activa de la extrema derecha, que justificó posteriormente las agresiones. Las personas procedentes del Magreb

siguen apareciendo como uno de los grupos con una percepción más fuerte de la discriminación y de los más perjudicados con el aumento de los delitos de odio 5/. A pesar de toda esta trama de violencia y discriminación, tan solo se denuncia un 7% de estos incidentes (Asociación Marroquí de Inmigrantes, 2025), por razones que van mucho más allá de lo individual y que apuntan a una desconfianza respecto al recorrido de estas denuncias, por su más que probable efecto bumerán, debido a la desidia institucional y a la falta de solidaridad activa por parte de otros grupos sociales.

En síntesis, la islamofobia contemporánea es una *nueva islamofobia*, no una simple reproducción o réplica de lo que existía en el pasado. El lugar subordinado que el sistema reserva para las personas musulmanas procedentes de la inmigración –independientemente de que haya individuos que puedan escapar de esta posición– ha incidido en el refuerzo de una construcción que termina legitimando estas situaciones de casi esclavitud y desde luego, de exclusión. El racismo islamóforo se apropia de prejuicios históricos, recuperando de forma unilateral elementos de ese *archivo cultural*, pero los reinterpreta a la luz de un contexto específico, en el que el aspecto religioso sirve como etiqueta que oculta y deforma distintas prácticas de opresión y exclusión que tienen que ver más propiamente con intereses económicos y de dominación política.

¿Y ahora qué hacemos? Antirracismo progresista e inmovilización política

El debate que hemos esbozado acerca de cómo entender el racismo islamóforo no es de índole académica: apunta a que son distintas visiones de los elementos sociales que están en juego, lo que da lugar a diferentes formas de abordar la lucha antirracista. En este artículo, se sostiene que la cuestión debe referirse a configuraciones históricas específicas, en las que las condiciones materiales de vida y los intereses de distintos sectores sociales juegan un papel tanto o más importante que los de índole identitaria. En cambio, existen voces destacadas del antirracismo que ponen el acento en la dimensión de las identidades y/o micro-discriminaciones. Esto significa que el racismo, la islamofobia, ya no se define en este marco neoliberal desde la opresión y la explotación, no sería algo que vincula raza y clase, sino que tendría que ver con las diferencias culturales y su aceptabilidad (Sivanandan, citado en Kundnani, 2023). Esto lleva a propuestas oficialistas, conservadoras y conciliadoras con las instituciones, que apuntan a programas institucionales de sensibilización o a la celebración de la diversidad. En ocasiones estos encuentros sobre diversidad, cultura de la paz, etc., se hacen de la mano de fundaciones de emporios transnacionales –incluso señalados desde BDS– desde el corazón del neoliberalismo, sin advertir contradicción política ninguna. Y la hay, porque como diría Kundnani, la lucha antirracista solo puede ser anticapitalista.

5/ Según un informe encargado por el Consejo para la Eliminación de la Discriminación Racial o Étnica, del Ministerio de Igualdad y publicado en 2025 (<https://www.igualdad.gob.es/el-impacto-del-racismo-en-espana-percepcion-de-la-discriminacion-por-origen-racial-o-etnico-por-parte-de-sus-potenciales-victimas-en-2024/>)

gob.es/el-impacto-del-racismo-en-espana-percepcion-de-la-discriminacion-por-origen-racial-o-etnico-por-parte-de-sus-potenciales-victimas-en-2024/)

Además, aquellos enfoques de la identidad/diversidad terminan construyendo individualidades apartadas del pensamiento y la acción colectiva, reforzadas por su omnipresencia en redes, donde las condiciones personales, corporales, biográficas, terminan siendo confundidas con el recurso político, como una especie de emprendimiento antirracista. Se correspondería con lo que Kundnani nombra como *liberal anti-racism* (antirracismo progresista),

Desde este tipo de militancia antirracista, el peso en las identidades individuales tiende a difuminar el desarrollo de proyectos políticos y luchas colectivas

que se centra en una lucha entre identidades (racializados vs. racializadores), basada en el énfasis en la especificidad de las experiencias de las víctimas, y en la lucha en pos del reconocimiento. Su principal resultado es el desarrollo de una élite de líderes de los grupos racializados, que se postulan como representantes de identidades en abstracto, no como activistas que luchan contra opresiones concretas. Desde este tipo de militancia antirracista, el peso en las identidades individuales tiende a difuminar el desarrollo de proyectos políticos y luchas colectivas libera-

das. En la práctica, estos últimos dejan de importar porque lo importante parece que es *lo que se es*, y no lo que se hace o se construye.

Esto conduce a otra discusión, sobre el *privilegio*, que significa que se producen ventajas relativas para ciertos grupos (por ejemplo, *las blancas y blancos*) y desventajas para otros (por ejemplo, *las musulmanas y los musulmanes*); aunque trabajadoras y trabajadores nacionales se encuentran en una situación de explotación, pueden beneficiarse indirectamente de la distancia social generada por la discriminación racista. Bouamama (2025) señala los límites de esta argumentación llevada al extremo: acaban conduciendo a argumentos moralizantes, que reclaman al grupo privilegiado que recapacite y renuncie a su situación en su espacio relacional micro, prácticas que no pueden alcanzar el nivel macrosocial ni el largo plazo. Además, la insistencia en denunciar las fronteras entre privilegio y no-privilegio tiende a esencializarlas: el privilegio pasa a ser una identidad inscrita en el cuerpo, que tiene que ver con la racialización. Esto se traduce también en el activismo feminista, antirracista e incluso anticapitalista, en una línea que segmenta a la militancia entre las que pueden hablar de racismo y las que no, por su *privilegio blanco*.

A una parte importante de la izquierda y del feminismo, esta crítica le ha pillado a trasmano, quizás debido a la ausencia de una reflexión política sobre el racismo y la islamofobia. Debido a ello, asumiendo un cierto sentimiento de culpa, mezclado con el temor a romper la precaria unidad, tienden a delegar la representación de los proyectos antirracistas en manos de las personas racializadas, sin que haya realmente un proyecto colectivo

ni una discusión política que no tome como discurso único el que postulan personas racializadas que se adscriben al discurso culturalista. Esta práctica nos devuelve otra vez a la celebración de las identidades, como si éstas supusieran en sí mismas un tipo de trabajo político. Tales procesos han generado toda una competencia en un incipiente *mercado de la racialización*, hasta llegar a situaciones absurdas. Por ejemplo, respecto al derecho de las mujeres musulmanas a llevar su hiyab, algunas *influencers* musulmanas, disfrutando de la autoridad y legitimidad que supuestamente les otorga su condición de racializadas, se manifestaron claramente a favor de dicho derecho. Sin embargo, con el tiempo cambiaron de opinión y se adscribieron a la posición contraria (contra el derecho a usar hiyab). Es decir, su capital político y su derecho a la enunciación privilegiada vendría dado por su racialización, independientemente del contenido de sus posiciones. Análogamente, las personas no racializadas, sea cual sea su opinión al respecto, tendrían menos legitimidad para intervenir en el debate y la construcción política de alternativas. Desde nuestro punto de vista, si bien el conocimiento y las prácticas sociales siempre son situados (no opinamos ni actuamos en abstracto ni libres de condicionamientos), ni la identidad o la corporalidad definen de forma suficiente un lugar político satisfactorio.

Raquel Gutiérrez Aguilar 6/ hacía una breve crítica a la noción de privilegio en una entrevista. Decía que lo entendía, pero que la demanda que se hace –en nuestro caso– a las personas no racializadas de *renunciar al privilegio* es culpabilizadora, porque de lo que se trata es de cuánto se está dispuesta a moverse, a “desacomodarse” de un lugar que no fue elegido, que nos tocó a algunas. Sin perder de vista las jerarquías diversas que nos separan, en las luchas por las desclasificaciones e identificaciones, dice Gutiérrez, “evitemos entrar en este juego de la reclasificación mutua”. En definitiva, la cuestión del privilegio, si bien pudo servir para visibilizar la desigualdad y apoyar el proyecto colectivo, se ha convertido en una forma de jerarquización de la militancia, en un factor de estratificación política. Y desde luego, ha devenido un factor de inmovilización en los debates militantes, donde el desacuerdo con estos planteamientos puede ser interpretado y denunciado incluso como violencia racista.

Y entretanto, en medio de esta carrera por el privilegio, a la que la izquierda y el feminismo parecen asistir como invitadas de piedra, está el sujeto de la lucha contra el racismo islamófobo. Uno de los grupos más visibles es el de mujeres con hiyab (Mijares, Gil-Benhumeya y Lems, 2025), porque llevan en sus cuerpos algo que es percibido en general como radicalmente musulmán, es visible y conecta con todos los estereotipos negativos respecto a las personas musulmanas y norteafricanas, incluso aunque sean contradictorios entre ellos (en el caso del pañuelo, la mujer sumisa y la fanática). Frente a otros

6/ <https://www.revistaamazonas.com/2019/03/05/raquel-gutierrez-debemos-aprender-a-mirar-el-mundo-en-clave-de-interdependencia/>

racismos, las mujeres con pañuelo son un sujeto político escurridizo, que se sitúa fuera de la agenda de buena parte del antirracismo y de los movi-

mientos feministas. Constituyen una especie de punto ciego para las luchas antirracistas ^{7/}. Los grupos más organizados de mujeres musulmanas, frente a su invisibilidad y la incapacidad que observan en los movimientos para bregar paradójicamente con la diversidad, prefieren militar en sus propios ámbitos y mantenerse al margen (Ramírez y Mijares, 2021). En definitiva, los sujetos políticos más precarios (se podría añadir a los hombres musulmanes o a los menores, contruidos por la islamofobia como depredadores sexuales)

Debemos luchar por un antirracismo radical, que se abra a otras dimensiones de la vida social de las personas racializadas: trabajo, vivienda, género

quedan fuera del espacio militante, que prefiere otros sujetos más populares y que no comprometan la idea de la emancipación a ojos del pequeño mundo activista.

En suma, seguimos necesitando y debemos luchar por un antirracismo radical, que se abra a otras dimensiones de la vida social de las personas racializadas: trabajo, vivienda, género. El feminismo crítico, anticapitalista, de los últimos diez años puede ser un indicador de ese camino, porque ha pasado de las luchas más cen-

tradas en los derechos sexuales y reproductivos, con demasiada presencia del hombre, a considerar que el combate por la vivienda, por el trabajo, por la vida buena, son objetivos feministas. Es lo que se llamó, con todas sus críticas, feminismo popular. Esa debe ser la línea de un antirracismo popular, que tiene en los movimientos por la vivienda el mejor faro, poniendo cuidado en que las luchas sociales no oculten –más bien resalten– las opresiones racializantes.

* Agradezco a Walter Actis y a Laura Mijares las lecturas y comentarios del texto.

Ángeles Ramírez es antropóloga y del Consejo Asesor de **viento sur**.

Referencias

- Al-Azm, Sadic Jalal (2016) “El orientalismo como espejo del *choque de civilizaciones*”. *Sinpermiso*, 20 diciembre.
- Asociación Marroquí para la Integración de los Inmigrantes. (2025). *Entre el silencio y el miedo: Por qué la islamofobia queda sin denuncia*. Ministerio de Derechos Sociales y Consumo.

^{7/} En la conmemoración de los asesinatos del Tarajal en Ceuta en 2022, el programa de actos contemplaba presentaciones por parte de antiguas migrantes del África occidental, abogadas o migrantes procedentes de Marruecos, pero las trabajadoras marroquíes transfronterizas no estuvieron representadas

hasta el último minuto, descolocando con su intervención el diseño del programa. El perfil de las trabajadoras, mujeres de Marruecos, con hiyab, y trabajando en servicio doméstico, no parecía adaptarse a la línea política del evento. Quizás por eso a nadie se le había ocurrido antes.

- Bouamama, Saïd (2025) *De las clases peligrosas al enemigo interior: Capitalismo, migraciones, racismo*. Traficantes de Sueños.
- Bravo López, Fernando (2010) ¿Qué es la islamofobia?! *Documentación Social*, (159), 189–207.
- (2013) “Islamofobia: Acerca de la continuidad y el cambio en la tradición anti-musulmana”. *Historia Social*, (75), 41–61.
- Colectivo Ioé. (2001) “Actitudes ante los inmigrantes: ¿Discriminación o trato igualitario?” *Revista Sal Terrae*, (1045), 379–395.
- Federici, Silvia (2010) *Calibán y la bruja: Mujeres, cuerpo y acumulación primitiva*. Traficantes de Sueños.
- Guillaumin, Colette (2002) *L'idéologie raciste*. Gallimard.
- Juteau, Danielle (2015) “Colette Guillaumin: La teoría como acto contestatario”. *Mora (Buenos Aires)*, 21(2).
- Kundnani, Arun (2023) *What is antiracism? And why it means anticapitalism*. Verso Books.
- Marín, Manuela (2015) *Testigos coloniales: Españoles en Marruecos (1860–1956)*. Edicions Bellaterra.
- Martín Corrales, Eloy (2002) *La imagen del magrebí en España: Una perspectiva histórica (siglos XVI–XX)*. Edicions Bellaterra.
- Mateo Dieste, Josep Lluís. (2002) *La “hermandad” hispano-marroquí: Política y religión bajo el protectorado español en Marruecos (1912–1956)* (Tesis doctoral). European University Institute Research Repository (CADMUS).
- Mijares, Laura; Gil-Benumeña, Daniel y Lems, Johanna (2024) “¡Con eso no! Discriminación de las jóvenes musulmanas con hiyab en el sistema educativo”. Instituto de las Mujeres, Ministerio de Igualdad. <https://doi.org/10.5281/zenodo.15017554>.
- Mijares, Laura y Ramírez, Ángeles (2008) “La “islamización” de la inmigración: Algunas hipótesis acerca del caso español”. *Quaderns de la Mediterrània*, (9), 389–392.
- Observatorio Andalusi (2024a) *Informe anual 2023*. UCIDE.
- Observatorio Andalusi. (2024b) *Informe especial 2023*. UCIDE.
- Plataforma Ciudadana contra la Islamofobia (2014, 2015, 2017) *Informes anuales sobre islamofobia en España*. <https://plataformaciudadanacontralaislamofobia.wordpress.com>.
- Ramírez, Ángeles y Mijares, Laura (2021) *Los feminismos ante el islam: El velo y los cuerpos de las mujeres*. Los Libros de la Catarata.
- Rodinson, Maxime (1989). *La fascinación del islam*. Júcar.
- Said, Edward W. (1990) *Orientalismo*. Libertarias.

Racismo, islamofobia y la necesidad desenmascarar al imperio

*A la memoria de Haitam Mejri
Yani Barrull y Mahmoud Bakhum*

Helios F. Garcés

■ 1. El antirracismo como práctica política: más allá del discurso

Hace casi una década, desde el blog “1492, Por un antirracismo político”, de *El Salto*, planteábamos lo que hoy sigue representando una cuestión fundamental y, sin embargo, está lejos de haber sido asimilado en nuestros territorios:

“si el racismo constituye un problema político, su confrontación debe ser igualmente política. No puede tratarse de una lucha individual porque el racismo no opera en el terreno de lo individual. Requiere organizaciones con líneas políticas definidas, capaces de construir horizontes comunes de transformación”.

Dejando a un lado las múltiples maneras en las que esta afirmación interpela al desarrollo del propio movimiento antirracista del Estado español y a los colectivos y organizaciones que incluyen la lucha contra el racismo en su agenda política, la izquierda de estos territorios ha transitado desde entonces un camino paradójico. Es de sobra conocido que, durante años, parte de sus voceros han desestimado las voces antirracistas locales bajo la acusación de que *importaban* debates ajenos. Este discurso tóxico ha jugado un papel en el enmascaramiento de tendencias reaccionarias de corte racista al interior de la vieja izquierda peninsular. A estas alturas, y teniendo en cuenta el contexto, esa misma izquierda ya no puede evitar reconocer, aunque sea en el plano verbal, que el racismo se revela como un problema fundamental que obliga a reevaluar su comprensión de la lucha de clases. El fortalecimiento de la ultraderecha del Estado español, como parte de la fascistización internacional en marcha, ha obligado a la izquierda a preguntarse por enésima vez cuáles son los activadores principales de esta realidad, encontrando en el racismo, y muy particularmente en la islamofobia, uno de sus gérmenes.

Pero su compromiso real con las consecuencias de este hecho es más que cuestionable. Si bien en el pasado se acusaba a las voces antirracistas de importar debates ajenos, hoy es precisamente esa izquierda la que, con notables excepciones, traduce con avidez bibliografía sobre autores y autoras no blancos de otros contextos, publica artículos escritos por intelectuales no blancos del espectro francés o anglosajón en sus respectivas revistas y editoriales, les invitan a dar conferencias en sus eventos y se abalanza sobre estas figuras para establecer un supuesto diálogo sobre la cuestión. No habría nada que objetar ante este espejismo, si no fuese porque a través de él encuentran

una forma de ningunear a quienes encarnan y representan esas luchas y perspectivas en el Estado español.

Sin embargo, lejos de desestimar por completo estos debates, de demandar un lugar en los espacios en los que esto ocurre o de aludir a una dinámica de índole intelectual, lo que hay que señalar es que este fetichismo escapista, cimentado sobre una suerte de exotismo pseudorevolucionario, no solo no resolverá el problema, sino que lo perpetuará haciendo permanecer a la izquierda presa de sus propias contradicciones. Lo descrito produce una dialéctica singular que, si no fuese por la tragedia que revela, sería incluso motivo de risa: mientras que la reacción española fantasea sobre la elaboración de alianzas masivas entre izquierdistas y musulmanes, la izquierda en general evita dialogar con la población musulmana. Incluso cuando emerge en su seno la necesidad de examinar la islamofobia, se acude a voces no musulmanas que tranquilizan al estrado. Un amigo musulmán relataba entre risas en un encuentro reciente cómo espantó a varios compañeros de litera cuando extendió su alfombrilla para postrarse en ella en el contexto de unas jornadas en las que, al día siguiente, una voz no musulmana acreditada hablaba sobre el problema de la islamofobia.

Más allá de fijaciones sintomáticas y de experiencias que se repiten constantemente, la cuestión, para la izquierda, es ¿por qué el racismo y la islamofobia –aludo de forma diferenciada a sendos fenómenos pedagógicamente– no solo persisten, sino que mutan manteniéndose como estructura vertebral del imperialismo, el capitalismo y el neocolonialismo a nivel internacional y local? Observar con honestidad las genealogías heredadas del siglo XX que operan en el XXI resulta ineludible. La islamofobia global, tal y como ha operado durante los últimos siglos, ha fortalecido dinámicas imperiales que han terminado por impactar, de forma local e internacional, en el resto del mundo, musulmán y no musulmán. Esto es porque la islamofobia, como afirma el sociólogo Salman Sayyid, no es fundamentalmente un asunto relacionado con el odio, sino una forma de gobernabilidad racializada.

El panorama global es diáfano: genocidios coloniales en Palestina, Sudán, República Democrática del Congo; agresiones imperiales contra Yemen, Líbano, Siria, Irán; amenazas constantes a Cuba, Colombia, México; brutales intervenciones militares en Venezuela, intentos de desestabilización en Burkina Faso, Mali, Níger. Las formas de deshumanización ensayadas a través del proyecto imperial han tenido en la islamofobia occidental una de sus fuentes principales de legitimación y, sin embargo, la islamofobia no es una fuente de legitimación. No nos sirve aquí contemplar las dinámicas neocoloniales del sistema capitalista como si se trataran de cálculos económicos finos ejecutados por ideólogos de guante blanco, sino comprender que lo que hay en marcha es, también, una forma de racionalidad que nos interpela y que ha formado parte de nuestro sentido común cultural durante siglos. En este sentido, no hay nada más perjudicial que interpretar los problemas de nuestro tiempo como irrupciones repentinas y desconectadas. Al contrario, las políticas del ICE en Estados Unidos, las leyes migratorias europeas, también en el Estado

español, y el ascenso fascista se entrelazan íntimamente con el rearme imperial global. Mantener una visión que articule lo local con lo internacional se vuelve por lo tanto indispensable.

2. Genealogías raciales del capitalismo

El racismo es reformulado de manera compleja en función de los intereses de las clases dominantes en cada momento histórico y sirve a las relaciones de poder concretas que se reproducen en cada territorio. Desde el principio, el racismo moderno opera como elemento constitutivo de la división internacional del trabajo, no como mero epifenómeno o superestructura. Cedric J. Robinson aporta aquí una intuición crucial: situar la raza como componente del sistema-mundo civilizatorio desde el cual emerge el capitalismo nos ayuda

Situar la raza como componente del sistema-mundo civilizatorio desde el cual emerge el capitalismo nos ayuda a enfocarlo en toda su amplitud

a enfocarlo en toda su amplitud. Pero lejos de enfrascarnos en el inútil debate sobre qué fue antes, si la gallina/capital o el huevo/raza, esta reformulación de la discusión sobre el racismo, el imperio y el capital permite eliminar de la ecuación la posibilidad de desembocar en una expresión neoliberal de las políticas de la identidad.

Permite ubicar categorías históricas como *gitano*, *moro*, *negro*, etc., en su contexto: la larga genealogía del poder colonial y las formas de

opresión, desposesión y explotación del capitalismo. Estas clasificaciones, impuestas verticalmente –y legítimamente resignificadas– sobre pueblos no son culturales sino económicas, sociales y políticas. Revelan las formas específicas mediante las cuales estos pueblos, negados y redefinidos según patrones raciales modernos, han sido desgajados de su propia realidad, insertados de diferentes maneras a lo largo de la historia en el modo capitalista y en los sistemas de gobernabilidad correspondientes.

Al mismo tiempo, el proyecto imperial que sostiene el capitalismo moderno requiere el fraude de una pretendida homogeneidad cultural y espiritual supuestamente protegida por el Estado imperial, base de la subjetividad neurótica del colonizador. La construcción racial del otro y la fabricación de la blancura son procesos simultáneos e interdependientes que no son estáticos. Este legado será recogido durante el siglo XX por el fascismo europeo y está siendo reelaborado en estos precisos momentos por lo que ha sido llamada la Internacional Reaccionaria. No es nuevo, ni se trata de un debate importado. Siglos de persecución, genocidio, explotación y desposesión de otros cuerpos y epistemologías explican el presente europeo. Como primer imperio de la modernidad occidental, el Estado español arrastra una herencia específica que atraviesa, no sólo a Abya Yala, sino a la colonización de Filipinas, Guinea

Ecuatorial, el Rif, el Sahara Occidental; y que se actualiza en la Frontera Sur, en las políticas migratorias, en la existencia de los CIEs, en la situación histórica del pueblo gitano, en la criminalización de los musulmanes, etc. Dentro de esta genealogía de la desposesión, la islamofobia no es un problema más, sino parte principal del caldo de cultivo desde el que emerge el problema de la raza.

3. La islamofobia como racismo estructural: desenmascarar el consenso liberal

Los estrategias de la extrema derecha internacional comprenden con claridad diáfana que la lucha contra el racismo –entendido como sistema de opresión, desposesión y explotación capitalista– amenaza no solo su proyecto, sino también al sector liberal-progresista. Esta crítica al liberalismo, que no es asimilable a la promulgada por los fascismos, encuentra su razón de ser en el hecho de que el orden liberal depende estructuralmente, desde su mismo origen, de los modos de producción esclavistas y coloniales. La raza –“modalidad mediante la cual se vive la economía política de la globalización”, según Ruth Wilson Gilmore– evidencia el nivel más descarnado de la desigualdad internacional que posibilita el capitalismo contemporáneo.

Al mismo tiempo, este orden se legitima en la conciencia occidental mediante un sentido común que podríamos denominar un inconsciente colectivo colonial, a decir de Suely Rolnik. La guerra cultural de la extrema derecha para conquistar la hegemonía política depende crucialmente de cómo moviliza este sustrato del que también es presa el progresismo occidental. Tanto la heterogénea perspectiva decolonial como la tradición radical negra –hay quienes afirmarían que el pensamiento decolonial bebe de la tradición radical negra y que la tradición radical negra es, por sí misma, decolonial– permiten superar una comprensión limitada del racismo dominante en las ciencias sociales, en la izquierda convencional y en las instituciones modernas. Un ejemplo paradigmático de este lastre lo constituye caracterizar la islamofobia como mera intolerancia religiosa (Amazian, 2016). Es necesario recordar que, a pesar de que ese es el estado general de la cuestión en lugares como el Estado español, la inmensa mayoría –por no decir el cien por cien– de las y los estudiosos musulmanes de la islamofobia la conciben como una forma de racismo. Comprender las jerarquías raciales en su complejidad cambiante y entrecruzada requiere considerar marcadores diversos más allá de los establecidos por el racismo biologicista del siglo XVIII. Aquí es donde adquiere relevancia el problema de la islamofobia. La formación de la conciencia racial europea se vincula con su conciencia teológica desde antes y durante el período colonial moderno. Entender la islamofobia como una forma de intolerancia religiosa la desvincula del colonialismo histórico, del imperialismo y del capitalismo global. Esta estrategia de escape impone un enfoque neoliberal del racismo, más digerible geopolíticamente. Pero resulta imposible separar la islamofobia de las Cruzadas, la colonización del mundo musulmán y los proyectos civilizatorios contemporáneos que las potencias occidentales han

desplegado mediante la guerra, la ocupación y la imposición del caos en gran parte del Sur Global musulmán: la Palestina ocupada por los sionistas es el gran ejemplo de ello. Como plantea Sirin Adlbi Sibai (2016):

“cualquier debate sobre la islamofobia debe partir necesariamente de la discusión sobre el cartografiado del poder en el sistema-mundo durante los últimos 500 años, (...) la islamofobia como una forma de colonialidad y de racismo cultural y epistemológico; lo cual implica la descolonización del concepto islamofobia y permite un análisis renovado de la cuestión, en donde, a partir de aquí, aparece como una de las manifestaciones multiformes de un aparato de poder complejo, el cual se manifiesta en formas variadas y variables de violencia –producto y productoras simultáneamente– del sistema-mundo” (Adlbi Sibai, 2016: 126).

4. Neoliberalismo, gobernabilidad racial y la función del Estado

Las motivaciones de la política ultraconservadora se revelan en su relación con los intereses geoestratégicos de los Estados liberales. Una relación tensa donde los gobiernos progresistas cumplen su función específica. Estos intereses, gobernados por corporaciones que someten a los Estados, preparan escenarios de caos social que sostienen el orden neoliberal. Simultáneamente, este caos –una vez desarticulada la autoorganización popular– facilita gobiernos que, a nivel local, refuerzan el orden neoliberal. Estas torsiones económicas, políticas y sociales resultan inseparables de la producción de vulnerabilidad, mitologías de dominación y creación de enemigos internos y externos. Repito: la configuración de este orden es simultáneamente local y global, operando diferencialmente según contextos territoriales e historias específicas. Constituye uno de los principios organizadores de las políticas imperialistas, de guerra y expropiación de recursos, así como del mantenimiento de la economía política capitalista.

La forma en que creación, mutación y rearticulación de mitologías raciales operan en esta relación mundial entre producción de vulnerabilidad y desposesión es compleja y contradictoria, yendo más allá de simples cálculos económicos. Frecuentemente expulsado del análisis por la izquierda occidental o caracterizado erróneamente como herramienta capitalista, la naturaleza sociopolítica del racismo queda oscurecida. Pero el racismo ni fue históricamente instrumento del capitalismo temprano ni lo es actualmente, es parte indesligable del mismo. El racismo moderno, a decir de Cedric J. Robinson se inserta profundamente en la cultura occidental feudal, atravesando diversas relaciones sociales de producción y distorsionando sus contradicciones intrínsecas. La relación de la cristiandad occidental con el islam alumbró la configuración de la ideología racial impregnando la cultura europea y racionalizando formas de dominación y modos de producción que afectaron a la propia conciencia cultural de los pueblos europeos.

5. Islamofobia y consenso neoimperial en el Estado español

De nuevo, es en este marco global de análisis en el que debemos observar la islamofobia, como una forma de gobernabilidad racializada (Sayyid, 2014), parte de la larga historia imperial y racial de *Occidente* en su relación con *Oriente* y que, en el caso del Estado español, nos conecta con el Al-Ándalus, la colonización del Norte de África y el racismo antimoro (Amazian, 2016). La extrema derecha española explota las antiguas tensiones raciales existentes respecto a la población musulmana migrante del norte y del occidente africano, aprovechando el consenso social sobre la protección de intereses

armamentísticos, económicos y políticos materializados en la Frontera Sur, los CIE, la Ley de Extranjería y las relaciones internacionales con potencias del mundo musulmán y las naciones africanas.

Este consenso social, político y moral, latente en la conciencia occidental, impacta directamente en quienes ocupan los últimos eslabones de

Debemos observar la islamofobia como una forma de gobernabilidad racializada

la división del trabajo en sociedades europeas. Nos reconecta con la colonia y la trata trasatlántica, que a su vez nos conectan con la empresa imperial en el Asia, África y América Latina. Fenómenos que, articulados con el capitalismo neoliberal, siguen actuando en la realidad de los pueblos y sus diásporas. Nos enfrentamos así a la producción de excedentes de vulnerabilidad humana sin los que el capitalismo no puede sobrevivir. Paralelamente, los Estados nación y sus instituciones lideran y legitiman, a través de diferentes estrategias y luchas, estas lógicas. Esto significa, más allá del eslogan vacío, que el racismo es institucional y estructural.

Bien es cierto que, lo que cierta izquierda identifica como *odio* en la agenda de extrema derecha contiene una dimensión político-económica en la agenda neoliberal. Pero esto, como también apunta Salman Sayyid, no niega expresiones e inversiones emocionales, culturales o religiosas en la articulación y mantenimiento de la islamofobia. Tan importante como evitar caracterizaciones puramente emocionales del racismo –promovidas por la retórica de *discursos de odio*– es abandonar explicaciones economicistas que satisfacen postulados eurocéntricos incapaces de hacerse cargo de la dimensión epistemológica, ideológica y cultural del racismo y, en este caso, de la islamofobia. Las dinámicas imperiales arrasan literalmente cosmovisiones, formas de vida, espiritualidades. Estos procesos de deshumanización implican la inversión nada desdeñable de un gran continente de energía humana donde el odio y el desprecio participan activamente. Abandonar abordajes únicamente sentimentales o meramente religiosos de la islamofobia “significa aceptar que esta hostilidad hacia los musulmanes no es necesariamente emocional ni religiosa ni cultural, sino política” (Sayyid, 2014).

La fijación actual demostrada por el fascismo del Estado español y europeo –regurgitada por la autoproclamada derecha moderada y por amplios sectores del progresismo– por la población magrebí y negra africana es histórica, alcanzando el presente bajo formas y apariencias cambiantes. Este legado fue reorganizado con especial intensidad durante la culminación de la conquista de Al-Ándalus y la empresa colonial moderna. Pero no solo durante los siglos XV y XVI. También la obsesión europea respecto a la presencia del islam y los musulmanes se reactiva en los procesos que llevan al imperialismo europeo hacia Asia Occidental y el norte de África durante los siglos XVIII, XIX e incluso el XX. En nuestra historia reciente, el protectorado colonial español en el Norte de África ocupa un lugar especial. Los procesos de dominación racial, falseados por la retórica franquista de la *hermandad hispano-marroquí*, las guerras coloniales en el Rif y el Sáhara Occidental y la instrumentalización de la población norteafricana durante la sublevación militar fascista de 1936 recogen y actualizan el legado islamófobo, eclosionando en expresiones contemporáneas del racismo antimoro (Douhaibi y Amazian, 2019).

La teoría conspirativa del gran reemplazo, legitimada por una neurosis esencialista ante la supuesta islamización europea, continúa su curso. Pero, como

hemos tratado de subrayar con insistencia, esta idea encuentra su caldo de cultivo en la islamofobia occidental ancestral que impregna el imaginario europeo de diferentes maneras desde las Cruzadas. La ultraderecha no es creativa: amplifica estas fantasmagorías de forma ridícula y efectiva, estrategia replicada miméticamente por líderes de extrema derecha y sus

La Europa fortaleza apuntala y sacraliza el sentido común islamófobo y antinegro

pódcasts/*Think Tanks*. Si el problema se limitara a la amenaza de la extrema derecha, estaríamos en mejores condiciones. Pero la Europa fortaleza, con sus manos manchadas de sangre mediante la violencia genocida en la Frontera Sur, sus relaciones comerciales con el proyecto colonial sionista, etc., apuntala y sacraliza el sentido común islamófobo y antinegro, abriéndole las puertas. Las instituciones europeas legitiman la maniobra porque encaja con la agenda imperialista y neocolonial a la que, de forma explícita e implícita, siguen debiéndose. Los gobiernos neoliberales deben horrorizarse públicamente ante los discursos de extrema derecha, presentándose como alternativa de buena conciencia frente a la barbarie. Pero este juego de espejos colapsa al analizar políticas reales. La guerra de la reacción no se libra solo en sustantivos sino en adjetivos, donde gana terreno enrocándose con los intereses neoliberales.

Helios F. Garcés es escritor, investigador y militante antirracista.

Referencias

- Adlbi Sibai, Sirin (2016) *La cárcel del feminismo. Hacia un pensamiento islámico decolonial*, México: Akal.
- Amazian, Salma (2016) “Es mora, pero es moderna. Islamofobia de género”, en *Islamofobia de género*, México: Pensare Cartoneras, colección: Hemos decidido dejar de ignorar este hecho.
- Douhaibi, Ainhoa Nadia y Amazian, Salma (2019) *La radicalización del racismo. Islamofobia de Estado y prevención antiterrorista*, Oviedo: Cambalache Editorial.
- Gilmore, Ruth Wilson (2018) “Geografía abolicionista y el problema de la inocencia”, *Tabula Rasa*, núm. 28, pp. 57-77.
- Robinson, Cedric J. (2021) *Marxismo negro. La formación de la tradición radical negra*, Madrid: Traficantes de Sueños.
- Rolnik, Suely (2019) *Esferas de la insurrección. Apuntes para descolonizar el inconsciente*, Buenos Aires:Tinta Limón.
- Sayyid, Salman (2014) “A Measure of Islamophobia”, *Islamophobia Studies Journal*, vol. 2, núm. 1, pp. 10-25.



La Reacción desde el Centro: Democracia y Recomposición del Poder

Juan Roch

“Por lo tanto, la democracia no se hallará en mejores condiciones de vida, según vaya abandonando la clase obrera su lucha de emancipación, sino que, por el contrario, aumentará su vigor en la proporción en que el movimiento socialista se haga más fuerte, luchando contra las consecuencias reaccionarias de la política mundial y contrarrestando la deserción burguesa de las filas liberales”.

Rosa Luxemburgo, *Reforma o revolución (1899/1907)*

■ 1. ¿Para qué (nos) sirve la democracia?

Frente a la democracia como régimen o sistema político-jurídico propio de la modernidad, las palabras de Rosa Luxemburgo apuntan a una concepción distinta: la democracia como movimiento histórico de las y los trabajadores –o, en la formulación de Domènech 1/, de las y los “pobres libres”– hacia la autonomía y la libertad frente a los poderes privados y las distintas formas de dominación. Es una noción que puede parecer anómala, pero que permite aclarar de un plumazo la relación entre los movimientos socialistas, la democracia y el actual giro reaccionario. Desde la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948, la democracia se ha convertido en la referencia simbólica ineludible incluso para justificar los ataques más claros contra los derechos humanos. Tras la caída del bloque soviético, las primeras intervenciones en Irak y posteriormente en Yugoslavia, se hicieron en nombre de la democracia. Javier Solana, entonces secretario general de la OTAN, lo planteaba en 1999 de la siguiente manera: “en Kosovo, estos valores fundamentales –democracia, libertad individual y Estado de derecho– deben ser defendidos contra una política de odio deliberadamente fomentada” 2/. George W. Bush lo presentó de un modo muy parecido en el ataque contra Irak en 2003, en defensa de la libertad y los valores de la democracia occidental. A nivel interno, la democracia también ha servido para suspender el debate y suprimir los procesos de cambio que ponen en cuestión el orden social, estigmatizándolos como extremistas. Esto, junto con algunos residuos de la tradición estalinista, ha llevado a algunas facciones de la izquierda a despreciar apresuradamente la idea de democracia o la *democracia burguesa*.

Donald Trump también mostró desprecio hacia la democracia de un modo significativo en su discurso legitimador del ataque a Venezuela el 3 de enero de 2026. Trump habló de restaurar el orden, la libertad y la seguridad, pero no

1/ Véase Domènech, Antoni (2025) *Por un Republicanismo Socialista. La Propuesta de un antifilisteo radical*. Verso.

2/ Solana, Javier (1999) “NATO as a Com-

munity of Values”, discurso pronunciado en la *Manfred Wörner Memorial Lecture*, Berlín, 2 de junio, Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN).

mencionó la democracia. Esto supone una cierta liberación para su gobierno al despojarse de las últimas constricciones normativas del orden liberal, y un paso adelante en el giro reaccionario en Europa y Estados Unidos. Desentenderse de la democracia, como lo hace Trump, sería un error estratégico grave y el abandono de la primera trinchera de lucha política ante el giro reaccionario. Pero, al mismo tiempo, no se puede reforzar el uso de la democracia como un discurso legitimador al servicio de los grandes poderes oligárquicos. Los llamamientos a un retorno a la concordia, al multilateralismo o al antiguo

Los llamamientos a un retorno a la concordia, al multilateralismo o al antiguo orden liberal constituyen una trampa

orden liberal constituyen una trampa: el actual giro reaccionario no es una anomalía ni un desvío puntual, sino un producto orgánico del capitalismo global, en una fase más explícita y desinhibida. Esta nueva etapa hunde sus raíces en las contrarreformas impulsadas como respuesta a la crisis de los años setenta –lo que se dio en llamar neoliberalismo–, que consiguieron desembridar a las orga-

nizaciones populares y a los sindicatos del poder político necesario para determinar la vida económica y social. En última instancia, este declive de las organizaciones obreras y populares es uno de los factores que facilita el descaro de Trump y el proceso subversivo último contra los contrapesos liberales. De forma similar a cuando escribía Rosa Luxemburgo, presenciamos una creciente desertión de los poderosos de las filas liberales.

Por tanto, es urgente movilizar otro uso de la democracia que sea útil frente a la reacción y que sirva para desvelar el proceso oligárquico de desdemocratización. Este proceso culmina con Trump, pero tiene continuidades con una democracia electoralista dominada por el capital financiero que se expresa en el cierre del espacio político, el control de las esferas públicas y la destrucción del sujeto político democrático 3/. Como mantenía Volóshinov 4/, cada palabra viva es una pequeña arena de la lucha ideológica de clases y esto se cumple de forma especialmente clara en el caso de la democracia, que alberga proyectos políticos muy diferentes e incluso contrapuestos. La batalla en esta arena se da principalmente entre dos usos de la democracia. Por un lado, el uso de la democracia como compendio abstracto de *valores*, como representación de una sociedad ideal o como síntesis del *statu quo*. Por otro, la democracia como la contraposición entre las fuerzas sociales existentes que tienden a la democratización –lo que he llamado movimiento democrático 5/– y las que empujan hacia la regresión democrática. El uso productivo de esta segunda fórmula exige una serie de condiciones previas.

3/ Véase Wood, Ellen M. (2016) *Democracy against Capitalism. Renewing Historical Materialism*, Verso, pp. 226-7.

4/ Véase Volóshinov, Valentin N. (2009 [1929]). El marxismo y la filosofía del

lenguaje. Buenos Aires: Ediciones Godot, p. 47.

5/ Véase Roch, Juan (2025) *¿Polarizados o paralizados? Surgimiento y transformaciones del movimiento democrático*. Tecnos.

En primer lugar, es necesario superar la idea de la democracia como sistema político escindido del conjunto de la sociedad. Un sistema de *checks and balances* o competición multipartidista bajo unas reglas. Frente a este enfoque, es necesario desplegar una visión de la democracia como equilibrio variable entre distintas fuerzas sociales que *democratizan* más o menos el Estado liberal. Esto también hace que podamos entrever mejor las continuidades entre partidos políticos, readaptaciones, realineamientos e incluso la desaparición de fuerzas políticas de acuerdo a los problemas y las rupturas sociales del momento. La segunda condición consiste en enmarcar los movimientos democráticos y antidemocráticos en una perspectiva de conjunto global que condiciona su desarrollo. La democracia se desenvuelve en un marco estatal determinado y un conjunto de relaciones globales capitalistas e interestatales. Se descartan por lo tanto dos ficciones como condición para desplazarnos hacia un enfoque más productivo de la democracia: por un lado, la ficción de la democracia como un sistema autosuficiente basado en reglas y desconectado del conjunto de fuerzas sociales y, por otro, la democracia como totalidad, muchas veces convertida en un hecho moral abstracto, el horizonte último para entender e interpretar los procesos políticos. A partir de estas dos premisas y la reconceptualización de la democracia, es posible identificar las dinámicas fundamentales que definen hoy en día el hecho democrático y cómo esto puede servir para dar pistas de cara a un fortalecimiento de los movimientos socialistas, de la organización y la emancipación popular.

2. Más allá de la extrema derecha: La reacción del centro

La visión estrecha de la democracia como un sistema de partidos relativamente autosuficiente y basado en el parlamentarismo y un conjunto de reglas, explica la obsesión fetichista con la extrema derecha. Sin querer negar aquí la importancia del fenómeno, la clave es cómo entendemos su desarrollo y encaje en un conjunto de cambios más generales. En muchas ocasiones, y de forma persistente en la academia ^{6/}, se concibe la extrema derecha como una enfermedad sobrevenida de un sistema democrático previamente pulcro, abstracto, y virtuoso. De este modo, los factores que explican el ascenso de la extrema derecha se reducen o bien a una cuestión de *supply side*, es decir, de un problema de la oferta de los partidos políticos existentes o de *demand side*, en el caso de que el problema provenga de demandas nuevas por parte de las y los ciudadanos. Estas fórmulas tan *chic* de la politología prometen tanto como lo que dejan de ofrecer, encerradas en una tautología circular que explica todo y nada a la vez. No acaban de explicar nada porque, en el fondo, los partidos son cuerpos más complejos, anclados en gran parte en las fuerzas sociales que los sustentan y en relación con unas

^{6/} Véase, por ejemplo, Krause, Werner; Cohen, Denis y Abou-Chadi Tarik (2023) "Does accommodation work? Mainstream party strategies and the success of radical right parties". *Political Science Research and Methods*, 11 (1):172-179; o Saldivia Gonzatti,

Daniel y Völker, Teresa (2025) "Far-right agenda setting: How the far right influences the political mainstream". *European Journal of Political Research*, 1-23. doi:10.1017/S1475676525100066

estructuras estatales que los sujetan. Esto lo explica muy bien Nancy Fraser en su crítica a lo que denomina la visión “politicista” de la democracia: “Por analogía con el economicismo, el pensamiento politicista pasa por alto la fuerza causal de la sociedad extrapolítica. Al tratar el orden político como si éste se autodeterminara, no problematiza la matriz social más amplia que genera sus deformaciones” 7/.

Esta naturaleza compleja de los partidos políticos y la democracia se pone de manifiesto en las dificultades y el bajo rendimiento que ofrece el etiquetado del

tipo de partidos (populista, extrema derecha, izquierda radical). El etiquetado y la clasificación de tipos de partido –con una pulsión político-normativa muy fuerte– asume en muchos casos, sin problematizar, la geografía del centro y los extremos en un momento dado. Como es natural, aunque no tan obvio para muchos politólogos, la geografía del centro y los extremos responde a la estabilidad de un determinado orden social. Es decir, la constitución de un centro político responde a la estabilización temporal del conjunto de luchas entre fuerzas sociales más o menos antagónicas.

Son conocidos los halagos por parte de la Comisión Europea que insta a extraer lecciones de la política llevada a cabo por Meloni para hacinar en Albania a inmigrantes irregulares

A partir de aquí, se van resituando los extremos. Las convulsiones de este orden que tienen reflejo en este equilibrio variable entre partidos tienen que ver, por un lado, con los cambios en la relación entre grupos o clases sociales y, por otro, con las presiones dentro del Estado, debido, entre otras cosas, a la reordenación mundial de las relaciones imperiales o estatales.

El problema de esta visión estrecha, netamente partidistas de la política y obsesionada con la extrema derecha, es que pierde de vista que el agente final de la reacción es variable y puede adoptar diversas formas parlamentarias o electorales. Por ejemplo ¿Fratelli de Italia como fuerza de gobierno ha dejado de ser extrema derecha? ¿Es Orbán ahora más de extrema derecha fuera del Partido Popular europeo que antes? Son dos ejemplos muy significativos para entender el giro reaccionario. Meloni en Italia está, *de facto*, constituyendo un renovado centro político. Sabemos que esto está ocurriendo cuando, por un lado, vemos la reordenación del conjunto de los actores políticos italianos alrededor de Meloni y segundo, no menos importante, cuando los grandes poderes nacionales y globales reconocen a Meloni como una líder apta para

reformar el Estado italiano. Son conocidos los halagos por parte de la Comisión Europea que insta a extraer lecciones de la política llevada a cabo por Meloni para hacinar en Albania

7/ Véase Fraser, Nancy (2024 “La imposible democracia de mercado”, *Le Monde diplomatique*, edición chilena, diciembre: <https://www.lemondediplomatique.cl/2024/12/la-imposible-democracia-de-mercado.html>

a inmigrantes irregulares 8/. Los cuchicheos sobre el *modelo Meloni* entre las elites y sus adláteres cada vez son menos disimulados, con llamamientos abiertos a aprender de Meloni, también dirigidos a Alberto Núñez Feijóo 9/. Entonces, si Meloni es el nuevo centro ¿deberemos buscar más a la derecha, quizás en los nazis de CasaPound, para encontrar a los justos depositarios de nuestra indignada moral antifascista? ¿O seguimos llamando a este partido *extrema derecha*, ignorando que ordena las posiciones en el panorama político italiano, genera extremos a sus lados y dirige el Estado con legitimidad? Ninguna de las dos opciones parece convincente.

El caso de Viktor Orbán en Hungría es también clarificador en este sentido. Orbán lleva más de 15 años continuos en el poder y en 2021, después de varias desavenencias, abandonó definitivamente el Grupo Popular Europeo. No sé si tiene mucho sentido categorizar a Orbán como extrema derecha solo cuando ha salido del PP Europeo, ya que lleva a cabo exactamente las mismas políticas que proponía antes. Para salir de este atolladero, algunos proponen identificar a la extrema derecha o derecha radical populista solo por sus políticas 10/; es decir, como Orbán se declara iliberal, realiza reformas que restringen el derecho al aborto y al matrimonio entre personas del mismo sexo, podemos clasificarlo como extrema derecha o derecha radical populista. Sin embargo, esta postura es también problemática, al menos a día de hoy, cuando vemos cada vez más a los partidos de *centro* asumir políticas propias de la extrema derecha. Y no solo a la familia liberal conservadora, sino también a grupos importantes de la socialdemocracia. Por ejemplo, Keir Starmer firmó hace poco un artículo en *The Guardian* junto con la primera ministra danesa Mette Frederiksen –también de *centroizquierda*– en el que sostienen que “debemos proteger nuestras fronteras para defender nuestras democracias” 11/, una retórica hasta hace poco reservada para partidos extremos. ¿Debemos, por lo tanto, calificar también de extrema derecha a Starmer y Frederiksen? ¿Podemos llegar a la paradójica situación de calificar a casi todas las fuerzas políticas relevantes como extrema derecha?

Este absurdo revela los límites de las posturas fetichistas de la extrema derecha que, como hemos dicho, derivan de una concepción del sistema de partidos como un ámbito cerrado autosuficiente y naturalizan su distribución

8/ Von der Leyen, Ursula (2024) “Carta a los líderes de la UE sobre migración”. *Comisión Europea*. “Debemos continuar explorando posibles caminos a seguir... con el inicio de las operaciones del protocolo Italia-Albania, también podremos extraer lecciones de esta experiencia en la práctica”. <https://www.ceoexeuropa.es/comunicaciones/migracion-carta-de-von-der-leyen-a-los-estados-miembros-sobre-los-retos-de-la-migracion/>

9/ Véase López Plana, Marc (2025) “¿Qué puede aprender Alberto Núñez Feijóo de Giorgia Meloni?” *Agenda Pública*, 27 de octubre. <https://agendapublica.es/noticia/20304/>

qu-puede-aprender-alberto-nunez-feijoo-giorgia-meloni

10/ Véase por ejemplo Rovny, Jan y Polk, Jonathan (2020). “Still Blurry? Economic Salience, Position, and Voting for Radical Right Parties in Western Europe”. *European Journal of Political Research*, 59(2), 248-268

11/ Véase Starmer, Keir y Frederiksen, Mette (2025) “We must protect our borders to defend our democracies. Here’s how”, *The Guardian*, 9 de diciembre, <https://www.theguardian.com/commentisfree/2025/dec/09/protect-borders-defend-democracies-echr-keir-starmer-mette-frederiksen>

espacial. Además, la inoperancia del análisis obsesivo con la extrema derecha a la hora de entender el giro reaccionario en las democracias liberales centrales se refleja también en el plano normativo, en las propuestas de intervención. Siguiendo esta perspectiva, se propone silenciar a la extrema derecha, no cederle espacios mediáticos, o impedir que los partidos de centro (que naturalizan), reproduzcan sus discursos y políticas. Pero ¿qué ocurre cuando se instala un nuevo centro reaccionario? En vez de un tipo de partido como el agente del cambio, será más útil fijarse en un nuevo bloque social emergente y dinámico entre las clases dominantes y sectores crecientes de las clases trabajadoras. Un nuevo bloque social que pretende responder a amenazas de orden interno y retos geopolíticos de orden externo. Más allá de si Orbán, Meloni, o Trump son extrema derecha o no, diremos que son los alumnos más avezados de este nuevo giro, los más aventurados que van poniendo a prueba modelos de respuesta de las elites. Pensar en la instauración de un nuevo centro es más útil, por lo tanto, para nuestros propósitos. Esto explica que la Comisión Europea, un socialdemócrata como Starmer, y quizás el atolondrado Feijóo, miren con admiración a Giorgia Meloni.

3. La instauración de un nuevo *centro político*

La necesidad de instaurar un nuevo centro político para estabilizar el orden social capitalista se debe a tres factores fundamentales. En primer lugar, el contexto global y las crecientes tensiones entre el bloque liderado por Estados Unidos y sus competidores globales aceleran las presiones en pro de reformas de calado en el Estado. El genocidio en Gaza, la guerra en Ucrania y la agresiva política de Estados Unidos en Latinoamérica expresan un ciclo más agudo de contradicciones imperialistas a nivel global, lo que se refleja en las disposiciones necesarias del conjunto de los Estados para hacer frente a este nuevo escenario. Este cambio hacia afuera toma la forma del militarismo y la ruptura de los acuerdos globales característicos del orden liberal. Por ejemplo, Estados Unidos pisotea los estándares de la Organización Mundial del Comercio con su guerra arancelaria o desconoce la legitimidad de la Corte Penal Internacional, ambos organismos que había contribuido a consolidar. Así mismo, Trump ha incrementado la presión sobre los Estados miembros de la Unión Europea para que aumenten aún más unos presupuestos militares que ya venían creciendo. Este reforzamiento militarista también tiene su contraparte en el interior del Estado. Toma mayor fuerza la tendencia hacia el presidencialismo de largo aliento en las democracias occidentales. El ejemplo más claro se encuentra en la transformación interna del Partido Republicano y en la figura de Donald Trump, que ha ofrecido un nuevo modelo *normalizado* de liderazgo, más agresivo y abiertamente autoritario. Trump ha recurrido de forma masiva a las órdenes ejecutivas, aprobando más de 200 directivas sobre cuestiones que van desde la inmigración hasta los aranceles o el cambio climático, y ha ordenado acciones militares –como el ataque contra Venezuela– sin autorización previa del Congreso. En Europa, Giorgia Meloni impulsa la reforma del *premierato*, una modificación constitucional que reforzaría de

manera sustancial el poder del Ejecutivo en detrimento tanto del Parlamento como del presidente de la República. El recurso a poderes extraordinarios por parte del Ejecutivo también puede observarse en otros países europeos, como en la presidencia de Emmanuel Macron en Francia o en el gobierno del primer ministro griego Mitsotakis, que en 2022 recurrió igualmente a mecanismos excepcionales desde posiciones consideradas de *centroderecha*.

El segundo elemento que explica la instauración de un nuevo centro es el resurgimiento de viejas ideas liberales acerca de los excesos de la democracia y la explosión de innovaciones ideológicas en este sentido. Melinda Cooper muestra cómo la transformación ideológica dominante en Estados Unidos es un proceso de largo plazo, que combina el giro libertario (anarcocapitalista) y el giro religioso iniciados en los años noventa 12/. La nueva derecha religiosa, tanto en Estados Unidos como en otros países occidentales, aparece hoy revitalizada como una fuerza central en la ofensiva contra el llamado *wokismo*, y sirve de soporte a una renovada imposición de normas tradicionales

Se observa un resurgir de la vieja lógica colonial en los partidos tradicionales

y valores morales basados en el individualismo, en abierta confrontación con cualquier idea de Estado como espacio colectivo. Al mismo tiempo, se observa un resurgir de la vieja lógica colonial en los partidos tradicionales, ahora actualizada a través de intervenciones militares en el exterior y un endurecimiento del control sobre poblaciones racializadas en el

interior. Estos son ecos de elaboraciones clásicas en autores liberales como John Stuart Mill o Walter Bagehot 13/, que ya señalaban los peligros de la democracia y la irrupción de las masas. De modo más reciente, este giro hunde sus raíces en la respuesta que se dio a la crisis del capitalismo en los años 70, como quedó plasmado en el informe realizado por los politólogos Crozier, Huntington y Watanuki para la Comisión Trilateral en 1975. En este informe, se identificaba con claridad el “exceso de democracia” y el aumento de las demandas y de la participación popular como los principales males de las democracias liberales 14/. Esta vieja retahíla, muy presente durante las medidas de austeridad en España, no es cosa del pasado, sino que es uno de los ejes de los gobiernos europeos. Desde Francia, con el recorte de 40 000 millones de euros que propuso el entonces primer ministro Bayrou en julio de 2025, pasando por el endurecimiento de los requisitos de las prestaciones sociales en Reino Unido, hasta la política de Merz en Alemania que amenaza con restringir el sistema de protección social alemán. Estos dos elementos

12/ Véase Cooper, Melinda (2024) *Counterrevolution: Extravagance and austerity in public finance*. Princeton University Press.

13/ Véase Losurdo, Domenico (2025) *Democracy Or Bonapartism: Two Centuries of War on Democracy*. Verso, pp: 56-58.

14/ Véase Crozier, Michael J., Huntington, Samuel P. y Watanuki, Joji (1975) “La Crisis de la Democracia: Informe sobre la Gobernabilidad de las Democracias”, *New York University Press*, p. 113.

en conjunto dan lugar a una paradoja que ha llevado a algunos analistas a estimar que el giro reaccionario es antiestatista. La paradoja reside en el hecho de que se desmonta el Estado por un lado y se refuerza por otro. Se desmontan programas de atención social o servicios sociales, y a su vez se refuerza el gasto militar, las estructuras de defensa, de vigilancia de la ciudadanía y la seguridad fronteriza. Por lo tanto, no se puede decir que este proyecto sea antiestatista, sino que modela el Estado hacia su nuevo rumbo. Esto es un proceso equivalente a lo que Poulantzas denominaba en 1979 como el “reforzamiento-debilitamiento del Estado” 15/.

Finalmente, la mutación del centro político también se explica por la aparición de nuevas alianzas sociales y por la búsqueda activa, por parte de las élites económicas y empresariales, de representantes políticos alternativos, más audaces, acompañada de la movilización de apoyos en esta dirección. Esto se expresa con el declive generalizado de la socialdemocracia en Europa 16/, a la que las élites y la ciudadanía parecen darle la espalda, siendo el *fenómeno Pedro Sánchez* una excepción en Europa. En el campo de la derecha, por otro lado, la desconfianza que en su momento generaba la extrema derecha deja paso a una creciente legitimidad 17/. Por ejemplo, en el caso de Trump, su apoyo financiero creció en 2025 en comparación con su campaña de 2016, siendo los 270 millones de dólares Elon Musk los más icónicos. Por lo tanto, las elites cada vez presionan con más fuerza y determinación para que se opere un giro reaccionario en el conjunto de los Estados que componen el bloque atlántico.

4. El impasse de la democracia liberal y sus alternativas

Como se ha mostrado, el centro reaccionario desmantela poco a poco, aunque a veces de forma más disruptiva, las potencias democráticas del régimen actual. Las alternativas, por tanto, pasan por la constitución de un movimiento socialista fuerte dentro de un campo de avance democrático más amplio. El ala socialista sirve para fijar en el movimiento democrático un horizonte claro, en el que la democracia funcione como un verdadero regulador de la economía, en los términos propuestos por Ellen Meiksins Wood 18/. En esta tarea, desvelar la unicidad de las elites y de determinados partidos políticos, sin caer en exageraciones, es una de las labores fundamentales. Por eso es importante denunciar las políticas de retroceso democrático, en España al menos de estancamiento, como propias de un bloque de poder más allá de los partidos y en ocasiones arrastrando a actores socialdemócratas. El movimiento democrático no se puede ver inundado por los aspectos superficiales de la extrema derecha y su contraparte antifas-

15/ Poulantzas, Nicolas (2005 [1979]) *Estado, poder y socialismo*, Siglo XXI Editores, p. 250.

16/ Véase Toussaint, Eric (2024) “Una Europa que deriva hacia la derecha y la extrema derecha”, *viento sur*, 29 de junio, <https://vientosur.info/una-europa-que-deriva-hacia-la-derecha-y-la-extrema-derecha/>

17/ Véase “Autoritarismo y democracia en el siglo XXI. Una entrevista con Enzo Traverso”, *Jacobin*, 30/07/2025, <https://jacobinlat.com/2025/07/autoritarismo-y-democracia-en-el-siglo-xxi-2/>

18/ Wood, Ellen M., *op. cit.*, p. 290.

cista, si realmente se quiere confrontar el giro reaccionario. La respuesta de movilización ante el miedo que suscitan algunas medidas y avances del giro reaccionario es necesaria, pero sin un diagnóstico acertado, pueden conducir al consuelo del mal menor.

Se ha sugerido en este artículo trabajar con la idea de la instauración de un nuevo centro político, que se transforma a partir de los tres ejes descritos arriba: encarnizamiento de la disputa imperialista, regresión democrática y social y articulación de nuevas alianzas entre las elites y sus representantes políticos. Este cambio de rumbo en el Estado no es unívoco ni está decidido *a priori*. Se determinará a partir de las propias disputas entre las elites, las resistencias populares y los cambios geopolíticos entre bloques de poder. El giro reaccionario se presenta principalmente como gradual e interno a las estructuras del régimen actual, para mutarlo internamente. Eso no quiere decir que no pueda tener saltos más bruscos; la toma del Capitolio o el intento de golpe de Estado en Brasil son buena prueba de ello. De hecho, es factible que las

fuerzas más disruptivas, más propiamente fascistas, tomen protagonismo en determinadas coyunturas, como pasó con Amanecer Dorado en Grecia tras la crisis financiera. Las presiones sobre el gran capital y los poderes imperiales son grandes, sobre todo para el estadounidense, y esto nos sitúa ante un escenario hasta cierto punto imprevisible. Por lo tanto, más que decantarse por elementos disruptivos del cambio de sistema o su transformación interna gradual, hay que observar el fenómeno como una ofensiva compleja con un menú variado de opciones que se retroalimentan y van oscilando en su fuerza relativa.

El giro reaccionario hoy en día se alimenta de **dos ficciones que están** en la base del orden social capitalista

El giro reaccionario hoy en día se alimenta de dos ficciones que están en la base del orden social capitalista. En primer lugar, la desconexión de la esfera política del conjunto de fuerzas sociales, lo que, en su profecía autocumplida, da lugar a la desafección ciudadana, la apatía y, por último, al gobierno de las clases dominantes. Y, en segundo lugar, la despolitización del rol jugado por el Estado capitalista para garantizar su supervivencia y la de los grandes capitales. En el día a día de las luchas sociales se deberán ir disipando estas nieblas para fortalecer una oposición democrática contundente frente al giro reaccionario. En este contexto, el movimiento socialista ha de compaginar dos objetivos, que nunca debieron ser contradictorios. Por un lado, defender y desarrollar las potencias democráticas del régimen actual, ahora moribundo, salido de las cenizas de la Segunda Guerra Mundial (servicios públicos, protección social, desborde democrático). Por el otro, se debe ir haciendo visible, de manera progresiva, el ineludible enfrentamiento social entre las formas de apropiación y dominio del capital, véase Trump, y el conjunto de las masas trabajadoras. Si la idea de instauración de un nuevo centro nos permite iden-

tificar al bloque de poder reaccionario, solo el socialismo dentro de un amplio movimiento democrático puede convocar la lucha social que lo derrote.

Juan Roch es profesor de la UNED y autor de *¿Polarizados o paralizados?: Surgimiento y transformaciones del movimiento democrático*, Ed. Tecnos.

Entrevista a Stathis Kouvélakis

Brais Fernández

■ La crisis de la democracia liberal y la estrategia socialista

Stathis Kouvélakis (Atenas, 1965) es un teórico político marxista, activamente comprometido con la lucha de la izquierda comunista. Ha sido profesor de teoría política en el King's College London. Es autor y editor de numerosos libros, entre ellos *La France en révolte. Luttes sociales et cycles politiques* (Paris, Textuel, 2007), *Critical companion to Contemporary Marxism* (Haymarket, Nueva York, 2009) y *Philosophie et révolution de Kant à Marx* (La fabrique, 2017). Es miembro del consejo editorial de la revista *Contretemps*, codirector de la colección "Lignes rouges" de la editorial Amsterdam y miembro del consejo científico del Instituto La Boétie.

Brais Fernández: Podemos suponer que hay consenso en la izquierda de que estamos viviendo un cambio de ciclo. Mientras que a partir de 2008 fueron los movimientos contra la austeridad los que desafiaron los regímenes políticos neoliberales en el centro capitalista, desde la pandemia hemos visto cómo el péndulo se ha inclinado hacia la extrema derecha, que ha tomado la iniciativa. Esto también tiene lugar, y es muy importante, en un contexto de creciente agresividad imperialista. En tu opinión, ¿cuáles son las causas subyacentes de este auge de la extrema derecha y cómo se relacionan con la crisis de la democracia liberal?

Stathis Kouvélakis: Debemos combinar dos niveles de análisis, uno más coyuntural y otro más *estructural*, o al menos situado en una perspectiva a más largo plazo. Desde el inicio de la crisis de 2008 se produjo una carrera entre la *izquierda radical* y la *derecha radical* para ver quién ofrecía una salida creíble. A mediados de la década de 2000, ya existían fuerzas bien asentadas de la derecha radical en muchos países europeos (Francia, Italia, Austria, Países Bajos, Escandinavia).

En EE UU, el Tea Party surge a partir de las elecciones de mitad de mandato de 2010, mientras que la influencia de la derecha cristiana dentro del Partido Republicano crece desde la era Reagan. Sin embargo, como sugieres, el año 2011 marca un punto de inflexión, con una ola de protestas masivas que estallan a ambos lados del Mediterráneo y el movimiento Occupy en EE UU. Sin embargo, el auge de la izquierda antineoliberal se limita a los eslabones débiles del centro capitalista, es decir, los países de la periferia europea más afectados por la crisis y por las protestas populares (Grecia, España, Portugal, Irlanda). El segundo punto de inflexión se produce en 2015, con la capitulación de Syriza, que Perry Anderson comparó acertadamente con el voto de los créditos de guerra por parte de la socialdemocracia alemana en 1914. Podemos y casi todo el resto de la *izquierda radical* europea se apresuraron a aprobar la decisión de Tsipras y ese fue el final de ese ciclo para la izquierda.

El camino quedó entonces expedito para que la derecha radical cosechara los frutos del descontento popular. Su tarea se vio facilitada por la constante radicalización de las políticas racistas y xenófobas aplicadas por todos los gobiernos del *extremo centro* e institucionalizadas a escala europea por la UE y sus políticas de *externalización de las fronteras*. La impugnación desde abajo de la intervención estatal, alimentada por la gestión autoritaria y socialmente injusta de la crisis de la covid también ayudó a la derecha radical, ya que la izquierda se mostró incapaz de desarrollar un enfoque distinto sobre esta cuestión.

Una perspectiva a más largo plazo sugiere que la crisis de 2008 amplificó la rampante *crisis de hegemonía* resultante de la estabilización del consenso neoliberal entre las élites políticas occidentales a partir de la década de 1980, lo que se ha denominado el dominio del *extremo centro*. Los partidos políticos y las organizaciones de masas de la sociedad civil se han vaciado, la abstención alcanza niveles sin precedentes y la autoridad moral e intelectual del *establishment* se está desmoronando.

Estos elementos constituyen lo que Gramsci describió como la ruptura de las relaciones entre los grupos sociales y las clases y sus formas de expresión política en las condiciones de la democracia liberal. Añadió que “cuando se producen crisis de este tipo, la situación inmediata se vuelve delicada y peligrosa, porque el campo queda abierto a soluciones violentas, a las actividades de fuerzas desconocidas, representadas por carismáticos *hombres del destino*”. Con su discurso racista y falsamente *antisistema*, la extrema derecha se mostró particularmente astuta a la hora de ganarse el apoyo de amplios sectores de las clases trabajadoras y populares abandonadas por la izquierda.

Porque la izquierda, con limitadas excepciones, se ha replegado en lo que se ha convertido en una especie de zona de confort. El núcleo de su base social restante está ahora constituido por las clases medias educadas y las generaciones más jóvenes de la gente graduada que experimenta un descenso social. La presencia de las clases trabajadoras y populares es débil en su electorado y aún más en su militancia y sus cuadros. La izquierda seguirá siendo una fuerza en declive mientras persista en reproducir esta configuración. La fuerza de la derecha radical proviene de la impotencia de la izquierda y de su propia capacidad para presentarse como una fuerza que, al tiempo que cuestiona el *statu quo*, impone una forma de orden, una visión de la sociedad que supuestamente pondría fin a la crisis del orden neoliberal configurado por el *extremo centro*.

B. F. Una opinión común, no solo entre la izquierda marxista, sino también en la corriente dominante, es la analogía entre la crisis actual y la de los años veinte y treinta (Italia, Weimar, Austria y, también, Francia). ¿Qué similitudes y diferencias ves? ¿Está la burguesía pensando en un régimen político que rompa con la democracia liberal para mantener su dominio?

S. K. Mi postura, probablemente poco popular entre la izquierda radical, es que considerar la situación actual como una repetición de los años veinte y

treinta es profundamente engañoso. Calificar de *fascista* a la extrema derecha actual es esencialmente un tropo retórico que difícilmente convence a nadie, más allá del entorno de los círculos militantes de izquierda, que tratan de aparecer como dignos sucesores de los héroes antifascistas del pasado. Más recientemente, ha sido adoptada por parte de los medios de comunicación y los sectores *liberales* o de *centroizquierda*, lo que ha convertido el antitrumfismo y sus variantes nacionales (el antilepenismo en Francia, etc.) en un sustituto de cualquier contestación real de las políticas autoritarias, antisociales y militaristas aprobadas por las mismas personas cuando las aplica el extremo centro neoliberal. No necesitamos asimilar al *fascismo* lo que está sucediendo para encontrarlo espantoso y convencernos de que debemos combatirlo por todos los medios necesarios.

El núcleo racional de la analogía es que, como nos enseña la historia, en situaciones de gran crisis, el orden capitalista produce –o es perfectamente compatible con ellos– todo tipo de regímenes políticos, como el bonapartismo, las dictaduras militares, el fascismo y otras formas de *estados de excepción*, todos los cuales difieren cualitativamente de la democracia liberal. El fascismo de entreguerras fue un movimiento de masas que surgió en sociedades brutalizadas por una guerra mundial *total* y que se enfrentaban a la posibilidad de una revolución social. Sus componentes esenciales eran el nacionalismo étnico, el anticomunismo, la acción callejera violenta, la voluntad de derrocar los regímenes parlamentarios y sustituirlos por una forma de Estado totalmente diferente, la oposición frontal al liberalismo y la visión de una sociedad militarizada orientada hacia la guerra y la expansión imperial.

El racismo, y más concretamente el antisemitismo, desempeñó un papel central en el caso del nazismo, pero casi ninguno en el auge del fascismo italiano, y fue solo un aspecto secundario, a veces incluso relativamente menor, de la familia más amplia de regímenes *fascisantes*, es decir, autoritarios y contrarrevolucionarios, de ese período (Hungría, Rumanía, España, Portugal, Grecia).

También debemos recordar que incluso los regímenes constitucionales liberales pasaron por momentos extremadamente coercitivos, como las leyes de emergencia contra los anarquistas en la Francia (republicana) de la década de 1890, el macartismo (y sus equivalentes en otras partes de Occidente) en la década de 1950 o la represión de la extrema izquierda en Italia y Alemania en la década de 1970. El tipo de antifascismo que promueve hoy la corriente dominante se basa en la idealización liberal de la propia democracia liberal. La izquierda debería rechazarlo y hacer hincapié en que los derechos y las libertades siempre se han conquistado, a un alto precio, mediante luchas populares, y no por alguna virtud intrínseca de los regímenes liberales.

Hoy en día, la extrema derecha, o quizá sería mejor decir la *derecha radical*, es un fenómeno electoral, con expresiones marginales (aunque crecientes) en la acción callejera. Su racismo virulento se presenta como una visión *defensiva*, destinada a proteger a la *nación* y a las *sociedades europeas* de diversas *amenazas* (inmigrantes, musulmanes, *invasores* no blancos, etc.). Su promesa *social* a las

clases populares es una especie de *redistribución interna* basada en criterios raciales, que supuestamente favorecerá a los *verdaderos nacionales*, es decir, a los blancos y no musulmanes, en la prestación de servicios sociales y en el mercado laboral. Hoy en día, los belicistas se encuentran mucho más en este centro neoliberal, incluida la socialdemocracia y los diversos partidos verdes, que en la derecha radical. Ninguna fuerza política de alguna importancia en Occidente tiene una visión política que rompa con las instituciones parlamentarias.

Los discursos antimigrantes e islamófobos, y el tipo de políticas que los acompañan, son compartidos por casi toda la corriente política dominante, desde Orbán hasta Macron

Los discursos antimigrantes e islamófobos, y el tipo de políticas que los acompañan, son compartidos por casi toda la corriente política dominante, desde Orbán hasta Macron. Incluso la defensa de los derechos de las minorías ha sido recuperada en cierta medida por el discurso homonacionalista y femonacionalista de las fuerzas más ágiles de la derecha radical. Algunos de sus líderes más destacados son mujeres que cumplen todos los requisitos de la *modernidad* (como Marine Le Pen o Giorgia Meloni), mientras que otros reivindican abiertamente su homosexualidad (Alice Weidel, Heinz-Christian Strache, Filip Dewinter; Pim Fortuyn es en este terreno un pionero).

La islamofobia alimenta la política dominante mucho más allá de la extrema derecha. Ha demostrado ser un formidable pegamento ideológico que permite todo tipo de combinaciones entre la defensa de las y los *judíos* y/o Israel, las personas LGBT y los derechos de las mujeres, el nacionalismo blanco, etc. Pablo Stefanoni ha proporcionado un análisis muy estimulante de algunos aspectos de la derecha radical contemporánea y ha demostrado claramente que no podemos analizarla con las lentes del pasado, aunque la mayoría de estas fuerzas sigan teniendo opiniones reaccionarias sobre muchas de las llamadas cuestiones *sociales*.

Considero que el auge de la extrema derecha es tanto un factor autónomo que acelera el giro autoritario de las sociedades y los regímenes políticos occidentales como el resultado de ese giro, que comenzó en la década de 1970 con la crisis terminal del compromiso social keynesiano de la posguerra. Como es sabido, Stuart Hall calificó el *thatcherismo* de *populismo autoritario*, adoptando en parte, pero también modificando, la noción desarrollada por el difunto Nicos Poulantzas de *estatismo autoritario*. El punto esencial en este terreno es que no debemos ver las dos dimensiones de la dominación burguesa, el consentimiento y la represión, ni como mutuamente excluyentes ni como un juego de suma cero. Podemos tener tanto una mayor represión como formas ampliadas de consentimiento con esa represión.

Esta represión proviene sin duda de arriba, es decir, del Estado, y es necesaria para llevar a cabo el desmantelamiento del compromiso social de la posguerra llamado Estado del bienestar. Pero consigue instigar y capturar el pánico moral que se extiende *desde abajo*, desde un contexto de degradación de la vida cotidiana y una *estructura de sentimientos* dominada por una experiencia de declive y una falta de expectativas de futuro positivas. Dada la impotencia de la izquierda, el resultado es un consentimiento más amplio con los discursos y políticas autoritarias, de los que el racismo y las exigencias de *ley y orden* son componentes esenciales.

B. F. Esto nos lleva a la cuestión del Estado capitalista, que, como sabemos, no es un órgano neutral y, al mismo tiempo, se articula a través de un complejo proceso hegemónico. Si redujéramos la cuestión a la forma política, aunque no sea el horizonte último para quienes están comprometidos con la perspectiva del socialismo, también es obvio que la democracia liberal sigue condensando un conjunto de libertades políticas que, aunque en declive, representan conquistas históricas del movimiento obrero. ¿Cuál debería ser la posición y la estrategia de los marxistas ante la forma actual del Estado capitalista y la crisis de la democracia liberal?

S. K. Es bastante fácil ver que la democracia, se defina como se defina, está hoy en día en retroceso en todo el mundo. En pocas palabras, el efecto combinado de las políticas neoliberales, la globalización capitalista y la derrota de las experiencias y movimientos socialistas del siglo XX ha sido un declive del tipo de democracia liberal tal y como la conocíamos en los países del centro capitalista. La noción de Poulantzas de *estatismo autoritario* estaba concebida para comprender las transformaciones estructurales del Estado cuando el neoliberalismo aún se encontraba en sus fases iniciales: el papel reforzado y más directamente político de los niveles superiores de la burocracia estatal, el fortalecimiento del poder ejecutivo a expensas de las instituciones representativas, el debilitamiento de las formas establecidas de mediación política, como los partidos y los sindicatos, la creciente importancia de los medios de comunicación de masas, que desempeñan cada vez más el papel que antes correspondía a los partidos, la proliferación de las nuevas tecnologías de vigilancia y de formas más difusas de represión. En otras palabras, el neoliberalismo no equivale a *menos Estado*, sino a un proceso de desdemocratización del Estado y su subordinación más directa a las necesidades de la acumulación capitalista.

Por supuesto, en este panorama faltaba lo que vino después del final de la década de 1970, o sea, el auge de los partidos de extrema derecha y la forma en que estas fuerzas *politizaron* el racismo. El racismo, por supuesto, ya existía como fenómeno constitutivo del sistema mundial capitalista. Está arraigado en la fragmentación jerárquica de la fuerza de trabajo global que lo acompaña, como analizó brillantemente Immanuel Wallerstein. Pero, repito, lo que ha estado ocurriendo en los últimos años no es el *retorno del fascismo*, los *años treinta a cámara lenta*, por citar a Tony Cliff, sino una reorganización más

amplia y una radicalización de la derecha, tanto a modo de reacción como de adaptación al auge del estatismo autoritario.

Una reacción en la medida en que puede considerarse la expresión del descontento popular y del hecho de que ciertas fracciones de las clases populares y medias-bajas se niegan a ser expulsadas de la escena política dominada por el extremo centro neoliberal y su base social de clase alta. Pero también refleja una aceptación de este orden neoliberal, ya que estas fuerzas abrazan plenamente la esencia de estas políticas y piden una versión aún más autoritaria de las mismas, siempre que el coste lo paguen aquellos a los que se considera *alborotadores e intrusos* (minorías racializadas, migrantes, personas LGBT+, etc.).

La derecha radical ha proporcionado al Estado neoliberal autoritario la base de masas que hasta ahora le faltaba

Es una estrategia poderosa porque captura y remodela el *sentido común* de amplios sectores sociales, pero en última instancia también es frágil, ya que el miedo, el resentimiento y la promoción de identidades reaccionarias solo proporcionan una base limitada para construir el consenso y un bloque social cohesionado. Las promesas sociales que se plantean carecen de contenido real, y empeorar aún

más la vida de algunos no mejorará la del resto. Sin embargo, mientras no sea combatida con éxito desde la izquierda, la derecha radical ha proporcionado al Estado neoliberal autoritario la base de masas que hasta ahora le faltaba.

Este proceso también explica la convergencia entre sectores del extremo centro, la derecha tradicional y la extrema derecha que estamos presenciando en muchos países, especialmente allí donde existe una fuerza significativa de la izquierda radical. Este es el caso, en particular, de Francia, donde la línea que prevalece cada vez más en la corriente política dominante es “cualquier cosa, incluida la extrema derecha, menos Mélenchon”.

La conclusión obvia de todo esto es que la defensa de la democracia o, para ser más precisos, la lucha contra la desdemocratización impulsada por el neoliberalismo, debería ser una prioridad en la agenda actual de la izquierda. Históricamente, la devaluación de la *democracia liberal* por la tradición de la Tercera Internacional (con la excepción de Gramsci), es decir, la incapacidad de comprender que los elementos democráticos genuinos de los regímenes burgueses son conquistas duramente ganadas por las masas populares y no trucos *burgueses* para apaciguar al proletariado, tuvo un efecto devastador en el movimiento comunista del siglo XX.

Pero la defensa de la democracia no debe entenderse únicamente como la defensa de las libertades y los derechos, por crucial que sea esta batalla institucional y jurídica. Para la izquierda anticapitalista, defender la democracia también debe significar luchar por la acción autónoma de las clases subalternas, atacar todo lo que las relega a la pasividad y abrir brechas en el control

del capital sobre la vida social. Esta parece ser la única manera de construir una contrahegemonía de los sectores subalternos y preparar concretamente el terreno para una democracia socialista.

B. F. Pasemos ahora a algunas cuestiones de estrategia. Volviendo al paralelismo con los años veinte y treinta, dentro del movimiento comunista se pusieron sobre la mesa tres estrategias para afrontar esta combinación de crisis de la democracia liberal y auge de la extrema derecha. De manera muy esquemática, estas eran el frente único, la estrategia del *tercer periodo* o *socialfascismo* y el Frente Popular. ¿Qué lecciones y actualizaciones podemos extraer hoy de esos debates? En términos más generales, ¿cómo ves la dialéctica entre una estrategia defensiva y una ofensiva en una coyuntura que no parece muy prometedora para la izquierda?

S. K. Si estamos de acuerdo en que la situación actual no puede entenderse como una repetición, ni siquiera como una variante, de la década de 1930, entonces tenemos que replantearnos la estrategia. Esto no significa que no podamos extraer lecciones útiles del pasado. De hecho, una comprensión autocrítica del pasado es un paso necesario para empezar de nuevo. De las tres propuestas estratégicas que mencionas, es bastante fácil zanjar la cuestión del *tercer periodo*, una línea ultrasectaria adoptada por la Internacional Comunista en 1928 que condujo al inmenso desastre del ascenso del nazismo al poder y al aplastamiento total del movimiento obrero más poderoso de Europa en aquel momento.

El frente único, ampliado a todas las formas de actividad autónoma de las clases subalternas, aparece como un componente necesario –pero no suficiente–

Las otras dos merecen una evaluación más cuidadosa: el frente único, entendido en sentido amplio, es decir, ampliado a todas las formas de actividad autónoma de las clases subalternas y no solo a lo que se entiende habitualmente por *movimiento obrero*, aparece como un componente necesario –pero no suficiente– de toda estrategia interesada en obtener victorias efectivas. Pero desde el principio, en la década de 1920, existía una ambigüedad sobre su alcance real: ¿se trata solo de una maniobra táctica, una posición temporal que se mantiene en una situación defensiva y que debe ser rápidamente superada por una línea ofensiva que reafirme el papel protagonista exclusivo del *partido revolucionario*? ¿O es una forma de elaborar una estrategia revolucionaria diferente del *escenario de octubre de 1917*, que comprenda la brecha que separa *Occidente* de *Oriente*, por utilizar las conocidas, pero a menudo malinterpretadas, categorías de Gramsci?

Por supuesto, Trotsky tenía toda la razón en su brillante defensa de un frente único entre socialdemócratas y comunistas como única forma de impedir

que los nazis accedieran al poder, en contra de la línea suicida del Partido Comunista de Alemania y de la Internacional Comunista dominada por Stalin. Sin embargo, él seguía concibiendo ese frente único como una medida defensiva que debía dar paso rápidamente a una ofensiva revolucionaria, ya que lo que estaba en el orden del día a corto plazo era la conquista del poder. En una situación tan cercana a la revolución, añade Trotsky a principios de 1932, los sóviets se convierten en “la forma más elevada del frente único” y se supone que todo el desarrollo debe seguir muy de cerca la secuencia rusa de 1917.

Esta concepción de la revolución como algo casi permanentemente *inminente* se sustentaba en la conocida visión catastrofista de Trotsky del capitalismo como un sistema en descomposición, “incapaz de desarrollar las fuerzas productivas”, etc., una visión profundamente arraigada en la cosmovisión de la Internacional Comunista (una vez más, con la excepción de Gramsci) desde su creación y ya formulada en la definición de Lenin del imperialismo como una forma “parásita” y “agonizante” del capitalismo.

Ahora bien, las estrategias del tipo Frente Popular son, en cierto modo, lo contrario del *frente único*. La línea de amplias alianzas adoptada gradualmente a partir de 1934 por la Internacional Comunista, a la que se sumó la mayor parte de la socialdemocracia, tenía por objeto incluir no solo a los componentes del movimiento obrero, sino también a sectores de la *pequeña burguesía* e incluso de la *izquierda burguesa*.

Sin embargo, dado que el núcleo de la alianza estaba constituido por partidos comunistas y socialistas fuertes, su creación provocó una auténtica movilización de masas contra el fascismo. Este antifascismo popular tenía un enorme potencial anticapitalista, reflejaba la voluntad de “cambiar la vida”, como decía un eslogan francés de la época, pero este potencial entró en conflicto con la estrategia política. En Francia, la victoria electoral del Frente Popular dio una enorme confianza a las masas y desencadenó la ola de huelgas de junio de 1936, la primera movilización masiva de la clase obrera industrial del país.

Los comunistas galos reconocieron la dimensión emancipadora de la tradición democrática francesa, que se remonta a la Gran Revolución y al momento jacobino. Sobre esa base, esbozaron una versión de una estrategia hegemónica presentándose como una fuerza nacional-popular y al mismo tiempo como el partido de la clase obrera capaz de liderar un amplio bloque social por el cambio social, una especie de *gramscismo en estado práctico*. Pero había una contrapartida muy pesada: el abandono de todas las posiciones anticolonialistas y una perspectiva *etapista* rígida que posponía el socialismo a un futuro lejano.

Cualquier idea de articular las demandas democráticas inmediatas en un *programa de transición* adecuado fue rechazada por los partidos comunistas en nombre de una amplia unidad antifascista. En un contexto de creciente polarización de clases, las políticas del Frente Popular equivalían a un reformismo inviable, que asustaba a las clases dominantes, ya que surgía de una dinámica de masas, al tiempo que bloqueaba cualquier posibilidad de victorias revolucionarias. El resultado previsible fue la derrota en todas partes y

el fascismo al final del camino. En Francia, la alianza se derrumbó, con el ala burguesa (los radicales) cambiando de bando y allanando el camino a la reacción y a la contraofensiva de una clase capitalista traumatizada por las huelgas de junio de 1936.

En España fue mucho peor, ya que, a diferencia de Francia, allí se estaba desarrollando un proceso revolucionario incluso antes del éxito electoral del Frente Popular. La alianza de la izquierda se rompió desde dentro, con los comunistas aliándose con el ala moderada del Frente Popular para reprimir violentamente todas las fuerzas que pudieran conducir a desarrollos más radicales que los del antifascismo estrecho y la defensa de una República burguesa. Finalmente, ellos mismos fueron marginados por sus aliados burgueses, que intentaron llegar a un compromiso con los fascistas y finalmente se mostraron dispuestos a capitular.

En nombre del *antifascismo*, algunos sectores de la izquierda parecen caer en la tentación de desempeñar el papel de fuerza auxiliar de la corriente liberal dominante

Huelga decir que toda esta estrategia estaba estrictamente en línea con la política exterior de la Unión Soviética, que en aquellos años daba prioridad a una alianza con las democracias liberales para contener a la Alemania nazi y se oponía a todo lo que pudiera desestabilizar el dominio burgués en Occidente (como las revoluciones internas o las luchas de liberación en las colonias).

La doble lección que se desprende es que la izquierda debe evitar las trampas gemelas del ultraizquierdismo y la repetición imaginaria de

glorias pasadas, aunque este riesgo parece actualmente bastante marginal. Mucho más grave es el riesgo de convertirse en una fuerza subalterna de un bloque neoliberal tambaleante. En nombre del *antifascismo*, algunos sectores de la izquierda parecen caer en la tentación de desempeñar el papel de fuerza auxiliar de la corriente liberal dominante.

Este pastiche del Frente Popular histórico solo puede conducir a una derrota segura, sin aportar nada remotamente comparable a la dinámica de masas del antifascismo de los años treinta. Revela una forma de pánico que pasa por alto por completo el sentido de la derecha radical actual, es decir, el hecho de que no se trata de una repetición del fascismo, sino del resultado de la transformación del campo político moldeado por el consenso neoliberal de las décadas anteriores, un consenso que incluye el racismo, el militarismo, las intervenciones imperialistas y la complicidad en genocidios. Solo una oposición decidida a este orden neoliberal –cuyos pilares son el imperio estadounidense, la OTAN y la Unión Europea– puede ofrecer una perspectiva positiva y recuperar a aquellos sectores de las clases populares que están influenciados o tentados por la derecha radical y su falso discurso *antisistema*.

Hoy en día, los experimentos de izquierda más prometedores en el Norte global, como La France Insoumise, Mamdani y otros socialistas elegidos en Estados Unidos, y la reorganización en curso de la izquierda británica, son los que han seguido este camino. La solidaridad con Palestina, un fuerte antirracismo y la oposición al militarismo, la interacción constante con las movilizaciones de base, una agenda social antineoliberal sólida y concreta, pero también la reivindicación de una visión progresista de la nación y de la soberanía nacional-popular, aparecen como los componentes constitutivos de esta Nueva Izquierda emergente.

Si se toman en serio la política, lo que solo puede significar una política de masas, los marxistas deben formar parte orgánica de este movimiento y contribuir a su mayor radicalización en sentido antiimperialista y socialista. Pero para poder hacerlo, deben abandonar formas de pensar obsoletas e irrelevantes, como la voluntad de repetir los escenarios revolucionarios del pasado, el vanguardismo estéril y sus fantasías de pureza ideológica y una visión abstracta del internacionalismo, que apenas se diferencia del cosmopolitismo liberal. Necesitan reconectarse con los sujetos sociales y políticos realmente existentes, en primer lugar, con las clases trabajadoras y populares, para transformar el sentido común de las amplias masas y activar la construcción de un bloque contrahegemónico.

Brais Fernández es militante de anticapitalistas y redactor de **viento sur**.

¿Ves aquellas montañas que nos miran?

son los libros pateados en saqueos
por mordiscos de lava consumidos

los que arrasó el gusano para ser mariposa
los lanzados al fuego por mentes
podridas de alimañas

los libros que los peces picotearon
escupidos a playas tras naufragios

los que dieron calor a la ciudad bajo asedio
y engordaron las piras para herejes

pero mira aún más lejos, allá a lo alto

todas esas nubes son palabras
que nunca llegaron a escribirse

crecieron en la frente de los enmudecidos:
esclavos, parias, pobres sin lápiz

y mujeres, mujeres, todas las mujeres

que bordaban sus labios con agujas
que removían vacíos con cucharas

vidas sin testigos, las no-historias
en las fosas comunes del etcétera

sobre qué escribiríais si hubierais escrito
de qué daríais fe, hacia qué lado
inclinaríais la batalla y la parábola

sabed esto: la última palabra aún no está dicha.

(Ana Pérez Cañamares)

Jule Goikoetxea: “hay que romper el triángulo liberal de las Bermudas: Estado, mercado y familia”.

Begoña Zabala

■ Filósofa y escritora, profesora en la EHU/UPV, Jule Goikoetxea es una conocida militante del movimiento feminista. Es autora de varios libros, entre ellos, *Privatizar la democracia: Capitalismo global, política europea y Estado español* (2019) y *Politeísmo Bastardo. Cuatro días con Angela Davis* (2025).

Begoña Zabala. ¿Qué me dirías con respecto al movimiento feminista de Euskal Herria, ahora mismo, pensando desde el 2017-2018, grandes huelgas feministas, las IV Jornadas feministas de Durango en el 2019, covid y empujón al tema de cuidados, huelga feminista general del 30N del 2023? ¿Crees que estamos ante un cambio de época o una nueva ola?

Jule Goikoetxea. Obviamente estamos en un cambio de época y de ciclo. Cada una con su temporalidad. Por un lado, el eje que se abrió de cuidados con la covid y la huelga hay que intentar mantenerlo porque el tema de los cuidados hace, avisa, indica, una cosa estructural del funcionamiento del patriarcado capitalista colonial, que es el trabajo no remunerado que hacen las mujeres en todo el mundo, por ser mujeres. Pero hay que dar un paso más ¿en qué términos vamos a hablar de cuidado y reproducción? Porque decir que el cuidado es imprescindible para reproducir la vida es no decir nada, ya que el estibador que mueve contenedores llenos de material sanitario de un buque a otro o el camionero que transporta las verduras son igual de importantes para reproducir la vida y a su trabajo no lo llamamos trabajo de reproducción o trabajo de cuidados. Veo un poco de lío con el tema del *cuidado* y la *reproducción*. Ambos están relacionados con el concepto de *trabajo* que ha sido definido como al sistema le conviene, porque todo el esquema de producción vs. reproducción está sustentando en teorías del valor no precisamente feministas.

B. Z.: Yo creo que el feminismo ha trabajado bastante el concepto de trabajo y ha debatido desde esquemas conceptuales muy rupturistas.

J. G.: Sí, claro, si no, no hubiésemos llegado así a la cuarta ola. Ni tendríamos esos discursos. Ni hubiésemos hecho la huelga de la forma en la que la hicimos. ¿Pero qué pasa con las organizaciones de izquierdas mixtas? ¿Están trabajando en serio el concepto de *trabajo*? ¿Están integrando el aporte del feminismo materialista en los sindicatos y los partidos? Yo tengo la sensación de que añaden muchas reflexiones como petacho.

Hay muchos sindicatos afirmando que *el trabajo reproductivo es el que no se paga*; pero al mismo tiempo llaman trabajo reproductivo al trabajo de cuidado de las residencias, que sí se paga; ahora bien, si se paga, entonces es productivo,

según su propia definición de *productivo*. Entonces, pregunto de nuevo: cuál es la diferencia entre el trabajo reproductivo y el productivo, si no es el valor de cambio o de uso. ¿Por qué la comida hecha en la casa familiar es cuidado o trabajo reproductivo, pero la misma comida hecha en el restaurante es hostelería y trabajo productivo? Porque cambian las relaciones de producción. Porque ese trabajo reproductivo de cuidado se da dentro de unas relaciones de producción específicas, las relaciones de producción familiares. Y esa misma tarea, al cambiar las relaciones de producción, se vuelve productiva y no se le llama cuidado. Porque cuidado o trabajo reproductivo es en realidad todo el trabajo que las mujeres hacen sin cobrar en los sistemas patriarcales, independientemente de la tarea en concreto. Y esto indica que muchos sindicatos y partidos han dejado de analizar la sociedad en términos de relaciones de producción, y van añadiendo los análisis feministas como petachos culturales, como adornos. Y al final, si te lees los programas de los sindicatos y partidos de izquierdas tanto del Estado español como de Europa, son similares, un pegote colosal de fragmentos con dudoso sentido emancipatorio.

Lo que veo es que la mayoría, también en la izquierda, es reformista de la familia, no rupturista

B. Z. Parece, entonces, que las organizaciones mixtas hacían caso a lo que el movimiento decía en las huelgas, pero luego la inercia las lleva a reproducir las mismas ideas ¿no?

J. G. Las huelgas feministas lo que ponen encima de la mesa es, precisamente, que no es suficiente con

repartir las tareas en casa; primero, porque no estamos hablando de *tareas* sino de *trabajo* y, además, el concepto de trabajo implica unas relaciones de producción, que son las que hay que cambiar y para cambiarlas hay que romper el triángulo liberal de las Bermudas: Estado, mercado y familia.

Creo que la lucha antifascista debe tener como objetivo romper ese triángulo, no reformarlo. Y lo que veo es que la mayoría, también en la izquierda, es reformista de la familia, no rupturista.

B. Z. Para romper el triángulo ¿hay que ser militante o activista?

J. G. Creo que falta militancia, pero tampoco quiero repetir la militancia que se creó para hacer frente al capitalismo industrial de hace un siglo, cuando las mujeres apenas podían acceder al mercado como sujetos de contrato y eran casi totalmente dependientes de los hombres para sobrevivir. Ha pasado un siglo y las lógicas de explotación han cambiado, no solo porque el capitalismo se ha financiarizado y digitalizado, sino porque está aplicando las lógicas de desposesión tradicionalmente ejercidas contra las mujeres y las poblaciones colonizadas y racializadas, a toda la clase trabajadora dentro del imperio.

Hay muchos tipos de militancia, pero cuando en Euskal Herria hablamos de militancia nos referimos normalmente a la militancia fordista donde una gran

mayoría de hombres trabajaban en el mercado con un horario determinado o fijo y luego podían reunirse en asambleas para planificar su lucha porque a esa misma hora había otra persona, normalmente mujeres, que seguían trabajando sin cobrar para mantener las condiciones de posibilidad de esa misma militancia a la que no podían acudir en masa. Triángulo liberal de las Bermudas otra vez: tienes el mercado donde trabajas, la sociedad civil donde militas y el Estado que protege tus derechos de asociación y protesta y bla, bla, bla. Pero solo algunos han accedido a esto. Quienes no tienen horarios de curro fijos, casi todas las mujeres que son madres para empezar, quedan fuera, pero también las personas migrantes que no tienen derechos y no son protegidas sino perseguidas por el Estado, hagan lo que hagan. Entonces, hay que crear tipos de militancia diversos y relacionar la militancia con la organización constante y disciplinada, pero no necesariamente vinculada al lugar de creación de plusvalía, sino de vida, lo que en términos marxistas implica incluir la lucha en el circuito de realización del valor, como es la militancia en los sindicatos de vivienda o en las asambleas antinucleares, aquellas que militan en contra de la familia nuclear y a favor de crear otra unidad de gobierno social que no sea la familia hetero-burguesa.

Si solo militas en lo que tradicionalmente llamamos lugar de producción, es

decir, la lucha sindical para la mejora salarial y, pongamos, que consigues una subida de 100 euros al mes, ¿qué pasa si luego el casero te sube 200 euros el alquiler en la llamada esfera de consumo o realización del valor? Pues que tu lucha en la producción del valor no es suficiente.

**Crear que la lucha
contra la dominación
se puede hacer sola, de
forma liviana, es como
crear que un anuncio te
puede emancipar**

B. Z. ¿Crees que el activismo se presenta muchas veces como más compatible con la vida personal actual?

J. G. El activismo a veces se presenta

como una cooptación de la militancia, como una militancia *light*, liviana, fresca, que puedes hacer sola y en todos los sitios, libre de disciplinas y de representación. Creer que la lucha contra la dominación se puede hacer sola, de forma liviana, con una estética fresca y un discurso que no molesta a nadie es como creer que un anuncio te puede emancipar. Una amiga mía dice que hay mucha activista que termina siendo un juguete roto de las redes sociales, porque creían que tener seguidores es como tener comunidad. Y no tiene nada que ver.

Cuando estoy trabajando fuera, sola y rodeada de esa elite bien vestida, tendente a señor brillante mundialmente reconocido, mi sostén es que yo tengo un pueblo detrás, señor, y usted a la Comisión Europea que financia el genocidio y su investigación. Y tengo un pueblo, porque aquí hay movimientos, partidos, sindicatos que además te piden cuentas, porque creo que Euskal

Herria es un pueblo que te deja muy claro que si brillas es porque alguien te ha limpiado bien. Esto me gusta. Principio de realidad, que diría Lacan.

Pero en términos generales la fragmentación individualista que impone la cosmovisión liberal lleva a que mucha gente divida la militancia o el activismo de la vida personal, porque la modernidad ilustrada se basa, de nuevo, en el triángulo de las Bermudas, que divide la vida entre mercado, familia y Estado, donde la familia es entendida como vida personal o privada, es decir, no política. Y entonces hay una enorme disociación, porque la gente milita muchas veces en contra de lo que luego hace en su vida personal, hasta que llegan a los cuarenta y dejan de militar o de ser activistas para dedicarse totalmente al mercado (trabajo) y a la familia (vida personal), y desaparecen de nuevo en el triángulo liberal de las Bermudas.

B.Z. Siempre hay un intento de politizar algunas cosas y naturalizar otras ¿qué pasa con el intento de cooptación de las luchas por parte de las instituciones neoliberales?

J. G. Cuando una lucha empieza a adquirir fuerza, el sistema despliega sus mecanismos de cooptación y captación como dices. Lo que hace el neoliberalismo ante la lucha obrera, antirracista, feminista y trans, es reducirla a algo *marketizable*, a un producto que se pueda vender. Entonces, cogen una necesidad o una experiencia compartida de injusticia y te la convierten en producto. Si la politización de las identidades naturalizadas, por ejemplo, hombre y mujer, adquiere importancia porque el relato emancipador dice que esas identidades son producto de un sistema de dominación que hay que destruir, y para ello, una de las estrategias es la proliferación de géneros o la neutralización de géneros, entonces el neoliberalismo te vende la proliferación de géneros y su neutralización. Ejemplo: “teníamos peras (hombres) y manzanas (mujeres), y ahora tenemos también mandarinas (personas trans, no binarias, *queer*); por tanto tú, como individuo racional y libre, puedes elegir ser pera, manzana o mandarina, así que eres más libre que antes porque ahora puedes elegir tu identidad como eliges una caja de leche en el supermercado”. Lo cual nos lleva a las dos mentiras mejor financiadas del mundo moderno que es la libertad individual de elección y que los hombres y las mujeres nacen. Pues mira no, esto no va de peras y manzanas. Porque las peras pueden vivir sin manzanas, y las mandarinas sin peras, pero los hombres no pueden vivir sin mujeres. Igual que no puede haber blancos sin racismo y colonialismo, ni proletarios sin capitalismo, así que no, no puede haber mujeres y hombres sin patriarcado, pero la mayoría piensa en lógica neoliberal, cristiana y esencialista, y por eso funciona tan bien el neoliberalismo cristiano y esencialista y su venta de identidades al por mayor.

Para nosotras, desde el feminismo materialista, no puedes elegir tu identidad, la puedes cambiar, colectivamente y con mucho sufrimiento en general y si tienes condiciones para ello, porque la identidad política no es una marca de leche, es la dimensión semiótica de un sistema de dominación material. Así que el cambio de identidad política nunca se puede hacer solo individual-

mente, porque tú cambias las identidades mediante las prácticas y los hábitos, y no puedes cambiar los hábitos si no cambias el contexto. Y el contexto son estructuras. Y esto es lo que le jode a toda esa horda de reaccionarios que hablan del *lobby queer*. No les jode que puedas elegir tu identidad como una caja de leche, ni siquiera que la existencia de lo *queer* deje al descubierto su bonita y limpia normatividad; lo que les jode es que una panda de locas putas y peludas, con una clarísima conciencia de clase en todos los niveles, nombren la normatividad como supremacismo y el orden tradicional, natural y familiar de las cosas como orden político patriarcal, colonial y racista.

B. Z. ¿Qué pasa con la ola reaccionaria, el supremacismo y el sujeto que según tu encarna esa reacción?

J. G. Esto lo hemos dicho muchas veces: cada sistema productivo produce sus propias arquitecturas políticas y sus propios sujetos políticos. El sujeto de la modernidad, dicho así, muy rápido, el sujeto del capitalismo liberal es un ser muy guapo, muy listo, muy hombre y tendente a blanco. Este sujeto entra en un proceso de deslegitimación, ya no es el modelo a seguir para muchísima gente. ¡Pero estos procesos de deslegitimación son largos, eh! No ocurren en

una sola generación. Lo que pasa es que cristalizan a veces, de repente, en los ciclos de movilización. Parte de la falta de legitimidad de ese sujeto se debe a que su normalidad, su manera de ser normal y, por tanto, de ser la norma, se destapa como normalidad supremacista porque el sujeto moderno se ha creado como aquel que es no solo superior a todos los animales y a todos los seres vivos, sino que los hombres son superiores a las mujeres, los blancos superiores a los no blancos, etc. Es todo un siste-

Una cosmovisión que basa su producción de ciencia, de plusvalía y de sentido en la idea de un sujeto supremacista no se reforma con leyes de conciliación

ma supremacista y jerarquizado lo que de facto constituye el sujeto universal, porque universalidad es hegemonía.

Ha habido muchos esfuerzos desde la izquierda por reformar ese sujeto universal, pero las reformas, se vistan como se vistan... Una cosmovisión que desde hace muchos siglos basa su producción de ciencia, de plusvalía y de sentido en la idea de un sujeto supremacista no se reforma con leyes de conciliación, ni con pedagogía asamblearia.

B. Z. Es que muchas veces las agresiones super violentas vienen del fascismo, pero no solo. Creo que el fascismo crece porque hay un suelo abonado donde crecer.

J. G. Eso es. Una cosa es el fascismo y otra la ola reaccionaria, pero van juntas porque, como dices, el fascismo es la punta del iceberg supremacista. El

otro día decía en un artículo que el feminismo no ha cambiado nada ¿sabes? Y como no ha cambiado nada, por eso está el fascismo prohibiendo el aborto, la educación sexual, el acceso a la sanidad de las personas trans, quitando los pasaportes a las personas no binarias, prohibiendo palabras como *feminismo* o *igualdad*, porque el feminismo no ha conseguido nada. Claro. Por eso en 2030 el 43% de mujeres serán solteras. Porque el feminismo no ha conseguido nada. Y por eso la demografía está desplomada, no es porque las mujeres han decidido que ser madre ya no es prioritario para ser mujer, sino porque la economía va mal, sabes, no como en la época de mi abuela, que la economía fantástica iba y por eso tuvo nueve hijos. Porque todo el mundo sabe que las mujeres no deciden nada como mujeres a no ser que los hombres nos pasen sus sesudos análisis económicos, publicados todos en medios super de izquierdas, que nos explican a las mujeres que la causa de no querer tener hijos es la economía, no el feminismo. Porque las mujeres como mujeres no son capaces de cambiar nada, eso solo lo hacen otras luchas, nunca la feminista. Y este pensamiento es el poso, ese bajo fondo, donde se reboza todo reaccionario, también los de izquierdas.

La realidad es que muchísimas mujeres no quieren ya ser sirvientas, ni subalternas de sus hombres, y es que el feminismo ha conseguido que la familia se perciba, no como unidad de amor e igualdad, sino como una unidad de producción donde las mujeres de todo el mundo trabajan gratuitamente y sufren la mayoría de agresiones sexuales y violaciones. Nos estamos cargando la familia hetero-nuclear y eso lo saben muy bien la iglesia y el fascismo. Esto lo ha conseguido la lucha feminista. Estamos mostrando a las generaciones venideras cómo la lucha siempre merece.

No olvidemos nunca el análisis materialista. Están muy, pero que muy enfadados, porque estamos tocando los pilares de un sistema de producción, el familiar, y esto afecta a toda la cadena de producción de plusvalía, de producción de sentido y por tanto de producción de sujetos.

B. Z. Ahora me gustaría que hablases del Estado. Gran parte de tu investigación y de tus escritos son sobre el Estado moderno. Afirmas que está cambiando. ¿Cómo, hacia donde, por qué?

J. G. El Estado keynesiano, en el que nosotras nacimos y en el que vivimos desde finales del siglo XX, se está transformando por completo. Eso significa que el Estado llamado de derecho y de bienestar tal y como lo hemos conocido va a desaparecer. Se está dando una transferencia de poder interna en las estructuras del Estado. El Estado que conocíamos, dividido en tres ramas, judicial, legislativa y ejecutiva, está perdiendo poder en la rama legislativa, y está transfiriéndose a la rama ejecutiva, al gobierno. Y los sistemas judiciales están apoyando a los sistemas ejecutivos. Esto significa que la rama legislativa, que es la de la representación del pueblo, la de la soberanía popular, pierde peso. De hecho, la UE nace ya sin un parlamento serio. Porque la UE es ya un producto de la arquitectura neoliberal, de un capitalismo neocolonial financiero y de servicios, que difiere del capitalismo industrial europeo

típico del siglo XX. Están desapareciendo los pocos canales que existían para transferir la soberanía popular, por muy horribles que fueran dichos canales. En este momento tenemos Estados totalmente corporativos, es decir, Estados donde manda la rama ejecutiva de la mano de las corporaciones o empresas capitalistas y todo de manera legal porque el aparato de justicia legaliza toda esta transferencia de poder.

Lo de que el Estado sea la rama ejecutora de las corporaciones no es nuevo, pero es una vuelta extraña al siglo XIX. El ataque estadounidense de Venezuela lo hace la rama ejecutiva, sin pasar por el congreso, rama legislativa. Y si te fijas, lo primero que hace Trump, junto a deportar y encerrar a personas racializadas y prohibir el aborto a las mujeres, es seguir desmantelando el Estado, pero a lo grande, por lo que no podrá sacar mucho dinero mediante hacienda y por tanto serán las corporaciones las que financien cada vez más las guerras, por lo que serán guerras llevadas a cabo no como nación, con Ejército nacional, sino como Estado corporativo con ejércitos privados.

B. Z. ¿Y cómo afectará esto a las diferencias de poder dentro del Estado, en la sociedad?

J. G. Todas las desigualdades estructurales pertenecen a estructuras, y una de ellas es el Estado, por tanto, las desigualdades sociales están sustentadas, apoyadas y financiadas por el Estado. No sólo esas estructuras que deciden mediante sus leyes y sus derechos quién es ciudadano o no, ahí tenemos la Ley de Extranjería, y quién es por tanto sujeto de derecho, es decir, sujeto, en una palabra, sino que también impone jerarquías y crea por tanto sujetos de diferente valor dentro de su propia ciudadanía. Es el Estado el que garantiza que sean las mujeres las que piden las excedencias por cuidado, que sean ellas las que salen del mercado, trabajen *cuidando* sin cobrar y pierdan, según el Banco de España, y de entrada, un 5% de su sueldo. Pero es que a los cinco años la pérdida de capital económico de las mujeres madres aumenta a un 33% que nunca recuperarán. En cambio, ese hombre que se ha convertido en padre va a ganar un 15% más en capital económico. Para que nos hagamos una idea de cómo funciona el Estado patriarcal, capitalista y colonial, con sus leyes y sus derechos. Esta misma situación, pero sin sanidad, educación, servicios públicos y sin trabajo, o con un trabajo horrible, es la que viven varios millones de personas en el Estado español. Todo de forma legalizada. Pero la cuestión también es por qué es legal que al ser madre te empobrezcas y al ser padre te enriquezcas. Y cómo el capital económico te da acceso al capital cultural, social y simbólico. Y cómo el trabajo no remunerado que hacen las mujeres por ser mujeres, no les aumenta nunca ni el capital económico, ni el cultural ni el simbólico. Y todo esto lo regula el Estado. Por eso decimos que si hay mujeres y hombres hay Estado patriarcal, si hay racializadas y blancas hay Estado racista y colonial, y si hay clase capitalista hay un Estado capitalista.

B. Z. ¿Crees que son necesarias más lecturas de género sobre el Estado?

J. G. Se habla muchas veces de lecturas de género sobre el Estado, pero siempre digo que más que lectura de género hay que hablar de racialización, de sexualización y de trabajo. Porque si no, parece que el género solo va de estética, o de formas de andar y de hablar, y no de trabajo y de violencia. De lo que puedes y no puedes hacer en tu vida diaria. Se requiere un análisis materialista.

Por eso en el libro *Democracia Patriarcal* 1/ decíamos que hay que tener en cuenta las diferentes esferas del Estado. No solo una definición del Estado que esté relacionada con las clases y las nociones de clase, que esto sería Gramsci, Poulantzas y Jessop, que dicen que el Estado hay que entenderlo en base a las clases sociales y que, por tanto, se requiere un análisis de clase. Aquí es donde decimos que nosotras, las personas sexualizadas, no somos una clase natural, sino social, igual que las personas racializadas no son una clase natural. Por eso no me gusta hablar de políticas de identidad versus políticas de redistribución. Es un marco liberal, es un marco misógino y racista, porque pretende hacernos creer que hay desigualdades culturales que no son materiales. Si tu tienes una desigualdad social entre hombres y mujeres, entre personas racializadas y no racializadas, es porque hay un sistema material que produce materialmente esos sujetos racializados o sexualizados. No es que tengas personas blancas, negras y marrones correteando por el monte a quienes luego se les añaden las relaciones racistas, sino que hay un sistema racista que produce razas, sujetos racializados y no racializados. Lo mismo con el sexo. Y cuándo preguntas: ¿qué sistemas son esos? Muchos miran para otro lado.

B. Z. Tenemos al fascismo enfrente, y cada vez más, en las instituciones. ¿Planteamos autogestión, autogobierno, Estado...?

J. G. Es imprescindible que la gente tenga instrumentos y condiciones materiales para poder prestar atención y hacer análisis serios de la realidad. Sin conocer algo es muy difícil enfrentarlo. A esto lo llamo Autodefensa Epistémica: si no tenemos nuestro análisis, nuestro relato de la realidad, van a ganar. Esto implica efectivamente un análisis más fino del Estado ¡La izquierda europea, incluida la nuestra, tiene un problemón con esto, eh! Están haciendo análisis del Estado de hace 80 años, como si la historia se hubiera petrificado a mediados del siglo XX. Los partidos de izquierdas se limitan a defender un Estado liberal de derecho, pero menos colonialista, sexista y capitalista, dentro siempre de una cosmovisión donde el Estado es malo y la gente buena. Gente buena que viola a una mujer cada diez segundos. Gente muy buena que mata a sus esposas como forma de vida: cinco asesinadas por hora. Este marco de *el Estado es malo el individuo bueno*, es liberal.

Así que ¿Estado o autogestión?
Con toda certeza, ambas. Porque hay niveles que no se pueden organizar mediante autogestión. Yo no sé cómo

1/ Autoras: Jule Goikoetxea Mentxaka, Zuriñe Rodríguez Lara, Lore Lujanbio Etxeberria y Estitxu Garai Artetxe (2022) Ed. Txalaparta

se trata el cáncer con autogestión, ni como se crean médicas masivamente que te puedan tratar el cáncer mediante autogestión, ni sé cómo se hacen las maquinas que te detectan el cáncer con autogestión, la verdad. Yo lo único que sé es que la estructuración política que llamamos Estado no la inventaron los europeos, que el Estado puede ser capitalista o socialista, puede ser colonial o anticolonial, y puede ser patriarcal o feminista. El Estado da efectividad, sea para matar o sea para curar el cáncer. Como decía Foucault, el Estado no es ni bueno ni malo, porque no tiene corazón. ¿Pero es que hay gente que cree que el Estado genocida de Israel es un andamio asesino y no gente matando muy bien estructurada y financiada, a diferencia de las y los palestinos, que no tienen estructura alguna? Y sinceramente, en el mundo actual, yo quiero un Estado palestino, no un poblado autogestionado palestino.

Begoña Zabala, feminista y redactora de *viento sur*.

Qué tiene de emancipador el feminismo del siglo XXI

Justa Montero

■ El feminismo es plural con importantes diferencias políticas e ideológicas, en ocasiones incluso antagónicas. Por lo tanto, en el texto me referiré siempre al que, con una mirada global, habla del conjunto de conflictos que genera el sistema, que considera que le competen, y que expresa su voluntad de cambiarlo todo desde unas luchas que miran hacia un horizonte emancipador para todas, todes y todos.

Qué tiene de emancipador el feminismo, qué esperanzas puede abrir en medio de una realidad plagada de monstruos de un capitalismo racista y patriarcal salvaje, que no solo reconfigura la geopolítica, sino también pone en juego nuestra propia existencia y que, como señala Wendy Brown (Brown, 2019), dibuja un mundo sin corazón.

El mundo sin corazón

El genocidio del pueblo palestino es una muestra de cómo las políticas colonialistas, militaristas y racistas que sostiene el poder global solo dejan muerte y destrucción. Es la prueba de los procesos de deshumanización que se vienen desencadenando. Está siendo el laboratorio en el que no cabrá la *banalización del mal* porque a ojos vista de todo el mundo se deshumaniza a las y los palestinos y se les priva de derechos destruyendo sus condiciones de vida para acabar presentándolas como prescindibles. ¿Qué tipo de humanidad se está configurando?

Forma parte de la necropolítica que cuenta en su haber los secuestros y asesinatos migrantes en Minneapolis por parte del ICE, los asesinatos que levantaron el grito del *Black Lives Matter*, las muertes en las vallas de Melilla, las de las 7291 personas mayores de las residencias en Madrid durante la covid, los asesinatos de las mujeres y disidencias sexuales y de género, las de las defensoras de los derechos medioambientales, víctimas de la lucha contra el extractivismo, de las que Berta Cáceres, diez años después de su asesinato, sigue siendo un símbolo.

Todo ello tiene su correlato en importantes movilizaciones, que sí tienen corazón y denuncian la impunidad generalizada a la que asistimos.

Otros factores que marcan el presente tienen que ver con la lucha por la hegemonía imperialista que, en la actual fase de crisis del capitalismo patriarcal, racista y ecocida también suponen el saqueo permanente de territorios y cuerpos (tal y como lo conceptualizan las mujeres centroamericanas). El rearme bélico, como ya sin pudor lo reivindica Trump, no es sino una guerra por los recursos naturales que acelerará y agudizará su efecto destructor sobre la naturaleza que nos sostiene.

Esta violencia generalizada requiere el reforzamiento de Estados autoritarios para tratar de imponer una salida, si existe, a semejante crisis. Es el sentido de las leyes mordaza, de las de extranjería, los CIES, las políticas de

migración y asilo de la UE y de los campos de concentración de migrantes. Pero el reforzamiento del control del Estado tiene múltiples aristas, y una de ellas son las lógicas securitarias, punitivistas y carcelarias dirigidas al disciplinamiento social. Como parte del mismo, sirven para el control y moralización de la vida y de los cuerpos de las mujeres formando parte del estado de guerra permanente contra ellas del que habla Silvia Federicci.

Las lógicas securitarias son muy eficaces en la conculcación de derechos económicos, así como en la defensa de una libertad completamente dissociada de la justicia social. Consiguen generar inseguridad económica, malestar social, ansiedad e incertidumbre sobre el futuro. Y esto, que es algo que el propio sistema genera, paradójicamente lo están capitalizando las extremas derechas a través de las llamadas guerras culturales. De este modo están consiguiendo, por un lado, una penetración en el tejido social y por otro, la construcción de una nueva identidad: la del hombre agraviado.

El miedo es uno de los ejes de su estrategia, les permite crear los enemigos imaginarios. Es el miedo al *otro*, a lo desconocido, a la persona migrante, trans, a quien se sale de la norma, a las feministas. Y, paradoja de las paradojas,

es en la instrumentalización de los derechos de las mujeres como, desde sus postulados negacionistas, legitiman la invasión de países o racializan la violencia sexual. Un aspecto, este último, que forma parte de su estrategia islamófoba, con la que buscan rédito electoral mediante el proceso por el que atribuyen la violencia a la cultura musulmana y presentan la agresión de un hombre musulmán a una mujer como la amenaza del grupo. Una trampa en la que, sin embargo, no han caído colectivos feministas que en sus pueblos o ciudades han tenido que denunciar una

Las derechas radicales consideran que el feminismo, el movimiento LGTBQ+ y las personas migrantes han producido una crisis de valores y son una amenaza

presunta agresión sexual junto a la criminalización que desde las instituciones y partidos de derechas se realiza contra el colectivo migrante. Una vez más: “no en nuestro nombre”.

Las derechas radicales consideran que el feminismo, el movimiento LGTBQ+ y las personas migrantes han producido una *crisis de valores* y son una amenaza a *su patria*, en lo que Sara R. Farris llama los feminacionalismos. Como señala Nuria Alabao (Alabao, 2025) las extremas derechas tienen como elemento común la defensa a ultranza de políticas antigénero, racistas, xenófobas, antiecológicas, antifeministas, siempre bajo el paraguas de su noción de identidad nacional. Es el pegamento que les une, a pesar de sus diferencias según países, en el que las mujeres y personas migrantes aparecemos como chivos expiatorios.

En muchos análisis las guerras culturales se reducen solo a una pugna de relato. Sin embargo, forman parte de una pugna, si, pero la de significar y legitimar prácticas económicas y sociales de clase, racistas y patriarcales. Son la constatación de cómo el liberalismo económico y el profundo conservadurismo son expresiones igualmente constitutivas del capitalismo actual.

La realidad está llena de ejemplos. El racismo es lo que legitima unas condiciones laborales en régimen de semiesclavitud y de extracción de fuertes beneficios en los pueblos freseros gobernados por PP y VOX en Andalucía. El racismo también determina el acceso a la vivienda, el empleo y la sanidad.

La negación de la violencia machista va de la mano de la defensa del modelo liberal de familia como espacio de reformulación del orden económico y reproductivo a través, por un lado, de la refamiliarización de la reproducción social y la negación del derecho de decisión reproductiva y, por otro lado, por la vuelta al imaginario conservador del hombre proveedor (aunque no guarde relación con la realidad).

Y sin ánimo de agotar los ejemplos, la criminalización de las personas trans las somete a una absoluta precariedad material y vital al no poder acceder ni al empleo ni a satisfacer una necesidad tan básica como es la del derecho a la identidad.

Cabe la transformación social porque cabe la esperanza colectiva

Parafraseando a Yayo Herrero (Herrero, 2025) la condición necesaria que abre posibilidades de actuación es ser conscientes de la gravedad de lo que sucede, construir esperanzas, trayectos que iluminen la posibilidad de un destino deseado, aún incierto.

Ese cómo actuar ante las enormes urgencias del presente pensando en el futuro siempre ha tenido y sigue teniendo muy distintas vías. Desde las luchas marcadas por un nuevo internacionalismo en la defensa de los ataques del capital extractivista, a las de las luchas por la vivienda y la creación de un nuevo tipo de organizaciones, a las de un nuevo internacionalismo en la protesta contra el genocidio palestino, o muchas luchas feministas, *queer* y antirracistas que reverberan y se convierten en transnacionales.

No se parte de cero, pero la brutalidad de la situación y la debilidad de la izquierda política y social abre muchos interrogantes desde esos propios espacios. Cómo articular las luchas, cómo construir un horizonte común desde la pluralidad de sujetos, cómo participar en un diálogo urgente y necesario para no quedarnos atrapadas en los límites que el sistema establece y lograr avanzar en la transformación social.

En esta conversación hay algunos aspectos que resuenan particularmente en el movimiento feminista *interseccional*. Uno de los temas recurrentes es el de la fragmentación de las luchas. Otro de ellos es su caracterización como movimiento *identitario* en la globalidad, es decir centrado en lo que se consideran reivindicaciones del ámbito *cultural*, en una visión desde mi punto de vista equivocada y reduccionista.

Sin duda, esto también forma parte del debate intrafeminista, siempre intenso, pero resulta muy problemático que en el debate general se prescindiera de parte de la realidad, de la capacidad (o cuando menos voluntad) que viene mostrando el feminismo para articular en su acción política, y en su discurso, las condiciones materiales de existencia con las condiciones sociales (también llamadas “culturales”). Es lo que Nancy Fraser (Fraser, 2006) expresó, allá por los años 90, y que tanto juego ha dado, como la interacción entre las políticas de redistribución, es decir las políticas económicas que apelan a los procesos de explotación capitalista, y las de reconocimiento social de identidades y colectivos subalternos e invisibilizados.

Este feminismo, **identificado como anticapitalista**, mostró la viabilidad de unir masividad y radicalidad

Ignorar la relevancia de sectores importantes de un movimiento que, desde un enfoque intersectorial, logró ampliar su espacio político y social como nunca se había logrado antes, es cortocircuitar parte de la conversación y acción conjunta necesaria. Este feminismo, identificado también como anticapitalista, mostró la viabilidad de unir masividad y radicalidad. Así

sucedió en los procesos de las huelgas feministas, y este es el enorme capital político con el que sigue actuando, aun en situaciones de menor movilización social como la actual.

El debate también reaparece con quienes solo dan legitimidad al movimiento feminista en la versión más economicista de su adscripción de clase, cerrada por otro lado a las nuevas conceptualizaciones que se hacen ante los cambios en su propia composición dadas las modificaciones en las nuevas formas de explotación y dominación capitalista. Es un problema, porque puede dificultar las alianzas precisamente desde la materialidad de las luchas concretas.

De alguna forma es una vuelta a las teorías clásicas de los años 70 sobre las que numerosas feministas marxistas, como Zillah Eisenstein o Heidi Hartman, entre muchísimas otras, iniciaron una fructífera producción teórica. Señalaron las limitaciones y debilidades de la teoría marxista clásica y su dificultad para explicar la opresión de las mujeres en su complejidad, en la medida que solo abordaba las condiciones de producción capitalistas y las relaciones de explotación que de ellas se derivaban, pero sin abordar las de reproducción social. Abrieron así un nuevo campo para la comprensión de las formas en las que el patriarcado se inscribe y resulta constitutivo al capitalismo y, por tanto, para la articulación entre clase y género como formas de poder que organizan la sociedad.

Desde entonces ha llovido mucho y ha seguido un potente desarrollo, tanto teórico como político (en este sentido la huelga de cuidados en Euskal Herria es una referencia imprescindible). De la mano de economistas feministas (Cristina Carrasco, Amaia Pérez Orozco, Sandra Ezquerria entre muchas otras)

se ha ido profundizando y mostrando la complejidad del funcionamiento del sistema. Para empezar, a partir de la redefinición del concepto de trabajo (tan presente y central en las huelgas feministas), situando la relación de los procesos de producción y reproducción como parte del funcionamiento del capitalismo, entendido como sistema integrado (Pérez Orozco, 2014).

También se ha ampliado el concepto de reproducción social al señalar que los espacios donde se reproduce la fuerza de trabajo (los llamados trabajos de cuidados) no son solamente los hogares, sino también instituciones como la sanidad, la educación, etc.), y que estos, además, tienen una dimensión transnacional como resultado de la cadena global de cuidados, siendo además trabajos racializados.

A cuenta de la interseccionalidad

El concepto de interseccionalidad viene de lejos, concretamente del pensamiento feminista negro de EE UU. Aunque fue Kimberlé Krenshaw quien lo acuñó en 1989, a raíz de una crítica a procedimientos jurídicos y teorías sobre la discriminación laboral de las mujeres negras, su origen se remonta a la práctica política de un colectivo de feministas lesbianas negras: *Combahee River Collective* (1974-1980). En un manifiesto de 1977 señalaban el

“cruzamiento de diversas identidades que luchan por su reconocimiento y también articulan una acción emancipatoria (...). También nos resulta difícil separar la raza de la clase y estas de la opresión sexual porque en nuestras vidas la mayoría de las veces ambas se experimentan simultáneamente”.

Una línea que ha ido desarrollando en la actualidad Gloria Anzaldúa (Anzaldúa, 2016) al introducir la noción de identidades fronterizas.

Tal y como señala Carolina Meloni (Meloni, 2012), el pensamiento y activismo del feminismo negro tiene un largo recorrido. Autoras como Angela Davis y su llamado a la “interseccionalidad de luchas”, Bell Hooks y su “feminismo para todo el mundo” han profundizado en las implicaciones teóricas y políticas del racismo como constitutivo del capitalismo y de la interconexión de opresiones. Por tanto, hablan de la imposibilidad de articular un feminismo que prescinda del racismo, el heterosexismo o las diferencias de clase, puesto que es ese cruce de opresiones e identidades lo que marca la vida concreta de las mujeres y personas disidentes concretas.

Se trata de una crítica en toda regla (que también comparte el mundo *queer*) al feminismo *clásico* y hegemónico por excluyente, por encerrar a las mujeres en una identidad fija y sin fisuras, interpretando de forma lineal lo que supone que la sociedad adscriba a las mujeres a un género y hacerlo aparecer en su pensamiento y práctica como lo único determinante en sus vidas. No se contempla, en la práctica concreta, la forma en que puede interactuar en sus identidades y vidas otras desigualdades establecidas por la pertenencia de clase, *raza*, etnia y sexualidad, que es lo que en definitiva explica la multiplicidad de expresiones del patriarcado y que adopta el sexismo (Montero 2009).

Este planteamiento, presente en algunos feminismos clásicos e institucionales, presupone una uniformidad en las experiencias de las mujeres, resulta una visión normativizadora y esencializadora que establece como generales y comunes a todas, las vivencias de algunas.

Estas ideas totalizadoras de las mujeres tienen un efecto en el discurso y acción política puesto que excluye a todo lo que no encaja en la representación que se hace de las mujeres, no entra en las estrategias y prácticas. Es una política de un feminismo que, de esta forma, se otorga el poder de representar

a todas y presentar su agenda como la *auténtica* agenda feminista. La transfobia, la negación de la crítica al binarismo del movimiento *queer*, o los derechos de las trabajadoras sexuales tienen aquí parte de su origen.

El feminismo intersectorial no es una fórmula, es una propuesta para articular las luchas y el relato feminista y, por tanto, requiere hablar de sujetos, porque el conflicto existe y requiere sujetos que protagonicen la acción colectiva de revuelta y de propuesta emancipatoria.

Todo conflicto implica cierta afirmación de identidad, una identidad

colectiva que explica quiénes somos, quiénes conformamos ese sujeto, y lo hace acogiendo al mismo tiempo la identidad individual ese *quién soy*.

El sujeto del feminismo habla de identidades colectivas, cambiantes y diversas, que recogen las experiencias de explotación, opresión y discriminación vividas individualmente, y las politiza. Las politiza dándoles una expresión social al ponerlas en relación con las estructuras y las relaciones sociales de poder en el proceso de organización y lucha.

No realiza una lista de experiencias e identidades individuales para convertirlas en un recetario, eso es lo que conforma el individualismo propio del sujeto neoliberal. Como señala Andrea Peniche (Peniche, 2020) se trata de un enfoque que también problematiza la idea de “la identidad como experiencia y la experiencia como única legitimadora del discurso, convirtiéndola en un reduccionismo cultural sin estrategia política”.

La interseccionalidad es una noción de enorme potencial político porque permite entender cómo opera nuestra realidad y subjetividad, la pertenencia a las jerarquías sociales y a las relaciones de poder que establece la clase, el género, la raza, algo que se siempre se da en condiciones sociales e históricas concretas.

El entramado de las luchas que los feminismos han desplegado en este ciclo hablan de un sujeto múltiple que ha permitido amplificar los objetivos de la lucha. Lo constituimos todas las que el sistema excluye y criminaliza, las que sufren las nuevas formas de explotación, cualquier tipo de violencias sexistas

El sujeto del feminismo habla de identidades colectivas, cambiantes y diversas, que recogen las experiencias de explotación, opresión y discriminación y las politiza

o institucional, las trabajadoras del sexo, mujeres racializadas, migrantes, las mujeres lesbianas, cis, trans, quienes se reconocen y nombran *queer*, precarias, trabajadoras de cuidados, las que lo hacen en el ámbito productivo, jóvenes y pensionistas, las que luchan por la vivienda y contra la pobreza energética, las que llevan hiyab, las jornaleras..., todas las que protagonizan los conflictos sociales y se levantan contra las injusticias que el sistema genera.

Como decía, no se trata de un listado de identidades sino de sujetos colectivos que protagonizan la conversación sobre la estrategia feminista desde la voluntad de no jerarquizar las opresiones, ni las luchas ni las reivindicaciones, sino de trabajar por espacios de convergencia real, no retórica, entre colectivos diversos y heterogéneos. Un reto permanente, no exento de tensiones y dificultades, pero algo profundamente transformador.

Un ejemplo de todo ello lo representan las jornaleras de Huelva. Pastora Filigrana, de la cooperativa de abogadas de Sevilla, explica cómo la comarca fresera de Huelva es un laboratorio donde se puede ver cómo funciona este sistema que entrecruza la violencia del capitalismo, el patriarcado, el racismo y la explotación de la tierra y los recursos naturales. “Todas las vertientes del sistema neoliberal en una sola comarca”.

Por su parte Ana Pinto, de la *Asociación de jornaleras de Huelva en lucha*, muestra cómo la pelea contra las condiciones de explotación en el campo, la explotación de la fuerza de trabajo de los cuerpos migrados y racializados de miles de mujeres, contra las condiciones de vida, de violencia sexual a las trabajadoras y la pelea por la defensa de la tierra forman parte de una misma lucha. Y apela a que “el feminismo se sume a nuestras luchas feministas, antirracistas y ecologistas, que deberían ser las luchas de todas, de un feminismo que no se puede dejar a ninguna fuera y ponga la vida digna de todas las mujeres en el centro”.

¿Cómo denominar a este feminismo? ¿Popular, de base, de clase, anticapitalista, anticapitalista y antirracista, interseccional, *queer*? No todo tiene la misma significación, y se podría debatir al respecto, pero creo que todos apuntan en una misma dirección. Desde mi punto de vista, pese a lo que tiene de *palabro*, la *interseccionalidad* abre mejores posibilidades para expresar y comprender la complejidad y la potencia política de las luchas que se vienen articulando en esta época.

A partir de este enfoque se participa (con distinto éxito) en alianzas por la defensa de los servicios públicos, por la regularización de las personas migrantes, por los derechos de quienes tienen empleo, por el derecho a una vivienda, el fortalecimiento del tejido comunitario, las luchas contra las violencias patriarcales, por los derechos sexuales y reproductivos, por los derechos de las personas trans. Resulta un sólido enfoque generado por y desde las propias luchas. Algunas reverberan con fuerza.

Valga como ejemplo la marcha realizada el 31 de enero 2026, organizada por un colectivo de mujeres (la Asociación Tabadol del Sector 6 de La Cañada Real) y otros colectivos, por el derecho al territorio, a la vivienda y a la vida. En la Cañada viven miles de personas y sufren desde hace cinco años el corte

del suministro eléctrico, el derribo y desalojo de sus casas. Houda Akrikez leyó el manifiesto de la marcha del que recojo unos extractos.

“Marchamos con otras luchas que saben que lo que ocurre aquí les atraviesa directamente (Movimiento por la vivienda, colectivos antirracistas, ecologistas, vecinales, lgtbi). Marchan con nosotras las feministas, porque saben que los derribos también son violencia. Porque cuando se destruye un hogar, quienes más sostienen el impacto son las mujeres. Las que cuidan, las que sostienen la vida cotidiana, las que reorganizan la supervivencia cuando el Estado se retira. Las feministas marchan porque saben que sin vivienda no hay autonomía, que sin territorio no hay redes, que sin estabilidad no hay libertad. Porque no hay feminismo posible si se acepta que mujeres pobres, migrantes, gitanas, sean expulsadas de sus casas en nombre del progreso. Defender que la Cañada se queda es defender un feminismo popular, antirracista, de barrio, que pone la vida en el centro”.

Una marcha que apoyó la comisión 8M de movimiento feminista de Madrid y colectivas de mirada interseccional.

Esto es lo que explica la potencialidad del feminismo (Gago, 2019) y las condiciones en las que puede enfrentar a este mundo sin corazón.

El objetivo del neoliberalismo apunta al corazón mismo de la propuesta feminista, supone un ataque feroz a lo social, como señala Wendy Brown, es un ataque a ese espacio donde transcurre la vida en común, se establecen los vínculos sociales, se recobra la identidad, la participación, se visualizan las exclusiones y las desigualdades, se establecen las demandas, se articula la protesta.

Es la defensa de un individualismo que nos convertiría en sujetos económicos prestas para el mercado negando las interdependencias y los vínculos entre nosotras y nosotros y el planeta.

Es un ataque justo a lo que da sentido a la organización colectiva, los proyectos colectivos, la creación de lazos comunitarios y la aspiración a una universalidad real y efectiva de derechos. Explica el feroz ataque al feminismo en su versión emancipadora y la consiguiente respuesta.

El feminismo como un movimiento contrahegemónico busca desafiar el capitalismo, desmontar el patriarcado y la colonialidad y acabar con las relaciones de poder que marcan. Transformar las ideas y valores dominante, las estructuras y condiciones sociales que sustentan la explotación y las distintas opresiones. Abrir a otras formas de relacionarnos, de vivir, de hacer de los cuerpos y sexualidades espacios de rebeldía y de disfrute, de pensar que la propuesta *queer* hará de nuestras identidades, sean cuales fueren, espacios de libertad.

Es un proceso de construcción en común que es también una apuesta por la organización que construya colectividad política feminista y anticapitalista, cuyo fin último sea la transformación radical de todo para todas, todes y todos.

Romper el relato del único mundo posible es trazar ese nuevo sentido común en las conversaciones y luchas múltiples.

Parafraseando a Eleni Varikas (Varikas, 2000) “la manera como se perciben los problemas y las soluciones que se proponen están forzosamente marcados por nuestra posición en las relaciones sociales, por nuestras pertenencias (...). La visión sobre el conjunto de problemas que plantea la vida en común pasa por el reconocimiento de que la multiplicidad en la contribución a la definición de la vida en común no es un peligro sino una fuente inexplorada de posibilidades sociales incumplidas”.

Justa Montero, activista feminista, miembro del Consejo Asesor de **viento sur**.

Referencias

- Alabao, Nuria (2025) *Las guerras de género. La política sexual de las derechas radicales*. Pamplona: Katakarak.
- Anzaldúa, Gloria (2016) *Borderlands/la frontera*. Madrid: Capitán Swing.
- Brown, Wendy (2019) *Estados del agravio. Poder y libertad en la modernidad tardía*. Madrid: Lengua de Trapo.
- Fraser, Nancy (2006) *¿Redistribución o reconocimiento? Un debate político-filosófico*. Madrid: Morata.
- Gago, Verónica (2019) *La potencia feminista. O el deseo de cambiarlo todo*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Herrero, Yayo (2025) *Metamorfosis. Una revolución antropológica*. Barcelona: Arcadia.
- Meloni, Carolina (2012) *Las fronteras del feminismo. Teorías nómadas, mestizas y postmodernas*. Madrid: Fundamentos.
- Montero, Justa (2009) *Sexo, clase, raza y sexualidad: desafíos para un feminismo incluyente*. <https://feministas.org/sexo-clase-raza-y-sexualidad/>
- Peniche, Andrea; Sena Martins, Bruno; Roldao, Cristina y Louçã, Francisco (2020) *Nao posso ser quem somos? Identidades e estratégia política da esquerda*. Lisboa: Bertrand.
- Pérez Orozco, Amaia (2014) *Subversión feminista de la economía*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Varikas, Erika “¿Una ciudadanía “como mujer”? Paridad versus igualdad”. **viento sur**, n ° 52 (2000).

Antes de que todo acabe

Le contaré a Emma
el viaje de las aves migratorias alrededor del mundo
y el regreso a casa para construir sus nidos.
Como yo la guardo en mis brazos cada noche
así acurrucan entre las plumas a sus polluelos.
Le contaré la travesía por el océano pacífico de las ballenas
desde los gélidos mares árticos hasta lugares del trópico.
Los pequeños acompañan a sus madres sin perder de vista su aleta.
Le contaré los meses de sueño de los osos polares,
le hablaré de la región más helada de la tierra,
del trébol de cuatro hojas,
del árbol coral,
del baile de las abejas.
Cómo explicar si no capitalismo
si su cuerpo ahora apenas levanta
setenta centímetros del suelo
y no llegará a tiempo para descubrirlo.

(Belén García Nieto)

**

y qué hacemos con la estirpe de las niñas
que siempre se quedaban sin elegir en todos los equipos
siempre siempre siempre hasta el final
sin desear siquiera nada
porque así son las cosas igual que giran los planetas
y crecen las semillas y sube la lluvia
hasta ser otra vez agua igual que esta que ahora
te secas con la mano sin que nadie lo vea
cuando por fin la última te nombran con desgana
y vas
sabiendo que más que otra cosa eres un problema
qué hacemos con eso que llevan todavía ahí
que les hace agradecer con vehemencia
que alguien las nombre
y entender que todo ha vuelto tan solo
al orden normal de las cosas
si se las desprecia

(Laura Casielles)

El poder y la urgencia en la crisis ecológica

Martín Lallana y Júlia Martí

■ La situación no admite matices: estamos al borde de un desastre climático irreversible 1/. En 2025 se estimó que ya se han traspasado siete de los nueve límites planetarios 2/. Básicamente eso hace que toda la crisis ecológica se acelere y empeore. Las emisiones globales de CO₂ y su concentración en la atmósfera superan año a año los máximos históricos. Mientras no se cierre el grifo, el desagüe no reduce su tamaño. Recientemente se ha observado que los océanos están reduciendo su capacidad de absorber emisiones de CO₂ 3/. Lo mismo sucede con los bosques: en 2023 y 2024 la deforestación y los grandes incendios forestales redujeron al mínimo las absorciones de carbono de los bosques 4/. En Finlandia, los bosques han dejado de ser un sumidero y se han convertido en un emisor de carbono 5/.

Al mismo tiempo, la pérdida de biodiversidad alcanza cifras catastróficas. Desde 1970, la población de animales salvajes se ha reducido en un 73 % 6/. Casi un millón de especies están en peligro de extinción. El descenso en la población de insectos ya está reduciendo la producción alimentaria. Junto a ello, el uso masivo de fertilizantes químicos en la agroindustria está agotando la fertilidad del suelo cultivable.

Además, no podemos analizar la urgencia ecológica de forma aislada: esta se produce en un contexto socioeconómico y geopolítico global inestable. La invasión de Ucrania, el genocidio en Palestina, las intervenciones militares de EE UU en América Latina, las tensiones en el Mar de la China Meridional, las revueltas, los golpes de Estado y las guerras por recursos en África, etc., describen el desorden global. Pero también el auge de las migraciones, las desigualdades, la subida del coste de la vida, la derechización de la sociedad, la represión y la violencia (que tienen un impacto más acusado en personas racializadas, mujeres, LGTBIQ, activistas, etc.) muestran una serie de urgencias sobrepuestas, y en gran medida interconectadas, que debemos atender de forma conjunta.

1/ William J. Ripple y colaboradores. "The 2025 state of the climate report: a planet on the brink", *BioScience*, Volume 75, Issue 12, 2025, 1016-1027.

2/ Planetary Boundaries Science (PBScience). 2025. Planetary Health Check 2025. Potsdam Institute for Climate Impact Research (PIK), Potsdam, Germany.

3/ Müller, Jens D., Gruber, Nicolas; Schneuwly, Aline *et al.* "Unexpected decline in the ocean carbon sink under record-high sea surface temperatures in 2023". *Nat. Clim. Chang.* 15, 978-985 (2025).

4/ Nancy Harris y Melissa Rose. "World's Forest Carbon Sink Shrank to its Lowest Point in at Least 2 Decades, Due to Fires and Persistent Deforestation". *World Resource Institute*. 24 de julio de 2025.

5/ Natural Resources Institute Finland. 2025. "Preliminary greenhouse gas inventory results for 2023: Forest land has turned into an emission source because the carbon sink of trees no longer cover emissions from forest soil"

6/ WWF. Living Planet Report 2024.

Aunque dejemos de mirar, todo esto sigue ocurriendo. Cada vez más rápido, cada vez más grave, cada vez más irreversible. Pero el conocimiento detallado sobre la catástrofe no asegura ninguna transformación. La discusión real sobre la crisis ecosocial nunca fue sobre la ciencia, sino sobre el poder. Es ahí donde se sitúa la reflexión que queremos abordar en este artículo: en el poder y la urgencia.

La cuestión de la urgencia

En el actual escenario, es lógico que aumenten las dudas sobre qué estrategia política responde mejor a la urgencia de la crisis ecológica. Los plazos temporales en los que deben completarse transformaciones inmensas son de apenas una y dos décadas. Las consecuencias de la inacción son cada vez más catastróficas.

Los plazos temporales en los que deben completarse transformaciones inmensas son de apenas una y dos décadas

En este contexto, la ausencia de certezas estratégicas está dando lugar a diferentes respuestas, que comparten el reconocimiento de la urgencia, pero que plantean enfoques dispares y a menudo contradictorios. Analizaremos los que están teniendo influencia en el contexto del Estado español.

Los intelectuales del progresismo verde español han insistido recientemente en la cuestión de los tiempos para justificar su proyecto político.

Emilio Santiago afirma que ningún freno a la descarbonización es admisible y que la izquierda ya no puede permitirse ampararse en excusas ideológicas como la desigualdad o los beneficios de las grandes empresas privadas 7/. José Luis Rodríguez reivindica la importancia de establecer una alianza con la fracción verde del capital 8/. Xan López considera que la izquierda debe soltar los lastres teóricos e intervenir en el capitalismo realmente existente para reforzar la democracia liberal verde 9/. César Rendueles defiende que los tiempos de la crisis ecológica convierten el legado del marxismo en una fantasía mórbida y políticamente catastrófica 10/.

Todos ellos insisten en el mismo punto: no es realista esperar la abolición del capitalismo para superar la crisis climática. Desde ahí apelan a un pragmatismo verde que se comprometa en la gestión verde de lo existente. Si bien hace unos años justificaban ese pragmatismo porque iba en favor del

7/ Emilio Santiago Muiño (2024). "El cronómetro ya es la brújula: por un frentepopulismo climático". *Critic*

8/ José Luis Rodríguez (2024). "¿Qué es una alianza? Apología de la incomodidad". *Corrriente Cálida*.

9/ Clemente Álvarez (2025). Xan López, activista: "No es realista esperar a la abolición

del capitalismo para superar la crisis climática". *El País*

10/ Cesar Rendueles (2025). "La extinción del marxismo (el marxismo político ante la crisis ecosocial)". *Cuaderno digital de cultura*.

viento de los tiempos, ahora lo justifican como la única vía para enfrentarse al auge del fascismo fósil.

En el campo de los movimientos sociales, a pesar de que el auge climático pre-pandemia no se ha recuperado, vemos como sí que se ha dado una radicalización de algunos sectores. Colectivos como Extinction Rebellion o Futuro Vegetal han utilizado tácticas de desobediencia civil para llamar la atención sobre la urgencia. También hay una creciente influencia del movimiento francés *Les soulèvements de la terre* en los grupos ecologistas autónomos y de defensa territorial. Esto ha llevado al surgimiento de *Revoltes de la Terra* en Catalunya. Sin olvidar las revueltas campesinas en toda Europa, que, a pesar de que sus reivindicaciones no siempre son ecologistas, sí que evidencian uno de los síntomas de esta crisis.

Ponen en la diana las posiciones anticapitalistas como obstáculo para la resolución de la crisis ecológica, mientras los resultados de su pragmatismo siguen sin llegar

Miembros del colectivo portugués *Climáximo* interrogan las actuales estrategias de los movimientos desde el prisma de la urgencia 11/. Critican cómo la mayoría de organizaciones reproducen comportamientos escapistas y distracciones que ignoran la cuestión de los plazos climáticos. Consideran que ni la construcción gradual de poder y la organización comunitaria, ni el tacticismo de las grandes movilizaciones, ni las demandas concretas y ganables responden satisfactoriamente a la prueba de la urgencia. Junto a ello, señalan cómo a la abrumadora sensación de amenaza muchas veces se responde con

una renuncia a la lucha por el poder, concentrándose en otros proyectos locales. Afirman que: “si queremos planificar el desmantelamiento del capitalismo dentro de los plazos climáticos necesitamos una teoría del cambio y un modelo organizativo en el que esta tarea pueda parecer plausible”.

Insisten en reforzar el ecosistema de movimientos y organizaciones comprometidas con la ruptura revolucionaria. Proponen interiorizar un enfoque de guerra y emergencia climática a nivel organizativo: toda estrategia, táctica y proceso interno debe probar su eficacia, debe recorrer ciclos rápidos de aprendizaje y debe ser escalable.

Si analizamos las diferentes respuestas planteadas, podemos decir que, en el caso de los progresistas verdes se adopta directamente una posición ideológica contraria a cualquier proyecto revolucionario. Ponen en la diana las posiciones anticapitalistas como obstáculo para la resolución de la crisis

ecológica, mientras los resultados de su pragmatismo siguen sin llegar. Además, su utilización tramposa de

11/ Mariana Rodrigues y Sinan Eden (2025). *All In: a revolutionary theory to stop climate collapse*. Now.

la urgencia para imponer su proyecto político, recuerda demasiado a la famosa *no hay alternativa*, legitimando salidas antidemocráticas y olvidando que sin los sujetos más afectados por esta crisis ecosocial no podremos activar los procesos de radicalización necesarios para la transformación ambiciosa que necesitamos.

En el caso de *Climáximo*, aunque el esfuerzo es loable, seguramente se caiga en un exceso de voluntarismo. En su desarrollo práctico, vemos como la necesidad de escalar rápido desdibuja el contexto concreto de los movimientos y las dinámicas territoriales que les atraviesan. A pesar de que la radicalización es un buen síntoma de la urgencia, podemos decir que el panorama de los movimientos sociales sigue estando demasiado fracturado y sin capacidad de interpelar a amplias capas de la población. Vemos cómo se formulan propuestas útiles para la reorganización y fortalecimiento de los movimientos, pero sin una propuesta clara sobre cómo afrontar la cuestión del poder.

En lo que sigue, intentaremos abocetar nuestra respuesta a la crisis ecosocial. Señalaremos algunas ausencias del pensamiento ecosocialista y desarrollaremos nuestras reflexiones sobre el poder y la urgencia ante la crisis ecosocial.

Fertilizar el pensamiento ecosocialista

Las discusiones sobre crisis ecológica en el pensamiento marxista se inician en la segunda mitad del siglo XX. Más de medio siglo de pensamiento ecosocialista

ha dejado un valioso legado. Ha jugado un papel importante tanto en las organizaciones de tradición marxista como en el movimiento ecologista. Sin embargo, reconocer este legado no nos impide reconocer y señalar algunas limitaciones que ha tenido.

En la mayoría de casos, el pensamiento ecosocialista se ha ocupado únicamente de la parcela ecológica de la discusión. No se han abordado desde este prisma algunas preguntas centrales del marxismo: sobre el Estado, la crisis, la organización o la transición. Esto hace que sus aportaciones se deban completar con otras escuelas de pensamiento marxista.

Lamentablemente, la apariencia de este *puzzle* no siempre genera un resultado satisfactorio y coherente. Es ahí donde debe fertilizarse el pensamiento ecosocialista. En el ámbito de los tiempos políticos ocurre algo similar. Existe un rico legado de discusiones sobre los tiempos políticos, la organización y la estrategia en el marxismo. Pero todavía falta desarrollar una relectura ecosocialista al respecto.

Existe un rico legado de discusiones sobre los tiempos políticos, la organización y la estrategia en el marxismo. Falta desarrollar una relectura ecosocialista al respecto

La reflexión sobre los tiempos políticos y la organización en el marxismo occidental se remonta a las discusiones en el seno de la II Internacional y el Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD). Eduard Bernstein defendía el parlamentarismo como una larga marcha de conquista gradual al poder. Para Karl Kautsky, la revolución consistía en un desplazamiento de las fuerzas en el Estado y el crecimiento de la masa obrera. Por eso apostaba por una acumulación pasiva de fuerzas, por “avanzar pacientemente por las rutas del poder hasta que el poder caiga como fruta madura”. Estas concepciones situaban al partido en el papel de pedagogo que cultiva y organiza a la clase trabajadora.

Esto es lo que Walter Benjamin acusó de quietismo histórico. La socialdemocracia alemana asumía un tiempo *homogéneo y vacío*, un tiempo de progreso mecánico sin crisis ni rupturas. Una temporalidad sin acontecimiento. Para Benjamin, esto había adormecido la vigilancia revolucionaria frente a las amenazas. En su concepción, el tiempo estratégico de la política no es lineal ni vacío: es un tiempo discontinuo, inconexo y fracturado, lleno de nudos y sucesos impregnados de significado.

La ruptura más significativa la formuló Lenin a través de dos aportaciones fundamentales: su noción de crisis revolucionaria y su concepción del partido. Para el revolucionario ruso, el partido no es un pedagogo que acumula fuerzas pacientemente, sino un operador estratégico que reacciona ágilmente a la coyuntura. Considera que la revolución debe prepararse construyendo una organización capaz de actuar en situaciones extremas, sin quedar paralizada ante los primeros retos. Por eso, el partido debe permanecer siempre disponible a la improvisación del acontecimiento y preparar todos los terrenos. Como lo describe Daniel Bensaïd, la política de Lenin es una política de la impaciencia 12/. El tiempo roto de la estrategia leninista es un tiempo ritmado por la lucha e interrumpido por la crisis. En este tiempo roto, el partido actúa como caja de cambios de la revolución.

¿Ofrecen estas discusiones respuestas satisfactorias al problema de la urgencia de la crisis ecológica? Sería tramposo decir que sí. Aunque resuene bien y sean sugerentes, no podemos aplicarlas mecánicamente al problema de los tiempos políticos de la crisis ecológica.

Poder, crisis y transición

Trataremos de abocetar nuestra respuesta con tres aproximaciones: el poder, la crisis y la transición.

En primer lugar, hablar de cómo tomar el poder nos parece fundamental en un contexto en el que los movimientos ecosociales eluden de forma constante esta pregunta. Ya sea por la influencia del autonomismo, por el miedo al reformismo, o simplemente por la impotencia e incapacidad de imaginar escenarios rupturistas, no se concibe una relación con el Estado que no se base o en una simple lógica de presión y demandas o, por lo contrario, en una lógica de confrontación que no busca transformar el

12/ Daniel Bensaïd (2013). *La política como arte estratégico*. **viento sur** y La Oveja Roja.

tación que no busca transformar el poder, sino simplemente desgastarlo.

Necesitamos hablar de cómo transformar el Estado ante la urgencia. Porque la asunción de que no hay tiempo para grandes transformaciones y que, por tanto, es mejor adaptarnos y pactar nos lleva a un callejón sin salida en el que el capitalismo sigue operando con normalidad. Pero eludir este reto y centrarse exclusivamente en la construcción de espacios autónomos, también supone abandonar las herramientas de intervención en la economía que necesitamos activar de forma urgente.

Dicho esto, ¿qué significa la toma del poder para un proyecto ecosocialista en una democracia liberal occidental? La concepción de crisis revolucionaria de Lenin se basaba en la dualidad del poder y en una campaña político-militar de derrocamiento del aparato de dominación estatal. Este modelo tiene difícil aplicación en los países con una sociedad civil robusta y entrelazada, en las que el Estado ejerce una fuerte hegemonía y goza de fuerte legitimidad.

En estos terrenos, la discusión de la Internacional Comunista formuló otros modelos: el gobierno obrero y el enfoque transitorio 13/. Se observaba cómo la radicalización social de la clase trabajadora se traducía primero en la aspiración reformista a un gobierno democrático que respondiera a las reivindicaciones defendidas. En esas condiciones, el acceso electoral al gobierno por fuerzas socialistas puede cumplir un papel provisional y transitorio. Sin embargo, ese gobierno deberá hacer frente a las medidas de sabotaje económico de los capitalistas, a una creciente impotencia y desilusión, y a una dinámica creciente de conflictos de clase. De ahí el enfoque transitorio: ese gobierno puede cumplir un papel de puente, pero debe desbordar la política reformista y reforzar la radicalización.

Además, en un contexto de crisis ecosocial, el éxito de esta estrategia dependerá especialmente de la capacidad de construir instituciones de contrapoder. Estas instituciones son fundamentales para fortalecer las clases populares en un contexto de empobrecimiento y recrudescimiento de las violencias, pero también para crear autonomía y desactivar los chantajes del capital, además de construir experiencias de construcción de poder que no pasen por la delegación típica de las democracias liberales, facilitando la radicalización y el desborde de los marcos conocidos.

La instauración de un gobierno transitorio con fuertes estructuras de contrapoder es algo que tiene una fácil traducción a los tiempos de la crisis ecológica. No hace falta tener fe en la abolición del capitalismo a escala global en la próxima década para asumir una estrategia revolucionaria. Demandas transitorias que avancen significativamente en la transición ecológica pueden desarrollarse desde un gobierno obrero –entendiendo la clase en toda su amplitud– que llegue electoralmente al poder en un momento de radicalización social. La nacionalización de las empresas energéticas, una reforma agraria agroecológica, la extensión masiva del transporte público, una reducción drástica de la jornada laboral, la regularización de las personas migrantes,

la expropiación de las viviendas en manos de empresas y fondos de inversión o acabar con la sanidad privada.

13/ Martín Mosquera (2023). “Lecciones desde lejos: frente único y gobierno obrero en la Internacional Comunista”, *viento sur* 186.

Esa actuación se encontrará con límites y sabotajes, que deberán responderse profundizando en la ruptura. En virtud del pragmatismo, si algo enseña el siglo XX es que un programa de reformas significativo únicamente ha sido efectivo cuando la revolución era una amenaza creíble.

En segundo lugar, ¿qué implicaciones tienen la crisis y los estallidos sociales? En el tiempo roto de la crisis ecosocial, aparecen como un acontecimiento central. Esto tiene varias caras. En su faceta económica, sabemos que durante la próxima década enfrentaremos una nueva crisis económica. La acumulación capitalista no goza de buena salud, y desde los años 70 el Norte Global ha sufrido una crisis cada década. Lejos de lecturas izquierdistas, las crisis no son una oportunidad para el estallido revolucionario. En las crisis los capitalistas restauran su tasa de beneficio y refuerzan su dominación sobre la clase trabajadora. Las crisis no son síntoma de agotamiento catastrófico, sino que revitalizan la acumulación capitalista.

Para evitar acabar reproduciendo recetas keynesianas, debemos preparar estrategias y programas socialistas contra la crisis

Ståle Holgersen defiende que el ecosocialismo no puede ni escapar ni ignorar las crisis 14/. Para evitar acabar reproduciendo recetas keynesianas en búsqueda de restaurar la competitividad y rentabilidad del capital, debemos preparar estrategias y programas socialistas contra la crisis. Debemos tener planes de acción

concretos para la gestión inmediata de la crisis, para minimizar el daño social y aplicar la política de clase a los momentos de *shock*. La característica principal está en asumir que se acentuará la lucha de clases, y que inevitablemente entrará en conflicto con el beneficio y la propiedad privada. Las estructuras de contrapoder que sostengan a las clases populares serán claves, pero también la capacidad de articular estrategias que logren convertir los nuevos sentidos comunes generados en estos contextos en transformaciones reales.

Por otro lado, se encuentra el estallido social. Este opera independientemente de la crisis económica. De hecho, durante el último siglo la dinámica ha sido que el estallido suele preceder la crisis. Joshua Clover defiende que la forma a través de la que se expresa la lucha de clases en nuestro periodo es el disturbio 15/. El disturbio es una forma de acción colectiva que lucha para “fijar el precio” de los bienes de mercado, e involucra a cada vez más poblaciones que han sido expulsadas de los circuitos del trabajo asalariado. Destaca

los disturbios masivos por el precio de los combustibles y del transporte durante la última década en Francia, Brasil, México o Haití. Examinando un fenómeno similar, Vincent Bevins hace un balance amargo sobre la

14/ Ståle Holgersen (2025). *Against the Crisis: Economy and Ecology in a Burning World*. Verso.

15/ Joshua Clover (2025). *Disturbio. Huelga. Disturbio. La nueva era de los levantamientos*. Traficantes de Sueños.

década de 2010-2020 de protestas masivas 16/. Tras repasar los estallidos sociales en Túnez, Egipto, Turquía, Brasil, Corea del Sur y Chile, concluye que estas protestas hicieron un buen trabajo creando vacíos políticos, pero fueron incapaces de aprovechar las situaciones revolucionarias. Mientras que las protestas masivas y sin líderes no estaban en disposición de tomar el poder, las élites económicas organizadas aprovecharon el vacío de poder para reforzar su posición.

Crisis, disturbios y protestas masivas son tres fenómenos que ocurrirán en los próximos años. Son acontecimientos que fracturarán el tiempo político. La urgencia ecológica se relaciona directamente con nuestra capacidad de intervenir en estos momentos. Si nuestras organizaciones quedan bloqueadas o marginadas, habremos perdido una década que no nos podíamos permitir. Además, no podemos descartar que estos acontecimientos se desarrollen en un sentido contrarrevolucionario. Richard Seymour describe con el concepto “nacionalismo del desastre” cómo la extrema derecha está aprovechando las catástrofes reales e inventadas para ampliar y radicalizar su base social 17/, organizando los deseos y emociones en una dirección reaccionaria, ofreciendo fantasías violentas como salida a la frustración social. Prepararnos para intervenir en las crisis y estallidos, requiere ampliar nuestras bases, fortalecer las alianzas, pero sobre todo tener capacidad de leer la realidad social para adelantarnos y construir salidas emancipadoras a las frustraciones.

Por último, ¿qué conquistas exige una transición ecosocialista partiendo del momento actual? Por un lado, *Soulèvements de la Terre* ha popularizado el concepto “desarme”, como una estrategia defensiva para desarticular y frenar las infraestructuras que nos llevan al colapso 18/. Una estrategia que ha sido exitosa marcando el debate público y frenando algunos grandes megaproyectos. Aunque para extenderla deberíamos abordar algunos debates tácticos sobre las formas, el tipo de infraestructuras a atacar y las implicaciones para la clase trabajadora. Por otra parte, Kai Heron, Keir Milburn y Bertie Russell defienden la construcción de herramientas de propiedad público-comunitaria en sectores clave para la reproducción social 19/. Cuidados, vivienda, energía o alimentación. Esto genera una institucionalidad que utiliza el protagonismo popular para satisfacer necesidades sociales y reducir el dominio del capital. No son el resultado de una revolución ecosocialista, sino una apuesta para construir poder popular y avanzar en la transición ecológica. Una apuesta tangible y realizable en la que se pueden concentrar fuerzas organizativas.

Las conquistas ecosocialistas deben combinar ese doble movimiento destituyente y constituyente de nuevas formas de organizar la economía y la

16/ Vincent Bevins (2025). *Si ardemos. La década de las protestas masivas y la revolución que no fue*. Capitán Swing.

17/ Richard Seymour (2024). *Disaster Nationalism: The Downfall of Liberal Civilization*. Verso.

18/ Stathis Kouvelakis (2023). “Sublevaciones de la Tierra: composición y estrategia de la acción de masas”. **viento sur**

19/ Kai Heron, Keir Milburn y Bertie Russell (2025). *Radical Abundance. How to Win a Green Democratic Future*. Pluto.

sociedad. Mejorando las formas de combinarlos para que se retroalimenten mejor en vez de contraponerse.

En este caso, vemos de nuevo cómo una apuesta organizativa ecosocialista puede relacionarse con la urgencia de la crisis ecosocial. La consolidación y expansión de instituciones de contrapoder, junto a la capacidad de imponer demandas transitorias en el plano estatal se puede traducir en la conquista de este tipo de herramientas que resuelvan necesidades sociales al mismo tiempo que debilitan el dominio del capital. Los procesos de lucha social y de victoria electoral articulados dialécticamente pueden dar respuesta a la urgencia ecosocial. La transformación urgente y el objetivo de escalar las herramientas populares no queda pospuesto a un futuro indefinido, sino que forma parte de la acumulación de fuerzas revolucionarias.

Ecosocialismo en la barbarie

Las discusiones sobre el poder, la crisis y la transición ofrecen algunas respuestas al problema de la urgencia. Unas organizaciones revolucionarias ecosocialistas deben reaccionar ágilmente a la coyuntura, deben impulsar demandas transitorias, deben preparar programas para hacer frente a las crisis, deben intervenir en los estallidos sociales y deben construir herramientas de transición que satisfagan las necesidades sociales. También debe utilizar un gobierno obrero como puente entre las aspiraciones populares y el horizonte de ruptura. Todo ello se relaciona con los tiempos de la crisis ecológica.

Partimos de un convencimiento: no hay atajos, pero importan mucho las victorias parciales que logremos en el camino. No hay atajos en los medios ni en los fines: la toma del poder político por la clase trabajadora. Pero debemos ganar transformaciones enormes mientras tanto. Es probable que un programa ecosocialista no se complete antes de superar los plazos para una reducción drástica de emisiones de CO₂. También es probable que un programa de reformismo pragmático tampoco lo cumpla. Entre otros motivos, porque ya estamos superando peligrosos puntos de no retorno.

Eso hace que la manida expresión *Ecosocialismo o barbarie* se deba repensar en términos de *Ecosocialismo en la barbarie*. O, más bien: construir el ecosocialismo *a través* de la barbarie. No nos enfrentamos a un escenario de todo o nada. Nos enfrentamos a un escenario volátil, cada vez más catastrófico y en el que ningún futuro está asegurado. Debemos evitar los peores desenlaces y para ello debemos fortalecer nuestro poder. Sabemos que la lucha de clases se va a intensificar y que la organización popular es la única garantía para lograr avances y evitar retrocesos.

Esta garantía es esencial. Como decíamos, la extrema derecha está logrando dirigir la frustración hacia una radicalización reaccionaria. No incluir esto en nuestro análisis sería un terrible error. El contagio social de posiciones reaccionarias y racistas anula cualquier avance parcial de la transición ecológica. La respuesta popular a la Dana en el País Valencià ofrece un ejemplo. Las personas involucradas lo tienen claro: lo que marcó la capacidad de respuesta fue la existencia de estructuras populares previas. En su ausencia, la

combinación de catástrofes climáticas y una extrema derecha envalentonada, se destruirán lazos de solidaridad comunitaria y el malestar se radicalizará en el peor sentido.

Al igual que las crisis y los estallidos, podemos dar por seguro que estas catástrofes y ataques de la extrema derecha ocurrirán en el futuro próximo. Por eso, una organización ecosocialista que se tome en serio la urgencia debe prepararse para responder. Aquí, de nuevo, una derrota nos hará perder años que no nos podemos permitir.

Júlia Martí es activista ecofeminista y forma parte de la redacción de **viento sur**.

Martín Lallana es sindicalista y miembro de la redacción de **viento sur**.

Una guerra fría verde

Ilias Alami

■ “No aceptaremos una nueva Guerra Fría entre Estados Unidos y China”, declaró el presidente de Brasil, Lula da Silva, en su discurso de victoria en octubre de 2022; “tendremos relaciones con todos”. Es un sentimiento que hacen suyo líderes de todo el Sur Global. “La posición de Malasia es clara”, anunció el primer ministro del país, Anwar Ibrahim, a principios de este año ante una audiencia internacional de responsables políticos, líderes empresariales y diplomáticos. “El país se mantiene no alineado y no se dejará arrastrar a ninguna rivalidad entre potencias globales”.

Este es un sentimiento estratégico compartido por un grupo creciente de naciones: la búsqueda de lo que algunos académicos han denominado “polialineación”. Cada vez más, los países en desarrollo se niegan a alinearse con uno de los bloques: Pekín, Washington o Bruselas. En su lugar, están reafirmando con fuerza su derecho a desarrollar asociaciones comerciales, de inversión y de seguridad con quien deseen. Al hacerlo, se inspiran en los principios, símbolos y retórica del Movimiento de Países No Alineados, la coalición de países del Tercer Mundo que, durante la Guerra Fría, optaron por no unirse ni al bloque geopolítico estadounidense ni al soviético.

Como afirmó el presidente keniano William Ruto el año pasado en respuesta a la pregunta de un periodista de CNN sobre si el país elegiría entre la inversión china o la estadounidense: “no miramos hacia Occidente ni hacia Oriente, miramos hacia delante, hacia donde están las oportunidades”; una versión moderna de la famosa cita del líder ghanés Kwame Nkrumah, quien en 1960 declaró que “no miramos hacia Oriente ni hacia Occidente, miramos hacia delante”. Las historias pasadas de no alineación perduran de forma clara en el discurso y la práctica actuales de la polialineación, influyendo en la forma en que los líderes del Sur interpretan y abordan las rivalidades geopolíticas actuales, así como los riesgos y oportunidades que se les presentan. Sin embargo, al hacerlo destacan una verdad aleccionadora: ahora estamos entrando en una nueva era de competencia entre grandes potencias, una Segunda Guerra Fría, cuyas raíces se hunden en el siglo XX.

Durante la Guerra Fría de la postguerra, que abarcó aproximadamente de 1947 a 1991, la competencia principal entre los bloques geopolíticos e ideológicos rivales tomó la forma de contención. Durante casi cincuenta años, las grandes potencias compitieron por la influencia territorial mientras buscaban limitar la expansión de sus rivales. Fue esta era de rivalidad entre grandes potencias la que dio origen a la visión de la no alineación, un intento por parte de los países del Tercer Mundo de impulsar su autonomía estratégica y hacer valer el principio de autodeterminación.

Sin embargo, las rivalidades geopolíticas actuales tienen lugar en una economía globalizada mucho más interconectada que a mediados de siglo. Esta nueva Guerra Fría es producto del mundo engendrado por la globaliza-

ción neoliberal, que trajo consigo una nueva interdependencia global entre naciones, así como un enorme cambio en el equilibrio de poder y la actividad económica en la economía global. Estados Unidos ya no es la potencia global indiscutida. Ahora compite con China por la supremacía comercial, de inversión y tecnológica. Este conflicto, alimentado por nacionalismos virulentos en ambos bandos, se ha intensificado enormemente desde la primera presidencia de Trump, alcanzando nuevas cotas bajo la administración Biden y nuevamente bajo Trump 2.0.

Esta nueva Guerra Fría es producto del mundo engendrado por la globalización neoliberal, que trajo consigo una nueva interdependencia global

Con este cambio hacia la interdependencia en la economía global, la naturaleza misma de la geopolítica ha cambiado. Las potencias ya no compiten solo por el control territorial, sino también por las nuevas redes estratégicas vitales que conectan la economía mundial. En este sentido, esta Segunda Guerra Fría trata menos de la contención que de la conectividad. El tejido conectivo que entrelaza la economía mundial incluye las redes de producción global (cadenas de suministro de semiconductores, materiales cuánticos, baterías para vehículos eléctricos, tecnología *limpia*, dispositivos médicos y productos biotecnológicos), las redes financieras (sistemas de pagos, infraestructuras financieras), las redes digitales (plataformas digitales, IA, centros de datos, ciberseguridad), las redes de infraestructuras de conectividad (transporte, telecomunicaciones, Internet, logística) y las redes de producción de energía, tanto fósil como renovable. La capacidad de moldear y utilizar estas redes, o de controlar sus nodos estratégicos, es fuente de un tremendo poder e influencia. Para comprender verdaderamente la visión del segundo mandato de Trump, debemos ver en él un intento agresivo de aprovechar y fortalecer la posición estructural de Estados Unidos en estas redes.

Competencia por las redes verdes

Si esta batalla por controlar el tejido conectivo de la economía mundial llegara a moldear el futuro de la geopolítica y la globalización, entonces también definiría cualquier futura transición climática y energética. Muchas de estas redes son de importancia estratégica para la seguridad energética, la adaptación climática y la mitigación del clima, abarcando desde redes eléctricas hasta sistemas de transporte limpio, fabricación de tecnologías bajas en carbono, gestión del carbono y tecnología de baterías, pasando por la extracción y procesamiento de minerales críticos para la transición. En los últimos años, China ha establecido el control estratégico de varias de estas redes verdes, con empresas chinas ocupando una posición dominante en la capacidad solar, la energía eólica y las cadenas de suministro de vehículos eléctricos. Según la

Agencia Internacional de la Energía, el país representa entre el 40 y el 98 por ciento de la capacidad de fabricación global de tecnologías y componentes clave limpios. China también controla toda la cadena de suministro transnacional de una serie de minerales críticos, especialmente la extracción, procesamiento y refinado de tierras raras, además de ser el principal productor y refinador mundial de más de 20 materiales críticos.

Este dominio es percibido cada vez más por los rivales geopolíticos de China como una amenaza. Uno de los objetivos explícitos de la agenda económica de Biden, mediante política industrial y créditos fiscales, era competir con China en tecnología limpia y renovables, todo mientras impulsaba simultáneamente la producción nacional de petróleo y gas para profundizar el dominio estadounidense de las redes energéticas basadas en fósiles. Como dijo el asesor de seguridad nacional de Biden, Jake Sullivan:

“Las cadenas de suministro de energía limpia corren el riesgo de ser utilizadas como arma [por China] de la misma manera que el petróleo en la década de 1970, o el gas natural en Europa en 2022. Así que, a través de las inversiones en la Ley de Reducción de la Inflación y la Ley de Infraestructura Bipartidista, estamos actuando”.

Aunque desde entonces Trump ha derogado muchas de estas iniciativas verdes, su política exterior y doméstica mantiene su obsesión por asegurar los minerales críticos, con el objetivo de reducir la dependencia del país de las redes controladas por China. Una orden ejecutiva firmada el primer día de Trump en el cargo prometió liberar los recursos energéticos y minerales de Alaska “en la mayor medida posible”, mientras que su obsesión con Groenlandia puede explicarse en parte por los recursos minerales sin explotar de la isla ártica. Tales consideraciones también pueden ser un impulsor parcial de sus políticas en Ucrania. Como declaró Trump en referencia a un posible acuerdo de paz entre Ucrania y Rusia: “tienen tierras raras estupendas. Y yo quiero la seguridad de las tierras raras”. Cualquier acuerdo de este tipo bien podría implicar que Estados Unidos tome posesión de parte de las vastas riquezas minerales de Ucrania, que incluyen litio, utilizado para baterías de vehículos eléctricos, y circonio, utilizado en motores a reacción, a cambio de ayuda militar y económica continuada.

La UE también ha aumentado su actividad en este ámbito. En los últimos 18 meses, lanzó una serie de planes, que incluyen el Plan Industrial del Pacto Verde, la Ley de Materias Primas Críticas Europea, la Ley de Industria de Emisiones Netas Cero y REPowerEU, para ampliar la fabricación de tecnologías clave neutras en carbono para las cadenas de suministro de energía limpia. Hasta ahora, han tenido poco éxito; la UE sigue atrapada entre el dominio continuado de Estados Unidos y Rusia en las redes energéticas basadas en fósiles, por un lado, y el control de China de las redes verdes por el otro. Las políticas implementadas para abordar esto último son un buen ejemplo. En octubre de 2024, la UE impuso aranceles a las importaciones de vehículos

eléctricos chinos en un intento por proteger la industria automovilística europea. Ahora planea exigir requisitos de producción local y transferencias de tecnología a las empresas chinas de vehículos eléctricos a cambio de subsidios a la inversión. En otras palabras, no solo está intentando proteger a las empresas europeas clave de la competencia, sino que pretende atraer inversión y tecnología china de vehículos eléctricos al continente. Esta respuesta revela el amargo reconocimiento de que, para competir en la transición verde, la UE no tiene más remedio que conectarse a las redes tecnológicas y productivas dominadas por actores chinos.

La UE sigue atrapada entre el dominio continuado de Estados Unidos y Rusia en las redes basadas en fósiles, por un lado, y el control de China de las redes verdes por el otro

Los países en desarrollo también están participando en la nueva geopolítica de la conectividad verde con sus propias ambiciones, esforzándose por posicionarse como nodos críticos en las redes globales verdes. El ingrediente estrella de estas estrategias es la polialineación. Al conectar las cadenas de suministro y los mercados entre las fuerzas globales en competencia, los países en desarrollo esperan desencadenar una oleada de inversión extranjera verde por parte de una serie de actores institucionales y geopolíticos. Si se gestiona

adecuadamente, se espera que esta inversión les ayude a industrializarse, ascender en la cadena de valor verde y consolidar su posición como centros del capitalismo verde.

Huelga decir que es una apuesta ambiciosa. Pero en un contexto actualmente dominado por el mantra de *movilizar financiación para el desarrollo*, es prometedora. La apuesta de la primera estrategia es que atrayendo a grandes inversores institucionales, fondos de cobertura (*hedge funds*) y aseguradoras para que aporten nueva liquidez a activos *invertibles*, se pueda garantizar la financiación de los objetivos climáticos y de desarrollo. Las estrategias de conectividad verde, por su parte, se centran menos en ampliar la financiación externa o en producir activos atractivos para los inversores, y más en atraer inversiones totalmente nuevas de empresas manufactureras y energéticas. Esto ya parece estar dando sus frutos, y hay indicios de que está reforzando la posición de algunos países en desarrollo a la hora de negociar con los estados y las empresas el acceso a los mercados y las transferencias tecnológicas.

“Amigos de todos, enemigos de nadie”

Considérese, por ejemplo, el caso de Marruecos, que está emergiendo rápidamente como un maestro de la polialineación y un país conector. En los últimos años, Marruecos ha aprovechado su ubicación estratégica en la in-

tersección de Europa, África y el Mediterráneo, posicionándose como puerta de entrada a vastos mercados gracias a sus acuerdos de libre comercio con la UE, el Consejo de Cooperación del Golfo y Estados Unidos. Su robusta red de infraestructuras de conectividad, abundantes recursos naturales para la transición verde (incluyendo fosfatos, cobalto, solar y eólica) y la presencia en el país de un clúster industrial preexistente de empresas orientadas a la exportación e integradas estrechamente en las cadenas de suministro europeas, han permitido a Marruecos registrar niveles récord de inversión extranjera directa en nuevas instalaciones de fabricación ecológica, incluyendo vehículos eléctricos, hidrógeno verde y energía solar y eólica. También hay evidencia de que el Estado marroquí ha estado enfrentando activamente a competidores entre sí. Según el CEO de una importante empresa francesa, “el ministro de Industria marroquí nos dijo que los chinos lo contactaban todos los días y que teníamos que despertar antes de que fuera demasiado tarde”.

La polialineación ha sido igualmente central en la reciente estrategia de desarrollo económico de Indonesia. Según la ministra de Asuntos Exteriores, Retno Marsudi, el país “pone gran énfasis en un papel activo y el compromiso con todos los países”. “Sin bloques, sin problemas”, declaró. El objetivo más amplio ha sido que Indonesia se posicione como un punto nodal en la producción de baterías para vehículos eléctricos y acero inoxidable aprovechando su control de los recursos críticos de níquel. El país ha atraído niveles récord de inversión extranjera, principalmente, aunque no exclusivamente, de grupos chinos, lo que le ha permitido ampliar considerablemente sus capacidades de refinado. Al mismo tiempo, Indonesia ha buscado acuerdos comerciales con países del Norte Global, particularmente Estados Unidos. También está recurriendo a una variedad de fuentes para financiar sus ambiciones industriales verdes, incluida la firma de una asociación de 20 000 millones de dólares con el G7 y una Asociación de Inversión y Financiación Verde de 100 000 millones de dólares con China para financiar la descarbonización de su sistema energético alimentado por carbón.

Otros países, notablemente Hungría, Vietnam, Turquía, Arabia Saudita, India, Kazajistán y Malasia, están empleando medios similares. En el proceso, estas estrategias de polialineación-con-conectividad-verde se están convirtiendo rápidamente en una característica central del panorama geopolítico global, alimentando esperanzas y sueños de desarrollo capitalista verde.

En este sentido, la no alineación del pasado y la polialineación actual difieren en aspectos fundamentales. La primera era un proyecto colectivo, arraigado en la solidaridad transnacional del Tercer Mundo. Su ambición era hacer valer una visión radical alternativa de desarrollo, transformar el capitalismo global a través de mecanismos como el Nuevo Orden Económico Internacional, un conjunto de propuestas presentadas en 1974 para transformar el sistema económico internacional a favor de los países del Tercer Mundo sobre la base de la justicia económica y la autodeterminación. En contraste, la polialineación contemporánea, en su mayor parte, consiste en intentos unilaterales de países en desarrollo por mejorar su posición relativa

en una economía mundial competitiva. Hablando sin rodeos: mientras que los países no alineados querían un asiento en la mesa capitalista para poder volcarla colectivamente, los países polialineados contemporáneos quieren algo cualitativamente diferente: una porción más grande del pastel en el camino hacia un futuro capitalismo verde.

Un negocio arriesgado

Incluso antes de que Trump regresara a la Casa Blanca había signos de fragilidad. En particular, las estrategias de polialineación y conectividad tienen el potencial de autocanibalizarse, especialmente cuando son perseguidas unilateralmente por países que compiten entre sí. Hungría, Serbia, Eslovaquia, Polonia y Chequia, por ejemplo, se esfuerzan por posicionarse como bases de producción y exportación de vehículos eléctricos para los ricos mercados de Europa occidental. Es poco probable que todos tengan éxito. Los fabricantes de automóviles solo pueden invertir en un número limitado de plantas de producción, y no todos estos países pueden convertirse en nodos críticos para la producción de vehículos eléctricos. Del mismo modo, varios países africanos, notablemente Egipto, Namibia, Mauritania, Kenia y Sudáfrica, luchan por convertirse en centros estratégicos de producción y exportación de hidrógeno verde a Europa. Si bien la UE puede buscar una diversidad de socios en el continente africano, es difícil imaginar un escenario en el que todos estos países puedan establecerse como jugadores clave. En resumen, en la búsqueda de estas estrategias, las ganancias para algunos bien pueden basarse en las pérdidas de otros.

El delicado acto geopolítico de enhebrar la aguja de la polialineación también puede verse socavado por poderosos grupos de interés internos. En el caso de Indonesia, la depredadora clase capitalista-estatal doméstica se beneficia directamente de sus estrechos vínculos con empresas chinas. Esta oligarquía político-empresarial gobernante ha inclinado así al país hacia una dependencia de China, frustrando efectivamente la polialineación más amplia del Estado. Al hacerlo, ha demostrado que las posibilidades de alineamiento múltiple no son solo una cuestión de diplomacia: también dependen de la clase social y la economía política.

Los países en desarrollo también pueden verse atrapados en el fuego cruzado de potencias geopolíticas rivales que compiten por el control de redes económicas clave. Países como Marruecos, Vietnam y México, por ejemplo, son percibidos cada vez más como *puertas traseras* para la inversión y las exportaciones chinas a los mercados occidentales. No es difícil imaginar un futuro en el que esto lleve directamente a sanciones, aranceles, restricciones a la inversión o presión diplomática entre bambalinas. Ya hay indicios de que Estados Unidos está presionando a los países para que aumenten su control sobre la inversión extranjera en sectores clave, bajo amenaza de graves repercusiones.

Entra Trump

Todo esto ya estaba en marcha antes de que Trump volviera a escena. Desde hace algún tiempo, las potencias rivales se muestran cada vez más dispuestas a recurrir a la coacción para influir en las políticas de los países en desarrollo. Aun así, el regreso de Trump amenaza con entorpecer los esfuerzos de los países en desarrollo por alcanzar la polialineación.

La intimidación tiene una lógica autoafirmativa propia. “La cuestión en el caso de la presidencia de Trump”, escribe el historiador Adam Tooze, “es cuánto es instrumental y cuánto de la intimidación no es más que eso, un fin en sí mismo”. A pesar de su exuberancia e impulsividad, la lógica de Trump 2.0 está estructurada por el contexto geopolítico particular en el que existe, a saber, las crecientes tensiones de la Segunda Guerra Fría y la competencia global por redes y conectividad. El uso de la intimidación por parte de Trump como modo de gobierno, su uso desinhibido de la amenaza y la coacción para humillar y forzar tanto a amigos como a enemigos, solo agravará los ya crecientes riesgos geopolíticos globales que acechan a cualquier país que aspire a perseguir la polialineación. De hecho, tras solo unas semanas en el cargo, Trump ya había intimidado a países tan diversos como Panamá, Colombia, Canadá, México, Ucrania, Dinamarca y Sudáfrica en pos de sus objetivos geopolíticos.

En el caso de Panamá, esto incluyó una referencia explícita a China. Como dijo Trump: “China está operando el Canal de Panamá, y no se lo dimos a China. Se lo dimos a Panamá y lo vamos a recuperar”. A pesar de ser una mentira característicamente llamativa (China de hecho no opera en el canal, ni Estados Unidos se lo dio a Panamá), hay inversiones chinas en la infraestructura portuaria que rodea el canal. Esto lo percibe el Estado estadounidense como una amenaza. La vía fluvial transoceánica es un sitio estratégico para el comercio de EE UU, con más del 70 por ciento de los tránsitos a través del canal con destino o procedencia de puertos estadounidenses. El objetivo del ataque de Trump, visto desde la Casa Blanca, era disciplinar a Panamá, un país que vive en el patio trasero del imperio americano, por sus relaciones con China. En esto fue efectivo. El presidente panameño, José Raúl Mulino, anunció poco después que Panamá abandonará la Iniciativa de la Franja y la Ruta de China. Actualmente se está negociando un acuerdo para que un grupo de inversores, liderado por el gestor de activos con sede en Nueva York, BlackRock, compre la participación de un inversor chino en dos puertos del canal.

Los aranceles generalizados anunciados por la administración Trump el 2 de abril, *Día de la Liberación*, también amenazan con truncar los planes de los países en desarrollo. En Asia, Vietnam y Camboya se han visto particularmente afectados, enfrentando inicialmente aranceles desorbitados de entre el 40 y el 50 por ciento. A corto plazo, esos aranceles podrían socavar los planes de posicionarse como nodos clave en las redes de producción global de vehículos eléctricos, tecnología de baterías y paneles solares, así como bases de exportación de bienes verdes al vasto mercado estadounidense. En

términos más generales, si los aranceles provocan una disrupción duradera del comercio global y una recesión económica mundial, los países en desarrollo podrían ser los primeros y más profundamente afectados.

Sin embargo, a medio plazo, la intimidación de Estados Unidos podría alejar aún más a los países en desarrollo de la influencia estadounidense, e incluso acercarlos a China, que ahora puede parecer el socio más fiable. Por otra parte, las naciones podrían buscar una diversificación consciente de sus relaciones comerciales, de inversión y tecnológicas, operando con una variedad de socios estratégicos. En este sentido, el caso de Colombia es revelador: actualmente el mayor productor de carbón de América Latina, Colombia, espera atraer inversiones en energía limpia para sustituir los importantes ingresos que obtiene de las exportaciones de combustibles fósiles. Se esperaba que su histórico plan de inversión climática de 40 000 millones de dólares, presentado en octubre de 2024, fuera financiado en parte por Estados Unidos en el

La intimidación de Estados Unidos podría alejar aún más a los países en desarrollo de la influencia estadounidense, e incluso acercarlos a China

marco de su Plan Internacional de Financiación Climática, que Trump ha revocado ahora. En cambio, según recientes declaraciones de la ministra de Medio Ambiente colombiana, Susana Muhamad, Colombia está recurriendo a otros financiadores, entre los que se encuentra, aunque no exclusivamente, China.

No está claro cómo reaccionarán los actores más grandes y medianos ante un repliegue parcial de EE UU, pero podemos estar seguros de que habrá intentos de llenar el espacio vacante. La capacidad de los países en desarrollo para navegar estas nue-

vas rivalidades dependerá de que desarrollen formas de agencia tanto individuales como colectivas. A nivel individual, esta agencia no puede consistir solo en una diplomacia ágil, políticas industriales verdes o estrategias de desarrollo a largo plazo cuidadosamente elaboradas. Aunque necesarias, no obstante, son insuficientes. Hasta ahora, incluso sus implementaciones más exitosas en el Sur Global se han basado en el ofrecimiento estatal de tierra, mano de obra y naturaleza como una *propuesta de valor atractiva* para los inversores internacionales, con la esperanza de insertar a sus respectivos países en las cadenas de suministro globales. Las consecuencias de esto son bien conocidas: van desde el despojo de los indígenas hasta los regímenes autoritarios represivos y la creación de zonas de sacrificio medioambiental. A medio plazo, corren el riesgo de fomentar un patrón desequilibrado de industrialización *verde* en el Sur Global, forzando la dependencia de los imperativos geoestratégicos y la tecnología limpia de las potencias hegemónicas, al tiempo que se comprometen necesidades domésticas urgentes.

Romper este patrón no será fácil. Como mínimo, exigirá formas colectivas de polialineación orientadas a la cooperación regional e interregional, en lugar de simples mejoras marginales en los países que compiten por posicionarse en un capitalismo verde emergente. Construir plataformas colectivas y desarrollar tácticas coordinadas que busquen aumentar el poder de negociación de los países en desarrollo será vital en la lucha por nuevas transferencias tecnológicas verdes, términos favorables de financiación climática y reparaciones climáticas. También lo será el apoyo activo y la solidaridad de las fuerzas progresistas en el Norte Global.

Para que prosperen las formas progresistas de desarrollo lideradas por el Sur, se requiere una visión renovada e internacionalista de una transformación ecológica poscapitalista

No es posible simplemente revivir las estrategias y la jerga de la antigua versión tercermundista del no alineamiento. Para que prosperen las formas progresistas de desarrollo lideradas por el Sur, se requiere una visión renovada e internacionalista de una transformación ecológica poscapitalista. Dada la naturaleza cada vez más interconectada e interdependiente del capitalismo global, esta

tarea es más difícil que nunca, y más urgente.

Ilias Alami es profesor asistente de economía política en la Universidad de Cambridge y coautor de *The Spectre of State Capitalism* (Oxford University Press, 2024).

Artículo originalmente publicado en *The Break Down* el 7 de mayo de 2025.

Entre mutaciones y metamorfosis

Yayo Herrero

■ Hemos comenzado 2026 con la materialización de las amenazas del presidente de los Estados Unidos de intervenir militarmente en Venezuela. Donald Trump, eufórico, hablaba de una perfecta, eficaz y limpia intervención militar. Casi un centenar de personas fueron masacradas para secuestrar violentamente a Maduro y a Cilia Flores, su esposa. Trump y su equipo de gobierno han reivindicado bravuconamente la posesión de su petróleo y la voluntad de expulsar a China del mapa de relaciones comerciales con Venezuela. También han amenazado a otros Estados latinoamericanos y a Groenlandia.

A la vez, la agencia federal encargada de identificar, detener y deportar a inmigrantes en situación irregular (ICE) ha ejecutado públicamente a Renee Nicole Good. Siguen abiertas las secuelas de los bombardeos en Irán, Siria, Sudán o Nigeria, la guerra en Ucrania y la continuidad del genocidio contra el pueblo palestino que se lleva perpetrando desde el otoño de 2023.

En el Estado español, presentado habitualmente como bastión progresista en Europa, las elecciones en Extremadura desvelan un PSOE en declive, una izquierda que crece más de lo esperable en otros territorios, pero que no capta lo que pierde el PSOE, un PP que se sostiene y se arrima a una ultraderecha que crece con vigor. Es una trayectoria que se repite en otros lugares de Europa.

Comprender la fuerza con la que ha emergido la ultraderecha en tantos lugares a la vez, exige reconocer en toda su complejidad la policrisis que atravesamos. Una crisis política y social en la que se manifiesta una profunda erosión de la democracia y el surgimiento de una ola autoritaria, represiva y militar. Un desmoronamiento del orden que se había construido a partir de la Segunda Guerra Mundial que tiene como vector de fondo la profunda crisis ecológica, con frecuencia insuficientemente analizada y reducida a la dimensión climática, a su vez reducido el abordaje de esta última a la contabilidad del CO₂.

Cuatro siglos después de que Francis Bacon soñara con un progreso humano que dominase la naturaleza y la estremeciese hasta sus fundamentos, es innegable que la trama de la vida ha sido sacudida, pero a costa, como señala la mejor información científica disponible y la experiencia cotidiana de millones de personas, de poner las vidas en riesgo.

Los estudios actuales señalan que de los nueve límites planetarios fundamentales para garantizar la continuidad de la vida tal y como la conocemos, siete se encuentran superados 1/. La crisis ecológica provoca desastres crecientes en frecuencia e intensidad, que están destruyendo medios de vida, hábitats e infraestructuras.

1/ Según datos del Planetary Health Check 2025, disponible en https://www.pik-potsdam.de/en/institute/labs/pbscience/translations-1/2025/phc25-executivesummary_es.pdf

Reduce las posibilidades humanas de adaptarse y vivir en los territorios, poniendo en peligro la seguridad vital.

Además, existe una presión creciente extractivista sobre los recursos fósiles y los minerales declinantes –en tanto que menos rentables energética y económicamente– que provoca una transformación creciente en los usos del suelo y agrava los problemas ecológicos que ya hemos nombrado, tensionando profundamente los metabolismos económicos globalizados.

La oposición íntima entre el metabolismo agro-urbano-industrial capitalista y la organización de la trama de la vida constituye el meollo de todos los problemas ecosociales

La comunidad científica ha advertido sobre la llegada de algunos puntos de no retorno y el riesgo de colapso 2/ de los procesos, bienes y recursos naturales imprescindibles para la supervivencia humana. Los colapsos ecológicos, situados y globales, no tienen por qué significar extinción total ni una explosión terminal, pero existen. Hacer luz de gas en torno a ello añade confusión a un momento ya de por sí tremendamente confuso.

La cultura occidental se extravió 3/ y rompió los vínculos entre lo humano y la trama de la vida. Nuestra contemporaneidad arranca de ese pecado original, el de practicar una especie de vivisección cultural que ha desgajado la política y la economía de las bases relacionales, naturales y sociales que las sustentan.

La oposición íntima entre el metabolismo agro-urbano-industrial capitalista y la organización de la trama de la vida constituye el meollo de todos los problemas ecosociales. Conocer la base ecológica de este conflicto es, posiblemente, lo que determina la diferencia entre construir sociedades que se integran en la trama de la vida o sociedades que la explotan como si estuviesen fuera 4/.

Lo que en el capitalismo expansivo es progreso, es regresión en la naturaleza. Lo que nuestra cultura denomina complejidad económica y social, es simplificación y empobrecimiento en la trama de la vida. Cuando más deprisa se mueven los datos y las mentiras a través de las máquinas, más información vital desaparece. Lo que la economía llama productividad es ineficiencia en la naturaleza.

La seguridad en los sistemas vivos es improductiva para el capital. Mientras que los ecosistemas avanzan en la transferencia de excedentes energéticos para la protección y la anticipación de riesgos en el futuro, el progreso capitalista

2/ El término colapso está tomado literalmente de los estudios científicos consultados.

3/ La caracterización de la cultura del extravío se encuentra desarrollada en Herrero,

Yayo (2025), *Metamorfosis. Una revolución antropológica*, Barcelona: Arcadia.

4/ Ramón Margalef (1998), *Ecología*, Barcelona: Ediciones Omega.

quema la energía del pasado, dilapida la del presente y les pasa las facturas a las generaciones futuras en forma de emisiones de gases de efecto invernadero, ciclos alterados, suelos arrasados o residuos nucleares que tendrán que ser gestionados en el futuro.

En la trama de la vida los ciclos de materiales se cierran, los ciclos del capitalismo son tóxicos. Llegar, ocupar, someter y matar, extraer, agotar, abandonar y comenzar de nuevo en otro lugar. Si las cosas salen mal o las cuentas no son rentables se cierra y se empieza de nuevo en otro lugar.

Ulrich Brand y Markus Wissen denominaron modo de vida imperial a las relaciones entre seres humanos y de estos con la naturaleza, basadas en la desigualdad, el poder, el dominio y la violencia que hacen posible el modo de vida cotidiana en los lugares de privilegio 5/. La vida imperial se naturaliza a través de discursos y cosmovisiones, cristaliza en prácticas e instituciones.

El capitalismo mundializado ha sofisticado hasta el extremo los mecanismos de apropiación de tierra, agua, energía, animales, minerales, urbanización masiva, privatizaciones y explotación de trabajo humano. Los instrumentos financieros, la deuda y todo un conjunto de leyes, tratados internacionales y acuerdos constituyen una arquitectura de la impunidad 6/ que allana el camino para que los enrevesados entramados económicos transnacionales despojen a los pueblos, exploten los territorios, desmantelen la red de protección pública y comunitaria que pudiese existir y repriman las resistencias que surjan.

En el libro *Contra el autoritarismo de la libertad financiera* 7/, las pensadoras y activistas argentinas Verónica Gago y Luci Cavallero realizan, refiriéndose a Argentina, una reflexión que parece generalizable al momento político global.

Señalan que el sistema de gobernanza en la Argentina de Milei se apoya en tres vectores. El primero es la capacidad de destrucción. El segundo es la instauración de una política del *shock* que a golpe de decretos gubernamentales consolida esa destrucción. El tercero es la ostentación de una brutal crueldad que festeja y celebra los efectos de la destrucción. No son cosas nuevas. Lo novedoso, señalan las autoras, es la intensidad y la velocidad vertiginosa con la que se aplican y el aturdimiento y desorientación que generan.

Creo que hay leer la actual emergencia de la ultraderecha, el contexto de rearme y de violencia contra las poblaciones como la respuesta distópica que están dando sectores protegidos por el poder político, económico y militar a la crisis ecosocial.

La política y la economía se aplican violentamente para defender el derecho a la rapiña. Petróleo, gas, minerales, agua, territorio, casas, cuidados, cosechas o tiempo de gente. Ahora ya no hace falta disimular ni disfrazarlo de otras causas más presentables. Se actúa, de facto, como si el problema fuese descartar a la población sobrante.

5/ Ulrich Brand y Markus Wissen (2021), *Modo de vida imperial. Vida cotidiana y crisis ecológica del capitalismo*, Buenos Aires: Tinta Limón.

6/ Juan Hernández, "El TTIP y la arquitectura de la impunidad". *La Marea*, 12 de di-

ciembre de 2014, disponible en <https://www.lamarea.com/2014/12/12/el-ttip-y-la-arquitectura-de-la-impunidad/>.

7/ Gago, Verónica y Cavallero, Luci (2025) *Contra el autoritarismo de la libertad financiera*, Buenos Aires: Tinta Limón

William Robinson acuñó el concepto de estado policial para mostrar el carácter emergente de la economía y sociedad globales como una totalidad represiva. Según Robinson, la propia economía depende cada vez más de la evolución e implantación de esos sistemas de guerra, control social y represión que se convierten en medios para obtener beneficios y seguir acumulando capital frente al estancamiento económico, una especie de acumulación por represión. Las élites han desarrollado un interés particular en la guerra, el conflicto, el *lawfare*, la desinformación y la represión como formas de control y acumulación, que permea y cala en el conjunto de la sociedad.

Los conflictos se multiplican, y en ellos los territorios, los bienes comunes y la naturaleza constituyen el eje central de las disputas. En este contexto, quienes se oponen a los intereses corporativos son objeto de agresiones, violencia y vulneración de derechos.

El Estado policial global, la crueldad y la deshumanización son las respuestas a las contradicciones intrínsecas del sistema. Elites económicas, visionarios ultratecnológicos y fundamentalistas religiosos, sanos hijos de la cultura escapista, tejen alianzas, a primera vista extrañas, pero no tanto si se advierten las cosmovisiones antropocéntricas, individualistas y autoritarias que fundan nuestra civilización. La evolución humana en la trama de la vida se convierte en un violento videojuego en el que todos los villanos aspiran a ser finalistas. La respuesta a la crisis se traduce en una especie de cruzada contra los cuerpos, la interdependencia, la compasión, la vulnerabilidad y la complejidad de la vida.

Se abre un nuevo ciclo político y social en el que el ecocidio, el colonialismo, el racismo y la misoginia ya no son una realidad estructural que disfrazar y ocultar. Son los pilares explícitos, reivindicados con chulería, de una respuesta autoritaria y distópica a la policrisis ecosocial.

Al votante que no cabe en sus cápsulas salvadoras se le ofrece la nostalgia de un pasado que probablemente nunca existió y el desfogue de ejercer poder y castigo sobre un conjunto cada vez más amplio de otros seres deshumanizados y señalados. Se puede aplaudir el fin de las ayudas a quienes se aprovechan de todos, aplaudir la deportación masiva de personas presentadas como delincuentes, demonizar a las y los educadores y trabajadores sanitarios que creen saber más que tú, aplaudir la desaparición de las regulaciones económicas y medioambientales. “El fascismo del fin de los tiempos es un fatalismo oscuramente festivo, un último refugio para aquellos que encuentran más fácil celebrar la destrucción que imaginar una vida en la que todos quepan” 8/.

El problema es que las izquierdas y las visiones de derecha algo más moderadas están siendo arrastradas hacia ese terreno político oscuro. Los gobiernos progresistas se enfrentan a la contradicción entre el realismo de favorecer la

8/ Naomi Klein y Astra Taylor, “El auge del fascismo del fin de los tiempos”, *viento sur*. 19-4-2025 disponible en <https://vientosur.info/el-auge-del-fascismo-del-fin-de-los-tiempos/>

acumulación en sus territorios y la necesidad de conseguir legitimidad política. La retórica del mal menor se hace constante y en un contexto

de malestar y decepción, desmoviliza y paraliza. Las crisis de legitimidad son cada vez más intensas. El resultado es una tendencia a la fascistización.

Mirar el futuro con esperanza y confianza exige redefinir socialmente qué entendemos por una vida buena en tiempos de la policrisis ecosocial e imaginar otras formas de vivir capaces de inspirarnos para iniciar el camino, fortalecer la organización para recorrerlo y transformar las aspiraciones y deseos de una parte significativa de la sociedad.

Hay que asumir que los imaginarios sociales, especialmente en los países

enriquecidos, se inscriben en los paradigmas de la cultura extraviada y que, sin un significativo apoyo social, no se podrán experimentar y desplegar los cambios necesarios. Inevitablemente, por tanto, una de las responsabilidades de los agentes políticos y sociales es esforzarse por abrir una gran conversación en esta línea, capaz de desplegarse en todos los lugares a los que seamos capaces de llegar.

Se abre un nuevo ciclo político y social en el que el ecocidio, el colonialismo, el racismo y la misoginia ya no son una realidad estructural que disfrazar y ocultar

Necesitamos crear climas que toleren el error de la experimentación

social. Hoy, ni las culturas del odio de la ultraderecha ni el despellejamiento mutuo en el que se encuentran las opciones de izquierdas, dejan mucho espacio para la audacia y el atrevimiento. Eso quiere decir que hay que crear, como hacen los ecosistemas en sus inicios, un suelo que permita sembrar. En plena ofensiva de las respuestas distópicas y con una buena parte de las izquierdas desorientadas, es obvio que la tarea política es ingente.

Hace unas semanas un artículo de Eloi Gummà y Roc Solà en *El Salto* analizaba el trabajo político que está siguiendo La France Insoumise (LFI) en Francia. Con 450 000 militantes –no solo seguidores de una red social–, LFI defiende que la construcción de un pueblo activo en el contexto de emergencia actual implica un gran esfuerzo de construcción de un movimiento de masas.

Conciben la propia acción como “un gran movimiento de educación popular”. Se autopresentan como un movimiento político que pretende estimular la autoorganización. Insisten en que la emancipación de las clases populares debe ser obra de las mismas clases populares. Quizás el éxito de Mamdani, sin despreciar la pericia en el uso de las redes sociales, tenga más que ver con la fuerza y alegría con fundamento que provoca la organización y la creación de movimiento.

Seguramente, habrá muchos caminos para esa transición, pero son especialmente interesantes las propuestas ecofeministas. Quizás por la sencillez de su formulación. Una sencillez que es una gran virtud para la transformación, pero, a veces, también un obstáculo. Las teorías, para ser buenas teorías tienen que ser un poco rimbombantes y algo abstrusas y, sobre todo,

no caer en la simpleza de hablar de muchas cosas concretas porque entonces la teoría pierde valor.

Los ecofeminismos inspiran una política aterrizada en los cuerpos y los territorios. Constituyen un materialismo encarnado 9/ y localizado que razona desde la plena consciencia de la vulnerabilidad humana y su inserción en la naturaleza. La consciencia de que hay que sostener la vida humana intencionalmente puede ayudar a reorientar la economía y la política de modo que la prioridad sea la supervivencia y el bienestar en condiciones dignas de todos los seres humanos y el respeto y cuidado a todas las formas de existencia.

El punto de partida es el reconocimiento del contexto. Hay quien dice que los diagnósticos duros aplastan y paralizan. Pero en nuestra experiencia, la comprensión razonada e informada de lo que la mayor parte de la gente ya intuye, libera y dota de herramientas que permiten poner en duda las informaciones falsas, las conspiraciones y los bulos.

Compartir la dureza del momento, sin regodeos ni exageraciones, es un ejercicio de respeto, de renuncia a la superioridad intelectual y de confianza en las capacidades compartidas. Es condición necesaria para crear un poder que pueda enfrentar la mutación de la política en el fascismo del fin de los tiempos.

Necesitamos crear un poder que pueda aliarse con quien quede dentro de las instituciones que no se haya rendido a la creencia de que la creatividad, la

voluntad, el apoyo mutuo y la capacidad de resistencia han colapsado; que no se haya rendido al derrotismo de quien cree que lo necesario para aspirar a vivir con dignidad dentro de la tierra ya no es posible políticamente y que, por tanto, la política realista obliga a convertirse en colaboracionistas del mal menor y que, si no lo hacemos, es porque somos ingenuas, insignificantes en el plano intelectual o participantes en iniciativas que, por lo que sea, nunca sirven, al menos hasta que alcancen un cierto tamaño

Los ecofeminismos son un camino político y pedagógico para la recivilización. El núcleo de su preocupación tiene sentido en cualquier ámbito de la sociedad

y entonces, ya sí, se hagan merecedoras de mención y tutela.

Existen no pocas experiencias que son el fruto de colaboraciones público-comunitarias 10/. El Estado no es solo el Ejército, la Policía o los ministerios. Existen instituciones públicas o al menos personas y equipos dentro de ellas que trabajan con las comunidades buscando formas distintas de distribuir el poder y estimular la autoorganización.

9/ Ariel Salleh, "Moving to an Embodied Materialism" en *Capitalism Nature Socialism* 2005 16(2), 9-14, Sidney.

10/ En marzo de 2026, el Foro de Transiciones hará público un informe en esta línea.

Urge favorecer el encuentro en todos los lugares en donde las personas ejercen la libertad de autoeducarse mutuamente y de organizarse. Sindicatos, colegios, cooperativas,

centros culturales, teatros, museos, asociaciones de padres y madres, grupos musicales, asociaciones de fiscales y de jueces, parroquias... En todos esos lugares ya se están desarrollando conversaciones y hay gente que explora cómo salir de esta encerrona.

Llamamos metamorfosis antropológica 11/ a un esfuerzo de recivilización. Graeber y Wengrow señalan que, en su origen, civilizar conducía a las cualidades de sabiduría política y apoyo mutuo que permitían que las sociedades se organizaran a través de la coalición voluntaria.

Los ecofeminismos son un camino político y pedagógico para la recivilización. El núcleo de su preocupación tiene sentido en cualquier ámbito de la sociedad. La fuga cultural de la Tierra y de los cuerpos, la coerción del patriarcado y el colonialismo y la religión civil que supone la sacralidad del dinero y del crecimiento, constituyen un hecho social total, en el sentido en que lo formuló Durkheim en 1895 en *Las reglas del método sociológico* 12/.

El trabajo en todos esos ámbitos es el que yo creo que supone una verdadera incidencia política. Es un trabajo minucioso, en el que hay que moverse casi a golpe de oportunidades, que se reorienta, a veces, a partir de la contingencia. Al hablar de necesidades, vulnerabilidad y vidas concretas, las posibilidades de conversación se amplifican y extienden.

Marina Garcés suele decir que el futuro no existe. Que el futuro son las proyecciones de los presentes que habitamos. En nuestros presentes se hacen omnipresentes y protagonistas bultos que inflan como un tumor y obstruyen el futuro. Pero hay muchas cosas que existen y el ojo moldeado por la cultura hegemónica no ve, mucha gente humilde y revolucionaria comprometida con los tiempos presentes también creamos grumos de movimiento y comunidad desde los que difuminar los futuros distópicos que se vislumbran por acción o por omisión.

Se pregunta Nancy Fraser si podemos concebir un proyecto emancipatorio contrahegemónico de transformación social con suficiente amplitud y visión como para confederar las luchas y construcción de múltiples colectivos y movimientos con el objetivo de desterrar el capitalismo caníbal. Nada, dice, que no sea ese proyecto podría ayudarnos 13/.

Yayo Herrero es antropóloga y activista ecofeminista.

11/ Para profundizar en la reflexión me remito al libro *Metamorfosis. Una revolución antropológica* ya mencionado.

12/ Emile Durkheim (2016), *Las reglas del método sociológico y otros escritos*. Madrid: Alianza Editorial.

13/ Nancy Fraser, *Capitalismo caníbal*, op. cit., 2023.



Acacio Puig, 2026

El fin de la cultura

Antonio Méndez Rubio

■ Tal como la habíamos heredado, quizá la idea de *cultura* haya dejado de ser un terreno disponible para pensar los cambios y conflictos sociales. El análisis cultural ayudaba a tomar distancia con respecto al economicismo imperante, y esto no para descuidar ingenuamente las decisivas transformaciones en curso del sistema capitalista, sino para lograr apreciarlas desde una óptica amplia y procesual. La crítica cultural más incisiva, en este sentido, no se venía apoyando en un enfoque culturalista o esteticista, es decir, tomando la cultura (y el Arte) como una especie de ente autónomo, o incluso como un nombre sustituto de lo político. Se trataba más bien de abordar la cultura como un lugar de intervención específica en lo político, de modo que, por supuesto, esa intervención crítica incluyera también las implicaciones estructurales e ideológicas de la economía.

Sin embargo, la perspectiva crítica se ha visto desafiada por las profundas y aceleradas transformaciones tecnológicas, geopolíticas y (precisamente) culturales que el modelo social global ha experimentado en la última década, especialmente a partir de la crisis sistémica en torno a 2010. Para mostrarlo de una forma directa, con un ejemplo tan extremo como actual, podría traerse a la memoria el vídeo sobre Gaza lanzado en febrero de 2025 por el gobierno Trump, con el apoyo estratégico de Elon Musk y el recurso tecnológico avanzado a la Inteligencia Artificial. Este conocido vídeo musical proyectaba la imagen eufórica de una Gaza turística, convertida en un *resort* de la cadena de hoteles propiedad del presidente estadounidense, con una estatua de oro suya en plena calle y billetes lanzados por el aire hacia un cielo luminoso. Desde una mirada elemental y a la vez ajustada a este dispositivo audiovisual, lo que entra en juego es tal vez, ante todo, un soporte comunicativo o cultural, pero inevitablemente indistinguible de su función económica y política. En la órbita del funcionamiento contemporáneo de las redes y la hiperestimulación pantallizada, el vídeo podía celebrarse, rechazarse, resultar impactante o más o menos curioso, pero en ningún caso resultaba tan exótico como para no ser rápidamente asimilado por la opinión pública como una parte más del conflicto genocida promovido por el Estado de Israel. En otras palabras, el vídeo funciona, sin duda, como un texto cultural y una forma de comunicación (pues ya advirtió Eduardo Galeano de que la cultura “o es comunicación o no es nada”). Al mismo tiempo, la dimensión cultural del vídeo en cuestión, tomado como campaña masiva de relaciones públicas, no admite insertarlo en la problemática propiamente *cultural*, justamente en la medida en que ese aspecto cultural se da aquí atravesado, de principio a fin, por los intereses comerciales, estratégicos y militares que lo justifican. Sí, como tal vídeo, es parte de la dinámica cultural actual, pero no es *cultura* ya propiamente,

sino impropriamente, dado que vuelve inoperante e ingenua toda voluntad de entender esa función cultural tomando ningún tipo de distancia con respecto a su obscenidad económica, política, sistémica.

¿El fin de la cultura?

En la formulación de uno de los fundadores de los llamados *cultural studies*, Raymond Williams, tal como empezaba el apartado conclusivo de su ensayo *Cultura y sociedad* (original de 1958), la historia de la idea de *cultura* se deriva de la necesidad social de asimilar los cambios y condicionantes simbólicos de la modernidad. En este sentido, para Williams (2001: 245):

“La idea de cultura es una reacción general y fundamental en las condiciones de nuestra vida común. Su elemento básico es el afán de evaluación cualitativa total. El cambio en toda la forma de nuestra vida común generó, como reacción obligada, una insistencia en la necesidad de prestar atención a esa forma”.

Williams tiene en mente las transformaciones sociales derivadas especialmente de la Revolución Industrial a lo largo del siglo XIX, así como la forma en que esas transformaciones colocaron el mundo moderno en una situación intensamente conflictiva, radicalmente crítica, en tanto la modernidad capitalista conlleva a fin de cuentas un modelo social que funciona a modo de “marco de tensión elevada” (2001: 245).

Puede entonces que justamente los recientes y desesperados cambios “en las condiciones de nuestra vida común” sean los responsables de la situación críticamente límite a la que lo cultural se está viendo abocado. En relación con la pregunta por el fin de la cultura, esta *situación críticamente límite* admite al menos una doble interpretación a la hora de ser evaluada o, como diría Williams, considerada como recurso de “evaluación cualitativa total”. De una parte, el impulso neoliberal del siglo XXI se orienta a terminar con toda ilusión de entender la cultura como un espacio mínimamente autónomo para la creatividad y el libre pensamiento. De otra, esta misma coyuntura “de tensión elevada” hasta un grado máximo cumple con un horizonte comprensivo que estaba ya implícito en los inicios de la moderna idea de cultura entendida como mediación sistémica, como elemento articulador o *entre (in-between)* que pone en comunicación las más diversas áreas de la vida social. Como proponía el antropólogo Edward B. Tylor ya en su célebre ensayo *Cultura primitiva* (1871), “la cultura es un todo complejo que abarca cualquier competencia y hábito que haya adquirido el hombre en tanto miembro de una sociedad”. Por esta vía, en fin, la cultura en tanto dimensión simbólica y comunicativa de la praxis, puede entenderse como la clave (re/de-)constructiva de toda sociedad. Así pues, lo que la globalización del capitalismo neoliberal habría traído consigo no sería otra cosa que el cumplimiento del fin (o finalidad) que la función de la (idea de) cultura comportaba desde su raíz. Esta función social de la cultura, en otras pala-

bras, hace coincidir simultáneamente la experiencia crítica de un mundo en crisis con la vivencia autocrítica que ese mundo solamente puede alcanzar a través de una mirada atenta a las potencialidades de cambio inscritas en la cultura misma.

Puede que no sea perder el tiempo revisar las premisas, implicaciones y consecuencias de esta doble cara que hoy día plantea la hipótesis crítica del *fin de la cultura*. Por un lado, la función sistémica de la cultura y la comunicación, en su necesaria vinculación activa con la crisis social y la cuestión del poder, se orienta, de hecho, a totalizar el efecto del sistema como sistema. Esta sería la dimensión totalitaria de la cultura hegemónica, que así manifiesta su deuda genealógica con lo que Pier Paolo Pasolini llamaba “nuevo fascismo” (2009: 34), o sea, no tanto el escenario obvio en que el propio Elon Musk puede felizmente despedirse de sus seguidores con el saludo nazi sino, más bien, las condiciones de un poder totalizante, sin rostro, que llevan a que se implante estructuralmente y se normalice ambientalmente un *fascismo de baja intensidad* (Méndez Rubio, 2023). De hecho, únicamente una exploración del carácter fantasmal,

biopolítico e inconsciente del nuevo fascismo puede contribuir a dilucidar los límites de las nuevas formas de control de masas, de exterminio de la vida y del querer-vivir, a la vez que a desbrozar posibles caminos de resistencia al actual estado de cosas.

Dicho de otra manera, el enfoque cultural abre el debate al máximo en la medida en que no se limita a subrayar la influencia del poder económico-político, sino que ayuda a concebir el poder como un sistema

Las condiciones de un poder totalizante que llevan a que se implante y se normalice un *fascismo de baja intensidad*

de códigos puestos en común y socialmente interiorizados. Esta presión del sistema es la que sintomatiza el auge de un nuevo fascismo, o fascismo de baja intensidad, no tan político-militar-identitario como el fascismo clásico, sino más bien económico-tecnológico-aporofóbico. Lo importante aquí es matizar que esta metamorfosis del fascismo, íntimamente unida a lo que durante un tiempo se llamó *la dictadura de los mercados*, no se identifica sin más con movimientos, grupos o partidos de ultraderecha, sino que estos actúan como la espuma de la ola: esa ola (por utilizar el título de la célebre película de Dennis Ganzel (*La Ola*, 2008) inspirada a su vez en la novela homónima de Todd Strasser (1981)) se reactivaría en tiempos de crisis por acumulación de las fuerzas inerciales, invasivas y opresivas, insertas en la convergencia estructural del Estado-nación y el capitalismo de mercado. No en balde, esta convergencia funda el proyecto histórico del modelo moderno de sociedad, con su ambición y devastación colonial incluida, y subyace a la denuncia ya realizada entre otros por Zygmunt Bauman (1997) en el sentido de una complicidad latente entre modernidad y holocausto.

Así mismo, en *La cultura como praxis* (2002), Bauman ya detectaba en la dinámica cultural esta doblez pragmática entre el lado que la cultura conlleva como “mecanismo de orden” y ese otro lado de “revuelta intratable” que la condición comunicativa, creativa y (auto)crítica de la cultura necesariamente implica. La primera faceta tendría aquí que ver con el renovado totalitarismo tecnológico y mediático del sistema. La segunda, tal vez más subyacente y menos evidente, conecta sí o sí la cuestión cultural (tanto en la teoría como en la práctica) con la de-construcción o el desmontaje propositivo y desafiante del sistema desde una vocación utópica, comunitaria y libertaria, del cambio social. Esta lucha por el cambio, en pocas palabras, podría estar siendo más subjetiva y subyacente que nunca en tanto que es el propio sistema el que se ha subjetivado más que nunca antes. No otra cosa denota el sintagma recientemente defendido en *Modernidad explosiva* por la socióloga Eva Illouz: “la sociedad en el alma” (2024: 14)...

Cuando en la película animada *Inside Out* (2015) su protagonista, la pre-adolescente y revoltosa Riley, se ve inmersa en una crisis familiar y personal, y forzada a eliminar recuerdos de su cerebro, hay uno que necesita salvar sí o sí: el anuncio publicitario en televisión del chicle Triple Dental, con su encantador *jingle* incluido, que tan feliz la hizo en su infancia. Es nada más que un ejemplo, pero no anecdótico. El carácter no solo objetivo, sino además subjetivo, del orden social neoliberal ha alcanzado como nunca el sustrato subconsciente de la vida personal y colectiva o común. De la misma manera, y por el mismo procedimiento, el fascismo ha aprendido a instaurarse como subconsciente de un capitalismo que lo reprime tanto como lo sustenta desde, como mínimo, el primer tercio del siglo XX. La subjetividad, entonces, no es solamente una presa o captura del sistema, sino que, además, se convierte ahora en una arena de conflictos y un desafío de experimentación. En el ámbito del género, sin ir más lejos, el oxímoron de las identidades *queer* pone sobre la mesa la urgencia del debate en torno a cómo cuestionar la identidad misma como algo cerrado, compacto o monolítico. Aportaciones actuales como las planteadas desde manifiestos en clave *cyborg* por Donna Haraway (2021) o en clave *glitch* por Legacy Russell (2022), entre otras, abren vías de exploración que, a la vez, ensanchan y vuelven inquietante esta perspectiva.

O cultura o nada

Se podría decir que la condición voraz del sistema social avanza en paralelo al hecho de volverse cada vez más socialmente insoportable. Esta aparente paradoja es tanto el embrión del sufrimiento que daña la vida social en cada vez más sitios, de cada vez más formas, como supone también el espacio que es necesario atravesar para avanzar hacia alguna otra parte. El *fin de la cultura*, entendido como disolución de la experiencia y/o la conciencia cultural, es tanto un momento límite (y sin retorno) del proyecto moderno como, al tiempo, una oportunidad de emergencia crítica. Puede hacer falta comprender (y manejar mejor que hasta ahora) en qué puede aún consistir la orientación subversiva de la cultura en el mundo actual, es decir, qué se pierde en concreto con el

paso de la cultura a la *cooltura*. Es quizá oportuno acordarse de un ensayo de Adrienne Rich, original de 1977, que versaba sobre la lucha de las mujeres contra la despersonalización en las instituciones académicas de la sociedad moderna... su título era “La cultura como exigencia” (2011: 337-344).

Si se proyecta imaginariamente un triángulo estructural que pone en circuito de socialización los intereses de la esfera económica, política y cultural se puede apreciar hasta qué punto la cultura, aunque solamente sea como lugar para hacer preguntas, se vuelve irrenunciable. La economía, atrapada en una hegemonía ciega de los intereses privados y la globalización del sistema corporativo, se convierte en un ámbito cada vez menos accesible para la intervención social. La política, por su parte, capturada en la lógica autotélica del pensamiento de Estado y el sistema de partidos, tiende a desconectarse de

la participación popular. Además, por cierto, la conexión subrepticia entre sistema político y sistema económico se vuelve cada vez más obscena tal y como nebulosamente funciona lo que la diplomacia de la opinión pública presenta como “financiación de los partidos”. Las noticias a escala internacional sobre corrupción de gobiernos, partidos y personalidades representativas se acumulan sobre un

El *fin de la cultura*, entendido como disolución de la experiencia y/o la conciencia cultural

tapete cuya evidencia oculta el entramado perverso de la estructura. Como se sabe desde las investigaciones sobre medios de comunicación en la llamada Escuela de Chicago, al menos desde mediados del siglo XX, la dinámica de la información masiva persigue eficazmente el objetivo principal de bloquear toda práctica o discurso críticos. A propósito de los *mass-media*, como ya observaron en 1948 Paul Lazarsfeld y Robert Merton (1992: 246):

“dichos medios no solo continúan afirmando un *statu quo*, sino que, en la misma medida, no arrojan sobre el tapete preguntas muy esenciales sobre la estructura de la sociedad. De ese modo, promoviendo el conformismo social y facilitando escasos motivos para una valoración más crítica de la sociedad, los medios de comunicación, financiados por el mundo comercial y por la industria, encauzan y contienen, de una manera indirecta, el inevitable desarrollo de opiniones genuinamente críticas”.

En este punto se pone de manifiesto, como en tantos otros, cómo la comunicación en manos del capitalismo se vuelve incompatible con la democracia.

Por así decirlo, es como si la alianza estratégica entre economía y política, o entre mercado y Estado, se acorazara contra cualquier tipo de posición “genuinamente crítica”. Así las cosas, se entenderá la reivindicación de la cultura como espacio simbólico y pragmático desde donde todavía puedan plantearse “preguntas muy esenciales sobre la estructura de la sociedad”. Al

mismo tiempo, y por el mismo motivo, se entenderá de dónde proviene el afán *mainstream* por convertir la dinámica sociocultural en un tsunami de *marketing*, desinformación, propaganda espectacular y obsesión narcisista por las imágenes en red y el *selfie* como forma de vida. Así es como el conformismo se apodera de la desesperación común. En palabras de Percia, “inconformidad dice algo que los cansados se niegan a escuchar y que los agotados saben de memoria” (2010: 167).

El carácter omnívoro y omnívoro del impulso neoliberal subjetiva el daño hasta el límite de que este se perciba como individual en lugar de como señal de un profundo desajuste estructural. Las desigualdades naturalizadas por el capitalismo mundial actúan ahora como una “fuerza existencial” (Illouz, 2025: 227) de manera que emociones como el miedo, la envidia o la decepción se

convierten cada día más en amenazas sistémicas para la salud mental. Sin embargo, y quizá inevitablemente, esta fuerza existencial abre a su vez la vivencia de lo que Santiago López Petit llama una *fuerza de dolor*: un desafío anónimo y común, que resiste a la política oficial en tanto “politizar la propia existencia, y con ella el mundo, choca con lo que se denomina *hacer política*” (López Petit, 2025: 137). Si se pudiera decir que es así, de hecho, como *el sistema de control*

Lo que nos encontramos con el progreso del siglo XXI es una industrialización globalizada de las subjetividades

se descontrola, en fin, sería este tal vez un punto límite para seguir trabajando. El descontrol del sistema de control problematiza, y neurotiza, la zona inestable de lo todavía impensado por la Izquierda, mientras su inminencia vivencial es ya captada en el álbum musical de Moby, editado en 2016, *These systems are failing*.

Con el avance de los años 2000, se ha vuelto reconocible el aspecto evanescente, fantasmal o espiritual del capitalismo contemporáneo, tal como lo calificaron Boltanski y Chiapello (2002). Esta evolución subjetivadora o *espiritual* venía esbozándose como mínimo desde la “industrialización total” detectada por Pasolini (2018), entre otros, en la década de 1970. Desde luego, esta macrodinámica acelerada de hiperestimulación infonerviosa, a través de pantallas y redes, no se comprende sin el poder creciente de las llamadas *industrias culturales*. La apariencia trivial de la televisión, por ejemplo, estaría en el trasfondo de los procesos mediante los cuales, siguiendo a Pasolini (2018: 245), “la represión que opera en la intimidad de todo ciudadano es la más inmedicable que se haya experimentado jamás”.

Tras una primera Revolución Industrial (siglo XIX, máquinas textiles y de vapor...), tras una segunda y posterior (en torno a 1920, electricidad, automóvil y teléfono...), y una tercera oleada industrialista (1970-80, avances en robotización, computerización, microchips y televisión de masas...), lo que nos

encontramos con el progreso del siglo XXI es una industrialización globalizada de las subjetividades, la inteligencia y la (in)consciencia colectivas. La consecuencia palpable, a día de hoy, parece estar siendo la renovada pujanza de una especie de *totalitarismo espectral*, ambiental, cuya hegemonía se sostendría sobre “un control absoluto a largo plazo operado sobre la trayectoria que debe tomar todo ser o toda cosa y garantizado por un compuesto tecnológico que está en proceso de someter todo” (Sadin, 2024: 108). También Mark Fisher ha insistido en cómo el núcleo acorazado de esta tendencia totalitaria podría estar residiendo en la individualización o subjetivación del sistema actuando en el sentido de una, como el propio Fisher dice, “privatización psíquica” (2019: 199). La privatización terapéutica contribuye a la integración funcional del sujeto, claro está, a la vez que puede nublar la visión de cómo, sin ir más lejos, a fin de cuentas, el problema de la depresión “no era (solamente) yo, sino la cultura que me rodeaba” (Fisher 2019: 57).

Inconclusión sobre política y poética

El 20 de abril de 1933, para celebrar el cumpleaños de Hitler, y en primicia para su gabinete privado de gobierno, se estrenó la obra teatral *Schlageter* del dramaturgo Hanns Johst. En un momento climático de la acción, el personaje principal exclamó una frase que, según se cuenta, levantó el aplauso espontáneo de los asistentes: “Cuando oigo la palabra *cultura*, le quito el seguro a mi pistola Browning”. El pasaje ilustra como pocos el ensueño fascista de sustituir la inteligencia por violencia, de acabar con la cultura en tanto que esta abre un espacio donde el pensamiento crítico y la creatividad social se unen como en ningún otro lado.

La dimensión poética de la cultura, y por tanto de la acción social como praxis simbólica, se vuelve decisiva a la hora de una reconfiguración crítica de lo político. En las palabras de Raoul Vaneigem, “la crisis histórica del lenguaje anuncia una superación posible hacia la poesía de los gestos, hacia el gran juego de los signos” (2008: 112). En este sentido amplio y radical, “el combate por el lenguaje es el combate por la libertad de vivir” (2008: 122). Cuando el verbo *politizar* se deja afectar por la imprevisibilidad y el inacabamiento, lo político tiene irremediablemente que ver con una “poesía insospechada” (López Petit, 2025: 137), es decir, con una práctica concebida como *poiesis*, como creatividad común. También Franco Berardi ha insistido en cómo la cultura, entendida en sus términos como “circuito bio-info-psíquico”, nos pone delante de un umbral que es crítico y creativo a la vez, es decir, *político* en un sentido nuevo. Para Berardi (2022: 28), “este es, hablando con propiedad, el espacio de la poesía: la actividad que da forma a nuevas disposiciones de la sensibilidad”. Los conflictos actuales en torno a la dictadura del *marketing*, el narcisismo en las redes sociales y en el campo artístico, los ataques neoliberales a las universidades o las psicopatías que atraviesan la opinión pública, como otros muchos debates y tensiones crecientes, no pueden quedar al margen de una reflexión autocrítica sobre/desde la dimensión cultural de la vida en común. Esta dimensión cultural, no ya de la supervivencia, sino

del querer-vivir en condiciones de libertad e igualdad, en suma, se implica tanto en lo político como en lo poético cuando estos términos arraigan en una concepción comunicativa, (re)inventiva y crítica de la socialidad.

Recientemente la cuenta de Instagram @misspolíticamg publicaba un post que decía: “Los poetas siguen siendo de izquierdas, pero la izquierda ya no es poética”. En un cierto sentido, esa afirmación puede estar teniendo una cierta parte de razón. Incorporar lo poético a lo político, lejos de una opción

entre otras, quizá esté siendo una urgencia táctica. Poetizar no es estetizar: donde la estética persigue un embellecimiento o interiorismo más o menos sublime, la poesía interviene abriendo el sentido desde una percepción no prevista de lo real, hacia otra forma de estar y hacer: una praxis no equalizable, no homologable, que todavía apuesta por la dimensión sig-

La poesía interviene abriendo el sentido desde una percepción no prevista de lo real

nificante de las formas de vida, por un mundo aún sin mundo.

Antonio Méndez Rubio es poeta, ensayista y profesor de Teorías de la Comunicación, Comunicación y Estudios Culturales y Comunicación Musical en la Universidad de Valencia.

Referencias

- Bauman, Zygmunt (1997) *Modernidad y holocausto*. Madrid: Sequitur.
(2002) *La cultura como praxis*. Barcelona: Paidós.
- Berardi, Franco (2022) *El tercer inconsciente (La psicoesfera en la época viral)*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Boltanski, Luc / Chiapello, Ève (2002) *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal.
- Fisher, Mark (2019) *Los fantasmas de mi vida (Escritos sobre depresión, hauntología y futuros perdidos)*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Haraway, Donna (2021) *Manifiesto cibernético*. Madrid: Kaótica Libros.
- Lazarsfeld, Paul; Merton, Robert (1992) “Los medios de comunicación de masas, el gusto popular y la acción social organizada”. En AAVV: *Industria cultural y sociedad de masas*. Caracas: Monte Ávila, pp. 230-259.
- López Petit, Santiago (2025) *Tiempos de espera (Marx, Artaud y la fuerza de dolor)*. Barcelona: Verso.
- Méndez Rubio, Antonio (2023) *Fascismo de baja intensidad*. Santander: La Vorágine.
- Pasolini, Pier Paolo (2009) *Escritos corsarios*. Madrid: Ediciones del Oriente y del Mediterráneo.
(2018) *Todos estamos en peligro*. Madrid: Trotta.
- Percia, Marcelo (2010) *Inconformidad (arte, política, psicoanálisis)*. Lanús: La Cebra.

- Rich, Arnold (2011) *Sobre mentiras, secretos y silencios*. Madrid: horas y HORAS.
- Russell, Legacy (2022) *Feminismo glitch (Un manifiesto)*. Barcelona: Holobionte Ediciones.
- Sadin, Éric (2024) *La vida espectral (Pensar la era del metaverso y las inteligencias artificiales generativas)*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Vaneigem, Raoul (2008) *Tratado del saber vivir para uso de las jóvenes generaciones*. Barcelona: Anagrama.
- Williams, Raymond (2001) *Cultura y sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión.

El arte y la diferencia

Nuria Peist

■ Un tsunami reaccionario cayó sobre nuestros cuerpos. Y nos debatimos entre el asombro, el quebranto y la urgencia de activar una conciencia que nos permita imaginar estrategias frente a este momento tan convulso. György Lukács pensaba que los acontecimientos de la historia podían o bien pasar por nosotros sin ninguna claridad o bien activando la necesidad de reconocerlos y resolverlos como clase social:

“Lo que importa, pues, es la cuestión de hasta qué punto la clase de que se trate realiza las acciones que le impone la historia *consciente o inconscientemente* (...) Tiene significación importante para todas las decisiones prácticas de una clase la cuestión de si es capaz de *aclararse* y de resolver los problemas que le presenta el desarrollo histórico” (Lukács, 2021: 116).

Dejemos un momento de lado la idea de clase y pensemos en quienes escribimos y leemos estos artículos. Nos mueve la voluntad de entender este momento histórico, pero muchas veces no lo hacemos con la conciencia de ser agentes de la historia, sino observando desde fuera aquellos males que sentimos amenazantes.

Necesitamos entonces *aclarar* que el tsunami también está en nosotros; que estos cuerpos están habitados por una manera de estar en el mundo distinta, más individualista, más reactiva y autorreferencial. Nuestra luz no está opacada por el mal, sino que también somos esto que está pasando. Pero que una parte de la historia presente atravesase todo no implica uniformidad. Entre otros motivos, porque somos y tenemos algo más que presente. Somos también el pasado y nuestro pasado. Somos las derivas más positivas –la solidaridad, la creatividad, lo colectivo, lo distributivo, actitudes que posibilitaron algunos órdenes sociopolíticos y nos dieron oportunidades y nos configuraron– y las más negativas –lo autoritario, discriminador e injusto que fue parte también de nuestra historia común–. Y somos también el futuro, lo que aún no es, pero puede ser.

La complejidad cultural actual puede incitarnos a reflexionar sobre algo de lo dicho. No pocas veces, miramos la cultura desde fuera en lugar de analizar qué nos pasa en relación con los otros. Pocas veces consideramos qué nos acerca, qué nos separa, qué nos enamora y qué nos causa rechazo. Analizando todo esto desde nuestra posición social –que también tiene intereses y prejuicios, además de solidaridades y afectos– tal vez podamos entender algo de lo que representa nuestro espacio y qué derivas se reproducen. Me centraré en una tensión que creo que persiste: la compleja relación entre la cultura que acapara más miradas y amores y aquella que no está del todo disponible a la admiración.

Lo que se encuentra más o menos marginado puede rechazarse, consciente e inconscientemente o, en el polo opuesto, magnificarse. Al mismo tiempo, la variedad de estímulos resultado de la cantidad apabullante de consumo cultural que nos brinda este momento socioeconómico nos hace sentir que podemos ser cualquier cultura o que todas las culturas son igual de importantes. Que nos hibridamos, multiculturalizamos, cosmopolitamos. Entonces, mientras nos mezclamos, o mientras reivindicamos e hipervaloramos una parte pequeña de alguna cultura, vamos olvidando las desigualdades concretas. Nada más efectivo que esas buenas intenciones que ocultan de forma inconsciente el corazón de una relación de dominación: como no podemos renunciar al dominio cultural propio de nuestro espacio sin renunciar a nuestra mismísima identidad, lo ocultamos con argucias que parecen inocentes y cargadas de naturalidad y sentido.

Pero no somos monstruos ni funcionamos aislados. Formamos parte de un tejido que presenta una gran diversidad de relaciones de dominación. Un tejido del que no podemos escapar de manera absoluta, pero que tiene grietas que nos permiten activar alternativas. Así lo hicimos y lo seguimos haciendo, por ejemplo, con el patriarcado y con el racismo que habitan dentro y fuera nuestro. Pero, por algún motivo, la violencia cultural, las exclusiones, las idealizaciones o el rechazo a lo que no es propio se resisten a presentarse en la conciencia. Y lo reaccionario de nuestro interior activa la maquinaria. Como lo hizo siempre, pero con una fuerza particular en un momento donde es prácticamente imposible ser inmune a la reacción y tan necesario traerla a la conciencia.

Lo reaccionario de nuestro interior activa la maquinaria en un momento donde es prácticamente imposible ser inmune a la reacción y tan necesario traerla a la conciencia

Lo que hace la cultura artística

Vamos a explicarnos desde el corazón mismo de la cultura más reconocida y valorada: la artística. No hablaremos de casos individuales, ni de artistas, ni de mecenas, ni de intelectuales, sino de un sistema cuyo funcionamiento nos sirve para entender una parte del reaccionario cultural que campa en estos momentos. El primer paso es aceptar que el espacio del arte sigue existiendo. Parece una obviedad, pero no lo es. El arte contemporáneo se plagó de discursos inclusivos, tanto que instauró la ilusión de que ya no hay fronteras, de que la y el espectador hace la obra, de que el giro social muta la práctica artística en agente de cambio, de que la tecnología permite que todos consumamos de todo, de que, como mencionamos, la sociedad es tan plural y compleja que ya no hay una relación estrecha entre desigualdades sociales y desigualdades

culturales. Pero la institución arte sigue existiendo, física –museos, revistas, clases, mercado...– y simbólicamente –adhesión intelectual, sentimental y práctica a la excelencia de sus productos–.

El segundo paso es asumir que tanto nos encantamos con lo artístico que olvidamos algunas perversiones inscritas en su orden. Pero primero un inciso. Así como aceptamos que los agentes particulares del mundo del arte no son culpables directos, también vamos a exonerar al arte mismo. No se trata de separar la obra de una configuración de dominación cultural, sino de mirar el entramado en su conjunto y de no poner el foco solo en las acciones individuales. Habiendo aclarado que no arremeteremos contra el arte como actividad ni, mucho menos, contra sus artífices, la pregunta se impone. ¿Cuáles son las perversiones del sistema o, al menos, de parte del sistema? Propongo que suele haber una tendencia a opacar toda solución que no entre dentro de sus fronteras. Esta exclusión se produce de manera absoluta o parcial. O bien se menosprecia lo que es distinto a lo creativo hegemónico o bien se extrae de lo distinto solo una parte de su identidad. Hay algunas palabras que nos permiten simplificar lo dicho, el par conocido *miserabilismo* / *folclorismo* y la *explotación* estructural. Veamos cada uno de estos términos.

Miserables y folclóricos

Se entiende por miserabilismo la reducción de lo popular a la miseria (Grignon & Passeron, 1991). Podemos ampliar la palabra y concebir que también se miserabilizan aquellos espacios sociales que tienen capital económico –en cantidad variable– pero que no poseen capital cultural. Es decir, sus recursos culturales causan animadversión porque se perciben como afectados, fuera del canon del *buen gusto*, siempre diverso, pero con fronteras susceptibles de analizarse. Lo miserable es entonces no solo las condiciones materiales, sino también las condiciones culturales que, si no encajan en lo más o menos bien considerado, causan repulsión. No nos detendremos aquí. Tan solo planteo que el concepto de miserabilismo requiere, en ocasiones, una aplicación más amplia que no se concentre únicamente en lo estrictamente considerado como *popular*. Remito a la película *Le goût des autres* de Agnès Jaoui (2000) que ilustra muy bien lo descrito.

Uno de los argumentos más utilizados por los discursos miserabilistas es que hay prácticas culturales que no tienen calidad suficiente como para ser valoradas. En la Bienal de Venecia de 2022, el pabellón de Bolivia sufrió ataques vandálicos. Había recibido numerosísimas críticas que provenían de intelectuales y artistas contrarios al gobierno que había decidido enviar a los artistas del colectivo indígena Warmichacha. Lo que nos interesa aquí es que los argumentos en contra se basaban sobre todo en la mala calidad de las obras. Sin entrar en la polémica que se activó entre opciones políticas, vemos que las lógicas del mundo del arte permiten con mucha facilidad poner por delante un tipo de excelencia y minimizar el acontecimiento principal: que un colectivo indígena esté representado en la Bienal. Llama la atención que

un encuentro que acoge la crítica política con tanta fruición no haya siquiera denunciado o, al menos, visibilizado el vandalismo.

Cuánto cuesta aceptar que la calidad no prime como condición indispensable y única para la valoración intelectual y artística. En *Fratelli tutti*, la carta encíclica sobre la fraternidad y la amistad social, el papa Francisco dice lo siguiente:

“Una sociedad humana y fraterna es capaz de preocuparse para garantizar de modo eficiente y estable que todos sean acompañados en el recorrido de sus vidas, no sólo para asegurar sus necesidades básicas, sino para que puedan dar lo mejor de sí, aunque su rendimiento no sea el mejor, aunque vayan lento, aunque su eficiencia sea poco destacada.” (Francisco, 2020, n. 110).

La calidad de las cosas es muchas veces indispensable. Pero los valores con los cuales se valora la excelencia no pueden ser siempre los mismos. Rapidez, rendimiento, exhibición, son los criterios opuestos a los que atiende Francisco. El problema entonces no es si algo es mejor o peor, sino que se

El problema no es si algo es mejor o peor, sino que se aplican moldes que provienen de criterios de espacios privilegiados que extienden su mirada sobre el mundo

aplican moldes rígidos que provienen de criterios de espacios privilegiados que extienden su mirada sobre el mundo. No obstante, existen otras posibilidades. La marca de ropa Top Manta del Sindicato Popular de Vendedores Ambulantes tiene un logo que representa una manta cayendo. La cadencia de la imagen está en las antípodas, por ejemplo, del logo de Nike, donde se exhibe la corrección afilada y el triunfo. La tienda de Top Manta funciona con unas lógicas distintas a las que es-

tamos acostumbrados. No hay prisa, no hay escapatismo, sino la oferta de un producto que colabora a mejorar las condiciones de trabajo de muchísima gente, además de permutar algunos de los valores más perversos de la comercialización.

El folclorismo es el otro lado de la moneda. Se valora una cultura distinta al canon, pero se la idealiza como tradición inofensiva, desactivando todo componente político que pueda tener asociado. Los escenarios son numerosísimos. En Occidente hay, por ejemplo, una gran fascinación por la música africana, pero su consumo no implica casi nunca considerar que esos mismos músicos tienen muy difícil la entrada en Europa, incluso para sus conciertos. Christopher Kirkley, fundador del sello Sahel Sounds, ha denunciado varias veces cómo músicos virtuosos de Níger o Mali, como Mdou Moctar, son adorados por el público *hipster* europeo, pero se encuentran con un muro burocrático a la

hora de conseguir los visados para las giras (Katey Trnka, 2019). Importa la música, pero no la situación de las personas.

Dentro del folclorismo, se obvia la miseria, como en el caso anterior, o se utiliza, pero siempre dejando de lado la vida de los protagonistas. Es un proceso selectivo, donde se asume solo una parte de la realidad. En su hermoso poema *Picasso*, Pier Paolo Passolini plantea que el artista malagueño se había transformado en un ícono de la izquierda a pesar de no figurar en sus cuadros el elemento popular:

(...) Ah, no está en el sentimiento
del pueblo esta Paz despiadada suya, este
idilio de gorilas blancos. Ausente
se halla el pueblo de aquí: su murmullo calla
en estas telas, en estas salas, mientras fuera
explota, feliz por las plácidas
calles festivas, en un común canto
que invade barrios y cielos, aldeas y valles
a lo largo de Italia, hasta los Alpes (...)
(Passolini, 2009: 79-81)

Esa ausencia está muy presente. Se menciona, por ejemplo, el dolor de un pueblo o colectivo, pero repugnan o se ignoran sus costumbres de vida. De nuevo, advertimos que no son culpables los individuos, sino que forman parte de un entramado que promueve y posibilita determinadas prácticas. La obra *250 cm de línea tatuada sobre 6 personas remuneradas* del conocidísimo Santiago Sierra es sintomática. Se contrata a seis personas desocupadas de La Habana a cambio de 30 dólares para que se dejen tatuar una línea en la espalda. Luego se realiza una fotografía conjunta. Aunque el gesto pretende ser una crítica y una denuncia de la explotación –el dinero puede comprar incluso el cuerpo y la dignidad, algo que el mundo del arte y el mercado legitiman–, termina por estetizar la violencia que sufren los individuos, además de usarlos a su antojo. La vida de esas personas, sus gustos, su realidad cotidiana quedan olvidadas bajo la estética minimalista de la obra.

En el polo opuesto, el fotógrafo Martín Parr se centra en las costumbres más cotidianas de cierto tipo de persona. En la entrada de Wikipedia sobre el artista lo explican así: “Su obra se caracteriza por el sentido del humor y la ironía de su mirada sobre el estilo de vida de la *gente corriente* en Gran Bretaña” (Wikipedia, s. f.). La página de Canon especifica cuáles son esas costumbres: “En su obra, reconocible al instante, lo ha analizado todo, desde el consumismo global hasta el turismo de masas y el estilo de vida de los más ricos” (Clark, s. f.). Cruzando estas dos interpretaciones, la gente corriente serían las masas y las personas ricas. Las personas con capital cultural hegemónico estarían a salvo de su lente. Parr retrata muchedumbres en las playas, ropa fluorescente, comida basura, pieles quemadas por el sol, joyas. Y lo hace con un estilo saturado, iluminadísimo y muy irónico. Sus retratos, en

definitiva, no son un análisis del consumo de algunos sectores de la población británica, como normalmente se suele defender, sino una mezcla entre hiperestetización, burla y repulsión por las costumbres que retrata.

Explotación artística

En los ejemplos mencionados, la exclusión basada en el folclorismo tiene un objetivo muy claro: utilizar lo distinto para provecho propio. Música africana, cuerpos necesitados, costumbres de *gente corriente*, realidades al servicio de quien tiene algo que consumir o decir de ellas, sin retorno alguno. Estamos en este caso ante una de las manifestaciones de la explotación cultural (Moreno Pestaña, 2026). Las penas y los recursos de las clases menos favorecidas son tema de las representaciones artísticas, pero nada se da a cambio. Esta realidad contribuye a la reproducción de las jerarquías socioculturales porque no hay un intercambio entre iguales, o una voluntad de redistribución cultural, sino una apropiación para provecho propio.

La exclusión basada en el folclorismo tiene un objetivo muy claro: utilizar lo distinto para provecho propio

Es importante aclarar que no todo el arte comprometido utiliza la explotación para la elaboración de sus denuncias. Muchas veces se trata de un acercamiento honesto y con la voluntad de promover un intercambio justo. No podemos usar ninguna receta para discernir las buenas de las malas intenciones. Es preciso analizar los casos y evaluar los grados de

apropiación, que casi nunca son absolutos. Aunque es evidente que se trata de un sistema cuyo orden facilita este tipo de actividad extractiva. Pero, así como el ámbito artístico lanza sus dardos de exclusión y explotación fuera de sus dominios, otro tanto ocurre en sus entrañas. Como si de un bumerán circular se tratara, el campo recibe un trato similar que colabora a la vez a seguir propagando sus aspectos más negativos.

En la Cátedra Extraordinaria de Filosofía Social de la Discriminación Corporal (s. f.), estudiamos la manera en que los cuerpos que trabajan están expuestos a distintas miserias. El espacio de la producción cultural se caracteriza por un tipo de explotación específica: se impone a las y los trabajadores artistas una lógica de excelencia en los comportamientos –jergas y movimientos–, los gustos –un sentido estético definido– y los cuerpos –modelos de contención y delgadez– que proviene de las profundidades mismas del campo. Estos criterios no son malos *per se*, pero se imponen provocando daños físicos y psíquicos, entorpeciendo el trabajo, aportando beneficios no retribuidos y reproduciendo el sistema jerárquico originario. De esta manera, los recursos se transforman en capital. Es decir, no siempre los gustos y modelos del mundo del arte colaboran a la explotación. Lo hacen cuando reparten hacia afuera y hacia adentro condiciones que beneficia a una poca gente y perjudica a mucha.

La explotación material es otra de las monedas de cambio del mundo del arte. La legislación en torno a los derechos de los trabajadores y trabajadoras culturales es deplorable y colabora a perpetuar una realidad laboral hiper precaria. Algunos países europeos desarrollan políticas de protección del trabajo creativo. Irlanda, por ejemplo, luego de dos años de prueba, va a implementar el programa *Basic Income for the Arts*, un ingreso mensual destinado a artistas y trabajadores culturales con el objetivo de asegurar unas condiciones materiales mínimas: “El objetivo principal del programa (...) es ayudar a los artistas a afrontar la precariedad de sus ingresos y evitar que abandonen el sector por motivos económicos” (Department of Culture, Communications and Sport, 2025). Es muy significativo que un campo que a lo largo de la historia desarrolló un ámbito tan especializado, con tantos agentes específicos y tantas lógicas representativas propias, no incluya entre sus especialidades el que las personas puedan vivir de su actividad laboral.

La postura reaccionaria suele ser vista como una total animadversión a los cambios. Aunque, y muy relacionado, también se manifiesta como un rechazo a lo distinto y una adoración de lo ya adorado. Nos puede parecer lógico. Al fin de cuentas, necesitamos reaccionar a lo diferente para fortalecer nuestra identidad. Pero cuando reflexionamos sobre los enfrentamientos entre las

El encuentro con el otro no suele tener espacio en la cultura imperante a menos que se lleve a lo *kitsch*

distintas visiones del mundo que sufrimos en la actualidad, no podemos dejar de profundizar en las muy variadas tensiones que se manifiestan en la cultura. Algunas son más evidentes y otras se resisten a aparecer en la conciencia. El mundo del arte concentra en su interior una manera de relacionarnos con lo cultural que también configura nuestras subjetividades. Entre otras cuestiones,

porque se trata de un espacio con valoraciones que son rectoras en nuestras sociedades. Entonces, es preciso problematizarlo: su configuración admite y posibilita muchos menosprecios, muchos idealismos y las explotaciones culturales y económicas se reproducen sin cesar tanto hacia dentro como hacia fuera del campo.

Ilustro con una comparación la tensión que recorrió este texto. Diego Armando Maradona es un referente cultural para mucha gente. Su imagen aparece en numerosas fotografías que se transformaron en íconos populares. Entre ellas, encontramos el denominado Proyecto Pelusa, una recopilación de fotos que el futbolista se sacó con personas de todo el mundo. La gente enviaba sus imágenes y quedaban así incluidas en una iniciativa que adquirió la forma de libro (Cukierkorn & Schor, 2022). Aquí, los fanes no están

retratados con ironía, sino que aparecen con naturalidad al lado de alguien a quien consideran su ídolo. Nada más alejado de las imágenes de Martín Parr, en donde la estetización de lo común es el resultado de una mirada ajena y extractivista. Pero ni las icónicas imágenes de Maradona ni, mucho menos, el Proyecto Pelusa, van a trascender en la memoria de la Historia del arte. Federico Barela, leyenda de la fotografía, lo dice en el recuerdo de Fernando Tranfo: “Vea, m’hijo, Diego nació para dos cosas: jugar al fútbol y ser fotografiado. Y llevó a ambas expresiones artísticas a su versión más sublime. La historia del fútbol tiene obviamente un capítulo dedicado a Diego, pero la historia de la fotografía, imperdonablemente, no” (Tranfo, 2025). El encuentro con el otro no suele tener espacio en la cultura imperante a menos que se lleve a lo *kitsch*. Traigamos a la conciencia esa realidad.

Nuria Peist es profesora del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Barcelona, especializada en teoría y sociología del arte y la cultura. Es coordinadora de transferencia de la Cátedra Extraordinaria de Filosofía Social de la Discriminación Corporal.

Referencias

- Artistas en descontento con pabellón de Bolivia montado en Bienal de Venecia. (2022, 24 de abril). *Opinión*. <https://www.opinion.com.bo/articulo/cultura/artistas-descontento-pabellon-bolivia-montando-bienal-venecia/20220423224235864142.html>.
- Cátedra Extraordinaria Filosofía Social de la discriminación corporal (s. f.). *Blog de la Cátedra Extraordinaria Filosofía Social de la discriminación corporal*. <https://blogs.ugr.es/catedra-filosofiasocial/>
- Clark, David (s. f.) Martín Parr: “Creo ficción a partir de la realidad”, *Canon*. <https://www.canon.es/pro/stories/martin-parr-style-vision/>
- Cukierkorn, Damián y Schor, Sebastián (2022) *Proyecto Pelusa: La vida del más grande a través de los ojos de la gente*. Editorial independiente.
- Department of Culture, Communications and Sport (2025). *Basic Income for the Arts*. Gov.ie. <https://www.gov.ie/en/department-of-culture-communications-and-sport/campaigns/basic-income-for-the-arts-pilot-scheme/>
- Francisco (2020) *Carta encíclica Fratelli tutti sobre la fraternidad y la amistad social*. La Santa Sede, 3 de octubre). https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20201003_enciclica-fratelli-tutti.html.
- Grignon, Claude y Passeron, Jean-Claude (1991) *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y en literatura*. Nueva Visión (ed. or. 1989).
- Jaoui, Agnès (Directora) (2000) *Le goût des autres* [Película]. Canal+, France 2 Cinéma, Les Films A4.
- Lukács, Geörgy (2021) *Historia y conciencia de clase. Estudios sobre dialéctica marxista*. Siglo XXI (ed. or. 1923).

- Moreno Pestaña, José L. (2026) *Los dos cuerpos del trabajo. Una teoría de la explotación*. Akal.
- Passolini, Pier P. (2019) *Las cenizas de Gramsci*. Visor Libros (ed. or. 1957).
- Tranfo, Fernando (2025) “Diego, la foto y la película”. *Página 12*, 3 de diciembre. <https://www.pagina12.com.ar/2025/12/03/diego-la-foto-y-la-pelicula/>
- Trnka, Katey (2019) “Sahel Sounds: Connecting Cultures Across Continents”, *Vortex*, 19 de agosto. <https://www.vrtxmag.com/articles/sahel-sounds-connecting-cultures-across-continents/>
- Wikipedia (s. f.) *Martin Parr*. Wikipedia, la enciclopedia libre. https://es.wikipedia.org/wiki/Martin_Parr.

Desaparece, se apaga
la vida conocida
el coche, el móvil, el televisor, la consola
se los traga la tierra y nosotros
no sabemos cavar, no sabemos
cavar bajo el sol, huimos de
la penumbra redescubierta de la noche

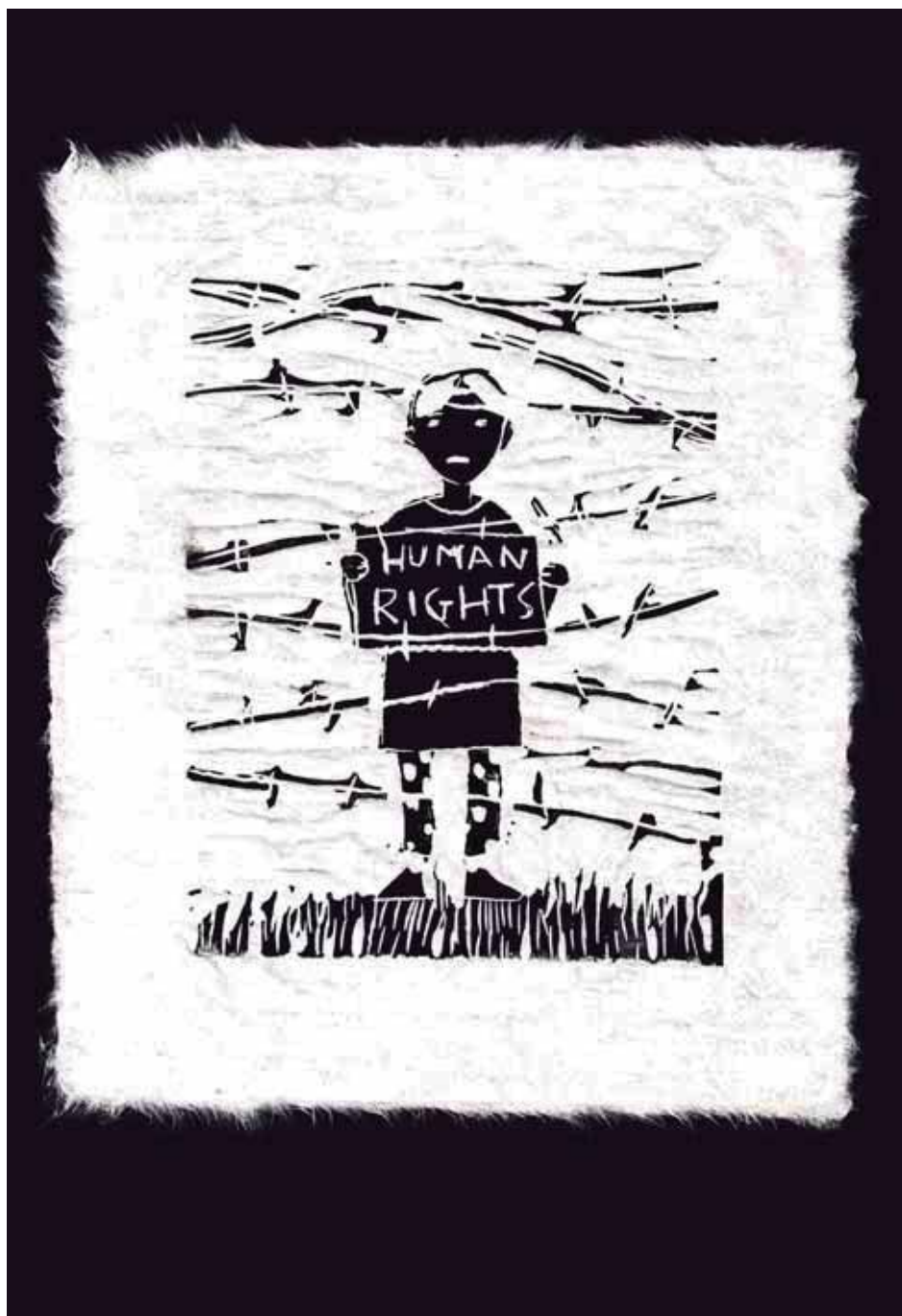
De nuevo, qué nos pertenece
solo la pérdida y el miedo
solo el hambre y la nostalgia
el nuevo comienzo de la humanidad

Otra vez, perdónanos, no supimos
lo que hacíamos, te lo rogamos,
señor, devuélvenos a tu creación
acaba con este último domingo
de sufrimiento apocalíptico y atroz

Desaparece, se apaga
la salvación espiritual
hay vida después de la muerte
el petróleo, el Estado, el IBEX35, el faisán
se les ha caído el cielo encima
no podemos recoger sus trozos porque
se deshacen entre las manos
convertidos en humo negro

Lo que queda es un recuerdo
lo que permanece es el cambio

(Ane Campaña Blanco)



La lucha de clases hoy: fragmentación y crisis de la forma política

Sushovan Dhar

■ Se ha puesto de moda afirmar que la lucha de clases ha quedado relegada al pasado, disuelta por la desindustrialización, dispersada por mercados laborales fragmentados, eclipsada por movimientos identitarios y agotada junto con las instituciones que en su día le dieron forma política. Desde este punto de vista, la clase parece haber perdido su protagonismo y, en el mejor de los casos, sobrevive como una categoría residual de análisis. Sin embargo, este veredicto se basa en una confusión fundamental: entre la visibilidad de la lucha de clases y su necesidad estructural. En lugar de trascender el antagonismo de clases, el capitalismo ha cambiado y reestructurado el campo de batalla. Lo que se ha debilitado no es la relación antagonista entre el capital y el trabajo, sino más bien las formas políticas y organizativas a través de las cuales ese antagonismo se hizo en su día legible, duradero y eficaz. La crisis actual de la política de clases no es, por tanto, una crisis de ausencia, sino de recomposición en condiciones adversas. Para comprender la lucha de clases hoy en día, hay que partir de esta reorganización, en lugar de la nostalgia por las formas perdidas o el repliegue en explicaciones culturales.

El neoliberalismo y la reorganización de las relaciones de clase

El neoliberalismo, a menudo caracterizado erróneamente como la retirada del Estado en favor de los mercados, ha supuesto una profunda reorganización del poder estatal, dirigida a remodelar las relaciones de clase, lo que ha dado lugar a un empleo flexible, sistemas de bienestar diluidos, regímenes migratorios más estrictos, y servicios públicos mercantilizados.

Lejos de retirarse, el Estado se ha involucrado profundamente en la organización de las bases para la acumulación y la disciplina laboral. Esta reforma ha alterado la forma de la lucha de clases, que se ha dispersado desde el punto de producción a un terreno social más amplio: la vivienda, la deuda, los cuidados, la salud, la educación, las fronteras y la represión policial.

Insistir en esto no significa negar la importancia que siguen teniendo las luchas en los centros de trabajo, sino reconocer que la explotación y la dominación se organizan ahora en toda la vida social. La cuestión no es si existe la lucha de clases, sino por qué no logra convertirse en una fuerza política duradera.

La informalidad laboral como norma de clase

El trabajo informal se trata a menudo como una condición descriptiva: la ausencia de contratos, regulaciones o seguridad en el mercado laboral aparece bien como un residuo del subdesarrollo en el Sur Global, bien como una

erosión circunstancial del empleo anteriormente estable en el Norte Global. Sin embargo, no se trata simplemente de una reestructuración del mercado laboral, sino de un modo de dominio de clase (Bremán, 2016). En gran parte del Sur Global, el trabajo informal no es marginal ni transitorio, sino la forma dominante de existencia proletaria. Históricamente, los empleos formales nunca han funcionado como una norma universal capaz de anclar la reproducción social (Banaji, 2010). El empleo ha sido durante mucho tiempo episódico, combinando multiplicidad de trabajos, y entrelazado con estrategias de supervivencia doméstica, pequeña producción de mercancías, migración y endeudamiento. La reestructuración neoliberal no introdujo esta condición, sino que la consolidó. Hoy en día, la informalidad se estructura a través de la política estatal, con regímenes de planificación urbana que penalizan a las y los vendedores ambulantes, al tiempo que los toleran de forma selectiva. Los sistemas de bienestar regulan a la población sin garantizar sus derechos, y el control se ejerce a través de la policía y las normativas, en lugar de la

Hoy en día la informalidad representa una regulación sin protección, más que una falta de regulación

legislación laboral. Los regímenes migratorios crean una mano de obra numerosa y necesaria que permanece en una situación jurídica precaria. Por lo tanto, la informalidad representa una regulación sin protección, más que una falta de regulación.

En el Norte Global, la informalidad adopta una forma histórica diferente, pero cumple una función similar. Aquí, parece ser un proceso

de regresión: cadenas de subcontratación, autoempleo ficticio, contratos de cero horas, trabajos en plataformas y la expansión de los regímenes laborales migratorios y racializados. A menudo descrito como una disrupción tecnológica o flexibilidad del mercado laboral, la realidad es un desmantelamiento deliberado de la norma salarial. Los compromisos institucionales que antaño estabilizaban las relaciones laborales –la negociación colectiva, las prestaciones sociales y la legislación laboral– se han desmantelado, y los costes y riesgos de la reproducción social han vuelto a recaer sobre los hogares y los individuos. Esta estrategia de fragmentación obstaculiza la negociación colectiva y traslada los costos sociales a las comunidades, lo que a su vez socava el poder colectivo de las y los trabajadores. A pesar de la existencia de protestas y movilizaciones locales, éstas carecen de cohesión organizativa. La informalidad fragmenta no solo las relaciones laborales, sino también el tiempo, el espacio y la situación jurídica. El trabajo se vuelve intermitente, disperso entre distintos lugares y, a menudo, criminalizado o semilegal, lo que aumenta los costes y los riesgos de una organización sostenida. En tales condiciones, la acción colectiva se ve obligada a ciclos cortos de movilización, lo que hace que la suma de movilizaciones sea estructuralmente difícil, y no tanto que esté mal orientada políticamente.

Lucha de clases *sin* norma salarial

Aunque la lucha de clases siempre se extendió más allá del lugar de trabajo, durante gran parte del siglo XX la relación salarial funcionó como su principal eje organizativo. El empleo estable, los empleadores identificables, la negociación colectiva y los sindicatos legalmente reconocidos proporcionaron la base material e institucional sobre la que se podía generalizar el conflicto entre el trabajo y el capital. En la actualidad, las relaciones salariales ya no pueden servir como punto principal de agregación política. Los trabajadores y trabajadoras no se enfrentan a un único empleador, sino a un conjunto disperso de intermediarios, algoritmos, autoridades municipales y centros de servicios sociales. La huelga clásica, aunque persiste, pierde su capacidad de funcionar como arma universal. Esta transformación no despolitiza a las y los trabajadores, sino que desplaza los escenarios de lucha. Este desplazamiento multiplica las zonas de conflicto sin proporcionar un ancla institucional u organizativa común. Las luchas surgen simultáneamente en los ámbitos de la vivienda, el bienestar, los cuidados y el empleo, pero no existe ningún mecanismo capaz de vincular estos frentes en una resistencia unificada. Por lo tanto, el resultado no es la despolitización, sino más bien una dispersión de las energías políticas en frentes inconexos.

La creciente importancia de las luchas por la reproducción social también se refleja en la expansión de lo que se ha descrito como mano de obra “conectada” en los ámbitos del cuidado, la educación, la salud y los servicios (Vogel 1983; Fraser, 2016). Lejos de representar una esfera aislada del dominio capitalista, esta mano de obra está cada vez más sujeta a los mismos imperativos de control, descualificación y racionalización que transformaron históricamente el trabajo industrial. Ahora, las técnicas de gestión y los sistemas digitales miden, programan y reorganizan sistemáticamente las prácticas de cuidado, compromiso emocional y conexión humana, que durante mucho tiempo se han considerado capacidades informales, feminizadas y naturalizadas. Este cambio no eleva la reproducción por encima del conflicto de clases, sino que lo intensifica. A medida que el capital busca extraer valor del trabajo, que es inseparable de la interacción humana, las luchas en torno a la carga de trabajo, las ratios de personal, el tiempo, y la autonomía profesional se convierten en formas centrales del antagonismo de clases. La politización del cuidado no es, por tanto, un cambio cultural, sino una consecuencia material de la penetración cada vez más profunda de la acumulación en las condiciones de la reproducción social. El trabajo de cuidados es ejemplar más que excepcional. Procesos similares afectan a la educación, la logística, los servicios de plataforma y el trabajo del sector público, ya que en todos ellos se someten cada vez más las capacidades relacionales y temporales a la medición y el control. La expansión de este tipo de trabajo no indica un alejamiento del conflicto de clases, sino la extensión del capital a ámbitos que antes estaban parcialmente protegidos de la creación directa de valor.

Identidad, diferencia y recomposición de clase

La fragmentación de la lucha de clases contemporánea se atribuye a menudo al auge de la política identitaria. Las luchas en torno a la raza, el género, la casta, la migración, la sexualidad o la nacionalidad parecen ser fundamentales, desviando la atención de la explotación y socavando la unidad de clase. Los defensores de la política identitaria tratan la clase como una identidad más entre otras, incapaz ya de proporcionar unidad central para la acción política. Estas posiciones identifican erróneamente el problema al confundir una condición estructural con una supuesta disputa cultural.

Por supuesto, la identidad desempeña un papel crucial en la estratificación del trabajo y la desigualdad en las sociedades capitalistas, más allá de ser un mero constructo ideológico. Contribuye a segregar a las y los trabajadores en función del género, la raza, la casta, la ciudadanía y la legalidad, lo que da lugar a jerarquías que favorecen la acumulación y el control del capital. Por ejemplo, los trabajadores y trabajadoras migrantes pueden ser deportados; el trabajo de las mujeres suele relegarse a tareas de cuidado o puestos flexibles,

y las personas afectadas por la discriminación racial o de casta suelen ocupar los puestos de trabajo más peligrosos y marginados. El capitalismo, como totalización de las distintas formas de explotación, absorbe la identidad como mecanismo fundamental de dominio de clase, más que como mero marcador superficial de diferencia (Hall, 1997; Poulantzas, 1978). El problema, por lo tanto, no es la identidad como experiencia vivida o como base de la resistencia, sino como forma política separada de los

Las luchas basadas en la identidad son parte integral de las luchas de clases, ya que actúan como respuestas a formas especiales de dominación

mecanismos de generalización. Cuando las luchas se limitan a reivindicaciones particulares, resultan comprensibles para el poder precisamente porque no amenazan la organización de la acumulación en su conjunto.

Las luchas basadas en la identidad son parte integral de las luchas de clases, ya que actúan como respuestas a formas especiales de dominación, como la violencia de género, la vigilancia policial racializada, la opresión de castas y las prácticas de ciudadanía excluyentes. Sin embargo, es útil examinar las formas políticas a través de las cuales se manifiestan estas luchas identitarias. En condiciones neoliberales, estas luchas tienden a individualizarse y a mediar a través de las ONG y marcos legales, desplazando el foco de la oposición colectiva hacia cuestiones de reconocimiento e inclusión. A pesar del reconocimiento de las diferencias, las estructuras subyacentes que perpetúan la desigualdad permanecen, en gran medida, sin cambios. Esta forma de mediación representa una estrategia de gobernanza deliberada que gestiona el conflicto social al tiempo que mantiene la acumulación existente.

La ONGización continúa no solo por ingenuidad política, sino porque se alinea con la lógica despolitizada, basada en proyectos, de la gobernanza neoliberal. Al operar dentro de los marcos de los donantes y los mandatos administrativos, estas formas estabilizan la lógica de la supervivencia al tiempo que neutralizan el antagonismo, sustituyendo en su mayor parte la confrontación por la gestión y el poder colectivo por la representación.

Al interpretar la dominación estructural como agravios personales o grupales, se limita el potencial de luchas más amplias, convirtiendo la identidad en un marcador de vulnerabilidad en lugar de una base para la fuerza colectiva. Esto conduce a una paradoja en la que, a pesar de la proliferación de luchas identitarias y una mayor visibilidad, las dinámicas de clase permanecen estáticas. La clase trabajadora parece dividida, no por nuevas diferencias, sino por la falta de organización política. Debemos reconocer el papel fundamental que desempeñan los conflictos de identidad en la formación de clases, en lugar de descartarlos como meras distracciones de las cuestiones de clase. Sin un proceso de recomposición, la diferenciación consolida la jerarquía, convirtiendo la identidad en una herramienta para reorganizar la dominación de clase en lugar de un medio para desafiarlo. El protagonismo actual de la identidad de *clase media* –celebrada en el Sur Global y lamentada en el Norte Global– no debe interpretarse como una prueba de la superación de las clases, sino como una formación inducida políticamente que canaliza la ansiedad por el estatus y la desigualdad lejos del capital y hacia formas fragmentadas, a menudo reaccionarias, de identificación social.

La recomposición como estrategia

Una política de clases renovada no puede resolver este *impasse* apelando a una unidad abstracta o exigiendo que las luchas particulares se subordinen a una agenda de clases predeterminada. La unidad de clase no es un hecho sociológico, sino un logro político. Debe construirse a partir de posiciones diferenciadas producidas por el propio capitalismo. Esto requiere reconocer las luchas identitarias como diagnóstico –que revela dónde se concentra más la explotación, el despojo y la coacción– e insistir en que su horizonte político no puede limitarse al reconocimiento o la representación.

La recomposición, en este sentido, no significa borrar las diferencias. Significa organizarse a pesar de las diferencias. Las luchas feministas apuntan hacia la desmercantilización del cuidado y la socialización de la reproducción. Las luchas de las y los migrantes plantean cuestiones relacionadas con las fronteras, la disciplina laboral y las jerarquías imperiales. Los movimientos antirracistas y anticastistas exponen los aparatos coercitivos que gestionan el excedente y el trabajo informal. Cuando se generalizan de esta manera, las luchas identitarias profundizan la política de clases en lugar de fragmentarla.

Acumulación política y forma política

El análisis anterior apunta a una paradoja que define la coyuntura actual. El antagonismo de clases está muy extendido y a menudo es agudo. La

informalidad laboral, el despojo, y la gobernanza coercitiva generan oleadas de luchas recurrentes en el mercado laboral, las comunidades y los territorios. Sin embargo, estas luchas rara vez se acumulan en forma de desafíos duraderos al poder capitalista. La movilización es frecuente, pero la transformación social es poco habitual. Por lo tanto, el problema central al que se enfrenta la izquierda hoy en día no es la ausencia de luchas, sino la ausencia de formas políticas capaces de sumar las diferentes luchas dando un sentido común.

La *acumulación política* se refiere a la capacidad de preservar las luchas más allá del momento en que estallan, generalizar las reivindicaciones en

todos los sectores y mantener la presión a lo largo del tiempo. Se diferencia de la movilización como tal. Sin acumulación, incluso las luchas intensas y repetidas no logran alterar la relación de fuerzas entre las clases. Este problema no puede explicarse por la falta de militancia, conciencia o compromiso moral. Tampoco puede reducirse únicamente a la represión. Tiene sus raíces en las condiciones estructurales, es decir, la fragmentación del trabajo, el desplazamiento de la lucha del lugar de trabajo a múltiples lugares de reproducción y la diferenciación de la clase trabajadora

El problema central al que se enfrenta la izquierda hoy en día no es la ausencia de luchas, sino la ausencia de formas políticas capaces de sumar las diferentes luchas

en función de la identidad, la legalidad y el acceso a los recursos. Estas condiciones generan antagonismo y, al mismo tiempo, socavan los mecanismos a través de los cuales se puede generalizar el antagonismo.

La acumulación política requiere mediación (Bensaid, 1995). Depende de organizaciones e instituciones capaces de vincular las luchas entre sectores, traducir los conflictos locales en demandas generales y mantener la confrontación con el capital y el Estado a lo largo del tiempo. En las condiciones actuales, estas formas de mediación son débiles, inexistentes o están desalineadas políticamente. El resultado es una proliferación de luchas que siguen siendo episódicas, sectoriales o simbólicas.

Una respuesta a este *impasse* ha sido el electoralismo. Ante la fragmentación de los movimientos y la disminución de la capacidad organizativa, muchos en la izquierda han considerado el éxito electoral como un atajo hacia el poder, sustituyendo la organización por la representación y las fuerzas sociales por programas políticos. Sin embargo, las estrategias electorales desvinculadas de la organización de clase se enfrentan a un aparato estatal hostil y a un capital organizado, sin capacidad para reestructurar la relación de fuerzas. Cuando se cierran las oportunidades electorales, como suele ocurrir, la debilidad subyacente de la acumulación política queda al descubierto. Esta sustitu-

ción es visible incluso en los debates contemporáneos más sofisticados sobre la *desalineación* política de la clase trabajadora, especialmente en Estados Unidos, donde un extenso trabajo empírico documenta el descenso del apoyo electoral a los partidos socialdemócratas entre los votantes de la clase trabajadora de todas las razas. Aunque estos análisis rechazan acertadamente las explicaciones culturalistas y hacen hincapié en las reivindicaciones materiales, tratan la realineación electoral como el horizonte principal de la política de clases, reduciendo la recomposición a un problema de comunicación, selección de candidatos o ejecución efectiva de políticas. La intensidad de este debate es en sí misma sintomática de un vacío organizativo más profundo: cuando las formas duraderas de organización de clase son débiles o inexistentes, la alineación electoral se convierte en el sustituto a través del cual se interpreta la crisis de acumulación política.

Una segunda respuesta ha sido el *movimientismo*, la valorización de la espontaneidad, la horizontalidad y la movilización continua. Esta orientación reconoce correctamente los límites de la política institucional y la importancia de las luchas más allá del centro de trabajo. Pero sin formas duraderas de coordinación y estrategia, tiende a confundir la intensidad con el poder. Las movilizaciones estallan, generan visibilidad y luego se disipan, dejando las capacidades organizativas sin más fuerza que antes.

Los debates recientes dentro del propio movimiento obrero reflejan este punto muerto. Las propuestas que hacen hincapié en la influencia en los *puntos críticos* logísticos de las cadenas de suministro –puertos, almacenes, centros de transporte– reconocen implícitamente que el poder capitalista ya no se concentra en un único lugar de trabajo o relación salarial, sino que se dispersa a través de redes de circulación y reproducción. Este cambio dirige útilmente la atención hacia las infraestructuras materiales a través de las cuales se organiza la acumulación en el capitalismo contemporáneo. Sin embargo, la limitación estratégica de estos enfoques no radica en su diagnóstico sobre dónde podrían producirse los paros, sino en su incapacidad para resolver el problema de la acumulación política. La capacidad de movilización, incluso cuando se dirige con precisión, no genera por sí misma una organización duradera ni un poder de clase amplio. Sin formas mediadoras capaces de vincular las movilizaciones episódicas con una estrategia colectiva sostenida, el poder de la movilización en centros logísticos corre el riesgo de reproducir el mismo patrón que aflige a la movilización contemporánea en general: intensidad sin acumulación y confrontación sin recomposición.

Una tercera forma de mediación es la ONGización, especialmente frecuente en contextos de informalización y retroceso del Estado. Las ONG suelen estabilizar la lógica de supervivencia, prestar asistencia y articular las reivindicaciones en el lenguaje de los derechos y la inclusión. Pero precisamente porque operan dentro de mandatos institucionales limitados, tienden a despolitizar los conflictos. Gestionan la vulnerabilidad en lugar de enfrentarse a la acumulación, traduciendo los antagonismos estructurales en problemas técnicos o casos individuales.

Estas respuestas difieren políticamente, pero comparten una limitación común: sustituyen el arduo trabajo de recomposición de clase por formas parciales de mediación. Ninguna resuelve el problema de la acumulación porque ninguna reconstruye las capacidades organizativas necesarias para enfrentarse al capital y al Estado como actores de clase.

La debilidad de la forma política no es, por lo tanto, accidental. Refleja la desarticulación histórica del movimiento obrero, la erosión de los partidos arraigados en la organización de clase y la ausencia de nuevas formas capaces de operar en los nuevos regímenes laborales. Cuando estas formas existen, a menudo se limitan a sectores o momentos específicos, sin capacidad de generalizarse.

La acumulación política requiere estrategias que enfrenten al Estado como un terreno de lucha, no sólo como un ámbito de representación

Esto no implica que la forma política pueda simplemente reinventarse a voluntad. Las formas surgen de la lucha, pero también dan forma a su trayectoria. El reto actual no es replicar las instituciones heredadas –sindicatos, partidos o frentes– tal y como existían antes, sino desarrollar formas de organización capaces de vincular la producción y la reproducción, el trabajo formal e informal, los ciudadanos y los no ciudadanos, sin reducir estas diferencias a la abstracción.

Es fundamental resaltar que el Estado no puede ser tratado como un instrumento neutral a la espera de ser tomado. Es un lugar central del poder de clase. Por lo tanto, la acumulación política requiere estrategias que enfrenten al Estado como un terreno de lucha, no sólo como un ámbito de representación. Sin la presión sostenida de las fuerzas sociales organizadas, el poder estatal reproduce las relaciones de clase existentes, independientemente de los resultados electorales.

La persistencia de una lucha fragmentada junto con una acumulación débil ha generado una frustración generalizada en la izquierda. Esta frustración se expresa a menudo como cinismo hacia la política o como impaciencia con la propia organización. La acumulación política actual exige una recomposición de las relaciones sociales fragmentadas. Requiere formas de organización que puedan operar a múltiples escalas, perdurar más allá de los momentos de movilización y articular un antagonismo general sin borrar las diferencias. Se trata de una tarea exigente, y no hay atajos. Pero sin afrontar directamente el problema de la forma política, la lucha de clases seguirá estallando sin converger, y la movilización seguirá siendo un sustituto del poder real.

La recomposición debe considerarse como un proceso histórico y no simplemente como un diseño organizativo. Se desarrolla de forma desigual, se caracteriza por el conflicto, el fracaso y los avances parciales, y está influenciada

por las relaciones cambiantes entre la producción, la reproducción y el poder estatal. Cualquier política de clase sostenible surgirá de estas contradicciones, y no de soluciones simplistas. No existe un plan definido para esta tarea. Las formas políticas no pueden diseñarse al margen de la lucha, ni pueden improvisarse sin tener en cuenta las condiciones a las que deben enfrentarse. Lo que sí se puede decir es que el problema al que se enfrenta la izquierda hoy en día no es la ausencia de antagonismo de clase, sino la ausencia de fuerzas capaces de organizarlo a gran escala y a lo largo del tiempo.

Sushovan Dhar es activista y sindicalista y militante de la Cuarta Internacional en la India.

Referencias

- Banaji, Jairus (2010) *Theory as History: Essays on Modes of Production and Exploitation (Historical Materialism)*. Brill.
- Bensaid, Daniel (1995) *Marx intempestif. Grandeurs et misères d'une aventure critique (XIXe - XXe siècles)*. Fayard.
- Fraser, Nancy (2016) "Contradictions of capital and care". *New Left Review*, 100.
- Hall, Stuart (1997) "Race, Articulation and Societies Structured on Dominance", en Gates, N. (ed) *Cultural and Literary Critiques of the Concepts of "race"*. Garland Publishing, Inc.
- Poulantzas, Nicos [1978] (2025) *Estado, poder y socialismo*. Bellaterra Edicions.
- Vogel, Lise [1983] (2013) *Marxism and the Oppression of Women. Toward a Unitary Theory*. Brill.

Sindicalismo en el cambio de época. Apuntes para la gran tarea estratégica pendiente

Miguel Sanz y Víctor de la Fuente

■ Si algo caracteriza el momento actual podríamos decir que *contradictorio* es el calificativo que mejor se acomoda. Existen tantas oportunidades para la reconstrucción de una estrategia política basada en la autoemancipación de las trabajadoras y trabajadores sobre las contradicciones cada vez más evidentes de la crisis capitalista, como límites evidentes de nuestras herramientas políticas para esta tarea.

Este artículo es un intento honesto por impulsar una reflexión y labor militante, en el sentido de quienes piensan y trabajan de manera cotidiana por levantar y dar forma, en la realidad concreta, una serie de ideas sobre las que entender y transformar el mundo a partir sus contradicciones. En nuestro caso, las ideas de un proyecto ecosocialista, un comunismo basado en la autoliberación de las masas, la democracia socialista y la revolución como única salvación del conjunto del planeta y de todas las vidas que viven sobre el mismo.

Estas notas abordan uno de estos retos: levantar una estrategia política capaz de sostener y movilizar a un sector de la clase trabajadora en, y a partir de, el lugar de trabajo. El sindicato, como la autoorganización de las trabajadoras y trabajadores en torno a su puesto de trabajo, sin mitificarlo, sino para dotarnos de un arma imprescindible para golpear en el estómago de la producción, la circulación y el consumo. El conflicto en el centro de trabajo es el ladrillo que construye la confrontación de la clase trabajadora como clase. El conflicto laboral aislado no es *la lucha de clases*, pero sí constituye la pieza sobre la que potencialmente puede construirse la acción de la clase trabajadora como clase en su conjunto.

¿A qué nos enfrentamos?

Afrontamos un profundo cambio de época, las evidencias son tantas como abrumadoras. Convivimos con una crisis política de la hegemonía liberal que ha venido cimentando el marco de lo posible desde el final de la II Guerra Mundial. Aun hundiendo sus raíces en la crisis económica estructural, su expresión hoy es especialmente política. A lomos de la cual sectores de la burguesía aspiran a politizar aspectos de la crisis económica con el fin de imprimir una nueva vuelta de tuerca a los mecanismos de explotación y dominación. En nuestra opinión –y será el eje sobre el que trataremos de reflexionar– lo que calificamos como *factor subjetivo*, el estado de ánimo de los distintos sectores sociales, condiciona en gran medida la situación.

Por una parte, observamos cómo los rencores y miedos atraviesan a una pequeña burguesía, más o menos consciente de que su papel y fuerza social se encuentran en progresiva descomposición en occidente. Tanto por la propia crisis estructural, como por las amenazas que el anterior ciclo progresista

señaló (sólo) como potenciales, constituyen la cimentación ideológica de la extrema derecha actual. Un *programa de rencores* que hubiera dicho Nicos Poulantzas. Se trata de una clase a la ofensiva políticamente, dispuesta a empezar a laminar los marcos del consenso liberal para ir más allá, con el fin de imponer un nuevo orden.

Por otra parte, el proletariado migrante aparece como el único sector en ascenso en la clase trabajadora. La dependencia económica cada vez mayor del capital sobre la incorporación masiva de mano de obra migrante ofrece un

salvavidas para miles de empresas.

El crecimiento cuantitativo de este sector de la clase trabajadora genera que cada vez más sean conscientes del crecimiento de su papel social.

En esta situación, el racismo aparece no como simple espantajo propagandista, sino como un recurso para garantizar el sometimiento social de estos trabajadores y trabajadoras e imponer bajos salarios y escasos derechos laborales.

Además, el racismo opera de manera efectiva entre los sectores

blancos de las clases populares. Tras el fracaso del anterior ciclo progresista, y la derrota de los sectores populares que lo impulsaron, su situación política no es simplemente defensiva, sino que ha dado lugar a un estado de ánimo -con algunas excepciones- marcado por la apatía y la pasividad. El racismo tiene la función de neutralizar una potencial alianza en el seno de la clase trabajadora entre el sector migrante y el nativo.

Esta situación debemos enmarcarla en lo que viene siendo el magma del sindicalismo actualmente existente. Una acumulación de décadas de derrotas, salarios paralizados (cuando no en retroceso), pérdida progresiva de poder adquisitivo, impotencia frente a los cierres y despidos, etc. Todos ellos son elementos que suman y suman al descrédito generalizado del sindicalismo.

¿Cuáles son los grandes retos que afronta el movimiento sindical?

Una vez delimitado lo que entendemos como el marco general sobre el que intervenimos, procedemos a identificar lo que consideramos que son los principales límites de la actual política sindical. No se trata simplemente de diagnosticar, sino de señalar estos límites que detectamos en nuestra experiencia para superarlos.

- En primer lugar, debemos demostrar la utilidad genuina de la organización. Y es que el sindicato debe otorgar una garantía mínima de que va a defender al trabajador en el punto más básico: salarios, condiciones laborales y, en última instancia, el despido. Sin

esto, y ante la acción unilateral del empresario, no podemos esperar una adscripción ciega de un trabajador hacia un sindicato, ni siquiera la membresía más utilitarista. Entre 1985 y 2024 la densidad sindical (porcentaje de personas afiliadas a un sindicato del conjunto de la masa laboral) ha caído alrededor de un 30 % a un 15 %, mientras la cobertura de la negociación colectiva lo ha hecho del 50 % al 30 % 1/. Si bien este retroceso se ha dado en el marco de grandes movimientos tectónicos a nivel ideológico y geopolítico, y no puede explicarse por una causa única, el hecho de que los sindicatos hayan fallado a nivel de empresa en sus obligaciones más básicas es a la vez síntoma y causa de esta situación. Prolifera el derrotismo, la sumisión y el posibilismo.

- Esta pelea contra el derrotismo se combate también en el plano de las ideas. Las formas de acción sindical responden a ideas extendidas entre el grueso de las y los trabajadores, y no al revés. La consideración de que existe más que perder que ganar en una lucha, así como la desconfianza hacia futuras conquistas y en definitiva la falta de confianza en sus propias capacidades y fuerzas, es el sustrato sobre el que bebe la *concertación social*. Bajo esta lógica, la acción sindical se reduce en la mayoría de los casos a la aceptación pasiva de los acuerdos alcanzados por los comités de empresa. Esta traslación de la política reformista al conflicto en el seno de la producción y la reproducción capitalista se asienta sobre un sentimiento real de un sector de la clase trabajadora hoy mayoritario. Dejar de menospreciarlo y considerarlo como un simple engaño, es el primer paso para revertirlo.
- Esto nos lleva a uno de los puntos centrales frente a la política de concertación: nuestra apuesta sindical debe de ser capaz de generar confianza. De hecho, la confianza suficiente como para animar a las trabajadoras a romper con la delegación constante de su futuro en la dinámica negociadora. Ello implica la necesidad de pensar racionalmente una estrategia sindical realmente útil. Lo cual pasa, no por exigir o autoexigirnos retos imposibles de alcanzar, sino por imponernos las tareas que podemos realmente resolver: planes progresivos y pequeños pasos, en lugar de objetivos imposibles. Son bastantes los casos de luchas sindicales que podemos identificar, desde su propio origen, como potencialmente derrotados. Conflictos completamente espontáneos sin la mínima preparación previa, herramientas que no corresponden a las fuerzas reales, ausencia de planificación del trabajo a medio y largo plazo, e incluso la falta de adaptación del trabajo sindical a un mundo laboral tremendamente dinámico.

1/ OECD (2025) "Membership of unions and employers' organisations, and bargaining coverage". 30 de septiembre. Disponible en: <https://www.oecd.org/en/publications/>

[membership-of-unions-and-employers-organisations-and-bargaining-coverage_fe47107c-en/full-report.html](https://www.oecd.org/en/publications/membership-of-unions-and-employers-organisations-and-bargaining-coverage_fe47107c-en/full-report.html)

- El ascenso de la extrema derecha y su presencia posible en gobiernos, así como un hipotético gobierno en el Estado español de confluencia entre PP y Vox, podría incidir directamente contra estructuras centrales para el sindicalismo de concertación. Esto podría acabar con las formas económicas de aportación pública hacia las organizaciones sindicales, cuyas estructuras dependen de ellas; así como aminorando totalmente el papel de las estructuras institucionales (Mesas de Diálogo Social), espacios de mediación sindical y laboral sobre las cuales el sindicalismo de concertación apoya su propia razón de ser. Por lo tanto, la supervivencia de las organizaciones sindicales depende de su propia capacidad para sostenerse, demostrándose realmente útiles, reforzando el papel de los cuadros sindicales y afiliados, impulsando la democratización de la negociación colectiva.

¿Un nuevo sindicalismo?

Pese al retroceso del sindicalismo de las últimas décadas, podemos encontrar tendencias que apuntan en la dirección contraria: la revitalización de las luchas laborales de base y el redescubrimiento de los sindicatos como herramientas útiles. Estas tendencias tienen en común un cambio en el enfoque: de la mera gestión de las relaciones laborales aceptando el marco de la concertación social –socialdemócrata en Europa, corrupto y corporativo en los Estados Unidos–, hacia la orientación de la actividad de base y la democratización; por ejemplo, la participación, control e intervención en la negociación colectiva por parte de las plantillas.

Este nuevo sindicalismo es aún tan solo un repertorio de nuevas estrategias para revertir el declive. En función del contexto en el que se produzca, ha significado una ruptura con el *business unionism* (Estados Unidos), un complemento contradictorio y problemático del modelo sindical existente (Reino Unido y Alemania), o una hibridación en mayor o menor medida con los movimientos sociales de base y/o su repertorio de acción (sindicalismo *de plataforma* en el sur de Europa). A su vez, más allá del contexto occidental, este nuevo sindicalismo también se está abriendo paso en el Sur Global, en términos de desafío a la tradición sindical existente o como hibridación con nuevos movimientos comunitarios 2/.

Si bien el nuevo sindicalismo no ha revertido las bajas tasas de densidad sindical de forma general (aunque sí en sectores y empresas concretos), y seguimos inmersos en una situación crítica, sí supone una respuesta llamativa e inspiradora que busca la recomposición del poder laboral en contextos donde el soporte institucional del sindicalismo ha colapsado o es insuficiente.

2/ Los ciclos *online* de Organizing 4 Power, una plataforma de formación puesta en marcha por el grupo internacional de organizadores y organizadoras en torno a la difunta Jane McAlevey, dan una idea del arraigo que las metodologías de *organizing* están tomando entre sindicatos de Latinoa-

mérica, África, Sudeste Asiático y Oriente Medio. Lejos de lo que se podía esperar, la mayoría de las personas que participan y nutren de experiencias estas formaciones multitudinarias (en cada sesión suelen participar entre 5000 y 8000 personas) pertenecen a organizaciones del Sur Global.

El origen de una parte importante de estas nuevas tendencias de renovación sindical está en la reorientación estratégica de varios sindicatos en los Estados Unidos durante la década de 1990. Sindicatos como el SEIU (servicios), UNITE HERE (sector privado de hostelería, restauración, logística) o el mismo UAW (automoción y aeronáutica) tuvieron arduos procesos de recomposición interna que condujeron en muchos casos a la incorporación de diferentes variantes del *organizing* en el enfoque de su actividad. Esto implicaba un cambio estratégico bastante acusado, dada la incompatibilidad del *organizing* con la trayectoria seguida hasta entonces por las direcciones sindicales previas.

El *organizing* supone una recuperación de las estrategias de intervención sindical de las organizaciones comunistas en Europa y Estados Unidos en las primeras décadas del siglo XX. Estas estrategias, que tenían como escenario la creciente industria del periodo de entreguerras y el ámbito agrario, se basan, por un lado, en la intervención sobre las redes relacionales que la misma producción genera (la cadena de producción y la referencialidad de algunos trabajadores para los demás) y, por otro, en la consideración de los y las trabajadoras como *trabajadoras al completo*, insertos en una comunidad obrera, con sus propios conflictos y realidades más allá del ámbito laboral.

Esta nueva corriente del sindicalismo, y en especial aquella que se apoya en el *organizing*, se asienta sobre algunos pilares que la hacen especialmente relevante para la izquierda revolucionaria:

- El enfoque contemporáneo es global. Los y las promotoras intelectuales de las nuevas estrategias de lucha (sectores de la izquierda sindical europea y norteamericana) tienen una vocación internacionalista, pero carecen al mismo tiempo de una articulación internacional.
- El principal mérito del *organizing* es la aplicación de una metodología sistemática en el plano de la organización sindical, trascendiendo el voluntarismo y las consideraciones abstractas de justicia. Es la construcción del poder obrero a nivel de centro de trabajo, paso a paso y sin atajos. Su máxima es la de dar la batalla sólo para ganar, y no darla si aún no hay posibilidades reales de victoria. A través de una aproximación minuciosa al proceso de organización sindical, ha destilado las estrategias que permiten a los sectores más avanzados poner en movimiento a todos los demás: identificación de líderes orgánicos en los centros de trabajo, elección de una semántica obrera y colectiva, análisis del poder y del contexto sociológico que

envuelve al conflicto laboral, escalada progresiva más que acción temeraria... La confianza en la lucha y la acumulación se producen a través de la victoria laboral de las *supermayorías*, no por la acción voluntarista de las minorías más conscientes en empresas y sectores.

- Si bien las metodologías de *organizing* no son en sí mismas una panacea, e incluso son utilizadas a veces por la burocracia sindical para controlar los conflictos desde arriba ^{3/}, tienen un gran potencial transformador cuando intersecan con el concepto socialista de autoemancipación y partido de vanguardia. Por un lado, ofrece una vía de intervención a la maltrecha izquierda revolucionaria, débil y sin arraigo en la clase trabajadora. Puede servir como pista de aterrizaje para la política sindical de estas organizaciones que, aun siendo débiles en número, son capaces de realizar intervenciones estratégicas coordinadas y duraderas. Por otra parte, su corazón –la acción directa y toma de conciencia de las mayorías obreras a través de la lucha– coincide con el núcleo del programa de las organizaciones que apuestan por un socialismo desde abajo, desafiando la concepción institucionalista y burocrática tanto de la izquierda socialdemócrata como la de tradición estalinista.
- Se está produciendo un *laboratorio* de nuevo sindicalismo en algunos países como EE UU y Alemania, abriendo posibilidades de intervención para la izquierda radical con interés genuino en el ámbito laboral. La burocracia sindical ve peligrar su propia existencia por el declive de la afiliación y el papel de la negociación colectiva. Sectores de esta burocracia con una visión más a largo plazo están perdiendo el miedo a la experimentación y a la puesta en marcha de nuevas estrategias sindicales. Estos escenarios ofrecen un espacio privilegiado para la intervención de la izquierda anticapitalista organizada.

Retos de la izquierda radical

A continuación, proponemos apuestas concretas que consideramos que pueden ser útiles para identificar labores estructurantes. Es decir, no se trata de parchear cubriendo conflictos coyunturales, sino de dar pasos que una vez asentados permitan abrir nuevos caminos y otorgar un papel relevante a militantes de la izquierda revolucionaria.

- En primer lugar, impulsar lo que Harl Draper llama *centros políticos*, espacios y redes de formación y reflexión política colectiva sobre los problemas que atraviesan la construcción sindical para facilitar el desarrollo de cuadros sindicales. Combinando la discusión sobre

^{3/} Sindicatos del Reino Unido (UNITE) y Alemania (IG Metall) han incorporado elementos de la metodología de *organizing* que no implican una perspectiva transformadora o democratizadora del proceso de negociación colectiva. Esta segmentación y

ejecución selectiva de tácticas les permite, por ejemplo, afiliarse a más gente u organizar huelgas más eficientes, sin tener que asumir las negociaciones abiertas y la participación directa de las plantillas en las decisiones que son *prescriptivas* del *organizing*.

cómo avanzar en la construcción sindical concreta en los centros de trabajo, con debates estratégicos y programáticos. Así como, que sea capaz de conectar los conflictos laborales concretos, con una concepción más amplia e integral de la crisis capitalista.

- En segundo lugar, es clave reconocer y aportar en las labores cotidianas de construcción sindical. Los recursos técnicos y humanos pueden llegar a suponer una gran aportación. Esta práctica concreta de la experiencia del conflicto otorga una riqueza inigualable en la actual situación de timidez de un movimiento sindical basado en la conciliación. Su victoria será un ejemplo catalizador para el resto y para la propia praxis.
- En tercer lugar, se hace imprescindible la construcción de relaciones de confianza mutuas entre militantes revolucionarios y los cuadros sindicales que tienen capacidad real de influir sobre otros cientos de trabajadores. Sobre estos vínculos podemos contribuir al desarrollo del conflicto sindical, partiendo de ellas para encarar posibles conflictos políticos que apuntan a desarrollarse en el panorama actual.
- Cuarto, identificar sin apriorismos los sectores sociales y los centros laborales donde mayor potencial tenemos para dar un primer salto. Es evidente que existen sectores sindicales que continúan atesorando una experiencia y tradición de lucha insustituible. Sin embargo, no suele ser ahí donde están presentes los nuevos militantes de la izquierda radical.
- Quinto y último, hacer que las organizaciones participen de modo que puedan tomar partido en los conflictos laborales desde dentro, no como agentes externos que apoyan, observan o asesoran. La debilidad numérica de la izquierda revolucionaria no puede bloquearnos a la hora de desarrollar estrategias de intervención que, por otra parte, deben constituir las vías para dotarnos de nuevos arraigos entre los sectores más avanzados de la clase trabajadora.

Dos aportes estratégicos para la época

Queremos acabar con dos aportaciones para pensar a largo plazo.

- Un antídoto básico y esencial para comenzar a revertir la falta generalizada de autoestima entre la clase trabajadora es la *unidad* del mayor número de trabajadoras y trabajadores. La unidad más allá de las afiliaciones sindicales y políticas constituyó un elemento político central en el desarrollo del movimiento obrero. La III Internacional afrontó esta cuestión como una prioridad estratégica, desechando las pretensiones de quienes abogaban por la separación total respecto a los sindicatos reformistas, aislándose de los principales trabajadores organizados. Este elemento constituye una forma de traslación al terreno sindical de la hipótesis estratégica del *frente único* que desarrolló la Internacional Comunista en su tercer congreso. La unidad del conjunto de las y

La unidad más allá de las afiliaciones sindicales y políticas constituyó un elemento político central en el desarrollo del movimiento obrero

los trabajadores, organizados colectivamente, permite reforzar su capacidad de luchar, así como, mejorar las condiciones para que el sector revolucionario pueda convencer al resto y hacer avanzar sus

posiciones. Precisamente es uno de los objetivos centrales cuando Lenin aclama su famosa consigna *a las masas*, que buscaba evitar el aislamiento de los revolucionarios respecto al conjunto de los trabajadores. En el contexto del Estado español, la existencia de múltiples sindicatos (una anomalía en el ámbito internacional) le otorga una dimensión crucial a la cuestión de la unidad. Las nuevas metodologías de lucha sindical descritas más arriba

encuentran grandes dificultades para asentarse en escenarios de división sindical. La unidad es un requerimiento trascendental que une el desarrollo de la conciencia de clase –el no aislamiento de los revolucionarios– y las necesidades prácticas de la lucha sindical inmediata: golpear juntas para golpear más fuerte.

- La crisis actual, que trasciende a la mera crisis económica, ofrece la posibilidad de enfrentar una batalla política contra la dominación capitalista. Es decir, allí donde *a priori* sólo apreciamos un conflicto laboral, existe la oportunidad para defender la necesidad del propio reconocimiento humano. Así lo expresaba Engels:

“Se preguntará: ¿Por qué, entonces, los trabajadores hacen huelga cuando la inutilidad de tales medidas es tan evidente? Simplemente porque deben protestar contra toda reducción en su salario (...) porque se sienten obligados a proclamar que ellos, como seres humanos, no se inclinarán ante las circunstancias económicas y sociales, sino que estas condiciones deben ceder a ellos como seres humanos” 4/.

La lucha sindical es un paso, pues aspiramos a dar la batalla política total y por lo tanto la organización política se presenta como una necesidad. En este sentido, la experiencia del nuevo sindicalismo estadounidense es muy interesante. El vínculo entre éste y el desarrollo de DSA (Socialistas Democráticos de América) está madurando de una manera cada vez más orgánica. Se trata de una relación dialéctica donde ambos se retroalimentan.

Un ejemplo histórico de esto lo encontramos en 1910 con la elección del alcalde socialista Emil Seidel en

4/ Engels, Frederic. (2019) *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Marxists.org, p. 304. Disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/situacion/situacion.pdf>.

Milwaukee. Su victoria fue el resultado de un crecimiento exponencial de la militancia obrera. Fuentes señalan que en aquel momento se daba una relación de 1 militante por cada 60 ciudadanos –en DSA, tras el crecimiento de los últimos años, es de 1 militante por cada 670 habitantes–. Sin embargo, el aspecto numérico no es el determinante, sino el papel político que los militantes

La expansión social y política de DSA hoy no podría entenderse sin el papel cada vez más relevante del nuevo sindicalismo

radicales jugaban en Milwaukee, donde lideraban importantes conflictos sindicales y jugaban un papel central en las luchas de las comunidades obreras. La expansión social y política de DSA hoy no podría entenderse sin el papel cada vez más relevante del nuevo sindicalismo, nutriendo la organización política de trabajadores que se deciden a dar el paso a la lucha política tras experiencias sindicales. Entre otros efectos, está favoreciendo la presencia de trabajadoras y trabaja-

dores en puestos centrales de dirección política y representación. De la misma manera que la expansión de la lucha sindical sería difícilmente posible sin el apoyo económico y sindical que aporta DSA.

Curiosamente también en Minneapolis, hoy se está dando la que posiblemente sea una de las batallas políticas contra la extrema derecha más importantes. De nuevo este vínculo orgánico político-sindical vuelve a relucir. Frente a las redadas de Trump con su brazo armado, ICE, organizaciones sindicales y políticas impulsaron una huelga laboral este pasado mes de enero.

La retroalimentación entre la esfera sindical y la política es un proceso histórico característico del conjunto de la izquierda. Sin embargo, los sectores con perspectivas más ambiciosas de transformación social han perdido la capacidad de intervención estratégica para nutrirse de esa relación. Es el gran reto que tenemos pendiente en este nuevo ciclo incierto en el que nos adentramos.

Miguel Sanz y Víctor de la Fuente son militantes de Anticapitalistas.

Sentido común

Si todos en su mismo coche,
casa, piso, viaje para el verano
para todos de oferta,
como otra temporada de otoño o primavera
que renueve el armario
(se lleva el amarillo),
si todos hacen régimen
y buscan, viernes noche, la eterna juventud
ahogada de ginebra,
y luego se despiertan, de pronto, a beber agua,
todos se nos despiertan,
tal vez a beber agua, o no,
quizá a atender la angustia de las sombras,
porque todos ansían un futuro perfecto
donde no beban solos
ni preocupe la luz de los espejos,
las deudas, la familia,
las ansias por un sueldo que llegue a fin de mes
y nos inflame,
qué bueno ese futuro para todos nosotros,
los mismos, los iguales,
cada uno en su coche, casa, piso,
somos tan diferentes, sí,
somos tan diferentes,
y tantos, tantos yoes cada minuto que pasa
que sorprende, a todos nos sorprende constatar
tamaño coincidencia,
y ahí la duda,
si todos los que somos más bien originales,
todos le hemos mentido al reloj de mañana
o tachamos los días,
o soñamos despiertos
a qué olerá el vecino si lo tuviera cerca,
muy cerca,
ahí la duda,
si a todos una duda nos revuelve el fondo de los ojos
para dejar de hartarnos, de aburrirnos,
si un soplo de inquietud nos desconvence
tal vez, digo solo tal vez,
podríamos cambiar.

(Diana García Bujarrabal)

Las izquierdas en la encrucijada: Apuntes para una nueva construcción

Julia Cámara y Raúl Camargo

■ 1. ¿De dónde venimos?

Han transcurrido ya casi 8 años desde la llegada al gobierno del PSOE de Pedro Sánchez, primero en solitario y, a partir de 2020, en coalición con Unidas Podemos (Podemos, IU, Comunes) hasta el 2023 y con Sumar (IU, Comunes, Movimiento Sumar) a partir de entonces. Este tiempo, prácticamente dos legislaturas completas, es más que suficiente para poder realizar un balance ajustado de lo que ha supuesto, en términos sociales y políticos, el gobierno progresista. Y, en primer lugar, podemos convenir que ha existido desde el principio una disociación entre la propaganda discursiva y las medidas que este gobierno ha ejecutado realmente. Las promesas del primer ejecutivo en solitario de Sánchez incluían medidas tales como la derogación de la denominada *Ley Mordaza*, aprobada por el anterior gobierno de derechas de Mariano Rajoy para reprimir de forma severa las protestas en su contra, o la de la Reforma Laboral, que le costó a Rajoy una Huelga General. Ninguno de los aspectos más lesivos de estas dos leyes bandera de las políticas de la derecha han sido corregidos tras 8 años de gobiernos progresistas. Otro caso paradigmático de la inacción del gobierno progresista en temas sensibles para la clase trabajadora han sido las políticas de vivienda. En la legislatura donde gobernaron PSOE y Unidas Podemos se aprobó una Ley de Vivienda que no ha servido para casi nada, pues dejaba en manos de las Comunidades Autónomas, mayoritariamente dirigidas por el PP, la limitación del de los alquileres e, incluso en las regiones gobernadas por el PSOE, esas limitaciones han sido muy escasas. Durante estos 8 años de gobiernos de coalición progresista no ha habido ninguna redistribución real de la riqueza y los bancos y las grandes empresas han obtenido los mayores beneficios de su historia.

Pero no hay que olvidar que el gobierno progresista ha contado en todos estos años con la complicidad de las capas medias ilustradas y de la parte mayoritaria que vota de la clase trabajadora, que han ido apoyando de forma mayoritaria tanto al PSOE como a UP, primero, y a Sumar, después, en las distintas elecciones. Solo los casos de corrupción dentro del PSOE y las divisiones internas dentro del espacio político Sumar-Podemos han ido mermando los apoyos del gobierno de forma significativa en ese sector social. Incluso la defensa de un liberalismo económico y político, con la UE como pilar del sostenimiento de un capitalismo amable con las clases medias, constituye uno de los puntos fuertes del actual gobierno de coalición y forma parte del sentido común dominante del progresismo. Tampoco es extraño que, visto el contexto mundial en el que nos movemos, con un auge generalizado de fuerzas

de extrema derecha y con un Trump desbocado en sus ansias expansionistas, haya cierre de filas entre las clases medias progresistas para defender unos gobiernos que sostienen un modo de vida sin sobresaltos para ellas y con un bienestar relativo en relación al proletariado migrante de los países del centro capitalista o a las inmensas bolsas de pobreza en los países del sur. Pero la desafección política crece mucho entre los sectores juveniles, y no solo, porque la izquierda no les proporciona otro horizonte de vida que no sea el de la precariedad perpetua y la ausencia de horizontes vitales dignos; necesariamente, si los de arriba se forran, los de abajo sufren.

La pujanza de la ultraderecha de Vox también ha servido como excusa permanente para presentar al gobierno social-liberal como el mal menor frente

a la posibilidad de que la extrema derecha entre en el gobierno español. Pero la ola reaccionaria no ha tenido únicamente causas objetivas. Es también la consecuencia de la decepción y el desgaste de las experiencias fallidas de gobiernos de centro-izquierda, que llegaron al poder en medio de grandes expectativas y acabaron saliendo barridos por partidos ultraderechistas. Tenemos ejemplos de esto en América Latina, con los casos de Argentina y Chile como paradigmas, pero que también ha ocurrido, por razones diversas, imposibles de abordar en este artículo, en Bolivia

y Ecuador. La decepción con la inexistencia de políticas transformadoras de estos gobiernos (algo que podemos aplicar también en el caso europeo) provoca, primero, resignación, entre los sectores populares que auparon a esos partidos al poder y, posteriormente, hastío y abstencionismo social y político. Contrariamente a lo que señalan algunos análisis impresionistas, por el momento no se produce un paso significativo de las clases trabajadoras al apoyo a opciones de extrema derecha, sino que se trata de corrimientos internos dentro del campo de las derechas (de las más tradicionales a las más ultras) junto con una cierta aceptación acrítica entre sectores juveniles, que comprueban que los gobiernos progresistas no mejoran sus deprimentes expectativas laborales y de acceso a la vivienda. La propaganda y la *inflación discursiva* de los gobiernos de centro-izquierda es inversamente proporcional a los cambios reales que provocan sus políticas, sometidas sin mucha resistencia a las constricciones del neoliberalismo imperante en el norte y en el sur. Ante este panorama sombrío, las clases trabajadoras no tienen referentes claros ni adscripciones sindicales o comunitarias como en el pasado. La pérdida de la identidad de clase es una de las bases sobre las que se asienta la expansión de la ideología neoliberal y la pérdida de peso generalizado de la

La propaganda y la **inflación discursiva** de los gobiernos de centro-izquierda es inversamente proporcional a los cambios reales que provocan sus políticas

izquierda, no entendida esta como una marca electoral, sino como un modo de ordenar la vida de la clase obrera. El consumo de masas y el *búscate la vida* han sustituido a las reuniones, los actos y los ateneos populares, igual que la asimilación de mensajes sencillos en redes sociales a los libros y el estudio. La reconstrucción de una subjetividad basada en la materialidad de clase, con todas sus opresiones, debería ser uno de los objetivos primordiales de cualquier opción política que siga aspirando a una revolución ecosocialista.

2. La crisis social y política de la izquierda

Desde la autoproclamada sociedad civil suele hablarse de *crisis de la izquierda* para apelar a la falta de unidad electoral de las distintas agrupaciones progresistas (Sumar, Podemos, Izquierda Unida y las organizaciones específicas de cada territorio) y a la pérdida conjunta de votos. En el discurso más superficial, la idea de *crisis* queda limitada al campo de lo electoral, como si la mediación entre los partidos políticos y la sociedad fuera única y principalmente la urna y ésta flotara sobre un vacío social compuesto por individualidades dispersas. En una versión más desarrollada de esta idea, la crisis estaría creada o como mínimo alimentada por la desaparición de la vida interna de los partidos, sus carencias democráticas y una *lucha de egos* que impediría el establecimiento de pactos. La crisis se vuelve así autoexplicativa: un fenómeno que surge de las tripas de los partidos y que tiene una consecuencia electoral, donde sociedad/votantes y organizaciones/representantes políticas mantienen una relación de otredad e incompreensión mutua.

¿Dónde queda aquí el análisis de los cambios y dificultades en el bloque histórico en su conjunto? ¿Hemos aceptado de pronto que la política institucional y su patetismo diplomático son la única dimensión real de eso que llamamos política?

No hay duda de que el ciclo político pasado introdujo nuevas formas en la acción política tradicional de los partidos políticos de izquierda. Pero, al cabo de unos años y tras comprobar que el peso de las nuevas expresiones *del cambio* se ponía esencialmente en los liderazgos y su control plenipotenciario de las organizaciones que abanderaban, estos nuevos aires no han servido para insuflar fuerzas que permitan resistir a medio plazo, sino para tener efectos gaseosa permanentes en cada nueva operación política, llámese esta Podemos, Ahora Madrid, Comunes, Mas Madrid o Sumar.

La izquierda política actual es una mezcla de organizaciones envejecidas y profesionales a sueldo más jóvenes, que encontraron en las instituciones la tabla de salvación ante un futuro laboral incierto. La izquierda institucional ya no ofrece proyectos para que sectores del activismo social, de los sindicatos o de la juventud se sumen a una idea de transformación social radical. El único horizonte desde 2017 (fecha en la que se produce el giro hacia los gobiernos autonómicos de la dirección de Podemos con la entrada en el ejecutivo de Castilla la Mancha) es el de gobernar en cualquier nivel administrativo como socio menor del PSOE. A diferencia de los años 90, cuando el perfil más combativo de Julio Anguita provocó un acercamiento de corrientes más a la izquierda

y de jóvenes hacia lo que entonces representaba IU, los jóvenes huyen de este tipo de organizaciones y nadie las considera ya como herramientas útiles para un tipo de militancia que aspire a superar el capitalismo. Son solo papeletas electorales para completarle la mayoría al *mal menor* social-liberal frente al auge de la extrema derecha. Desprovistas ya de sentido estratégico y de pensar

La izquierda institucional ya no ofrece proyectos para que sectores del activismo social, de los sindicatos o de jóvenes se sumen a una idea de transformación social radical

a largo plazo, estos partidos vagan de un proceso electoral a otro para intentar mantener la mínima cuota que les permita seguir acumulando subvenciones públicas para sostener sus manguantes aparatos organizativos.

En estas condiciones, no es extraño que haya surgido una gran desafección entre las y los jóvenes y haya organizaciones políticas eminentemente juveniles en ruptura radical con todo este mundo de la izquierda institucional. Es el caso de GKS en Euskal Herria y CJS en otras partes del Estado, quienes en este

caso se han nutrido de una escisión de la UJCE (las juventudes del PCE), de donde se marcharon más del 50% de sus militantes hacia esta nueva organización. El discurso comunista ortodoxo y una forma de autoconstrucción interna muy identitaria no parecen, por el momento, ser limitantes para el crecimiento entre sectores juveniles que se radicalizan.

Por lo que respecta a las organizaciones de la extrema izquierda, no hay aún un acumulado suficiente como para considerar que pueda haber un salto cualitativo a corto plazo. Pero organizaciones como Anticapitalistas mantienen un núcleo de cuadros estable y han incorporado a una nueva generación militante que puede ser importante en futuras recomposiciones de la izquierda radical.

3. La crisis de los movimientos sociales y los sindicatos

Lo que entre 2010 y 2022 dio como resultado eso que se vino a llamar *nueva política* fue, en realidad, un articulado mucho más amplio de estructuras, formas relacionales, instituciones populares y marcos de impugnación que atravesó el conjunto de lo político creando imaginarios y expectativas comunes. La experiencia de Podemos primero, y de Sumar y los distintos municipalismos después, no puede disociarse de la trayectoria de los principales movimientos sociales que han marcado la época: el feminismo, el ecologismo y la lucha por la vivienda. Su programa y estructuras han sido parte de y se han visto al mismo tiempo afectadas por la consabida crisis de la izquierda, como vamos a tratar de analizar.

El 23 de septiembre de 2014, Alberto Ruíz Gallardón anunciaba que dejaba la política. La dimisión del entonces ministro de Justicia fue la gran victoria

del movimiento feminista del momento y la primera caída de un miembro del Gobierno lograda por ese movimiento multiforme surgido en 2011. La retirada definitiva de la propuesta de contrarreforma de la Ley del Aborto que llevaba su nombre fue, junto con las imágenes cada vez más frecuentes de piquetes masivos impidiendo desahucios y de escraches a políticas de derechas, un símbolo de lo que la lucha social podía lograr.

Forjados en la oposición a los gobiernos de Mariano Rajoy, los principales movimientos sociales tuvieron desde el principio una relación compleja con el auge de Podemos y su entrada en los gobiernos de coalición. El salto de la *ilusión de lo social* a la de lo político supuso la entrada en masa de cuadros del movimiento a la gestión institucional, especialmente en el terreno de la política local. La tan celebrada cercanía municipal y la trayectoria compartida de activistas con concejales y asesores contribuyeron, junto con la ausencia de una educación política en el recelo parlamentario y los controles democráticos, a generar todo un entramado de lealtades morales que dificultó la clarificación de objetivos y medios. ¿Cuál era el rol de los colectivos sociales y del movimiento de masas? ¿La consabida oposición a los gobiernos, que de pronto eran aparentemente *nuestros*? ¿La defensa de los mismos? ¿La adaptación de sus demandas a aquello que pudiera adoptar la forma de lo estrictamente posible aquí y ahora en base al acatamiento de la legislación vigente, al no cuestionamiento de una estructura estatal heredada de la dictadura, al apaciguamiento de las grandes fortunas y capitales y al cumplimiento de las exigencias económicas de la Unión Europea?

Las dos principales expresiones del movimiento de masas de los últimos años (la oleada de las huelgas feministas entre 2017 y 2020, y el enorme estallido ecologista juvenil entre 2018 y 2022) crearon, al menos temporalmente, las condiciones de posibilidad para romper con esta tendencia. La irrupción de cientos de miles de personas en el terreno de la participación política directa, junto con un desarrollo programático avanzado, valiente y ampliamente asumido como necesario y posible (que jugaba en muchos sentidos un rol parcial de programa de transición), convirtieron ambos estallidos en fenómenos políticos preciosos, difícilmente reducibles al estrecho marco de la conveniencia institucional. Sin embargo, ni feministas ni ecologistas fueron capaces de construir estructuras democráticas estables que aseguraran la pervivencia del movimiento por sobre los estallidos concretos y permitieran el debate y la discusión colectivas, más allá de los errores o aciertos de las direcciones informales y de las limitadas experiencias locales.

Carente de estructuras en las que cristalizar, sin victorias concretas a pesar del apoyo social y sin mediaciones entre el momento de impugnación y el horizonte trazado, ambos movimientos iniciaron una fase de progresiva descomposición y vaciamiento, acelerada por las imposiciones de la pandemia. La paradoja la seguimos viviendo hoy en día: mientras que feminismo y ecologismo siguen generando un importante consenso social y movilizando a importantes masas en fechas puntuales, el movimiento reposa sobre arti-

culaciones organizacionalmente precarias, fuertemente debilitadas y con una creciente pérdida de orientación y sentido.

De un lado, la movilización ante ataques concretos sigue juntando mucha gente de forma esporádica, pero la solidificación de las estructuras del movimiento va muy por debajo de la capacidad de reacción a un ataque concreto.

En estos tiempos de gobierno de coalición progresista hemos asistido también a otro fenómeno que podemos emparentar con lo que Gramsci consideraba “el Estado ampliado”. Muchas actividades o iniciativas de movimientos sociales son financiadas por Ministerios, empresas públicas o agencias del Gobierno y las subvenciones de estos organismos sirven para inflar las plantillas de determinados movimientos y asociaciones, que apenas pueden autofinanciarse mediante cuotas militantes y sustituyen ese esfuerzo al margen del Estado por una vía de ingresos que tiene ataduras. No somos anarquistas ni estamos defendiendo aquí que los colectivos sociales no puedan financiar ninguna de sus actividades mediante ayudas públicas. Pero que la mayoría del presupuesto de movimientos sociales críticos con el poder (y por lo tanto con el gobierno gestor del capitalismo de turno) dependa del Estado fomenta la burocracia interna y el alejamiento de una agenda de ruptura con el poder establecido, convirtiendo la autorreproducción del movimiento y de sus capas asalariadas en un fin último. Es aquí donde se inserta el fenómeno del movimiento como *lobby* hacia las instituciones y no como un ente que trabaje para arrancarle conquistas a partir de la movilización y la (auto)organización social.

En cuanto al papel de los sindicatos de clase, su decadencia como organizadores de la conflictividad laboral es un hecho innegable. CC OO y UGT han mutado en agencias de servicios para sus afiliades, si bien conservan una bolsa de afiliades que, en conjunto, llega casi a los 2 millones de personas. Sus delegades sindicales, salvo honrosas excepciones, vegetan en las empresas, donde las huelgas han caído a mínimos históricos y la conflictividad laboral en general brilla por su ausencia. En estos últimos 8 años, los sindicatos mayoritarios han sido meros acompañantes del gobierno en sus decisiones, sin que haya habido ningún cuestionamiento serio (como sí ocurrió en otras épocas de gobiernos del PSOE) de la política laboral del ejecutivo. Queda la duda de si los aparatos burocratizados de los sindicatos mayoritarios tendrán capacidad de reacción tras tantos años de parálisis ante un eventual nuevo gobierno del PP y Vox, que sin ninguna duda perpetrará fuertes ataques contra la propia esencia de estas organizaciones. No obstante, en las naciones del Estado, tenemos otras realidades sindicales que no han seguido el camino de la adaptación total emprendido por CC OO y UGT. La CIG en Galiza, ELA y LAB en Euskal Herria o la CGT en Catalunya son expresiones de un sindicalismo que, aunque con limitaciones, sigue fomentando la lucha para obtener victorias.

4. Perspectivas para una nueva izquierda ecosocialista y revolucionaria

El recorrido por la situación actual de la izquierda social y política del Estado español tiene sentido en tanto que nos pone en mejor situación para realizar hipótesis y propuestas concretas para la reconstrucción de una izquierda de

clase, con vínculos orgánicos con sectores de la clase trabajadora capaz de dibujar un horizonte ecosocialista creíble y deseable.

El auge reaccionario convierte en urgencia lo que ya era una necesidad: la existencia de organizaciones políticas de izquierda alternativa al gobierno, dotadas de una visión de conjunto, que hagan frente a la ultraderecha y que no estén subordinadas al neoliberalismo progresista, como ocurre con toda la izquierda parlamentaria hoy. Construir semejante herramienta política no puede hacerse sin hacer un balance sincero de las experiencias del ciclo 2011-2019, donde la corriente en la que militamos, Anticapitalistas, participó en

Construir semejante herramienta política no puede hacerse sin hacer un balance sincero de las experiencias del ciclo 2011-2019

el lanzamiento y posterior desarrollo de una alianza híbrida *antineoliberal* como Podemos. Reconocemos que cometimos errores políticos durante esos años, pero también que hacer aquella experiencia era necesario en ese momento. No vamos a entrar aquí en un balance ya realizado, pero sí es pertinente recordar que muchas de las posiciones de estrategia política, de táctica inmediata y de modelo organizativo que defendimos entonces han resistido bien el paso del tiempo.

La situación política es nueva y hay que afrontarla con nuevos parámetros, pero, sin ánimo de ser exhaustivos, aquí van unos cuantos puntos recogidos de esa experiencia que deberían ser imprescindibles para una nueva mediación política ecosocialista:

- El peso fundamental de una organización rupturista debe estar en la *construcción de una fuerza social organizada* que sea capaz de confrontar con la burguesía y los políticos a su servicio en todos los terrenos. Tener una buena comunicación política es necesario, pero no lo más importante. La formación de militantes y la actividad política pública de una nueva mediación antagonista debe estar volcada en la construcción de la movilización y en el refuerzo del movimiento obrero, el feminista, el de vivienda, el ecologista, el LGTBIQ+ y en todos aquellos en los que haya un potencial anticapitalista y de ruptura.
- Debe construirse una relación de *no ajenidad con los movimientos sociales y las luchas concretas*, basada en un arraigo territorial y en el trabajo respetuoso pero firme en su seno, aspirando a establecer relaciones orgánicas con las instituciones de la clase trabajadora y con sectores específicos de la misma, basadas no en la representación, sino en la implicación política directa y en la autoorganización colectiva.
- El programa y la ideología son elementos imprescindibles para un desarrollo de una nueva herramienta política, pero esta, dentro de unos acuerdos estratégicos básicos que ahora enunciaremos, debería

ser *plural y pluralista y no limitada a una única identidad*. El mínimo común denominador deberían ser líneas rojas en relación a los posibles acuerdos con el social-liberalismo, la defensa de una tradición vinculada al movimiento obrero y la inclusión del resto de tradiciones emancipatorias (feminismos, ecologismo, LGTBIQ+, antirracismo) y una visión antiimperialista y no campista del nuevo mundo.

- La cultura organizativa de un agrupamiento que quiere superar viejos errores debe ser *fraternal dentro de la libertad de crítica y permitir la formación de corrientes internas, en un marco de lealtad general*. Cuando hablamos de *viejos errores* nos referimos tanto al *culto al líder* y la prohibición de la crítica interna, que tanta fortuna hizo en la *nueva política*, como a la cultura fraccional propia de buena parte de la extrema izquierda, que convierte los partidos revolucionarios en campos de batalla permanentes entre distintas facciones.
- Una nueva organización ecosocialista debería tener *unas finanzas que dependieran de sus propios ingresos* en su mayoría y, si entraran subvenciones, controlar que no sean su principal soporte financiero. Asimismo, y en el caso de obtener representación en alguna institución, deben existir límites salariales y temporales claros.

Estos puntos son apenas un esbozo de lo que pensamos que debería ser una nueva organización para la mayoría de la clase trabajadora del Estado (donde debería jugar un papel destacado la clase trabajadora migrante). No inventamos la pólvora y se nos podrá acusar de elaborar recetas tan ideales como difíciles de poner en marcha. Pero como decía nuestro añorado Daniel Bensaid “quizá la construcción de una organización revolucionaria es tan necesaria como imposible, como el amor absoluto en Marguerite Duras. Ello nunca ha impedido a nadie enamorarse”.

Julia Cámara y Raúl Camargo son militantes de Anticapitalistas.

Del ascenso a la reacción: apuntes para una contraofensiva

Brais Fernández

“El destino es solo el enemigo y nos oponemos firmemente a él como una fuerza que lo combate.”

Hegel

■ Durante los últimos quince años, los acontecimientos se han sucedido a velocidad vertiginosa. Si hacemos un repaso rápido, la secuencia genera una película dinámica fundada sobre la revuelta y la expresión eruptiva del malestar: las revoluciones árabes, la insurrección social en Chile, el Black Lives Matter en EE UU, el ya olvidado 15M en el Estado español, las huelgas generales griegas, Nepal, Irán, la lucha por la liberación en Palestina, Sudán... Acontecimientos fuertemente disruptivos que podríamos denominar progresistas, en el sentido de que situaron a las clases subalternas a la ofensiva, dislocando el orden rutinario de la política. Como reverso, o como reacción, vivimos los asaltos al Capitolio en EE UU o al Parlamento en Brasil, alentados por Trump y Bolsonaro respectivamente; el golpe de Estado en Bolivia y en Perú contra gobiernos de izquierda; la conversión en guerra civil de las revueltas en Siria o Sudán; el auge de la extrema derecha en todos los países del centro capitalista (y también en muchas de sus periferias); el Brexit hegemonizado por el nacionalismo derechista inglés; el secuestro de Maduro y el disciplinamiento del gobierno poschavista; el genocidio impulsado por el sionismo contra la población nativa palestina...

Vista así la secuencia, puede parecer que la principal característica de nuestro tiempo es el caos. El caos fundamenta la visión del mundo basada en los ciclos: a un ciclo de caos *progresistas* o *revolucionario* le sucede un ciclo reactivo que busca restaurar el orden anterior, ya sea mediante la fuerza bruta o mediante la integración y/o disolución de las fuerzas subversivas. Esto es cierto en un aspecto fundamental: las clases y los bloques políticos no dejan de luchar; cada ofensiva implica una contraofensiva. Por supuesto, el carácter de las mismas debe ser analizado en sus aspectos concretos: si la tendencia de la política de un bloque adquiere forma antagonista (es decir, si busca aniquilar al enemigo, transformando las relaciones sociales sobre las cuales se erige) o transformista (si simplemente quiere renegociar las posiciones sin alterar el conjunto del sistema). Sin embargo, esta teoría de los ciclos corre el riesgo de no captar las posibilidades de solidificación que produce la lucha política. Tarde o temprano termina consolidándose un orden en el que cristaliza una determinada relación de fuerzas que condiciona el ciclo posterior. Esta cristalización adquiere siempre forma de régimen político, ya sea modificando o refundando el viejo, o generando uno nuevo. Es decir, la lucha política e ideológica siempre se verifica en el Estado, a través de la

organización de una determinada lógica estructural que ordena, durante un período prolongado, la relación entre las clases.

Es desde este prisma a través del cual debemos analizar el ascenso de la extrema derecha: no simplemente como un *ciclo reaccionario*, sino más bien como una fuerza social y política que puede alterar decisivamente las relaciones de fuerzas entre las clases, abriendo paso a la imposición de un nuevo equilibrio político.

Política e historia

¿Es la nueva extrema derecha una reedición del viejo fascismo? ¿Hasta qué punto es útil el paralelismo histórico con los años 20 y 30 del siglo pasado? El método de la comparación histórica es en sí mismo legítimo y apropiado desde varios puntos de vista. Los hechos históricos no se repiten mecánicamente, pero las concepciones del mundo del presente están decisivamente influidas

por los acontecimientos y las lecturas del pasado. Un liberal, un marxista o un fascista buscan fuentes de inspiración en quienes les precedieron; hay siempre un ejercicio genealógico que condiciona la ideología del presente. No deberíamos subestimar ese poder, siempre y cuando no le confirmamos a la ideología el poder mágico de crear y recrear los hechos.

La nueva extrema derecha del siglo XXI no surge en un contexto de quiebra estatal ni como respuesta a la existencia de un movimiento obrero revolucionario

El problema de las analogías con los años 20 y 30 del siglo pasado y el fascismo es discernir las similitudes y las diferencias. Esto no significa que procesos como los que ocurrieron

puedan volver a ocurrir: se trata más bien de *definir* el momento en el que nos encontramos de la forma más precisa posible para así combatir el destino al que nos condena la historia. Analizar las diferencias y las similitudes nos permite detectar lo invariante en el terreno de los objetivos políticos.

En ese sentido, es necesario discernir el carácter de la crisis de fondo y de sus efectos políticos. El fascismo nacido de la Primera Guerra Mundial y que se organiza con fuerza en los años 20 tiene raíces ideológicas en el desarrollo europeo *cruel y tranquilo* de la preguerra (colonialismo, antisemitismo, la amenaza socialista), pero se configurará decisivamente como bloque contrarrevolucionario al calor de la catástrofe que supone la guerra. La guerra engendró la revolución y el comunismo revolucionario moderno. Generó también una crisis estatal que supuso el último gran momento de lo que posteriormente Gramsci llamará guerra de maniobras (Gramsci, 1981).

Este “derrumbe” de la infraestructura estatal (Mann, 1997) se expresó en algunos aspectos concretos que merecen ser señalados. Es un fenómeno

europeo, pero se concentra en países que han sufrido la derrota de la guerra (Alemania) o que, pese a encontrarse formalmente en el bando ganador, viven el fin de la guerra como si hubiesen sido derrotados (Italia). Este derrumbe infraestructural se vio alimentado por una crisis económica brutal (inflación, infraproducción) y se tradujo en la pérdida de la capacidad del Estado para organizar la sociedad civil e implementar decisiones políticas en todo su territorio. Esto es, no solo en el terreno de la coerción directa, sino en la capacidad organizativa, administrativa y logística para que el Estado funcionase efectivamente en el terreno del dominio cotidiano.

Este debilitamiento estatal condujo a formas de acción política *sui generis*. Recorrer y prepararse para el camino hacia la toma del poder consistía fundamentalmente en ocupar huecos que el Estado dejaba descubiertos en la sociedad civil. Los partidos adquirirían la forma de ejércitos militantes y el concepto de dirección política se traducía en conducirlos al asalto frontal del poder estatal. Son años de polarización: institución contra institución, con las clases o las facciones de clase fuertemente arraigadas a sus bloques. Una polarización militante, de insurrecciones e intentos de golpes de Estado (del alzamiento espartaquista al Putsch de la Cervecería, de la crisis revolucionaria de 1923 en Alemania a la guerra civil móvil y permanente que se vivió en Italia), que dio lugar a un tipo de militancia partisana en la que estar “metido en política” consistía en planificar y actuar contra los adversarios sin mediaciones (Tasca, 1967; Evans, 2019).

Este proceso, esta dialéctica entre revolución y contrarrevolución en el marco de un Estado en crisis, hizo que el fascismo se configurara como un proceso que va *desde fuera hacia dentro*: nace como un movimiento extraparlamentario que se fortalece en un marco de descomposición del viejo régimen estatal y conquista el poder del Estado asestando una serie de golpes políticos que fuerzan a la clase dirigente a un pacto que restablece el orden bajo nuevas bases.

En resumen, si, como decía Gramsci, el ciclo revolucionario abierto en 1917 fue un momento de transición que hibridó la guerra de maniobras con la “guerra posicional” (Gramsci, 1981), el fascismo triunfó también porque fue capaz de lograr una combinación táctica que encajaba esta guerra de maniobras con elementos avanzados de guerra posicional: su articulación policlasista le permitió penetrar en el Estado, desarrollar formas avanzadas de guerra cultural de masas y hacer un uso instrumental de la democracia liberal para tomar y legitimar el poder.

La nueva extrema derecha del siglo XXI, al contrario, no surge en un contexto de quiebra estatal ni como respuesta a la existencia de un movimiento obrero revolucionario fuerte y contrahegemónico. Su ascenso se cimienta más bien en un contexto marcado por la crisis orgánica que inunda todo el sistema representativo burgués en Occidente. Los nodos de poder central del Estado capitalista (su poder represivo, su capacidad infraestructural, su control institucional sobre la reproducción capitalista), que entraron en crisis debido a la guerra y al ascenso revolucionario del comunismo durante la década de

los 20 del siglo pasado, se han mantenido intactos pese a los embates de la crisis de 2008 y al ascenso coyuntural de un ciclo insurgente.

Pero, como en la década de los 20, las viejas élites políticas se ven afectadas por una creciente falta de legitimidad y por la aparición de nuevos problemas que ponen en cuestión su hegemonía. La primacía de los viejos partidos, discursos y articulaciones en la sociedad política y en la sociedad civil ha entrado en un profundo descrédito: la nueva derecha radical ofrece ante todo un recambio de élites, el proyecto de construcción de una nueva clase gobernante que tiene como objetivo afrontar los nuevos problemas y ofrecer una nueva fórmula para la vieja dominación.

La nueva extrema derecha absorbe y replica parte de la vieja táctica fascista en el terreno de la guerra posicional, solo que sin su institucionalización militante. Más bien, utiliza técnicas de agrupamiento propias de la política posmoderna que *aggiornan* los viejos métodos: las redes sociales en sustitución de la prensa; el modelo de militancia difusa, basado en una multiplicidad de puntos base (facciones religiosas, lumpen-intelectuales, millonarios mediáticos), frente al modelo de institución semimilitarizada propio del fascismo clásico. A saber, una modernización de la guerra de posiciones diseñada para sustituir progresivamente a la vieja élite mediante la absorción y actualización de algunos de sus sectores y la puesta en el centro de otros que hasta esta etapa estaban en los márgenes de la política oficial.

Al contrario que el viejo fascismo, el objetivo de la nueva extrema derecha no pasa, en el corto plazo, por un cambio formal de régimen. Más bien trata de reconfigurar el régimen político, combinando ciertos elementos formales del parlamentarismo con la criminalización de la actividad política disidente y la existencia de una “constitución paralela” (Sotiris, 2023), es decir, un conjunto de disposiciones autoritarias *excepcionales* en clave censitaria (por ejemplo, contra los migrantes), consagradas por ley y reforzadas por el protagonismo de centros de poder autonomizados dentro del Estado, como la policía y el aparato judicial. Es en ese sentido que la nueva extrema derecha retoma el recurso al presidencialismo y a la figura del gran líder unificador, capaz de lograr una autonomía en el terreno político que de otra forma no le sería posible: “el dictador está fuera del derecho, pero dentro del Estado” (Schmitt, 2013).

Para ello articula una estrategia que trata de ligar la batalla cultural en la sociedad con el dominio de los mecanismos estatales para ir forzando una nueva relación de fuerzas, destruyendo los restos del legado democrático del movimiento obrero y generando una nueva demarcación en la comunidad nacional y en el concepto jurídico-político de ciudadanía, que excluye a sus enemigos internos mientras se prepara para recolocar a la nación en la competencia por un lugar elevado en la jerarquía del nuevo sistema-mundo en conformación.

Más que un *asalto*, la táctica parece ser la de combinar *golpes tácticos* con una estrategia de *erosión*. Es obvio que, de culminarse este proyecto, se generarían condiciones para un salto cualitativo, esto es, para un cambio hacia un régimen político abiertamente fascista y naturalmente jerarquizado. Es en este sentido que consideramos a la nueva extrema derecha una amenaza de nuevo

tipo, diferente a la derecha formalmente democrática, lo que nos lleva a no subestimar su peligro con la excusa de que no son *clásicamente fascistas*. Pero la nueva extrema derecha introduce otra estrategia, más tendente a operar como una mutación que se desarrolla como una hidra dentro del régimen liberal que a asaltarlo frontalmente. Esta reflexión de Poulantzas parece captar bien esa dinámica tremendamente actual hacia el estatismo autoritario:

“La prodigiosa concentración de poder en el ejecutivo a expensas no sólo de la representación *popular* parlamentaria, sino también a expensas de una serie de redes de representación basadas en el sufragio popular (...) La confusión orgánica de los tres poderes (ejecutivo, legislativo, judicial) y la invasión constante de los campos de acción y competencia de los aparatos o ramas que les corresponden (...) El ritmo acelerado de restricción de las libertades políticas de los ciudadanos ante la arbitrariedad estatal [...] El precipitado declive del papel de los partidos políticos burgueses y el desplazamiento de sus funciones político-organizativas (tanto en relación con el bloque dominante como con las clases dominadas) hacia la administración y la burocracia estatales (...) La acentuación en el ejercicio de la violencia estatal (tanto en el sentido de violencia física como en el sentido de *violencia simbólica*) (...) La introducción de toda una nueva red de circuitos y cinturones de *control social*” (Poulantzas, 1977)

Raíces

Como hemos explicado brevemente, la nueva extrema derecha no se desarrolla en un período histórico marcado por la amenaza proletaria, producto de un ciclo revolucionario, ni por la necesidad de cerrar un ciclo caracterizado por el quiebre del orden estatal. Eso implica un nuevo tipo de estrategia y de *ritmo* político.

Sin embargo, el auge de la nueva derecha radical responde a factores fundamentales, profundamente imbricados en procesos consustanciales al desarrollo capitalista y a sus correlaciones en el terreno político-social.

En primer lugar, debemos señalar la profunda crisis de rentabilidad del capitalismo occidental, lo que Brenner (Benanav, 2023) ha descrito como una desaceleración persistente –una “larga recesión”– en las economías capitalistas avanzadas. El capitalismo ha completado su proceso de expansión en dos direcciones. Por una parte, la globalización ha supuesto que el conjunto del planeta esté dominado por las relaciones de producción capitalistas. Ya no quedan espacios por conquistar: tras la caída de la URSS y el giro hacia el mercado de China, el capital ha alcanzado su tope geográfico.

Por otro lado, dentro de las propias formaciones sociales, el capitalismo ya no es simplemente el modo de producción dominante: es el único modo de producción, completando el paso de la “subsunción formal” a la “subsunción real” (Marx, 1971). El capitalismo tiende a reducir su margen para iniciar un nuevo ciclo de acumulación, lo que acentúa su tendencia a destruir las conquistas históricas del mundo del trabajo y a buscar nuevos nichos de

valorización, degradando el salario y convirtiendo el Estado en un terreno de disputa capitalista para garantizar sus beneficios.

En ese sentido, el margen político para las políticas redistributivas se ha reducido progresivamente, y es ahí donde encontramos la complicidad objetiva entre la impotencia política del socioliberalismo y el auge de la extrema derecha. Sería útil ver también el “reformismo redistributivo” no solo como un programa, sino como un momento histórico muy específico del capitalismo que permeó a todo un régimen político, independientemente de quién gobernase (Sassoon, 2011).

Cada burguesía, o cada bloque capitalista, al verse obligada a lanzarse a una lucha despiadada por su posición en el sistema global, se ve obligada a reconfigurar su orden interno

Por lo tanto, el programa, sobre el papel, puede repetirse; lo que no puede repetirse son las circunstancias históricas que lo hicieron posible. Si el límite de la redistribución estatal es el beneficio capitalista, la extrema derecha ofrece un programa claro ante esa crisis de redistribución: aumentar el peso de la nación en el nuevo orden global y rejerarquizar la sociedad.

En segundo lugar, esta situación someramente descrita es la que impulsa el auge de las contradicciones

interimperialistas. No nos interesa tanto remarcar su dimensión en el terreno de la competencia entre bloques capitalistas a nivel internacional, ni la obviedad de que, a día de hoy, EE UU es el imperialismo más agresivo y peligroso del planeta. Nos interesa resaltar cómo cada burguesía, o cada bloque capitalista, al verse obligada a lanzarse a una lucha despiadada por su posición en el sistema global, se ve obligada a reconfigurar su orden interno.

De fondo, esto acentúa la contradicción entre el desarrollo mundial, inexorable e irreversible, del capitalismo como sistema y la necesidad de fortalecer el Estado nación para operar en él. Pero la burguesía necesita cohesionar su propio patio interior para lanzarse a esta guerra. Por ello, trata de homogeneizar a las clases en torno a discursos nacionalistas (pese a que, muchas veces, no son más que una excusa para subordinarse a una potencia aún mayor, como el caso de la derecha nacionalista proestadounidense en Europa) y jerarquiza la sociedad como fórmula sustitutiva de las políticas redistributivas:

“Es la adoración del orden donde cada uno ocupa su lugar en una jerarquía escrupulosamente ordenada, ejerciendo la autoridad sobre su subalterno. *Creer, obedecer, combatir*: cada uno es el pequeño jefe del otro” (Macciocchi, 1978).

El *subversivismo reaccionario*, el estado de nerviosismo permanente de las viejas clases medias y de sus aliados en el resto de las clases subalternas, no tiene otro objetivo que este.

Apuntes estratégicos

A diferencia de los años 20 y 30 del siglo pasado (y esta diferencia es fundamental), no existe hoy un movimiento obrero que, pese a sus debilidades y errores tácticos, plantee un *empate catastrófico* estructural. Existen, por supuesto, sindicatos y organizaciones políticas, pero sin una masa de maniobra decisiva.

Esto nos obliga a pensar cómo pueden desarrollarse las resistencias a la extrema derecha, partiendo de la situación que hemos descrito a lo largo del artículo. Togliatti analizaba que, en los años 30, el eje de confrontación política se había desplazado de la contradicción revolución-contrarrevolución al eje democracia versus dictadura (Vacca, 2025). Aunque esta tesis sirvió como justificación para las traiciones estalinistas que frenaron las ofensivas obreras (por ejemplo, en España y Francia), nos plantea varias cuestiones entrelazadas: ¿qué fuerzas sociales van a oponerse al ascenso de la nueva extrema derecha?, ¿cómo se van a oponer?, ¿en qué marco institucional?, ¿con qué métodos?, ¿qué van a defender y con qué recursos?

Si bien la política propuesta por Trotsky en los años 20 es fundamentalmente correcta (necesitamos la unidad de las fuerzas obreras para frenar al fascismo, disputando sin cuartel la lucha por la dirección de ese frente desde un punto de vista revolucionario), hoy nos encontramos en un marco diferente (Trotsky, 2022). Las fuerzas a confrontar no están divididas en campos políticos delimitados. Las clases subalternas no se organizan en torno a bloques nítidos. Esta configuración política actual, junto con el carácter de la ofensiva derechista, nos invita a pensar en una larga guerra posicional, con fuertes implicaciones en el Estado.

Se trataría de una lucha entre dos bloques heterogéneos, con formas de lucha híbridas: lucha electoral, auge de nuevas formas de lucha en la calle, utilización de las instituciones estatales y movilización “hiperpolítica” (Jager, 2024). Es decir, una lucha dentro del marco de la democracia liberal, en la que un bloque tratará de preservarla mientras el otro trata de consolidar posiciones para erosionarla y sentar las bases de un proceso histórico de desdemocratización.

Esto plantea serios problemas tácticos para quienes nos reclamamos de la tradición comunista. ¿Debemos abstenernos de intervenir en este proceso, dado que no está encima de la mesa la cuestión de la revolución socialista? ¿Debemos, por el contrario, sumergirnos en él ante la urgencia del momento?

Más bien, el asunto debe plantearse desde otra perspectiva. La lucha contra la extrema derecha constituye el marco histórico en el cual tendremos que construir un nuevo sujeto revolucionario. Este enfoque es el que nos permite ligar las tareas inmediatas (el freno a un proceso de auge autoritario que supondría la liquidación de los restos de las conquistas obreras que aún perviven, incluyendo ciertas libertades políticas) con el horizonte emancipador, ya

que la vieja clase dirigente se halla estructuralmente maniatada para atacar las causas que permiten el avance de la extrema derecha.

Para afrontar estas cuestiones, hay tres elementos clave.

El primero es la lucha por la hegemonía de la clase trabajadora. El factor decisivo, para dotarse de fuerza real, es el vínculo que la izquierda pueda establecer con la clase trabajadora. Por tanto, es una tarea central contribuir a la construcción de un nuevo arraigo, combinando el afianzamiento político en los nuevos y viejos sectores estratégicos de la clase trabajadora y generando una red productora de una intelectualidad orgánica insertada en los lugares clave de la vida social. Esta tarea requiere nuevos agrupamientos partidarios: núcleos militantes comprometidos, con vocación de investigación y abiertos a la experiencia.

La lucha contra la extrema derecha constituye el marco histórico en el cual tendremos que construir un nuevo sujeto revolucionario

ción de investigación y abiertos a la experiencia.

Por otra parte, exige claridad en los métodos políticos: la movilización de masas (métodos como la huelga y la participación activa de los trabajadores), por encima de las formas de acción liberal propias de las clases medias, resulta fundamental para poder cambiar la relación de fuerzas y generar condiciones para una ofensiva. Una coalición formada por trabajadores y trabajadoras del sector público, proletariado migrante y trabajadores y trabajadoras de la industria, operando en clave de fuerza social y no de representación vacua, tendría una capacidad inmensa para alterar dicha relación de fuerzas. Frente a la política putrefacta de las clases medias, hay que proponer otra política.

El segundo elemento es la defensa combinada e intransigente de los derechos democráticos y de un modelo democrático de nuevo tipo asociado al poder. Durante los últimos años, ante la derrota del movimiento obrero, el concepto de democracia ha adoptado una retórica formalista, dando lugar a toda una serie de ideas ridículas y reaccionarias, como la noción de una política sin partidos y sin mediaciones. La izquierda debe recuperar la idea de conflicto y de poder, y ligarla a la cuestión de la democracia: debemos construir organizaciones fuertes, de masas, democráticas y pluralistas, con objetivos claros que no pasan simplemente por performar las ansias participativas individuales.

La democracia socialista tiene sentido y adquiere fuerza como manifestación del poder social y colectivo de las y los trabajadores, como capacidad para obligar a las otras clases a ceder. A algunos les escandalizará este planteamiento, pero es sobre este terreno donde se juega el eje político en momentos de bifurcación histórica.

El tercer elemento es la necesidad de luchar en todos los terrenos, pero elevando la lucha al terreno de lo político, a la lucha entre partidos, para así “prever estratégicamente un dominio de largo plazo” (Tronti, 2018).

Necesitamos combatir de forma integral la ofensiva de la extrema derecha: “no dejarnos encerrar en un terreno particular de lucha” (Tronti, 2018). Y hacerlo desde la mayor unidad y amplitud posible en el terreno social, mientras construimos una fuerza política independiente. Independiente no significa aislada. Significa ser capaz de combatir y de aliarse; tener la suficiente seguridad ideológica para practicar una política de alianzas frente a las amenazas concretas, leyendo los momentos precisos del desarrollo de las fuerzas, con el objetivo de fortalecerse en el proceso.

En ese sentido, la izquierda marxista debe afinar la táctica. Las alianzas no deben hacerse en nombre de la *unidad*, sino de la batalla y del objetivo que tenemos por delante. Los posibles aliados coyunturales (liberales, socialdemócratas, burócratas del estado ampliado) contra la extrema derecha lo son en función de un determinado objetivo. Pero una alianza no es una subordinación: establece un campo de disputa.

Las alianzas no deben hacerse en nombre de la unidad, sino de la batalla y del objetivo que tenemos por delante

Nuestra debilidad nos empuja a veces a racionalizaciones: por ejemplo, a considerar que la lucha electoral va a ser una cuestión secundaria para las débiles fuerzas de la izquierda marxista, cuando en realidad es una cuestión central que no deberíamos dejar en manos de liberales o reformistas de todo pelaje. En ese sentido, todo punto de partida para rearmar

un proyecto político propio debe recuperar las clásicas ideas de un partido independiente (o, siendo más precisos y abiertos, de una coalición independiente, ya que el partido es un objetivo histórico que debe constituirse partiendo de un encuentro plural) que presente su proyecto político con claridad y sin compartir la gestión del gobierno capitalista.

Esta es una gran lección del ciclo político anterior que debemos tener siempre presente ante los chantajes que vendrán: la izquierda marxista solo debe comprometerse con el ejercicio del gobierno para transformar, y cuando su proyecto sea un correlato de la voluntad socialista de los trabajadores y trabajadoras. Se frena con más eficacia, incluso a nivel táctico, a la extrema derecha siendo fuerza de oposición que como pata izquierda del capital.

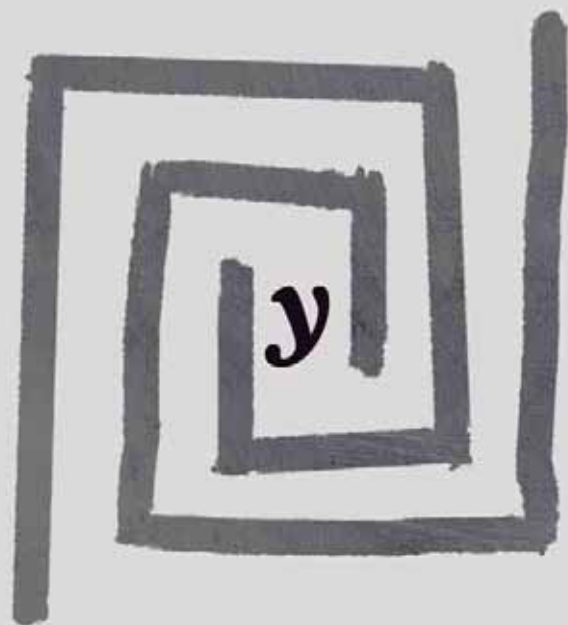
Sujeto estratégico, proyecto y táctica: necesitamos armarnos para el período en curso. Por supuesto, la concreción de estas ideas es algo que permanece abierto a discusión. Estamos entrando en una época de gran confrontación. No tenemos un libro cerrado sobre cómo recorrer el camino, pero debemos tener claro el camino que vamos a recorrer.

Brais Fernández es militante de Anticapitalistas y redactor de **viento sur**.

Referencias

- Benanav, Aaron *We're All Stagnationists Now*, Jacobin, 09.29.2023.
- Evans, Richard J. (2019) *La llegada del Tercer Reich*, Barcelona: Península.
- Gramsci, Antonio (1981) *Cuadernos de la Cárcel*, México DF: Ediciones Era.
- Jager, Anton (2024) "Hiperpolítica en Estados Unidos", *New Left Review* en español 149, pp. 7-21.
- Macciocchi, María Antonieta (1978) *Elementos para un análisis del fascismo (I)*, San adrián de Besós: Mandrágora.
- Mann, Michael (1997) *Las fuentes del poder social II*, Torrejón de Ardoz: Alianza.
- Marx, Karl (1971), *El capital, libro I, Capítulo VI (inédito)*, *Resultados del proceso inmediato de producción*, México DF: Siglo XXI.
- Poulantzas, Nicos (1977) *La crisis del Estado*, Barcelona: Fontanella.
- Sassoon, Donnald (2001), *Cien años de socialismo*, Barcelona: Edhasa.
- Schmitt, Carl (2013) *Ensayos sobre la dictadura (1916-1932)*, Barcelona: Tecnos.
- Sotiris, Panagiotis "Lire Poulantzas pour comprendre l'autoritarisme néolibéral et les extrêmes droites", *Contretemps*, 12.07.2023.
- Tasca, Angelo (1967) *El nacimiento del fascismo*, Barcelona: Ariel.
- Tronti, Mario (2018) *La autonomía de lo político*, Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Trotsky, León (2022) *La lucha contra el fascismo*, Barcelona, Sylone-**viento sur**.
- Vacca, Giuseppe (2025) *Sobre el fascismo*, Irrecuperables.

comunismo



ISABELLE GARO

estrategia

Comunis

y Sylone vientoSUR

VientoSur

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Plaza de los Comunes • Plaza Peñuelas, 3 • 28005 Madrid

Correo electrónico: suscripciones@vientosur.info

Apellidos _____ Nombre _____

Calle _____ Nº _____ Escalera _____ Piso _____ Puerta _____

Localidad _____ Provincia _____

Región/Comunidad _____ C.P. _____ País/Estado _____

Teléfono _____ Móvil _____ Fax _____

Correo electrónico _____ NIF _____

Suscripción nueva Suscripción renovada Código año anterior

MODALIDAD DE SUSCRIPCIÓN ANUAL (4 NÚMEROS)

Estado español **40 €**

Extranjero **70 €**

SUSCRIPCIÓN DE APOYO 80 €

MODALIDAD DE ENVÍO

Entrega en mano

Envío por correo

MODALIDAD DE PAGO

Transferencia (*)

Domiciliación bancaria

DATOS BANCARIOS para INGRESO POR TRANSFERENCIA

Banco Santander. C/ Lehendakari Agirre, 6. 48330 - Lemoa (Bizkaia)

Número de cuenta: 0049 // 3498 // 24 // 2514006139 -IBAN: ES68 0049 3498 2425 1400 6139

DOMICILIACIÓN BANCARIA - AUTORIZACIÓN DE PAGO (datos del titular de la cuenta)

Apellidos _____ Nombre _____

Calle _____ Nº _____ Escalera _____ Piso _____ Puerta _____

Localidad _____ Provincia _____

Región/Comunidad _____ C.P. _____ NIF _____

Entidad _____ Oficina _____ Dígito control _____ Número cuenta _____

Fecha: _____ Firma: _____

Observaciones: (*) Comunicar los pagos por transferencia por medio de un correo a: vientosur@vientosur.info indicando oficina de origen, fecha y cantidad transferida.



*“... un viento sur que lleva
colmillos, girasoles, alfabetos
y una pila de Volta con avispas ahogadas”*

Federico García Lorca Poeta en Nueva York

